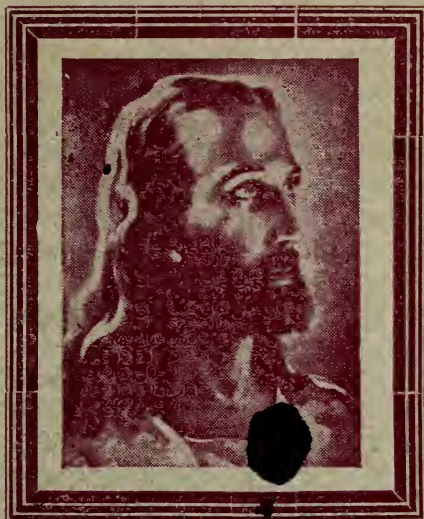


Dr. Héctor Eduardo Andrade Proaño
Pbro.



El

Verdadero

BT202
.A55

Jesucristo

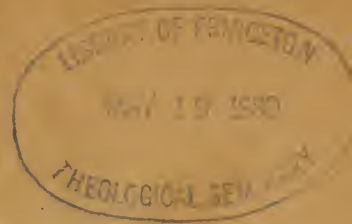
ECUADOR

1958

LIBRARY OF PRINCETON
MAY 19 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

BT202
.A55

Dr. HECTOR EDUARDO ANDRADE PROANO
SACERDOTE



EL VERDADERO JESUCRISTO

CUENCA-ECUADOR

1958

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Reservados los derechos de publicidad
conforme a la Ley respectiva



MOTIVO:

El 29 de Junio de 1934, en la Catedral Metropolitana, recibí la sagrada ordenación sacerdotal por la imposición de las manos episcopales del Emmo. Cardenal de la Torre y al siguiente día celebré mi Primera Misa en la Capilla del Seminario Interdiocesano.

Veinte y cinco años van a cumplirse de esta magna efemérides que signó mi alma con carácter indeleble.- Cinco lustros de vida sacerdotal rubricada diariamente con la sangre del Cordero Inmaculado.- Un cuarto de siglo convertido en otro Cristo, en el Tabor y en el calvario, con la cruz a cuestas, o nimbado de gloria.

En mis bodas sacerdotales no podré decir con San Pablo: "Bonum certamen certavi..."; debo repetir la plegaria de David: "Miserere mei Deus...".

El ideal que vislumbré en el hogar y acaricié en la escuela, creció en el Colegio, a la sombra benéfica de los Hijos de Loyola y maduró protegido por los Padres Lazaristas, beneméritos formadores del clero ecuatoriano.

Este sagrado ideal ha sostenido mi alma tranquila en medio del mar alborotado del mundo.

Próximo a cumplir las veinte y cinco jornadas de camino por el monte Santo del sacerdocio, quiero volver el rostro hacia atrás, cantando un himno de gratitud, musitando una plegaria, dirigiendo una súplica al Buen Dios de mi Primera Misa.

Esta triple oración va sintetizada en este li-

bro, fruto de la lectura del Evangelio en los momentos de descanso entre las fatigas del ministerio parroquial.

Estas páginas son tríptico de añoranzas, son evocación, son pétalos de un tiempo ido en la historia de mi vida, cuya segunda etapa comenzó hace veinte y cinco años.

Al empezar la descensión en el camino, quiero regar, desde la cumbre, flores del Evangelio, mus-tias como mi inteligencia, pero vivificantes porque tratan de Jesucristo.

Si este libro consiguiera hacer conocer, amar y servir a Jesús, a un solo cristiano de tantos que desconocen al verdadero Jesucristo, habría pagado al Señor un tantico de la deuda por los favores recibidos de su Divina Providencia durante mis veinte y cinco años de vida sacerdotal.

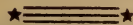
H. E. A.



DEDICATORIA:

A mis padres, sacrificados levitas del santuario familiar,
A mis hermanos, partidarios de las alegrías y tristezas hogareñas.
A mis maestros, forjadores del entendimiento.
A los sacerdotes que modelaron mi espíritu.
A cuantos me condujeron al altar de Dios.
A las almas eucarísticas y evangélicas.
A mis cohermanos Sacerdotes,
A los bienaventurados, según el Evangelio,
A los ricos que no hacen exhalar ayes a Cristo.
A los que se creen malos y pecadores.
A los que blasfeman de Jesús, porque no saben lo que dicen.
A los que buscan felicidad lejos de Dios.
A los que leerán este libro con sarcasmo,
A mis amigos, a todos los que llevan el sublime nombre de
cristianos, dedico este trabajo evangélico, con afecto sacerdotal.

EL AUTOR.



POR PROLOGO

Solicitar prólogo es grave cosa, como lo es prologar. He querido librarme de molestias y no molestar al prójimo; este egoísmo explica la desprologación de este libro. Como algún lector puede llevar a mal mi proceder, por prólogo va el "nihil obstat" del Censor eclesiástico y el "imprimatur" del Prelado diocesano, porque en mi calidad de Sacerdote he tenido que sujetarme a la Ley de la Iglesia Católica, haciendo censurar y aprobar mi obra, antes de publicarla.

Presentados mis escritos al Ilmo. Sr. Vicario General, pasaron al estudio del Rvdo. Padre Jesuita Hermógenes Herrera, Filósofo, Teólogo y Asceta de reconocidos méritos, censor de oficio en la Arquidiócesis de Cuenca, quien devolvió cumplida la comisión, acompañando la siguiente nota:

"Ilmo. Sr. Vicario: Habiendo cumplido con el grato encargo de su Señoría de leer y censurar la obra: "EL VERDADERO JESUCRISTO" escrita por el Dr. Héctor Eduardo Andrade Proaño, Presbítero, emito mi parecer diciendo: La obra, en general, no tiene cosa que merezca reprocharse bajo el punto de vista dogmático o moral, ni tampoco de prudencia y oportunidad; pues sigue la doctrina tradicional de comentaristas y ascetas muy conocidos en el campo católico, y, en general, cuando hace aplicaciones, el estilo es mesurado.— Espero que el benemérito Dr. Andrade no tendrá inconveniente en admitir, sin embargo de lo dicho, las siguientes insinuaciones, con las que pretendo servir y a-

yudar para que esta obrita, que promete mucho fruto, lo obtenga mayor: Aténúe el título y la introducción, poniendo simplemente: JESUCRISTO SEGUN LOS EVANGELIOS, u. otro equivalente; diga al lector que son muchos, en vez de millones, los que ignoran u odian a Jesucristo..... (siguen algunas insinuaciones amistosas y observaciones de carácter literario que el Autor las ha aceptado muy complacido).- Leído todo el desarrollo del libro, se ve, que más que una obra de apologética, es una exposición positiva, erudita y cordial acerca de la sagrada Persona de Jesucristo, enderezada al pueblo creyente.

Quedando a salvo el mejor criterio de su Sría. Ilma., creo que puede publicarse esta obrita que acarreará mucho bien espiritual".

En carta al Autor, de fecha 22 de Julio p. p., dice el mismo Padre: "Rvdo. Sr. Pbro.: la presente es para comunicarle que ya por fin he entregado en la Curia su libro y la nota, con el juicio correspondiente, desde luego muy favorable a la publicación.- Hará mucho bien.- Le felicito porque ha sabido encontrar en medio de sus múltiples ocupaciones, tiempo para escribir algo, que puede entregarse aún a intelectuales de nuestras ciudades, tampoco conocedores de Jesucristo. Soy el primero en haberlo aprovechado.- Las indicaciones que he hecho no son mayores....".

El Ilmo. Sr. Vicario General de la Arquidiócesis de Cuenca. Dr. Miguel Cordero Crespo, tuvo la gentileza de permitir la publicación, en nombre del Excmo. Sr. Arzobispo, con las siguientes frases:

"En vista del parecer favorable del R. Padre Herrera Censor eclesiástico, permitimos gustosos la publicación de su obrita. Como Prelado y como amigo le felicito, mi Dr. Andrade, porque ha sabido ocupar bien el tiempo libre del ministerio parroquial.- En cuanto le sea posible aténgase a las modificaciones insinuadas por el Censor. En una cosa no estoy de acuerdo con el Padre Herrera y es el cambio de título; me parece que debe conservar el que Ud. ha escogido, porque le da más novedad a su libro que trata de revivir la verdadera personalidad de Jesucristo, tan adulterada en estos tiempos.- He leído algo de su obrita y creo que aprovechará mucho a los buenos cristianos.- Puede publicarla".

Que estos dos juicios importantes acerca de mi libro sirvan por prólogo. Por lo demás, espero que cada lector emitirá su parecer personal, criticando o aplaudiendo, siendo este, para mí, el mejor prólogo.

H. A.



PRESENTACION

Millones de personas conocen a Jesús y le aman, pero otros tantos miles de seres humanos no le conocen y no pueden amarle, ni servirle.- Centenares de cristianos desconocen al verdadero Jesucristo y muchos le conocen a medias.- Hay también gentes que odian a Cristo.

El conocimiento objetivo es triple: físico, intelectual y espiritual, con sus diversas ramificaciones. La sagrada persona de Jesucristo debe ser conocida íntegramente por todos los cristianos, pero, atravesamos el tiempo de la acomodación espiritual y cada cristiano se ha ideado un Cristo a su antojo y conveniencias.- Aún más, al cabo de veinte siglos de cristianismo, para algunos cristianos es Jesucristo, el Dios desconocido del paganismo, porque la religión del Crucificado está pagанизada y su Persona Divina adulterada.

Constatemos esta verdad penetrando en la conciencia de las gentes que se agitan entre el bullicio de las ciudades o que están adormecidas moralmente en la soledad del campo. Existe una ignorancia supina del Evangelio, un tremendo desconocimiento de Jesucristo y un cúmulo de supersticiones que se llaman religión.

Los cristianos debemos conocer, amar y servir a Cristo y para cumplir con este deber no tenemos otro camino que conocer y practicar el Evangelio.

El Santo Obispo de Málaga dice: "No hay guía

más seguro, ni más enterado, ni más a nuestro alcance para conocer a Jesús, que el Evangelio, porque en cada página, en cada hecho, en cada sentencia, en cada partícula y hasta en cada signo de este precioso Libro, palpita el corazón de Cristo.— El Evangelio es el relato de una vida y de una doctrina, no solamente de un Jesús que pasó, que hizo, que dijo, sino sobre todo de un Jesús que está viviendo, que sigue haciendo y diciendo.....“

No se lee el Evangelio, no se lo medita, no se vive su vida y nos llamamos cristianos. Un celoso Cura decía: el cristianismo de estos tiempos es velar a las imágenes de los Santos para pedir el remedio de las necesidades presentes.— Tal vez haya exageración en este concepto de la vida cristiana actual, pero en el fondo hay una verdad.

Para un tanto por ciento de cristianos sigue siendo realidad lo que se cuenta en la vida de Napoleón Bonaparte. Este genio de la guerra agonizaba lejos de los campos de sus victorias, abandonado de los suyos. Un día concentró sus pensamientos en Cristo; despreocupado como era en materia religiosa, llamó al General Bertrand para que le instruyera acerca del cristianismo. Preguntó Napoleón: ¿Quién es Jesucristo?; la respuesta del cristiano General fué: no he tenido tiempo de leer algo acerca de El.— ¿Cómo, repuso Bonaparte, sois cristiano y no conocéis a Cristo?

Preguntemos a la generalidad de los cristianos de las ciudades y de los campos acerca de Jesucristo y veamos la ignorancia crasa que existe.

Es conocido el caso de un misionero que penetró a una fábrica con el propósito de ganar almas para Cristo. Comenzó su acción apostólica entablando conversación con un joven obrero de mirada inteligente que transparentaba nobleza de alma y cualidades especiales de dominio de sí mismo y de autoridad con los demás.

¿Conoces a Jesucristo?, fue la pregunta del misionero.- Padre, contestó el jefe del obrerismo, abriendo sus grandes ojos y poniendo extrañeza en su semblante, nunca he visto a este Señor, ni he oído hablar de él.

Hay muchos hombres que no han oído hablar de Cristo y que si le conocieran le amaran. Hay muchos cristianos que oyeron predicar a Cristo y hasta le hospedaron en su pecho en la primera comunión, pero han olvidado todo. Hay muchísimos cristianos que están al día en el conocimiento de cines, deportes, novelas y sucesos, pero desconocen a Cristo.- Para estos y para aquellos, el remedio es leer el Evangelio.

Almas apóstoles, hombres y mujeres de Acción Católica, buenos cristianos, enseñad el Evangelio. Mostrad al verdadero Jesucristo en cada palabra de este sagrado Libro y todo el mundo se salvará, porque, "la vida eterna es el conocimiento de Dios verdadero y de su enviado Jesucristo" (Juan, Cap. XVII versículo 3.)

Héctor Ed. Andrade P.

Sacerdote.

-I- ¿EXISTIO JESUCRISTO?

Con frecuencia hemos oído hablar de Jesús, de su vida y doctrina, de su pasión y muerte. Actualmente casi nadie pone en duda la existencia histórica de Cristo, pero no han faltado los extravagantes que atribuyen su vida evangélica a leyendas apócrifas y colocan su persona entre los mitos.

Contra los sofismas y panfletos denigrantes de la personalidad histórica de Jesucristo, se presentan majestuosas las páginas del Evangelio cristiano.

Historia es la narración verídica y fidedigna de un pasado cronológico de alguien, en lugares determinados.

Jesucristo, tiene su propia historia. Actuó en tiempo y lugares conocidos; su vida es relatada por testigos fidedignos; luego existió.

Negando la existencia real y verdadera de Jesús, habría que velar muchos años en un siglo, y quitar centenares de personas de la vida contemporánea al supuesto mito.

Toda la historia del pueblo hebreo, la antigua Alianza, miles de años, quedarían desorbitados o

decentralizados al quitar de en medio a Cristo, o convertirle en ser mitológico. Jesús es el protagonista de una larga historia de la humanidad. El mundo israelita del siglo primero del cristianismo es muy conocido; los acontecimientos de ese tiempo forman parte de la civilización antigua, en una de las épocas más brillantes y mejor documentadas, como dice Grandmaison, y en esa época vivió Jesús.

NACE en tiempo de César Augusto, Emperador Romano; MUERE en el reinado de Tiberio; la VIDA PUBLICA se desarrolla en el año quinto-décimo del Emperador Claudio, gobernando la Judea el Procurador romano, Poncio Pilato, siendo Herodes, tetrarca de Galilea y Sumos Pontífices de Israel, Anás y Caifás.

Centenares de personas judías y paganas intervienen en la vida y muerte de Cristo. Son concretas las fechas principales de su vida. NACE en el año de 748 de la fundación de Roma. COMIENZA A PREDICAR la Buena Nueva en el otoño del año 779. -MUERE en la Pascua del año 783, correspondiente al 30 de nuestra era.

La Tradición, que es una de las fuentes de la Historia, sitúa los lugares donde actuó Jesús en su vida. Belén, el Jordán, Nazaret, son muy conocidos. Existen los pueblos y ciudades evangelizados por Cristo. Permanecen montes, valles, caminos, ruinas de palacios y casas, testigos de la predicación y de los milagros del Señor.

Apenas ha variado la topografía del Tabor, de Getsemaní, del Gólgota, del desierto de las tenta-

ciones, del montículo de las bienaventuranzas y de tantos lugares donde Jesús operó los misterios redentores.

Existen los instrumentos de la pasión, como la columna de la flagelación, la corona de espinas, los clavos, la cruz.

Imposible es compaginar fechas, lugares, objetos y personas en torno de un mito. Si Jesucristo es el centro de muchas cosas es porque existió realmente.

Brandés, Straus y sus secuaces dirán que las narraciones evangélicas no son una historia de Cristo, sino fábulas inventadas por los primeros cristianos al rededor de su supuesto fundador. Este sofisma equivale en el orden religioso a la generación espontánea de la biología, porque, precisamente los relatos del Evangelio están probando la existencia del protagonista. El mismo Renán dice: "la fe, el entusiasmo, la caridad, la constancia de la primera generación cristiana sólo se explica suponiendo en el origen de todo movimiento, un hombre de colosales proporciones, un motor humano, una persona que existió y a quien la conciencia universal ha dado el título de Hijo de Dios y que realmente es la más alta cumbre de la grandeza humana".

Lo que narra la historia pagana acerca de Cristo y de los primeros cristianos, está probando la existencia de Jesús.

Pero la fuente principal de la verdad histórica de la existencia de Jesucristo, son los Evangelios.

Obras, humanamente hablando, dignas de todo crédito porque son íntegras, auténticas y veraces, como se prueba en cualquiera Apologética.

Además, sabido es, que Mateo escribió el Evangelio, apenas doce años después de la muerte de Jesús; diez años más tarde lo hizo Marcos; después de treinta y tres años escribió Lucas y aún no se terminaba el primer siglo cuando lo hizo Juan; entonces vivían aún testigos de los acontecimientos narrados por los Evangelistas, que de no ser verdaderos, auténticos e íntegros hubieran recibido la protesta universal.

Qué existió Jesucristo, es cierto. Como lo es igualmente, que ningún personaje ha dejado huellas tan ciertas y duraderas de su existencia, como El.

Su nacimiento, cambia el cómputo del tiempo; su vida es dechado de virtudes; su doctrina, modifica conceptos y crea ideas; su muerte vivifica al mundo. La ciencia, el arte, la literatura, se transforman de paganas en cristianas. La humanidad entera se vira espiritual, social y moralmente, con la presencia de Jesucristo en la tierra.

Jesús de Nazaret no es un mito; es una realidad histórica.



-II- EL MESIAS PROMETIDO

De aciagas consecuencias fué para la humanidad el día en que el paraíso terrenal se convirtió en campo de maldición.

Las creaturas desobedecieron al Creador y la luz del cielo se tornó en tinieblas de infierno. Negros nubarrones cerraron el horizonte de la creación.- Dios maldijo al hombre condenándole a comer el pan con el sudor de la frente, a la mujer sentenciándole a ser madre mediante el dolor, a la serpiente reduciéndola a vivir arrastrada.

Confusos, avergonzados, arrepentidos, salieron del jardín de delicias, los gestores de la humanidad, con la conciencia atormentada por el remordimiento del pecado; ofendieron a Dios y no encontraban la condigna reparación. Únicamente alguien igual al ofendido podía satisfacer la culpa.

Un rayo de luz divina clareó en el alma de los ofensores. Jehová cambió la justicia en misericordia. Dios se haría hombre para reparar la desobediencia del hombre a Dios.

Escogió Jehová un pueblo y le señaló el paraíso donde se operaría la redención de la humanidad.

Miles de años transcurrieron desde la creación hasta la regeneración humana. En estos siglos, el pueblo israelita, situado en la tierra de promisión, estuvo en expectación de la hora providencial.

Los profetas mantuvieron a las gentes en cons-

tante televisión del Salvador. El Hijo de Dios hecho hombre fué vaticinado con caracteres inconfundibles; su nacimiento, vida, pasión y muerte, fueron profetizados con detalles minuciosos.

Miqueas predijo el nacimiento de Cristo en la ciudad de David; "Tu Betlehem de Judá no eres la última entre las ciudades de Israel, porque de tí saldrá el caudillo de mi pueblo" (Miq. V-2).

Malaquías señaló al precursor del Mesías: "Enviaré un angel para que prepare el camino de redención". (Malaq. III-1)

Isaías anunció al Bautista, "allanando la vía del Señor". (Is. XL-3) .-Este mismo profeta proclamó los nombres del Salvador: "Nacerá un niño y será llamado Admirable, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz, Emmanuel". (Is.IX-6).

Zacarías, predijo que Cristo entrará en la ciudad santa cabalgando un pollino y destruyendo las cuadrigas y carrozas de Efraín; dará paz a las naciones y extenderá su reino por todo el orbe. (Zac. IX-9).

Isaías, anunció la pasión del Señor y vaticinó el reino mesiánico con razgos tan claros que el pueblo judío conocía la obra redentora siglos antes de la Encarnación. La segunda parte de estas profecías es un compendio de la historia del Mesías. (Is. Cap. XL).

El Libro de los Salmos es la canción de los profetas al Redentor cuya vida está vaticinada en forma de plegarias y alabanzas a Cristo. -David, los Hijos de Coré, Asaf, Salomón predicen la obra

redentora glorificando a Jehová. -El Salmo LXXI profetiza la manifestación del Mesías a la gentilidad.

En suma, Cristo es el centro de la vida religiosa del pueblo hebreo y forma su historia. En todas las edades, desde los patriarcas, se siente avanzar a Cristo; con los Profetas el rumor de su venida ya está próxima.

Cuando ya el Mesías estaba en la tierra, flotaba en el ambiente espiritual del pueblo israelita la esperanza inmediata y todos los anuncios eran de actualidad.

Cristo vino a los suyos, pero estos le desconocieron (Jn. 1-11) a pesar de los vaticinios cumplidos.

Los Judíos, materializados y humillados hasta el colmo, querían un Salvador nacido en Palacio, armado y guerrero, caudillo poderoso para exterminar a los enemigos y librar a su pueblo de la opresión romana.

Por estos prejuicios no aceptaron al Mesías nazareno, al Rabí Galileo. Estaba entre ellos, pero no le conocieron, cumplidas estaban en Jesús todas las profecías, pero vacilaron y tras la duda vino la desconfianza. Siguen esperando al que ya vino y cumplió su misión hace veinte siglos. El mensaje de los Judíos al Bautista, la conversación de la Samaritana, la confesión de Pedro y otros pasajes evangélicos están hablando del convencimiento del pueblo acerca de la proximidad de la venida del Mesías y del cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo. (Jn. 1-19- 1V-25- Mat. XVI-16).

-III- GENEALOGIA DE JESUS

San Mateo comienza el Evangelio con el abo-
lengo de Cristo. Los Judíos estimaban sobremanera
su genealogía porque era prueba inconcusa de su
descendencia de Patriarcas y Reyes y la contrase-
ña del pueblo escogido por Dios.

San Lucas señala el árbol genealógico de Je-
sús en el Cap. 3º del Evangelio. Esta genealogía
es la rama materna; la de San Mateo es la paterna.
Ambas prueban que Jesús desciende del patriarca
Abraham y del rey David y atestiguan su mesianidad.

La de Mateo (1-1) es sintética; está dividida en
tres grupos de 14 personas cada uno, en tres perío-
dos. Desde Abraham hasta David, desde su tiempo
hasta la cautividad de Babilonia, desde esta época
hasta Jesús.

ABRAHAM ° - Isaac ° - Jacob ° Judá - Fares ° - Esróm ° -
Aram ° - Aminadab ° - Naasón ° - Salmón ° - Booz ° -
Obed ° - Jesé ° - **DAVID** ° - Salomón - Roboám - Abías -
Asaf - Josafat - Jorán - Ozías - Joatán - Acáz - Eze-
quías - Manasés - Amón - Josías - Jeconías- **CAUTIVERIO-**
Salatiel ° - Zorobabel ° - Abiud ° - Eliacim ° - Azor -
Sadoc - Aquim - Eliud - Eleazar ° - Matán - Jacob
- JOSE: - **JESUS**.

La genealogía según San Lucas (111-23) es la
que más conviene en el caso de Jesucristo, quien,
según la carne, no tuvo sino madre, pues es sabi-
do que José fué únicamente su padre legal.

Comienza Lucas citando el nombre del primer

ser humano y termina con el de Joaquín, padre de la madre de Jesús. En ambas genealogías constan algunos nombres de las mismas personas, lo cual prueba que José y María eran parientes.

Hemos señalado con asteriscos los nombres repetidos de los ascendientes de los padres de Jesús.

ADAN - Set - Enós - Cainán - Malelel - Jared - Enoch - Matusalá - Lamec - Noe - Sem - Arfaxad - Cainán - Salá - Eber - Falec - Ragau - Seruch - Nachor - Taré - **ABRAHAM**° - Isaac° - Jacob° - Judá° - Fares° - Esrom° - Arní - Admín - Aminadab° - Naasón° - Salmón° - Booz° - Obed° - Jesé° **DAVID**° - Natán - Matatá - Menná - Meleá - Jonán - Judá - Simeón - Leví - Matat - Jorim - Eliezer - Elmadam - Kosam - Addi - Melqui - Neri - Salatiel° Zorobabel° - Joanám - Matatías - Naggé - Semeín - Amós - Jonnaí - Leví - Matat - Joaquín° **MARIA: JESUS.**

La diferencia de nombres restantes en una y otra genealogía se explica teniendo en cuenta que San Mateo escribió el Evangelio para probar a los judíos que Jesucristo descendía de Abraham y de David y que en su persona se había cumplido perfectamente todas las profecías mesiánicas.

San Lucas escribió para los gentiles, probando que todos los descendientes de Adán fueron redimidos por Cristo.

La frase de este Evangelista: "Era Jesús, al empezar su predicación, como de 30 años, siendo, como se pensaba, hijo de José" (111-23) nos indica que el da la genealogía por la rama de María, verda-

dera madre de Jesús, y que José era tenido como padre, sin serlo en sentido genético.

El nombre de HELI que cita el Evangelista, como padre de María, es diminutivo de HELIACIN, que es sinónimo de JOAQUIN, como se ve en el Libro de Judit, donde al Sumo Sacerdote se le llama indistintamente: Heli, Heliacín o Joaquin. (Jud. IV.)



IV LA PATRIA DE JESUCRISTO

La porción del globo terráqueo donde nace, vive y muere Jesucristo, se llama Palestina. Región asiática, ribereña del Mediterráneo. Limita al Norte con Siria y Fenicia, al Sur con Idumea y el desierto árabe, al Este con las estepas siro-árabes, al Oeste con el mar.

Abarca unos 25.000 kilómetros cuadrados, siendo atravesado de norte a sur por el Jordán, desde su nacimiento en las montañas de Hermón, hasta desembocar en el Mar Muerto.

Palestina, del arameo "felistim" se traduce por "tierra de filisteos", nombre de los habitantes de esta región, invadida por los hebreos capitaneados por Moisés.

La Biblia, denomina a esta comarca, "tierra de promisión, de Canaán, de Israel", por la conexión histórica del territorio con el pueblo escogido por Jehová.

Los cristianos, conocemos esta región, con el significativo nombre de "tierra santa", porque fué santificada con la presencia material de Jesús.

La Palestina, en tiempo de Cristo, se dividía en tres departamentos principales: Galilea, Samaria y Judea.

GALILEA, Gobernada por Herodes Antipas, se extiende al Oeste del Jordán, en su parte superior. Región hermosa, con llanuras ubérrimas co-

mo la de Esdrelón, coronada por el Tabor, adornada con encantadores lagos como el de Tiberíades y embellecida con sublimes paisajes.

Ciudades importantes eran Mágdala, Cafarnaúm, Betsaida; entre las de menor importancia se contaban: Nazaret, Caná, Naím.

SAMARIA, situada entre Galilea y Judea, es región montañosa, pero bella y amena, con la belleza y amenidad del paisaje natural de la montaña que se extiende hasta convertirse en valle y en ribera. Poblaciones de renombre eran en tiempo de Jesús: Cesarea, a orillas del mar, y Siquém, cerca del pozo de Jacob.

Los samaritanos andaban entonces distanciados con los Galileos y Judíos, por motivos raciales y de tradición religiosa.

Al sur de Palestina, está JUDEA, región áspera y seca en el aspecto topográfico, pero de mayor importancia que las anteriores en el sentido religioso y comercial. Jerusalén es el centro de la fe y del turismo.

El paisaje de esta comarca se embellece con el cambio de montes y desiertos cruzados por caminos. Entre las ciudades principales se contaban: Belén, Jericó, Hebrón.

El clima de Palestina es, en general, subtropical. Las orillas del Jordán son paradisíacas. El suelo es feraz en variados frutos.

La vista de conjunto de estas comarcas es maravilloso; al atravesarlas se tiene la impresión de que se disputan por ser mirados los arbustos

que las cortejan entre el suelo tejido de flores y el cielo matizado de nubes grises. Airosos mirtos, mustios cipreses, estrellados pinos, esbeltas palmeras, fragantes higueras, verdes limoneros, hacen contraste con los viñedos, cargados de racimos que deleitan al viajero ansioso de encantos.

La topografía está indicando los trastornos tectónicos, sufridos por la región en diversos tiempos; quebras profundas y montículos cretáceos se suceden repentinamente hasta perderse en evolución continua con la inmensidad azulada del mar o con el horizonte ilimitado de las estepas asiáticas.

Palestina es para los cristianos el santuario eterno de la devoción. Los montes y llanuras, los lagos y ríos, los pueblos y campiñas, los caminos, las ruinas, las calles estrechas y escalonadas de la vieja Jerusalén, todo recuerda la presencia de Jesucristo, reviviendo su persona con su obra redentora.

De la Palestina nos habla la Biblia con el sobre-nombre de tierra de promisión y de esperanzas, rica y generosa, que destila leche y miel, fértil y bella, saturada de viñedos, huertos y olivares. Así es y así debía ser el país de la alianza mesiánica y la patria de Dios hecho hombre.



-V- BIBLIA Y EVANGELIOS

Biblia es vocablo griego que se traduce por Libros. La Biblia contiene los libros que narran la historia del Antiguo y Nuevo Testamento, es decir, la alianza de Dios con el pueblo israelita, y la alianza de Cristo con la humanidad, por la redención.

Son 72 los libros sagrados; 45 fueron escritos antes de la venida de Jesús y como preparación a su obra redentora; 27 son los que componen el Evangelio u obra cristiana.

La Biblia es, como alguien dijo: “el Libro grande y vasto como el mundo, con las raíces en los abismos de la creación y con la copa en el azul secreto de los cielos”; es aurora y ocaso, promesa y cumplimiento, nacimiento y muerte; en la Biblia, está compendiado todo el drama de la humanidad, de principio a fin. Es el libro de Dios Creador, Santificador y Redentor.

Evangelio significa “buena nueva”, tal es la doctrina enseñada por Jesucristo. Con este nombre se conoce también la obra de Jesús, es decir su vida, pasión y muerte, narradas por los cuatro Evangelistas.

Los Evangelios no son propiamente una biografía de Jesucristo, porque los autores no se propusieron sino dejar constancia de las enseñanzas y milagros del Señor, sin los detalles de una historia completa.

Los vacíos que se notan en los Evangelios, se explican recordando, que la mitad del primer siglo cristiano la enseñanza apostólica fue únicamente oral; los discípulos de Jesús conocían sus obras y su doctrina por tradición familiar que, naturalmente, cambiaba en detalles; los Evangelistas no hicieron sino sintetizar lo que presenciaron u oyeron acerca de la vida de Cristo, con los rasgos sobresalientes.

La catequesis apostólica era el primitivo Evangelio y el gran medio de instrucción fue la memoria. Los apóstoles constituyeron, poco a poco, el Evangelio oral; el escrito es una síntesis de aquel, un compendio reducido, por lo cual dice San Juan: "Muchas otras cosas hay que hizo y dijo Jesús, que si se escribieran una por una, no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir. (Jn. XXI-25).

A este epítome de la vida de Jesús, se llama Evangelio o Evangelios porque uno solo es el protagonista y cuatro los escritores. Los Evangelistas difieren entre sí, por el estilo, fin, extensión y selección de discursos y episodios.

Los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas se llaman sinópticos, porque los tres refieren los hechos bajo un plan similar y se completan mutuamente.

Los cuatro evangelios son los únicos documentos, propiamente históricos entre los libros del Nuevo Testamento, porque, fuera de ellos, no se encuentra ningún dato original acerca de la vida de Jesús.

Son históricos porque son auténticos, verídicos e íntegros.

Tenemos el texto, tal como fué redactado en su origen y estamos seguros, de que provienen realmente de los autores a los que se los atribuyen. Han llegado hasta nosotros sin alteración sustancial, en las copias que se han hecho, las cuales, a través de los siglos, han sido siempre sometidas a una escrupulosa revisión. Relatan los sucesos como vieron u oyeron sus autores, quienes no tuvieron necesidad alguna de mentir, y citan lugares y testigos que no les permiten engañar. Los cuatro Evangelistas sellaron con el martirio la verdad de sus escritos.

Además de ser libros históricos, los Evangelios son libros inspirados, entendiéndose por inspiración, un influjo sobrenatural, con el cual Dios asiste a los escritores, para que conciban y escriban lo que El quiere, resultando de esta especial asistencia que, el autor principal de los libros sagrados es Dios, y que el hombre es un instrumento en sus manos, pero un instrumento que conserva su libertad, para escribir según su temperamento, inteligencia, preparación y demás condiciones humanas.

Con toda razón y justicia, dice de los libros sagrados, el inspirado Roberto Boyle: "En comparación de la Biblia y de los Evangelios, todos los libros del mundo, hasta los más religiosos, no son sino estrellas comparadas con el sol, y como aquellas, reciben toda la luz y esplendor del astro rey que es la Sagrada Escritura.

-VI- LOS EVANGELISTAS

Mateo, llamado también Leví, era publicano; estaba sentado en su puesto de cambista, cuando Jesús que pasaba por Cafarnaún, le dijo: "Ven, Sígueme. Al punto el recaudador de rentas dejó su empleo y se fue en pos del Maestro. (Mat. IX-9 -XI-14).

Hombre de cultura más que mediana, convertido en Apóstol de Cristo, se propuso dejar escritos los principales discursos y milagros del Señor. Escribió el Evangelio en el año 42, en arameo, idioma ordinario entre los judíos; poco tiempo después fue traducido al griego para las comunidades cristianas en regiones de esta lengua.

El objeto de su obra es probar la mesianidad de Jesucristo; allá van encaminadas las frecuentes citas del Antiguo Testamento. En su historia da preferencia a los discursos, antes que a las obras del Señor, conocedor de las profecías mesiánicas, las cita con frecuencia para probar que Jesús es el Salvador de su pueblo, el Mesías que realiza las promesas.

Las características de su Evangelio son: orden, precisión, coherencia. El traductor al griego conservó algunos giros literarios del arameo.

Este Apóstol y Evangelista, escogió el Africa para convertirla a Cristo; en esta región sembró la semilla de la Buena Nueva y fué coronado con la diadema del martirio.

Su cuerpo se venera en la Catedral de Salerno y su fiesta se celebra el 21 de Septiembre. Su Imagen va acompañada de un niño, como símbolo de su Evangelio, que comienza con la genealogía del Hijo de Dios hecho hombre.

Marcos es el nombre romano del segundo Evangelista, llamado en hebreo Juan. Era uno de los discípulos predilectos de San Pedro, hijo de aquella María, que hospedó al Apóstol libertado por el ángel, de las cadenas y de la cárcel (Act. XII - 12).

Se encontró Marcos con el príncipe del Apostolado, en Roma, donde fué su ferviente coadjutor en la catequesis, mereciendo el título de "hijo" (Ped. Ep. 1-V-13). Allí probablemente escribió su Evangelio, en el año 53, en griego, recapitulando la predicación del Apóstol de los Romanos, para probar la divinidad de Jesús por los milagros que narra. -Es el Evangelio más corto y sintético.

Murió San Marcos siendo Obispo de Alejandría. Su cuerpo se venera en la Catedral de Venecia y su fiesta es el 25 de Abril. Su Imagen va acompañada de un león, como símbolo de su obra que comienza con la historia del Bautista en el desierto donde ruge el rey de las fieras.

Lucas es el tercero de los Evangelistas. Discípulo de San Pablo, de nacionalidad siria, médico de profesión y, por lo mismo, de cultura superior (Col. IV-14).

Se informó esmeradamente acerca de la vida y doctrina de Jesús para escribir su Evangelio (Luc. 1-3), que tiene por objeto probar la universalidad del fruto de la redención. Muestra al Salvador acogiendo a todos los hombres, aún a los pecadores y gentiles. Las numerosas parábolas que cita, prueban la misericordia del Señor con todos.

El estilo identifica a un escritor de educación clásica, que no es judío y que se dirige a los paganos convertidos. Si no conoció a Jesús, por lo menos se convirtió pronto al cristianismo y acompañó al Apóstol de los gentiles en el ministerio, donde aprendió todo cuanto relata en el Evangelio, escrito en el año 63, en griego, con un lenguaje rico y perfecto clasicismo.

Murió en Constantinopla, donde se venera su cuerpo, celebrándose su fiesta el 18 de Octubre. Su imagen va acompañada de un toro, como símbolo de su Historia evangélica que comienza recordando los sacrificios de animales que se ofrecían en el Templo.

Juan es el autor del cuarto Evangelio. Discípulo predilecto de Jesús. (Jn. XXI-24).

Testigo que vió, oyó y acompañó al Maestro a todas partes. Galileo de nacimiento, fue llamado por el Señor al apostolado junto con su hermano Santiago.

Escribió el Evangelio en el año 97, con el fin de robustecer la fe de los cristianos en la divinidad de Jesucristo, amenazada por las nacientes herejías.

Es su obra la historia de un testigo, que narra lo que vió y oyó, como él mismo dice. (Jn.1-1) Narra palabras, hechos y milagros que presenció y los selecciona para tras de ellos, revelar el secreto más profundo del mensaje divino, por lo cual ha merecido el título de Evangelista del Espíritu de Cristo.

La vida de este Apóstol permanece oscura. Desde el año 57 dejó la ciudad santa y se estableció en el Asia Menor. Fue exilado por Domiciano y relegado a la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis. Volvió a Efeso y pasó a Roma donde se libró milagrosamente del martirio. Esto es lo poco que sabemos de la vida de este Evangelista que seguramente murió en Efeso, donde está su cuerpo. Su fiesta se celebra el 27 de Diciembre. Su imagen va acompañada de una águila como símbolo de la sublimidad de su Evangelio, que desde el principio se eleva al trono de Dios para mirar al Verbo divino, como el águila al sol.



.VII- PALESTINA EN TIEMPOS DE JESUS

Quando nació Jesucristo, estaba Palestina gobernada por Herodes el Grande, lugarteniente del Emperador Romano, Augusto, bajo cuyo dominio estaba Israel.

Murió Herodes el año 49 de la era cristiana, dejando dividido el reino entre sus hijos Arquelao, Antipas y Filipo, con título de Tetrarcas. A este gobierno sucedió el régimen de los Procuradores romanos, en el año 69 para Judea y Samaria y el 39 para Galilea.

Poncio Pilato gobernó la Judea, como Procurador, del año 26 al 36 del cristianismo. Como sus antecesores, residía en Cesarea, ciudad marítima fundada por Herodes, yendo a Jerusalén únicamente con motivo de las grandes fiestas; su escolta habitaba la ciudadela Antonia.

La política de los romanos fué tolerante, sin embargo, la opresión al pueblo judío se hacía sentir por los impuestos y la manera de recaudarlos. Hubieron algunas revueltas, sofocadas por Roma con derramamientos de sangre, Pilatos cometió muchas violencias y se le destituyó después de una matanza de samaritanos.

En el aspecto religioso atravesaba Palestina por una verdadera crisis, en tiempo de Jesús. Las opiniones políticas y religiosas habían dividido los espíritus en partidos. El sacerdocio estaba pa-

ganizado; las prácticas religiosas adulteradas; el pueblo andaba como ovejas sin pastor y con un pasto envenenado por la discrepancia de ideas con respecto a la ley, a la tradición y a las costumbres.

Para asegurar el servicio del templo, había un colegio sacerdotal numeroso y jerarquizado compuesto de sacerdotes y levitas. Sobre estos estaban los "príncipes de los sacerdotes" que residían en Jerusalén y a quienes se les confiaba oficios importantes; los otros vivían en los pueblos y desempeñaban los oficios designados por sorteo.

El alto clero se preocupaba más de acrecentar sus rentas que de desarrollar el sentimiento religioso del pueblo.

Junto a los sacerdotes estaban siempre los ESCRIBAS. Eran piadosos laicos que se ocupaban en el estudio, interpretación y enseñanza de las Escrituras; son los doctores de la Ley.

Por encima de todos estaba el Sumo Sacerdote, como la mayor autoridad en lo religioso. Era el jefe del Sanhedrín, el primer magistrado del Estado judío; su autoridad estaba limitada únicamente por la del Procurador romano.

El Sanhedrín, especie de Senado, residía en la ciudad santa, integrado por 71 miembros elegidos de la aristocracia sacerdotal, de la sociedad alta seglar y de los doctores de la Ley.

El pueblo se componía de dos elementos principales: por una parte los artesanos, los labradores, los pescadores; por otra, los empleados o funcionarios públicos.

Entre las sectas religiosas sobresalen las siguientes: LOS FARISEOS o separados, gente que aparentaba el cumplimiento perfecto de la Ley; pretendían con sus hipocresías captarse el cariño y la admiración del pueblo; hacían consistir la santidad en ridiculeces; intransigentes hasta el extremo; formulistas y amanerados; se creían superiores a todos los que no eran de su secta y despreciaban a los publicanos y pecadores.

LOS SADUCEOS formaban un partido distinto del anterior en lo religioso y político. Encabezados por el Sumo Sacerdote, los príncipes del clero y la aristocracia seglar, no se preocupaban sino de conservar autoridad y privilegios, observando solamente las prescripciones legales de su conveniencia; despreciaban las tradiciones orales y no tenían entusiasmo ninguno por el mesianismo. Acomodados con la sujeción romana, eran mal vistos del pueblo.

Del lado de los saduceos estaban los HERODIANOS. En dos ocasiones aparece este nombre en el Evangelio: cuando Jesús cura al hombre de la mano seca (Marc. 111-16) y presentando al Maestro el problema del pago tributario al César. (Mat. XXII-16).

Formaban un grupo de poca importancia; eran los adictos a Herodes y defensores de la dinastía. Se confabularon con los enemigos de Jesús para pedir su muerte desde que el Señor apodó a su jefe de "zorro". (Luc. XIII-32).

Del lado de los fariseos estaban LOS ZELOTES. Fariseos en lo religioso y judíos exagerados

en lo político. Pretendían la guerra contra el Imperio. A estos se unían los SICARIOS, así llamados por la "sica" o puñal que portaban para sus reyertas.

Estos y apuellos fomentaron las rebeliones a mano armada contra Roma, buscando la independencia nacional.

LOS ESENIOS, no mencionados en el Evangelio, formaban una secta religiosa muy particular por su organización. Formaban una especie de orden religiosa. Practicaban el celibato, vivían en comunidad, renunciando a los bienes temporales y bajo la obediencia de un superior. Después de una larga probación, los aspirantes a la orden eran admitidos mediante el juramento de observar las reglas y conservar el secreto de las leyes de la comunidad.

Jesucristo jamás mencionó a los esenios, ni a los zelotes y sicarios, en su predicación; algunas veces se refirió a los saduceos; con frecuencia estigmatizó a los escribas, sacerdotes y fariseos.



-VIII- UN POCO DE HISTORIA

¶ Para fechar los primeros pasos de Jesucristo en su vida, el Evangelista San Lucas, sienta datos históricos precisos: "El año décimo-quinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes Tetrarca de la Galilea y su hermano Filipo Tetrarca de Iturrea y de la provincia de la Traconitide, y Lisantias Tetrarca de Abilina, siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios...." (Lucas III-1).

Estos datos están en conexión con la historia del pueblo judío; al que perteneció Jesús.

César Augusto, Emperador romano, había muerto doce años antes de comenzar el reinado de Tiberio César; este aparece como Emperador desde quince años atrás, porque tres años antes de la muerte de aquel, el Senado dió a Tiberio el gobierno del Imperio.

En el año 738 de Roma era ya muy marcado el abatimiento del pueblo judío; de hecho había perdido la autonomía y estaba bajo el yugo romano. Medio siglo antes de Jesucristo, los dos nietos de los macabeos, Aristóbulo e Hircano, que gobernaban a Israel, se enredaron en política y tuvieron la torpeza de invocar el arbitraje de Roma. Con esta resolución comenzó francamente el dominio romano sobre Palestina; el árbitro fué Pompeyo, quien falló a favor de Hircano y le apoyó con

armas contra su hermano que ocupaba las fortalezas del Templo. Vencido Aristóbulo, quedó Hircano como Etnarca de Judea.

En las guerras romanas César venció a Pompeyo y dispuso de Palestina como cosa propia. Nombró gobernador de Judea a Antípatro. Poco tiempo después, Antígono tomó por asalto a Jerusalén; logró zafarse Herodes, hijo de Antípatro y acudió a Roma, cuyo partidario acérrimo fué siempre, y volvió con el apoyo material y moral necesarios para dominar la situación. Fué proclamado rey por un triunvirato romano; con este título y con un valiente ejército, sitió a la ciudad santa y la tomó a fuego y sangre, terminando la catástrofe con la decapitación de Antígono.

Así comenzó el reinado de Herodes en Palestina que duró hasta cuatro años después de nacido Jesucristo. Este Herodes, llamado el Grande, era hijo del Idumeo Antípatro y de la árabe Cipros. Escéptico, ambicioso, despótico y cruel hasta el extremo. En una revolución mató a todos los asirios, incluso a su mujer y a sus propios hijos. Este Herodes hizo matar a millares de niños inocentes, queriendo degollar en la cuna a Jesús.

A la muerte del tirano quedó dividido el reino entre sus tres hijos. Arquelaos, tenía la Judea y Samaria, Herodes Antipas, la Galilea y Filipo la Transjordania.

Roma aprobó la partición y dió a los herederos del viejo Herodes el título de tetrarcas. Pero diez años después ante las revueltas que provocaba el

despotismo de Arquelao, fué depuesto el tetrarca y exilado a las Galias, confiando Roma el gobierno de Judea a un Procurador. En Galilea reinó más tiempo Herodes Antipas, pero, a causa de sus torpezas religiosas y políticas, también fué depuesto por Roma y exilado.

De este modo, Palestina fué colocada bajo el dominio de los Procuradores romanos. El primero fué Coponio que gobernó del año 6º al 9º de la era cristiana y el quinto fué Pilato del 26 al 36.

Anás y Caifás figuran como sumos sacerdotes, en tiempo de Jesús, a pesar de que la ley no permitía sino uno, porque Herodes el cruel nombró a Caifás. Jurídicamente Anás era el Pontífice, pues el cargo era vitalicio, pero legalmente, o mejor dicho, dictatorialmente ejercía el cargo Caifás, suegro de aquel. Como estos dos parientes políticos se entendían bien, ambos quedaron en el puesto y con su título, y el pueblo se acostumbró a tener dos sumos sacerdotes, acudiendo al uno o al otro en sus necesidades.

Para terminar la triste historia del pueblo judío y en relación con la profecía de Jesús, recordemos la causa de su dispersión.

Vespasiano primero, y después su hijo Tito, cansados con las continuas revueltas provocadas por los judíos contra Roma, invadieron Palestina, sitiaron a Jerusalén y mataron a centenares de miles de gente.

Arrasada la ciudad santa, los judíos supervivientes fueron conducidos como rebaños a Roma o vendidos como esclavos en todas partes; algunos

lograron huir y trasladarse a regiones extrañas.

Así termina trágicamente la historia de Israel y comienza su dispersión en el mundo hasta que llega la hora de organizarse nuevamente cumpliendo las predicciones de Jesús, el Mesías prometido, esperado, repudiado y, seguramente, reconocido.



-IX- CRONOLOGIA EVANGELICA

Tres son las fechas fundamentales de la cronología evangélica. El año en que nació Jesús, el año en que inauguró su ministerio y el año en que murió. -El tiempo comprendido entre las dos últimas fechas son los años de su vida pública.

No se puede dar con certeza el año preciso del nacimiento de Jesucristo. Lo cierto es que el cálculo de Dionisio Exiguo al poner el natalicio de Cristo en el año 754 de la fundación de Roma, es inexacto, de aquí que no coincide el primer año de la era cristiana, con el año del nacimiento de Jesús.

Dos hechos nos permiten fijar aproximadamente la fecha de NACIMIENTO del Señor. El primero es la muerte de Herodes.

Jesús nació en tiempo del rey Herodes, quien murió dos años más tarde (Mat. 11-1-19). Como Herodes murió el año 750 de Roma, Jesús debió nacer el 748, es decir, seis años antes del cómputo actual de nuestra era. Flavio Josefo señala la fecha de la muerte de Herodes. Por el Evangelio sabemos que el tirano murió mientras Jesús estaba huído en Egipto y que tenía más o menos, dos años.

El segundo hecho es el empadronamiento prescrito por César Augusto; por esta razón José y María fueron a Belén, donde nació Jesús (Luc. II-1-7.)

La historia dice que este empadronamiento se hizo en el año 747 y que duró dos años. Suponiendo que los padres de Jesús se hayan quedado al último, el Señor nació en el 748, si no fué en el 747.

En cuanto al mes, fecha y día nada sabemos ni por conjeturas; siendo piadosa creencia, desde luego aprobada por la Iglesia, que nació Jesucristo el 25 del mes de Diciembre.

El año en que Jesús INAUGURO SU PREDICACION, o mejor dicho, la primera Pascua que pasó en el ministerio evangélico, fué cuarenta y seis años después de comenzada la reconstrucción del Templo, según dice San Juan (11-20). Herodes comenzó la reconstrucción el año 734 de Roma; luego la pascua primera fué en el 780, o 26 de la era cristiana.

Tenía entonces Jesucristo 32 años de edad, que coinciden con la frase de San Lucas (111-23) quien dice que el Señor al comenzar su predicación tenía COMO 30 años, siendo ese como calculativo indicación de más de 30.

La MUERTE de Jesús acaeció el día viernes, 15 del mes de Nizán, a las tres de la tarde.

Así aparece de los datos evangélicos. San Juan dice (XIX-14-31) "Jesús murió bajo Poncio Pilato, el día en que se debía comer la pascua y la víspera del sábado". Ahora bien, en los diez años que gobernó Pilato, del 26 al 36 de nuestra era, solamente en los años 27-30 y 33 cayó en viernes el 15 de Nizán, luego en uno de estos años debió

morir Jesús. El año 30 es el que coincide con lo que diremos del ministerio público del Señor. La muerte de Jesucristo fué, por lo mismo, en el año 30, el 7 de Abril, teniendo 36 años de edad, más o menos, el Señor Jesús.

La VIDA PUBLICA O MINISTERIO EVANGELICO. de Cristo duró más de tres años, desde antes de la Pascua del año 27 hasta la del 30, según San Juan, quien nos habla de tres pascuas pasadas por Jesús. (II-13-VI-4-XIII-1). Son, pues, tres años intermedios de las pascuas y meses anteriores a la primera. La última pascua citada por el Evangelista coincide con el año 30 de la muerte de Jesús.

Además, como sabemos, las fiestas pascales duraban ocho días, durante los cuales los judíos comían el pan sin levadura o ácimo. El plenilunio del mes de Nizán comenzaba en la tarde del 14. De los Sinópticos que narran los hechos según el uso popular y de San Juan que los cuenta a la manera oficial, se deduce que Jesús y sus Apóstoles, comieron el cordero pascual el jueves 14 de Nizán, por la tarde, mientras que los Sanedritas la comieron el viernes 15, por la noche. Así se explican los acontecimientos del jueves en el Cenáculo y lo que dice San Juan (XVIII-28): "Los sacerdotes, escribas y fariseos no entraron al pretorio de Pilato, el viernes 15 de Nizán, por la mañana, cuando llevaron a Jesús ante el Procurador romano, pidiendo sentencia de muerte, para no contaminarse y poder comer la Pascua".

El sábado 16 de Nizán era el día magno en-

tre los días de la fiesta pascual, por lo cual, el viernes por la tarde que daba comienzo al sábado, debía desaparecer todo motivo de disgusto o ajeno a la fiesta, como dice el mismo Evangelista: "Como el viernes -día en que fué crucificado el Señor- era la preparación a la Pascua, para que los cuerpos de los crucificados no quedasen en la cruz durante el sábado, porque era un día grande aquel sábado, los judíos pidieron a Pilato, que se les quebrasen las piernas a los ajusticiados y los retirasen del lugar". (Jn. XIX-31).

Sabemos con certeza, siquiera relativa, las principales fechas relacionadas con el nacimiento, vida y muerte de nuestro Redentor.



-X- EL TEMPLO Y LAS FIESTAS DE LOS JUDIOS

El Evangelio hace mención del Templo de Jerusalén con motivo de las frecuentes visitas de Jesús al lugar santo, de donde, por dos ocasiones, sacó a los profanadores y en cuyos atrios enseñó la nueva doctrina, hizo muchos milagros y sostuvo interesantes polémicas con los fariseos.

Este Templo fué reconstruido por Herodes el Grande, apoyado por el Emperador, para captarse las simpatías del pueblo judío, llegando a ser una de las obras mundiales de mayor riqueza, belleza y opulencia.

El Historiador Josefo dice, como testigo de vista: "La obra era la mejor, la más excelente y maravillosa de cuantas hemos visto u oído, tanto en su edificio, cuanto en su grandeza y magnificencia." (Jos. VII-10)

Los arcos, columnas y muros eran de mármol, en el piso lucían preciosos mosaicos, estaba decorado con oro y plata. Ocupaba una superficie de 400 metros de largo, por 250 de ancho; circunvalaban el perímetro, grandiosos pórticos. Esbeltos pinnáculos adornaban el pórtico real. Los atrios, cuya bóveda era el cielo, eran cinco: el de los gentiles servía para negociar todo lo concerniente a los sacrificios. El de las mujeres, por donde se pasaba al de los varones, estaba reservado únicamente para los israelitas, separados del de los gentiles con ar-

tísticas balaustradas de mármol y letreros luminosos en varios idiomas, que conminaban pena capital a los que traspasaban el límite fijado. Seguía el atrio de los sacerdotes, adosado con dependencias lujosas, claustros y puertas que servían para el culto y conducían al Santuario, propiamente dicho. Este se dividía en dos departamentos; El santo y el Santísimo; en el primero se guardaban las cosas santas del culto y en el segundo moraba Jehová; era el lugar escogido por el Dios de Israel, para sus comunicaciones con los jefes del pueblo.

Las principales prácticas religiosas de los judíos eran:

La circuncisión, ceremonia por la cual los varones eran agregados al pueblo de Dios.

La observancia del sábado, mandada en el Decálogo.

La peregrinación a la ciudad santa en las principales festividades que eran cuatro.

El ayuno público en el día de la Expiación.

Las purificaciones o abluciones totales o parciales en ocasiones determinadas.

La oración ritual tres veces al día.

La limosna obligatoria para el culto en el Templo.

Las fiestas religiosas eran cuatro, que se celebraban con grande solemnidad y con ritos y ceremonias majestuosas y tradicionales.

LA PASCUA conmemoraba sobre todo la liberación de Egipto. Comenzaba el 14 de Nizán con el sacrificio y la comida del cordero pascual. Dura-

ba ocho días y la ciudad y el Templo estaban repletos de israelitas varones, porque su asistencia era obligatoria desde los doce años de edad.

PENTECOSTES, que se celebraba cincuenta días después de la Pascua, recordaba la promulgación de la Ley divina y consagraba a Dios los diezmos y primicias.

LA DEDICACION O ENCENIA era la fiesta de la purificación. Recordaba las solemnes ceremonias efectuadas por Judas Macabeo para purificar el Templo, reparando las horribles profanaciones del lugar santo cometidas por los soldados de Antíoco.

La fiesta de LOS TABERNACULOS O ESCENOPEGIA, que conmemoraba la permanencia de los hebreos en el desierto, donde Jehová alimentó al pueblo con el maná.

Se celebraba esta festividad en la época de las cosechas, durante ocho días, con caracteres de mucha alegría.

Además del Templo de Jerusalén, único lugar destinado al culto y a los sacrificios, debemos señalar las SINAGOGAS. porque eran también lugares sagrados, donde se reunían los judíos los días sábados para leer, comentar y aprender las Sagradas Escrituras.

Eran salones rectangulares con un altar pequeño que guardaba los rollos de las Escrituras y con un estrado y pupitre para el lector y comentarista.

Un doctor de la Ley presidía y dirigía estas

asambleas, donde se oraba y se predicaba.

Las Sinagogas servían también en los pueblos para escuelas, donde los niños asistían diariamente a instruírse en las letras sagradas y profanas.

Jesucristo fué muchas veces a Jerusalén, asistió a las fiestas religiosas y frecuentó las Sinagogas.



-XI- EL TEMPLO

El gran Templo de los Israelitas, reconstruído por Herodes, estaba aún sin terminarse en tiempo de Jesús; los trabajos proseguían hasta durante la pasión del Señor.

Este Templo lo edificó Salomón con los materiales colectados por David, sobre la explanada roca del monte Moria. Destruído por los babilónicos, fué reedificado por Zorobabel, pero habiendo perdido la meJOR joya artística y religiosa cual era el Arca de la alianza.

Por la reconstrucción arqueológica de Schick y los estudios de Vogüe, sabemos la estructura de fábrica del famoso Templo. No podemos imaginarnos a la manera de nuestras suntuosas catedrales o basílicas. Fué un templo cual no ha habido, ni habrá jamás, por su extensión, fábrica, riqueza y adaptación.

Flavio Josefo dice que era techado con láminas de oro, las cuales al ser besadas por el sol resplandecían formando una mole ígnea que despedía rayos luminosos.

Erizados pinchos de plata custodiaban la cubierta impidiendo posarse a las aves que cruzan el espacio.

Los pórticos que daban acceso al interior, rodeando el perímetro, estaban colocados en los cuatro puntos cardinales. Eran hileras de esbeltas y ricas

columnas de mármol, sosteniendo una artística armazón de madera cedrina.

Los pináculos eran dos, situados al este y al oeste del pórtico real o del lado sur. El del lado oriental se erguía en el borde del precipicio que cortado a pique descendía más de cien metros hasta el valle del Cedrón. Medía para arriba setenta metros, de manera que su cúspide se perdía en el espacio, mirada desde la profundidad del valle.

A este encumbrado pináculo se refieren los Evangelistas cuando tratan de las tentaciones de Jesús. (Mat. IV-5-Luc.-IV-9). Se discute sobre si materialmente fué conducido Jesús a este precipicio, o únicamente en pensamiento; parece lo más seguro que realmente se dejó conducir el Señor al pináculo del Templo, desde donde se miraban los atrios llenos de gente, que hubiera presenciado el milagro de arrojarle de la altura, cayendo en manos de los ángeles; hecho suficiente para ser reconocido y aclamado como el Mesías, como pensó el diablo tentador.

La ciudadela Antonia estaba situada en el ángulo Noroeste, ocupaba más de una manzana de extensión, en terreno del atrio de los gentiles, con el cual comunicaba por subterráneos, para llegar rápidamente al Templo y dominar cualquier situación.

Los atrios eran cuatro. El de los GENTILES, llamado así porque todos los extranjeros y extraños a la religión judaica, podían entrar en el y ocuparlo. Tenía capacidad para hospedar a doscientas veinte mil personas. Servía para negociar y tertuliar sobre asuntos profanos.

Este atrio estaba separado de los otros destinados a los israelitas, con artísticas balaustradas de mármol.

Los atrios de las MUJERES, VARONES y de la clase SACERDOTAL, estaban cercados por habitaciones y dependencias que comunicaban a los servicios del altar. Largos claustros con amplísimas puertas llevaban de un atrio a otro. El de las mujeres tenía capacidad para 15.000 personas; el de los hombres medía trescientos metros cuadrados; el de los sacerdotes era más extenso.

En el centro de una gran explanada entre los atrios citados, se levantaba el altar de los holocaustos, al que se subía por una rampa suave y lujosamente adornada. Quedaba frente al vestíbulo del Santuario y a veinte metros de distancia; ardía constantemente el fuego que consumía las víctimas sacrificadas diariamente.

Los atrios eran también lugares sagrados y cuando Jesús inspeccionó el templo en sus dos principales visitas (Mat. 21-12-Luc. XIX-45) seguramente encontró todos cuatro profanados con negociantes y cambistas, por lo cual reprendió airado a sacerdotes, hombres y mujeres, judíos y gentiles.

El Santuario estaba dividido en dos partes; la anterior, con escalinata y vestíbulo, se llamaba lugar SANTO y la posterior SANTISIMO; medía la primera 9x18 metros y la segunda era cuadrada, 9x9, tenida como la morada del Dios de Israel.

Estos dos departamentos estaban divididos por el riquísimo velo que se rasgó en la muerte de

Jesús (Mat. XXVII-51) y por la famosa viña con racimos de oro maziso.

EL SANTO guardaba tres objetos preciosos: el altar del incienso, la mesa de los panes de proposición y el candelabro de los siete brazos.

EL SANTISIMO guardó por siglos el Arca de la alianza, con las tablas del Decálogo, el maná y la vara de Aarón; descansaban estas reliquias en manos de Querubines de oro y servían de escabel del trono de Yahvé.

Se dice que el Arca fué ocultada por un profeta en el exilio del pueblo judío permaneciendo en una caverna del monte Nevo hasta que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob reuna a su pueblo al rededor del Templo, en la ciudad santa.



-XII- EL SABADO EN LA ANTIGUA LEY

El Evangelio nos cuenta los continuos reproches de los fariseos a Jesús por su inobservancia del sábado, o mejor dicho, porque el Maestro obraba en sábado lo que creía prohibido la interesada y personal interpretación de los fariseos.

Jehová mandó el descanso y la santificación del sábado (Exodo XX-8). Moisés codificó el ritual legal donde constaban las obras prohibidas en sábado, cuya transgresión acarrearba culpa y pena. En el transcurso de los tiempos degeneró el espíritu de la Ley, reduciéndose a prácticas exteriores sin sentido divino.

Por ejemplo, entre las cosas prohibidas en sábado estaban: curar, segar, cargar. La mentalidad de los fariseos había conducido al pueblo a creer que faltaban a la ley, los que vendaban una herida o hacían un masaje; los que cogían una fruta madura desprendida del árbol; los que hacían uso culinario de los huevos que las gallinas ponían en sábado; no se podía conducir una silla de un lugar a otro, ni llevar una aguja.

Por este orden, el farisaísmo había adulterado completamente el sentido espiritual de la ley, a lo cual se opuso tenazmente el Maestro con sus palabras y obras.

Los Evangelistas han dejado constancia de los casos por los cuales fué acusado Jesús como violador del sábado.

Entró el Señor un día sábado en una Sinagoga y se puso a enseñar. Algunos fariseos que le escuchaban le preguntaron: "Maestro, es lícito curar en sábado?".

Jesucristo que conocía su malicia, no contestó; llamó a un hombre que estaba entre su auditorio y que tenía una mano enferma, mucho tiempo, sin movimiento y seca, y le dijo: "hombre, extiende tu mano; estas curado". El enfermo recobró inmediatamente el uso de su miembro paralizado. Obrado el milagro, dijo Jesús a los fariseos: "Decidme, es lícito hacer una buena acción en sábado? Se debe salvar la vida o hay que dejarla perder?"

Como todos guardaban silencio, insistió el Maestro, preguntando a sus interlocutores: "cuál de vosotros, si tiene una oveja y cae en una fosa, no la sacaría para salvarla de la muerte, aunque fuera en día sábado"?

Como los fariseos no se atrevieron a contestar contradiciendo a Jesús, este prosiguió enseñando la interpretación verdadera de la ley (Luc. VI-6)

Otro día sábado salió Jesús a pasear con sus discípulos por el campo. Las mieses ondeaban, doradas por el sol. En la comitiva se habían mezclado algunos fariseos que no perdían ocasión para criticar la actuación del Maestro.

Los discípulos encontraron sabor en el fruto maduro de las espigas de trigo, que ondulantes se ponían en sus manos, al paso por el sembrado. Cogían espigas, las desgranaban y comían.

Los fariseos, escandalizados, no del hecho mis-

mo porque estaba permitido por la costumbre, sino porque así obraban en sábado, llamaron la atención del Maestro diciéndole: "Cómo permites que tus discípulos profanen así el día del Señor?"

Jesucristo tomó a su cargo la defensa de los acusados, increpó duramente la hipocresía de los fariseos y terminó su alegato con las magistrales palabras: "se ha hecho el sábado para los hombres, en su beneficio, y no han sido creados los hombres para sujetarse al sábado.

Los dos pasajes anteriores tuvieron lugar en Galilea. Cuatro más nos cuenta el Evangelio que sucedieron en Judea: la curación del ciego, de un hidrópico, de la mujer encorvada y de un hombre paralítico, todos obrados en día sábado, ante el escándalo de los fariseos que cada vez salían confundidos de la presencia del Maestro reconociendo su falta de sinceridad en la observancia de la ley sabatina.



-XIII- EL DOMINGO DE LA NUEVA LEY

En el judaísmo no existía el día domingo; este nombre era desconocido; con el sábado terminaba la semana; este día era el día del Señor, el día santo porque Dios se había reservado para Sí y el hombre debía santificarlo, descansando del trabajo servil y consagrándole al culto divino.

Jesucristo, Redentor de la humanidad, no vino a derrocar la Ley, sino a perfeccionarla. Con su presencia en la tierra terminó la Antigua alianza y comenzó la Nueva.

El Decálogo tomó mayor significado porque pasó a ser ley universal. El principio del tercer mandamiento: "Acuérdate de santificar el día del Señor" tomó mayores proporciones; quedó la sustancia del precepto y varió el accidente, el día.

Este mandato divino no podía cambiarse, pero al mudarse la alianza o el pacto de Dios con los hombres, debía cambiarse el día consagrado al descanso humano y al culto divino.

La ley antigua era la precursora de la nueva; el ritual mosaico era la sombra del Evangelio; al brillar la luz de la verdad cristiana se aclaró la penumbra del judaísmo. Al sábado que recordaba el descanso de Dios Creador, sustituyó el domingo en recuerdo de Dios Redentor.

Murió Jesucristo en manos de la justicia Redentora; triunfó el pecado y la muerte y su triunfo hubiera sido eterno si Cristo no hubiera resu-

citado. El triunfo de los enemigos de Cristo fué efímero; la victoria de Jesucristo es eterna, porque se basa en el hecho divino de su resurrección.

Si Jesús no hubiera resucitado, su obra habría desaparecido al tercer día de su muerte; los Apóstoles, que huyeron al ver a su Maestro maniatado, preso y sentenciado a muerte, no esperaban sino la mañana del domingo, para acabar con toda ilusión, y volver avergonzados al humilde oficio y a la ocupación diaria que dejaron, oyendo la invitación del Rabí crucificado.

Jesucristo resucitó al día siguiente del gran sábado judío; ese día, es el día del Señor que venció a la muerte, al pecado y al demonio; el día de la resurrección es el día de Dios, porque se obró el milagro por excelencia, la creación espiritual del mundo; es el día del Señor omnipotente, del DOMINUS, de donde viene etimológicamente el domingo, el gran día del cristianismo.

He aquí la razón primordial del cambio de día para santificarlo. Así como en el primer día de la creación del universo, brilló la luz y el caos se convirtió en vida, así también el primer día del cristianismo, que fué el domingo de la resurrección, brilló en el mundo regenerado la luz de Cristo, fué el primer día de la nueva creación, porque como dice San Pablo (Gal VI-15) "la Redención es otra creación, que fué completada en domingo".

El día domingo siguiente a la Ascensión de Jesús al Cielo, descendió el Espíritu Santo sobre la tierra, para santificar a la naciente Iglesia cris-

tiana. El domingo es también el día de Dios Santificador.

Las palabras de Jehová al pueblo escogido: "Acuérdate de santificar el día de Dios", fueron cumplidas y adaptadas al sábado. Este mismo mandamiento fué confirmado por Jesucristo: "santificar el día de fiesta", pero la gran fiesta del cristianismo se hizo el domingo y aunque el Señor no dijo con palabras, al escoger este día para su victoria definitiva, lo consagró, lo santificó, y lo segregó para que fuese el día santo por excelencia.

El precepto divino se cambió en lo accidental, con beneplácito del mismo legislador. La conmemoración del descanso de Dios Creador, se celebra recordando el triunfo de Dios Redentor y la venida de Dios Santificador.

El sábado del Antiguo Testamento, era figura del domingo de la nueva Ley; la humanidad sigue cumpliendo con el tercer mandamiento del Decálogo, reservando el último día de la semana para su descanso corporal y para el culto oficial al Creador.



-XIV- MIRADA DE CONJUNTO

La vida de Jesucristo se divide en tres períodos marcados: infancia y vida oculta - vida pública o evangélica - pasión y glorificación.

EL PRIMER período es el más largo en años, pues comprende más de treinta, pero es el más corto en hechos. Los Evangelistas Marcos y Juan nada dicen de este tiempo. Mateo y Lucas apenas lo mencionan, dándose datos generales, en dos capítulos.

Lo que nos refiere San Lucas es de mayor importancia, porque, como el mismo dice: "se ha informado todo exactamente, desde su primer origen" y puede ser que la mejor informante haya sido la Madre de Jesús, testigo de toda la vida hogareña de más de treinta años. (Luc. I-3) Un comentarista del Evangelio dice: "abundan en los dos primeros capítulos de San Lucas, toques tan dulces y tan delicados que delatan la mano de una Virgen y el corazón de una Madre".

Toda la infancia y vida oculta de Jesús, está reducida en los Evangelios, a la genealogía, nacimiento, adoración de pastores y reyes, huida a Egipto y visita al Templo. El compendio de más de treinta años de vida hogareña es: "Jesús crecía en edad, en sabiduría, en gracia, delante de Dios y de los hombres y María conservaba el recuerdo de todas esas cosas, en su corazón". (Luc. II-51).

EL SEGUNDO período comprende tiempo

corto en años, pues no llegan a cuatro, pero es el más largo y variado en acontecimientos.

A los meses que precedieron a la primera Pascua, pertenecen el Bautismo de Cristo, el retiro en el desierto, el encuentro con los primeros discípulos y el milagro en Caná de Galilea.

El primer año de predicación fué como ensayo para el establecimiento del reino mesiánico. Fué el Maestro a Jerusalén, donde inauguró su ministerio, pero la indiferencia del auditorio y la animadversión de los fariseos y escribas, obligaron a Jesús a cambiar de planes. Resolvió el Señor comenzar la evangelización por la Galilea; los galileos, aunque más rudos que los judíos y en contacto más íntimo con los gentiles, eran más sinceros, más entusiastas y resueltos; su religión era más pura, porque estaba menos contaminada por las ideas farisaicas.

En Cafarnaún dió la primera misión con éxito asombroso. La fama del Rabí taumaturgo voló por toda la región; quedó el campo abierto y preparado para lo sucesivo. Cada vez aumentaba el auditorio y crecía el número de discípulos.

Para la segunda Pascua fué nuevamente el Maestro a Jerusalén, siendo recibido mejor, por las noticias llegadas de la región vecina. No se quedó mucho tiempo y prefirió volver a tierras galileas, donde se resolvió a organizar el reino mesiánico eligiendo los apóstoles y predicando las bienaventuranzas.

Formado el colegio apostólico y seguido de innumerables discípulos y pueblo, ansioso de oír la

Buena Nueva y recibir milagros a granel, continuaba Jesús su misión; los fariseos se levantaron furiosos y llenos de envidia y mal entendido celo contra el Rabí Nazareno, obligándole, por prudencia, a retirarse a la región oriental del Tiberíades.

El tercer año de predicación fué azaroso. Crecía el odio y persecución de los enemigos; el auditorio comprendía mal la doctrina; los nazarenos le difamaron; estas razones obligaron a Jesús a adoptar el método parabólico en la predicación y a permanecer un tiempo más en las regiones de Siria y Fenicia.

Volvió a Galilea cuando estaban los ánimos calmados y fué a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos. Siguió predicando en Judea. El domingo antes de la cuarta Pascua, entró en la ciudad santa aclamado por la muchedumbre como Mesías y Rey.

El Sanedrín no pudo contener su rabia y ese mismo día, decretó la muerte del Galileo y siguió buscando acusaciones y la manera de apresarle.

EL TERCER período es cortísimo en tiempo, pero importantísimo en hechos, son cuarenta y cuatro días divididos en tres etapas: preliminares de la pasión-pasión y muerte-glorificación.

La Cena, el lavatorio de los pies, la institución de la Eucaristía y el Sacerdocio, la despedida, son los preludios de la Pasión. Esta comienza en Getsemaní, con esbozos de fracaso, por la dispersión de los apóstoles y la negación de Pedro; continúa dolorosa con azotes, corona de espinas, cruz y clavos; culmina con la muerte y sepultura.

La fría loza de Arimatea, parece que cubre para siempre el cadáver del Rabí y oculta eternamente su nombre, doctrina, milagros y misión; pero la tercera etapa de este período cambia todo radicalmente. Resucita Jesucristo, se aparece a sus apóstoles; sube al Cielo, manda al Espíritu Santo para sellar gloriosamente su obra y la Iglesia cristiana se consolida con vida eterna.



-XV- ¿QUIEN ES JESUCRISTO?

Es un ser histórico. La historia nombra a un personaje llamado Jesús de Nazaret.

Flavio Josefo, historiador del año 40 al 100 de la era cristiana, cita a Jesús, por sobrenombre Cristo, a Juan Bautista arrestado por Herodes, relata el martirio del Apóstol Santiago lapidado en Jerusalén y se refiere al drama del Calvario.

Plinio, escribiendo a Trajano, en el año 110, habla de Cristo y de los cristianos.

Tácito, en el relato del incendio de Roma, en el año 115, se refiere a Jesucristo sentenciado a muerte de cruz por Poncio Pilato, bajo el reinado de Tiberio; hace alusión a los cristianos a quienes Nerón culpó el incendio, indicando que este nombre les viene de Cristo el judío.

Seutonio, en el año 120, relatando la vida de Nerón, dice que infligió tormentos refinados y suplicios atroces a los cristianos, gentes entregadas a la superstición, y que adoraban a un dios llamado Jesucristo, hijo de un carpintero de Nazaret.

Lo cierto es que cuarenta años después de la muerte de Jesús, su nombre y su obra eran conocidos en Roma y estaban grabados en las páginas de la historia contemporánea, que narra las luchas incipientes entre los adeptos a la nueva religión del Crucificado y el paganismo.

Jesucristo es un personaje histórico. Ningún

hombre culto puede negar esto. Pero, ¿es un ser humano o una persona divina?

Para algunos, Jesús no es sino uno de tantos Profetas del judaísmo, caudillo del pueblo israelita, experto Rabí galileo, hábil nigromante, antes que taumaturgo.

Otros presentaban a Jesús como un superhombre, uno de aquellos que aparecen en la tierra de tiempo en tiempo, hipnotizador de las muchedumbres y dominador de pueblos.

Se ha dicho que fué un inteligente aventurero, quien en los treinta años de su vida oculta pasó formando su inteligencia y voluntad en ateneos orientales, haciendo estudios escriturarios, para predicar una doctrina nueva y aparecer ante el pueblo hebreo como el Mesías prometido.

Todas las fábulas inventadas en torno de Cristo con el diabólico fin de destruir su Iglesia, se han esfumado ante la verdad católica: Jesucristo es Dios hecho hombre.

El mismo dijo así y lo probó en privado y en público, ante los tribunales religiosos y civiles. Esta fue la única acusación y el único motivo para su sentencia de muerte; pero nunca fué disimulada, ni retractada, porque la verdad está por encima de todo.

Los judíos dicen claramente a Pilato: "Nosotros tenemos una ley y según ella, Jesús debe morir porque dicese ser hijo de Dios". (Jn. XIX-7).

Cristo probó su divinidad con milagros, que son las obras de Dios. Los mismos enemigos fue-

ron testigos de esos milagros y sin poder negarlos decían: "Este hace muchos milagros y si le dejamos libre, todo el pueblo va a creer en El". (Jn. XI-47).

Jesucristo desafiaba a sus adversarios diciéndoles: "Mis obras manifiestan quien soy. No queréis creer en mis palabras; creedme por las obras que hago". (Juan. X-25-38).

Los milagros son las credenciales de la divinidad; son el sello de Dios; Jesús hizo milagros numerosos y variados; luego es Dios.

El milagro, esencialmente hablando, es un hecho superhumano. En la historia evangélica encontramos el relato de los milagros de Cristo. Unos cambian una materia en otra, como el agua en vino en Caná; otros la sacan de la nada, como la multiplicación de los panes, por dos ocasiones; cura toda clase de enfermedades, sin que haya relación alguna entre el fin y los medios usados. Resucitan los muertos, obedecen los demonios, se cambian las leyes naturales, suspéndese el curso del movimiento universal. Los milagros evangélicos son innegables e insustituibles porque forman un todo ordenado y lógico con la doctrina y con los otros hechos de la vida de Jesús.

Jesucristo es Dios. No hace falta probar que es Hombre, porque miles de testigos constataron su humanidad. El mismo Evangelio nos presenta a Cristo como hombre; comiendo, durmiendo, descansando para reparar las fuerzas corporales; con

túnica y manto, con sandalias y pañuelo a la cabeza, para cubrir y proteger el cuerpo. Los discípulos le conocieron y le siguieron como a hombre; la primera pregunta que le hacen es: ¿"Maestro, dónde vives?". "Venid y veréis", contestó Jesús y los Evangelistas dicen: "que fueron y vivieron con El", con Dios hecho Hombre. (Juan. I-39)



-XVI- PRELIMINARES AL NACIMIENTO

Se dice que NAZARET, significa "ciudad florida; otros traducen por "Atalaya"; San Jerónimo la denomina "flor de Galilea". Todas las interpretaciones corresponden a la realidad, porque la villa nazarena, vista desde la llanura de Esdrelón, parece jardín florido, por los tulipanes, anémonas y escabiosas que florecen en sus huertos. Es atalaya porque se asoma en la altura, atizbando al que atraviesa el valle.

Nazaret sigue siendo un rincón apacible y gracioso, separado del bullicio comercial de Tiberíades. En esta pintoresca ciudad, tenía su casita blanca una doncella llamada María, hija única de Joaquín y Ana. Era la Virgen, la flor de Nazaret y la perla de Galilea, en el jardín y en la concha de un pueblo privilegiado.

Un día primaveral estaba María orando en la soledad del recinto, cuando su plegaria fue interrumpida con la visión de un ángel. El mensajero celestial saludó a la Virgen con palabras inusitadas: "Dios te salve; el Señor es contigo; has encontrado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y darás a luz un hijo que será el Salvador. El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con tu sombra. Lo santo que nacerá de tí, será el Hijo de Dios (Luc. I-26).

Turbóse María ante tan sublime mensaje: "Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco, ni conoceré varón". Gabriel, el divino mensajero, volvió a explicar el misterio de la encarnación y consiguió de la Virgen el asentimiento: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Luc. I-34-38).

Ese momento se posó la virtud del Altísimo sobre el capullo nacarado de Nazaret y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. (Juan. I-14-15)

Al anunciar el Arcángel a María la encarnación del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, le notificó, como prueba de la omnipotencia divina, que su prima Isabel, era también madre del precursor del Mesías. (Luc. I-36-37).

Llena de santa alegría, la Madre de Dios emprendió viaje hacia el pueblo de Ain-Karín, que se extiende silencioso en la montaña, a seis kilómetros de Jerusalén. Allá vivía su pariente Isabel, esposa del sacerdote Zacarías, quien servía en el Templo cuando le tocaba el turno; con ellos debía María asociarse para glorificar al Dios de Israel por el cumplimiento de las promesas mesiánicas, pues había oído el toque de la hora de la redención humana.

Embargada de emociones celestiales permaneció María en casa de su prima Isabel, hasta el nacimiento de Juan Bautista. (Luc. I-56).

Las escenas de esta visita tuvieron sus entreactos poéticos, en los himnos de acción de gracias cantados por la Virgen, en el "Magnificat", como contestación al saludo de los visitados; "Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre", y en el "Benedictus" de Zacarías. (Luc. I-42-46-68). Estos dos himnos se repiten diariamente en la tierra y su eco resuena eternamente en el cielo. Todas las generaciones siguen aclamando a María "Bienaventurada porque el Todopoderoso la escogió para cumplir la promesa hecha a Abrahán y a sus descendientes". (Luc. I-48-49-55).

Pasados tres o cuatro meses, volvió María a Nazaret para preparar el nacimiento de su hijo e Hijo de Dios. Un grave problema había de por medio. La situación de la Virgen al tiempo de la Anunciación la definen los Evangelistas, diciendo: "Estaba María desposada con José". (Luc. I-27-Mat. I-18). María era esposa verdadera de José, quien al notar las señales externas de la maternidad, habiendo cohabitado virginalmente con ella, no sabía como explicar aquella concepción. Un angel de Dios fué el encargado de hacer saber al esposo lo acaecido con su señora. María no había sido infiel; no había perdido la virginidad. Lo concebido es obra del Espíritu de Dios. Dará a luz un hijo que será Jesús, el Redentor. (Mat. I-20).'

Un Angel fué el nuncio divino ante José. Tal vez fué el mismo Gabriel, el que notificó a Zacarías la concepción del Bautista, el que anunció a María

la encarnación del Verbo. Gabriel, llamado con razón el Arcangel de la Redención, fué el mensajero de Dios, el encargado de cerrar la última página del Antiguo Testamento y de abrir la primera de la Nueva Alianza; Gabriel es el Angel testigo de los desposorios del cielo con la tierra, el paraninfo o encargado de noticiar los acontecimientos preliminares al nacimiento de Jesús.



-XVII. HACIA BELEN

Estaba profetizado que el Mesías nacería en Belén de Judá. Setecientos años antes del nacimiento de Jesús, Miqueas exclamó: "Belén, tu no eres la última entre las ciudades de Judá, porque de tí saldrá el caudillo de mi pueblo, cuya generación se remonta a la eternidad." (Miq. V-2)

San Lucas cuenta el motivo del viaje a Belén: "El Emperador romano mandó en todo el imperio un empadronamiento general". Palestina, prácticamente, estaba sujeta a Roma y el edicto obligaba a los judíos. (Luc. II-1-5).

Este censo se levantaba por familias, debiendo cada una empadronarse en la ciudad de su alcurnia y linaje. José y María debían trasladarse a Belén, ciudad de David, de quien descendían.

Estaba entrado el invierno; el mes de Diciembre declinaba, cuando los esposos emprendieron el camino. De Nazaret a Belén, había entonces unos 120 kilómetros, que lo repartieron en tres jornadas.

De Jerusalén a Belén, no hay sino dos leguas que las caminaron alegremente los santos viajeros, recorriendo presurosos los senderos por donde pasaron sus ascendientes. Al doblar el último collado, divisaron la ciudad blanca y alegre, asentada entre el verdor del valle. Pasaron junto a la tumba de Raquel y entraron en la villa, recordando a sus progenitores, patriarcas y reyes, dueños de esas campiñas.

Belén estaba saturado de gente forastera; las calles apenas se abrían para el tránsito; en las puertas y ventanas de las casas, se asomaban parientes y amigos de los dueños; en los portales de las plazas, habían acampado los que no encontraron mejor hospedaje. Centenares de familias habían acudido a la sede de su alcurnia para empadronarse y la ciudad rebosaba de alegría y de gente.

José golpeó la puerta de las casas de parientes y amigos. Necesitaba una posada apacible y libre de miradas indiscretas. María sabía que el alumbramiento se aproximaba y que debía efectuarse milagrosamente.

La tarde venía ligera; el sol buscaba apresurado su ocaso; comenzaba a tenderse la niebla precursora de una noche oscura y fría. José y María, no encontrando albergue en la ciudad, pensaron en los suburbios, donde quizá alguna familia pobre les daría cariñoso hospedaje. Siguieron el declive oriental del camino de Belén y lo más cómodo que encontraron fué una cueva o gruta que servía de pesebre a los animales.

San José la limpió y arregló lo mejor posible para acomodar a la Virgen. Allí nació Jesús, el Redentor del mundo.

“Dió a luz, y recostole en un pesebre”, dice Lucas (II-7) refiriéndose al nacimiento de Cristo.

El vocablo “pesebre” debe entenderse según el modo de hablar y las costumbres ganaderas de entonces. Pesebre es un establo, pero no uno edificado por los hombres, más o menos cómodo y lu-

joso; el pesebre donde nació Jesucristo fué una cueva, una caverna, excavada en la peña de un montículo, separada de las casas del pueblo de Belén.

Estas cuevas abundaban en el campo y aprovechaban los animales para defenderse del calor del sol o del frío de la noche y los ganaderos las ocupaban para alimentar allí a sus bestias regando el forraje. Actualmente se ven también cuevas similares en los campos de Palestina.

“Mordaz, pero exacta, es la advertencia de Papini”, dice un autor, refiriéndose a las palabras del cognotado escritor, quién haciéndose alusión al establo donde nació Jesús ha dicho con toda verdad: “Ese establo no es el alegre pórtico que los pintores han inventado como avergonzados de que Dios hubiera estado acostado en la miseria y en la suciedad. No es tampoco el establo o nacimiento de yeso de las confiterías. Ni los establos compuestos por las novicias o presentado lujosamente por los párrocos, o soñados por los niños. El verdadero establo donde nació Jesús fué oscuro, sucio, hediondo.....”

Fué oscuro como toda cueva sin salida y, seguramente, un mechero alumbraba dentro para poder actuar.

Fué sucio y hediondo porque esa caverna contenía las majadas de los animales y las basuras del forraje recolectadas por mucho tiempo. —Así nació Jesús, en un pesebre, porque no hubo sitio para su madre en el mesón o poblado de Belén. María le envolvió en pañales, sencillos y vulgares, cual suelen ser los de los pobres. (Luc. II-8)

Por lo que relata el Evangelista, se desprende que el nacimiento de Jesús tuvo lugar en la noche; en lo dicho del pesebre, se funda la tradición que pone junto al niño recién nacido un buey y un asno; allí debían estar estos animales, refugiándose de la lluvia y buscando el pienso.

Los pastores que acudieron a visitar al niño Dios, eran pastores nómadas que estaban velando su ganado, pasando la noche al sereno, cobijados por el ancho cielo negro y oscuro de aquella noche sin estrellas, porque todas estaban recogidas presenciando el nacimiento de Jesucristo.



-XVIII- CIRCUNCISION, PRESENTACION, NOMBRE.

La circuncisión fué impuesta por Dios a los hebreos como señal perenne de elección y testimonio de adscripción al pueblo escogido.

La ley de la presentación obligaba a los israelitas a presentar en el Templo a todos los primogénitos, consagrándoles a Dios; en virtud de esta ceremonia y por disposición divina, todos los primeros hijos varones debían servir perpetuamente en la casa de Dios. Para evadirse de esta obligación debían ser rescatados mediante una contribución pecuniaria en beneficio del Templo.

La ley prescribía que el rescate debía realizarse cuando el niño tenía un mes. El precio era de cinco ciclos de plata que ingresaban al tesoro sagrado.

La circuncisión consistía en un corte circular o al rededor del miembro viril del niño; era una herida pequeña, pero sangrante, con la cual se señalaba al recién nacido y era reconocido como descendiente de Abrahán y heredero de las promesas mesiánicas.

El origen de esta ceremonia religiosa está en la prescripción de Jehová a su pueblo: "Como señal del pacto entre Mí y vosotros, todo varón, en vuestras generaciones, será circuncidado a los ocho días de nacido, aún cuando ese octavo día caiga en sábado". (Gen. XVII-10).

La circuncisión era una especie de sacramento de la Antigua Ley; en virtud de la promesa de Dios a Abrahán y sus descendientes y mediante esa ceremonia, se perdonaba el pecado original. La presentación era también a modo de sacramento que consagraba a los futuros levitas del santuario. El rescate se originó cuando Dios escogió únicamente a la tribu de Leví para las funciones sacerdotales, quedando libres del servicio del Templo, los descendientes de las otras tribus, mediante esa limosna. (Exodo XIII-12-XVIII-16).

Salta a la vista que Jesucristo estaba libre de estas leyes, no embargante se sujetó a ellas, para darnos ejemplo de obediencia a la autoridad divina y humana. A los ocho días de nacido fué circuncidado por su padre adoptivo y al mes fué presentado en el Templo de Jerusalén, en brazos de su madre verdadera..

Conforme a la costumbre Judía, el día de la circuncisión, se le impuso también al Niño Dios el nombre de JESUS, o mejor dicho, San José proclamó oficialmente el nombre del Redentor, nombre traído del cielo e indicado por el angel a María, el día de la Anunciación. (Luc. II-31).

El Redentor de la humanidad tuvo muchos nombres, siglos antes de la Encarnación. El Profeta Isaías le llamó: "Príncipe de la paz, Admirable, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Consejero del Altísimo". (Is. IX-6). Su nombre propio era Dios, pero como Salvador de los hombres le correspondía el nombre de Jesús, que en hebreo es

Yesua, abreviación de Yehosua, que se traduce por Dios-Salvador.

Nombre sublime, "nombre sobre todo nombre", como dice San Pablo, "Porque al nombre de Jesús se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno". (Filip. II-10)

Se completa el nombre de Jesús con el de Cristo, palabra griega que significa: Ungido, Embajador, Mesías.

El nombre de Cristo fué pronunciado por el ~~angel~~ que anunció a los pastores el nacimiento del Señor: "Hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador que es Cristo. (Luc. II-11).

En la genealogía de Jesús dice el Evangelista: "Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo". (Mat. I-16).

El nombre de Jesús, fué grabado en tres idiomas en el rótulo de la cruz. (Jn. XIX-19).

El primer milagro que hizo San Pedro curando al paralítico en la puerta del Templo, lo hizo invocando el nombre de Jesús. Las conversiones en masa de los judíos en los días de Pentecostés se obraron al nombre de Jesús Nazareno. (Act. IV-4).

Cuando el Sanedrín llamó a juicio a los apóstoles y les preguntó: "¿en nombre de quién predicáis y hacéis milagros?" San Pedro, jefe del apostolado cristiano, contestó: "Príncipes del pueblo y ancianos de Israel, escuchad: declaramos que hablamos y curamos en nombre de Jesús nazareno, a quién vosotros crucificásteis". (Act. IV-5).

Los escribas y fariseos ya no temen a la persona de Cristo, sino a su nombre, "llamaron a los discípulos del crucificado y les intimaron que no hablasen, ni enseñasen en nombre de Jesús." (Act. IV-17).

Este nombre fué el baluarte del cristianismo en los primeros siglos. Los cruzados de la edad media se lanzan a la lucha religiosa con el nombre de Jesús en los labios y en el corazón. Este nombre salvará al mundo moderno, cuando los cristianos cumplan con el segundo precepto del Decálogo: "No tomar el nombre de Dios en vano". (Exodo XX-7).

El nombre santo de nuestro Dios es: Jesucristo, alfa y omega, principio y fin de todo. (Apoc. XXI-6)



-XIX- DESARROLLO DE JESUS

El Hijo de Dios hubiera podido aparecer en la tierra repentinamente y en edad viril, lleno de gloria y majestad.

Así esperaban los judíos al Mesías: un rey coronado, seguido de vasallos, rodeado de un ejército poderoso, colmado de riquezas. Así podía presentarse Jesucristo en la tierra; pero sucedió lo contrario. La señal de su presencia fué: "Encontraréis a un niño, envuelto en pañales y recostado en un pesebre". (Luc. II-12)

Jesús sigue en su venida al mundo la trayectoria ordinaria de la naturaleza humana. Comienza por embrión en el seno materno y continúa su gestación durante nueve meses. Nace y crece como todo niño; se hace adolescente, joven, hombre.

Este camino natural tiene dos excepciones en Jesús. Su concepción fué milagrosa, sin intervención de varón, por obra y gracia del Espíritu Santo. Su cuerpo se formó en el seno virginal de María extraordinariamente.

Su nacimiento es la segunda excepción.

Nació milagrosamente. Salió del vientre de la Virgen, como la purísima luz solar atraviesa el nítido cristal, sin romperlo, ni empañarlo. Del mismo modo que su cuerpo salió del sepulcro, a través de la piedra que cerraba su tumba. Como penetró corporalmente por las puertas del Cenáculo herméticamente clausuradas. Así Jesús, al nacer,

atravesó el cuerpo virginal de María, dejándole intacto, sagrado y virgen.

Ignoran los atributos divinos, los que tropiezan con dificultades ante los hechos sobrenaturales de la concepción y nacimiento de Jesús.

Fuera de estas dos excepciones, la naturaleza humana sigue su curso normal en la vida de Cristo. Nace y su Madre le envuelve en pañales y le reclina en una cuna; a los ocho días se le circuncida y al mes es presentado en el Templo. En Nazaret, crece Jesús en edad, en sabiduría y en gracia. (Luc. II-52). Sus miembros corporales y sus facultades espirituales van fortaleciéndose con el alimento, el aire, el sol y el trabajo; con el estudio y la oración.

La niñez de Jesús se desarrolla tranquila en la felicidad del hogar y en la paz del campo. Su juventud surge vigorosa en el ambiente popular apacible y sano.

Durante treinta años disfrutó Jesús de las delicias de un hogar saturado de felicidad y perfumado de sonrisas. Estuvo oculto y pasó desconocido, como se esconde el sol, entre las acariciadoras nubes matinales, en los días de otoño, para brillar mejor al medio día.

Jesús creció en Nazaret física, intelectual y espiritualmente. La vida del hogar dejó en su persona huellas inconfundibles. Salió a cumplir su misión evangélica, convertido en un hombre perfecto.

Dice el P. Leal S. J.: "la gimnasia del trabajo ordenado fortificó su cuerpo; los paseos por

las colinas de su pueblo dilataron su pecho y le dieron voz clara y sonora; la vida sana de su adolescencia fué fuente de energía para los trabajos que admiramos en el ministerio evangélico. Largas y contínuas jornadas a pie por caminos accidentados; climas tan opuestos como los de las alturas, llanuras y riberas de Palestina; falta de alimento y sueño, en tres años de vida apostólica, es prueba evidente de su fortaleza corporal”.

No cabe duda que el trabajo fué la ocupación ordinaria de Jesús, desde los doce hasta los treinta años. Sus paisanos le vieron diariamente trabajando en el taller de San José. Por esto se extrañaron al verle convertido de la noche a la mañana en Rabí y se preguntaban: “No es este el carpintero, hijo de José?”. (Mat. XIII-55-Marc. VI-3).

Sus coterráneos le conocieron niño, dando los primeros pasos y balbuceando las palabras; adolescente, jugando en la plaza del pueblo; joven, asistiendo a la Sinagoga. Los nazarenos le vieron crecer en edad.

Crecía Jesús en sabiduría aprendiendo de labios de su madre la Ley y repitiendo los versículos de la Biblia. En la escuela de su pueblo, confundido con los otros niños, aprendió a leer, escribir, aritmética e idiomas.

Crecía en gracia, pues a medida que pasaba de una edad a otra, de la infancia a la niñez, de ésta a la adolescencia y a la juventud; a medida que adelantaba en el conocimiento de las ciencias humanas, iba, año tras año, manifestando virtudes y santidad que le acarreaban la admiración de los hombres y la complacencia del Padre celestial.

-XX- EPIFANIA

Cumplida con la ceremonia legal de la Presentación de Jesús en el Templo, volvió la sagrada familia a Belén. Había conseguido San José una casita mejor acondicionada que la gruta del nacimiento y de acuerdo con la Virgen resolvieron quedarse viviendo unos meses en la ciudad de David. En este tiempo tuvo lugar la "epifanía" o manifestación de Jesucristo a los gentiles.

Debía cumplirse una profecía: "Vendrán de Saba, trayendo oro, incienso y mirra y publicarán las grandezas de Jehová." (Is. 60)

"Unos Magos vinieron del Oriente, dice San Mateo, preguntando por el Rey de los Judíos, cuya estrella habían visto y querían adorarle". (Mat.II-1)

Es digno de anotarse que Jesús es llamado REY de los judíos cuando nace y que tendrá el mismo título al morir. Encima de la cabeza del Señor crucificado estaba el rótulo, en tres idiomas: Jesús nazareno REY de los judíos.

Por la expresión evangélica MAGOS de ORIENTE se debe entender, de acuerdo con la tradición, unos hombres sabios y poderosos, originarios de Persia o del país que se extiende desde la Transjordania hacia el oriente de Palestina.

El término "mago" deriva de la raíz "mag", teniendo la misma etimología que la palabra latina MAGNUS, la del Sánscrito MAHA, y la del persa

MAGHU, que son sinónimas de GRANDE o ilustre, en castellano.

Entre los Persas y Medos se distinguían con ese nombre a los descendientes de uno de los antiguos pueblos de Media, dedicados a la ciencia y a la religión.

Desde la cautividad de los judíos en tiempo de Nabucodonosor, la religión de los hebreos, su tradición y sus esperanzas mesiánicas se difundieron entre los pueblos orientales; era conocida la Biblia; seguramente los Magos profundizaron el estudio de las Sagradas Escrituras y estaban al tanto de las profecías y del tiempo de su cumplimiento.

No eran, propiamente hablando, reyes; pero se les daba este título por su nobleza, ilustración y sacerdocio. Nada se sabe de cierto acerca del número de los visitantes a Cristo, ni de sus nombres, ni de donde vinieron, ni la naturaleza de la estrella que les condujo.

Lo cierto es que fueron varios, porque el Evangelio emplea el plural, al hablar de su visita y adoración al Señor. La tradición más común señala TRES y da sus nombres. Melchor, anciano, de luenga barba y larga cabellera, ofreció a Jesús el metal precioso, reconociéndole como Rey.

Gaspar, joven imberbe, rubio, adoró al Niño reconociendo su divinidad y le ofreció incienso.

Baltazar, moreno, de cabellera ensortijada, ojos grises, ofreció mirra, proclamando la humanidad del Señor.

Como los Evangelistas no dicen sino: "unos

Magos vinieron del Oriente a Jerusalén", no se puede precisar de qué país oriental se trata. Parece ser Persia, porque el nombre de Magos es persa, porque en esa nación abundaban hombres ilustres y era costumbre ofrendar en las visitas a los reyes los presentes que trajeron a Jesús; además, de origen persa son los vestidos con que se los ve adornados en las pinturas correspondientes al siglo segundo.

Con mayores incógnitas nos encontramos respecto a la estrella que vieron y siguieron hasta llegar al término de su viaje. ¿Fue una estrella natural? ¿O tuvieron una visión sobrenatural?

Admitiendo la creencia de entonces y aún de ahora, que cada criatura viene al mundo con su estrella, por lo cual dicen los Magos: "vimos su estrella" (Mat. II-2), ¿cómo conocieron que esa estrella era la de JESUCRISTO?

La única solución es que esos sabios orientales vieron una noche rutilar una estrella desconocida, que presagiaba algún grande acontecimiento en el mundo y oyeron la voz de Dios que les avisaba lo acontecido y sintieron el impulso de la gracia divina que les llevaba a adorar al Personaje anunciado por la estrella.

Lo cierto es que Jesús trajo hacia Sí a la gentilidad, representada por los Príncipes orientales llamados Magos, y se hizo reconocer como el Redentor del mundo.- ¡Bendita EPIFANIA!!!

-XXI- CONSECUENCIAS DE LA VISITA

La presencia de los Magos turbó a Herodes y a toda la ciudad de Jerusalén. Sin atinar que hacer, en medio de su turbación, pensó Herodes, sabia, aunque cruelmente, la manera de terminar con el anunciado Rey de los judíos. "Averiguó cuidadosamente a los Magos el día de la aparición de la estrella y, de acuerdo con la noticia, mandó matar a todos los niños, que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo."

Lo más natural es pensar que la estrella se apareciese a los Magos, la noche misma del nacimiento de Jesús. Con esta suposición y aceptando que los visitantes eran persas, podemos acercarnos al tiempo de su venida, para acordar con los dos años que calculó Herodes en su orden sanguinaria.

La capital de Persia, dista de Jerusalén algo más de 2.000 kilómetros. La manera de viajar entonces, era cabalgando camellos y en etapas de cuarenta kilómetros diarios; luego, solamente los días de camino hacen más de dos meses, a lo cual hay que añadir los preparativos, peripeccias y consecuencias del viaje. No se puede calcular menos de seis meses desde la aparición de la estrella hasta la entrevista de los Magos con Herodes.

Este rey tiránico se había turbado muchas veces ante el temor de perder su corona; siempre se mantuvo en el poder a fuerza de intrigas y violencias; esta ocasión tuvo razón de turbarse más; no le quedaba otro recurso que matar al Niño Rey.

Esperaba la vuelta de los Magos de Belén a Jerusalén, para cerciorarse de la verdad del Nacimiento del Rey de los judíos, de su edad exacta, de las condiciones en que se hallaba; pero los visitantes no volvieron con las noticias anheladas.

Los Magos, sencillos y de buena voluntad, no se habían percatado de la hipocresía y astucia de Herodes y estaban resueltos a volver a su tierra por el mismo camino recorrido, pasando por Jerusalén y comunicando al reyezuelo sus impresiones. Tuvo que intervenir la Divina Providencia para desbaratar los planes del tirano.

“Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino”, dice el Evangelista. (Mat. II-12). Los Magos permanecieron tres días en Belén; la víspera del viaje de retorno, un angel del cielo, tal vez el mismo Arcángel de la Redención, ordenó en nombre de Dios a los visitantes, que no tocaran a Jerusalén en su vuelta. Regresaron al oriente cruzando el Jordán y atravesando la meseta de Moab, hasta tomar la vía ordinaria para Persia.

La misma noche del mensaje divino a los Magos, recibe José, el padre legal de Jesús, la visita del angel que le dice; “toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida”. (Mat. II-13)

Egipto fué para los judíos refugio en épocas de guerra, persecusión y hambre, tres siglos antes de Cristo. Allá se encamina la Sagrada Familia por caminos desconocidos y venciendo mil incomodida-

des, con la zozobra incesante por la vida del Niño, porque conocía la astucia del perseguidor.

Herodes esperó hasta cuatro días a los Magos; sabedor de la burla que le hicieron, montó en cólera y ya no encontrando al Niño en Belén, mandó degollar a todos los niños de la comarca betlemita, convencido de que en esta batida general cayese el anunciado rey.

La orden fué cumplida puntualmente. Muchos niños inocentes fueron sacrificados y su sangre fué la precursora de la sangre redentora. El degüello de los niños varones, de dos años abajo, decretado por Herodes en la comarca de Belén es un hecho históricamente cierto, citado por historiadores paganos y conocido en Roma, confirmándose así la veracidad del Evangelio.

Discrepan los comentaristas acerca del tiempo de permanencia de la Sagrada familia en Egipto. Lo cierto es únicamente lo que dice el Evangelio: "Muerto ya Herodes, el angel del Señor se apareció a José en Egipto y le dijo: levántate toma al Niño y a su Madre y vete a la tierra de Israel, porque es muerto el que atentaba contra la vida del Niño. (Mat. II-19).

Regresaron, según esto, algún tiempo después del mes de Abril del año 750, porque según afirma Flavio Josefo, Herodes murió en los primeros días de la primavera del año 750 de Roma, a los setenta años de edad y treinta y siete de reinado. Poniendo el nacimiento de Jesús el año 748 y que los Magos visitaron al Señor seis meses después, la permanencia en Egipto fué de año y medio.

.XXII. JESUS NAZARENO

“**V**ete a la tierra de Israel” dijo el angel en Egipto a San José (Mat. II-20). Por tierra israelita entendieron los Padres de Jesús la ciudad de Belén; allá se dirigió la Sagrada Familia.

Habiendo atravesado la frontera palestinese supieron que Arquelao, había sucedido a su padre Herodes, en el gobierno de Judea y “temieron ir a Belén”. (Mat. II-22).

El temor era fundado porque Arquelao no desmentía a su padre en crueldad y en celos por gobernar. Dios mismo se encargó de disipar los temores de San José, quien, “advertido por el angel, se retiró a la región de Galilea, yendo a vivir en una ciudad llamada Nazaret”. (Mat. II-23)

La provincia de Galilea estaba bajo el mando de Herodes Antipas, hermano de Arquelao, pero de carácter muy distinto.

Como sabemos, el cruel Herodes, llamado el grande, para morir hizo testamento repartiendo su dominio entre sus tres hijos: Arquelao, tetrarca de Judea, Idumea y Samaria. Antipas, de Galilea y Perea. Filipino, de la Traconítide, Batanea e Iturrea.

Los Profetas habían predicho que el Mesías sería llamado NAZARENO; (Is. -I-1) esta profecía se plió por las circunstancias antedichas. La Sagrada Familia se estableció definitivamente en Nazaret, donde Jesús pasó la mayor parte de su vida, trein-

ta años largos, por lo cual era conocido como el Nazareno.

Nazaret, pueblo pequeño, sin historia antes de Cristo y en el Evangelio tildado con aquella frase despectiva: "¿Acaso de Nazaret puede salir algo bueno?" (Juan I-46).

Este aforismo, corriente entre los judíos en tiempo de Jesús, nos indica la pequeñez e insignificancia de Nazaret. "El Nazareno" apelaban a Cristo sus contemporáneos usando un término despectivo, que equivalía a decir: gente de escaso talento y de ningún valer. "Nazareno" titularon a Jesucristo, poniendo un rótulo burlesco en la cimera de la Cruz, al denunciar la causa de su muerte.

San Lucas llama a Nazaret "Ciudad de Galilea" (I-26), como dice el Padre Montánchez, guiado más por el afecto del alma, que por los méritos del pueblucho.

Si la geografía se escribiera con el corazón, los cristianos pondríamos a Nazaret a la cabeza de las ciudades del orbe, porque en ella Dios se hizo hombre, en ella desarrolló, creció y moró por más de treinta años.

¿Qué hizo Jesús en Nazaret?- El Evangelio nos dice: "Estaba sujeto a José y María" (Luc. II-51).

Es decir, Jesucristo obedecía, trabajaba ayudando a su Madre en los quehaceres domésticos y a San José en el oficio. Vida rutinaria, como lo es la de un hogar pobre. De la mañana a la noche hacer lo mismo todos los días. Asear la casa, preparar la

comida, arreglar la ropa, era la ocupación de María; hacer yugos, armar casas, componer muebles, era el oficio de José; Jesús, sujeto a ellos, a ambos ayudaba. Barre, limpia los muebles, va a traer agua de la fuente; rrecorre las laderas del monte, recogiendo cardos, zarzas, leña para la cocina; busca yerba para los animales caseros; acompaña a su Madre a lavar la ropa; hace las compras en el mercado; cumple los mandados de su Padre adoptivo; va a entregar las obras del taller y regresa con el dinero ganado; ayuda a mover las tablas, a cortar, a cepillarlas; recoge los desperdicios de madera y lleva al fogón; guarda las herramientas cuando toca la campana de la sinagoga llamando a oración y descanso.

La vida de Jesús en Nazaret fué la vida de un niño y de un joven perteneciente a un hogar pobre, en un pueblito humilde. Nada de extraordinario, nada que pueda revelar la divinidad de Jesús, la grandeza de María, la santidad de José. Todo fué ordinario: un niño sirviente de una nazarena pobre y en el taller de un carpintero; un joven que acompañado de amigos de su clase se divierte los sábados corriendo en las colinas después de haber asistido con sus padres a la lectura y estudio de los libros sagrados en la Sinagoga.

Nazaret, la aldea desconocida en el Antiguo Testamento y despreciada por los mismos israelitas, es ahora la meta suspirada de los turistas y peregrinos que se disputan el honor y la dicha de estar un momento siquiera en el pueblo donde Jesús pasó su vida.

“Oh bella Nazaret, dice un escritor, no eres bella por la hermosura de tu naturaleza, ni porque eres la flor de Galilea con tus naranjos y limoneros, con tus floridos jardines, ni porque desde tus calles se domina el Tabor y el Carmelo, el Líbano y el Hermón, ni porque recoges las brisas y auras del mar. Eres sumamente bella porque Jesús es Nazareno”.



-XXIII- LOS PADRES DE JESUS

Pocas noticias nos da el Evangelio acerca de los padres de Jesús.- Sabemos que María es verdadera madre de Cristo, porque de ella nació, como fruto de concepción uterina. Sabemos que José no fué padre de Jesucristo, en sentido de procreador; que fué su padre legal y adoptivo; ante las gentes que ignoraban el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, pasaba José como padre verdadero del Señor. (Mat. XIII-55-Luc. III-23).

Jesús tuvo madre, pero no tuvo padre, en sentido genésico humano. (Luc. I-34). Su padre es Dios, el Padre Eterno, la primera persona de la Santísima Trinidad. (Luc. III-22), de quien procede el Hijo, sustancialmente.

“En el principio existía el Verbo y el Verbo era Dios” dice San Juan (I-1). La palabra VERBO que usa el Evangelista, explica la naturaleza de Jesucristo, su génesis divino.

Verbo equivale a concepto, idea, conocimiento; eso es el Hijo de Dios con relación a su Padre; conocimiento sustancial, idea connatural. Jesucristo, como Dios, procede de Dios mismo; como hombre fué engendrado en el seno virginal de María, sin intervención de varón, por obra de Dios.

San José fué en la tierra, con respecto a Jesús, el lugarteniente del Padre celestial. Patriarca, varón justo, según el Evangelio (Mat. I-9), descen-

diente del Profeta-Rey. (Luc. II-4). Nació, vivió y murió en Nazaret.

Su oficio era la artesanía. (Marc. VI-3). El evangelio no dice más, pero la tradición indica que era carpintero.

Hombre justo, digno de tomar por esposa a la mujer "hendita entre todas las mujeres", entrando así, por selección divina, a tomar parte activa en la obra de la Redención. (Luc. I-42).

Es un grave error contra la tradición y la razón figurarse al esposo de María, cargado de años y canas. Joven como ella, era José cuando nació Jesús. Se unieron en matrimonio dos almas gemelas en santidad, dos personas de la misma edad, condición y linaje. Los vaivenes de la vida redujeron a estos descendientes de patriarcas y reyes a un estado pobre y humilde.

José escogió para compañera de su vida a la Virgen "llena de gracias humanas y divinas". María correspondió al cariño del hombre colmado de dones naturales y espirituales.

Después de haber dicho que Jesús bajó con José y María a Nazaret, no vuelven los Evangelistas a citar ni el nombre de José; nada dicen de su muerte, pero la tradición asegura que murió el santo Patriarca pocos meses antes que Jesús comenzase su vida pública; se durmió el sueño de la tumba en brazos de la Madre de Dios, su esposa, y asistido de Cristo, el Sacerdote por antonomasia, quienes recogieron la postrera lágrima del hombre "bendito entre todos los hombres".

Para hablar de María, se necesita lengua di

vina, porque después de Dios nada hay más sublime que su Madre.

El nombre de María se traduce por: Señora, mar, regalo, esperanza, hermosa, querida; esto y mucho más es la Virgen.

Pocos datos da el Evangelio acerca de su vida, pero en cada uno se puede encontrar un cúmulo de imágenes que nos llevan a formar el verdadero retrato de la Madre de Cristo Nuestro Señor.

Nació de la tribu de Judá y de la familia de David. Sus padres fueron Joaquín y Ana, israelitas según el corazón de Dios. Desde el momento de su concepción fué privilegiada con la ecepción del pecado original anexo a toda criatura humana.

María pasó su adolescencia y juventud a la sombra del Santuario. (Luc. II-37). El Templo de Jerusalén era gineceo de vírgenes ocupadas en el servicio del Altísimo.

Cuando recibió el anuncio de la divina Maternidad estaba en Nazaret, desposada con José, el honrado artesano que la conoció en la Sinagoga y la vió transitar en las calles estrechas del pueblo cuando iba o venía con el cántaro de agua, y la trató en las reuniones populares de las fiestas de la vendimia.

Convertida en madre de Dios, la señala el Evangelio acompañada de su esposo caminando a Belén y huyendo a Egipto. De sus labios aprenden pastores y reyes las enseñanzas relacionadas con los misterios de la Encarnación y redención. En

Nazaret fué María la confidente de los secretos divinos; el cofre nacarado donde se guardaron los tesoros de Dios Redentor. (Luc. II-51).

En la vida evangélica vemos a María en las bodas de Caná, en la calle de la amargura y al pie de las cruz. (Jn. II-3-XIX-25).

Cuando Jesucristo subió al cielo, quedó Ella representándole en la naciente Iglesia.

Fué llevada en manos de ángeles al Cielo donde es la Reina de los santos y la medianera entre Dios y los hombres redimidos con la sangre de su Hijo.



.XXIV- COMO ERA MARIA

El Padre Daniel Lord Sacerdote Jesuita, tiene páginas sublimes acerca de María, la Madre de Dios y de los hombres. Para deleite espiritual del lector, me permito reproducir algunos párrafos: "No existe ni un solo retrato original de María, y sin embargo hay millares de retratos; no hay un solo cuadro auténtico, pero se dan incontables; no conocemos una reproducción histórica de la Virgen, pero si los miles y miles de reproducciones que llenan nuestros libros de oraciones, que cubren nuestras habitaciones, que adornan nuestras Iglesias y son la más rutilante luz de conventos y escuelas, las inigualables obras maestras de los más grandes museos.

Existe un cuadro que ningún artista ha pintado jamás. En el corazón de cada cristiano brilla siempre una imagen de cómo fué María. No debía usar el verbo en pretérito. Los católicos sabemos con seguridad cómo ES ELLA.

María no es un personaje histórico; es una viviente realidad. Cierto que Ella es la madre que estrechó entre sus brazos en Belén a su recién nacido; pero es también la madre de siempre, que nos aprieta contra su corazón en un arrebató de inextinguible amor.

No es sólo la doncellita humilde que vivió y murió en la vieja Judea; es la reina de los cielos que se inclina cariñosa desde su trono, hacia las

manos juntas en oración.

Ningún cristiano la considera como un pasado remoto; Ella pertenece a nuestra vida actual.

Todos nosotros, mientras la rezamos, tenemos una imagen nítida de la Mujer a quien nos dirigimos. Sin dejarnos influir demasiado por las grandes creaciones de Rafael, Murillo o Miguel Angel, cada uno de nosotros ha soñado en cómo fué y cómo es María.

No vemos, pero sentimos su sonrisa; conocemos, sin haberlas tocado, el roce blando de sus manos. Para algunos es Señora, para otros Madre, para unos es joven bella, para otros está llena de madurez y serena tranquilidad.

Esta imagen puede cambiar en el curso de nuestra vida. Conocemos y amamos la figura cautivadora de la joven Madre de Belén, cuando es Ella una parte decisiva en las alegrías navideñas. Conocemos a la Madre tierna, a quie San Pedro el primer pecador arrepentido, acudió para saber si Jesús le perdonaba. Esta misma Madre nos sonríe, alentándonos, cuando nos acercamos con el fardo de nuestras culpas. Conocemos a la que en Caná salvó de bochornos a los recién casados; a la Madre dolorosa, cuya tragedia del Calvario ha servido de consuelo y fortaleza a un sinnúmero de corazones destrozados.

En los momentos de alegría vemos a María con Jesús en sus brazos. En los instantes de paz la imaginamos joven, esposa y Madre, atareada en

los menesteres hogareños de Nazaret. Cuando el dolor nos doblega vemos a María sosteniendo a su Hijo muerto en sus brazos y fatigada con el peso de los pecados de los hombres y las misericordias de Dios.

Fué hermosa María? -Nadie puede dudar de ello. El hecho fundamental en que nos basamos para afirmarlo es el convencimiento de que la madre del más hermoso de los hijos de los hombres, debía ser muy bella.

Aunque es verdad que esta palabra tiene muchos significados y los ideales de belleza han variado grandemente desde Egipto hasta Hollywood, desde las antiquísimas pinturas de mujeres en las cavernas hasta las de la Grecia clásica y de la fotografía moderna, María es siempre bella.

La belleza de un rostro es algo así como la música; la realmente buena permanece inmutable; así es la belleza de María. Su hermosura no es la de aquellas pinturas bonitas, que impresionan un instante, de manera superficial. María fué bella y hermosa con la belleza y hermosura auténticas, profundas y eternas; con la belleza que brota del interior.

Lo realmente valioso en una persona está en su interior. La superficie, por atractiva que sea, es sólo la mitad del ser. Aquello que se oculta detrás de los ojos es lo que hace los ojos bellos. Aquello que domina los labios, hace que estos sean no sensuales. El pensamiento produce la diafanidad o la incertidumbre de las cejas. Las líneas del ros-

tro, marcadas por el alma, hacen un rostro personal o amorfo, joven o viejo, feo o bello.

Dios que modeló el alma de María hasta hacerla la más perfecta de todas, tuvo que crear un cuerpo digno de tal perfección y un rostro digno de la belleza de su cuerpo y de su alma”.



-XXV- LA VIRGEN DESPOSADA

Dentro del ambiente del pueblo judío, el único camino aconsejado para las jóvenes era el matrimonio; sobre todo si la doncella descendía de David aspiraba a ser madre del Mesías prometido. La virginidad voluntaria era dentro de las costumbres israelitas algo anormal e inconcebible. El celibato era admitido para los hombres, más no para las mujeres.

El matrimonio judío, en tiempo de Jesús, constaba de dos actos: los desposorios y las bodas.

Los desposorios equivalían al “cambio de aros” que se acostumbra en los actuales tiempos. Era el contrato matrimonial que hacían los futuros esposos. De antemano, los padres de los contrayentes acordaban la conveniencia de la unión matrimonial de sus hijos y tramitaban el asunto. Una vez arreglado entre las familias, se celebraban los desposorios, ceremonia que se hacía en la casa de la joven. Los padres de los novios hacían de sacerdotes o ministros: colocaban la mano derecha de la hija sobre la mano del futuro esposo y después, la de éste sobre la mano de la novia, diciendo la oración ritual: “El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, sea con vosotros; El presida y bendiga vuestra unión y os colme de bendiciones.

Cumplidos los doce años eran núbiles las mujeres y de trece años podían desposarse los varo-

nes. Los desposorios, constituían un contrato serio y formal, como lo es o debe ser el cambio de aros. Los desposados eran ya marido y mujer, con todos los derechos y obligaciones anexos al matrimonio, pero no cohabitaban hasta la celebración de la solemnidad de las bodas.

Sólo la muerte o el libelo de repudio legal podían disolver los desposorios.

Las bodas consistían en la solemne conducción de la desposada al nuevo hogar, después de la bendición sacerdotal en el Templo. Como se acostumbra actualmente, el esposo, acompañado de sus parientes y amigos llegaba a la casa de la esposa, la cual, acompañada de doncellas amigas, provistas de lámparas, esperaba al novio. Entre música y regocijo iban juntos al Templo, o a la casa del esposo, donde el Sacerdote les bendecía, con la oración ritual. Seguía el convite de bodas, el cual terminaba con ceremonias especiales que hacían los invitados despidiéndose de los esposos.

La Virgen María, cuando ocurrió la Encarnación del Verbo divino, estaba desposada con San José, en el propio y estricto sentido de la palabra. (Luc. 1-27-Mat. 1-18-24). Los dos habían pactado matrimonio; se pertenecían ya mutuamente. No sabemos cuando, ni donde se efectuaron los desposorios, pero el Evangelio es terminante en decir que el ángel Gabriel anunció el misterio de la Encarnación "a una virgen desposada con un varón de nombre José". (Luc. I-27).

Por lo que sigue en la narración evangélica se deduce que María y José no habían celebrado las

bodas; faltaba la segunda parte del matrimonio. "Antes de que cohabitasen, María había concebido del Espíritu Santo". (Mat. 1-18) Es decir, antes de que José hiciese la solemne recepción en su casa a la esposa. Esta segunda ceremonia se realizó cuando el ángel notificó a José de lo sucedido, diciéndole: "no tengas recelo en recibir a María tu esposa en tu casa, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás el nombre de Jesús, porque es el Salvador del Pueblo. -Así hizo José; recibió a su esposa en su casa". (Mat. 1-20 21-24).

José y María se casaron verdaderamente según el rito judío. En su matrimonio hubo el doble acto: los desposorios y la recepción nupcial.

La palabra usada por el Evangelista: "antes de que conviviesen". (Mat. 118) no quiere decir que después cohabitaron, en sentido sexual, sino que después se juntaron para completar la segunda parte del rito matrimonial.

Las palabras que dice la Virgen al ángel: "Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón" (Luc. 1-34), estando ya desposada con José y próxima a ser recibida en su casa, prueban evidentemente que Ella y su esposo habían consagrado a Dios su virginidad. Dios les había inspirado matrimoniarse y al mismo tiempo conservarse vírgenes, para que sean los coadjutores en los grandes misterios de la Redención.

Jesucristo quiso que su Madre fuese Virgen, pero estuviese casada. Antes de la Anunciación se desposó con José, en verdadero matrimonio, y seis

meses después, fué solemnemente recibida por su esposo en su hogar, para habitar con él virginalmente.

José recibió a su esposa y celebró las bodas rituales viendo las señales externas de la maternidad, pero sabiendo la concepción milagrosa.

La divina Providencia deparó un padre legal al Hijo de Dios hecho hombre, por muchas razones de orden espiritual, moral y material que es fácil pensar, como el buen nombre del hijo y de la madre, el mejor cumplimiento de la misión de Cristo, el auxilio en las necesidades materiales de la familia.



-XXVI. LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESUS

El Evangelio refiere que Jesús estaba un día predicando y tuvo que interrumpir el sermón porque le avisaron que le buscaban. "Tu madre y tus hermanos están afuera y desean verte" fué la noticia que alguien dió al Señor. Por el contexto se comprende que Jesús y sus oyentes estaban en una Sinagoga o dentro de una casa y que había mucha gente, de manera que los parientes del Maestro no podían llegar hasta El, contentándose con mandar un recado. Jesucristo, aprovechó de la noticia, que seguramente fué dada en voz alta, para decir: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la practican". (Luc. VIII-18-21).

Marcos y Mateo refieren la misma escena diferenciándose de Lucas en pocas palabras y señalando el campo como escenario. "Jesús estaba predicando; la gente sentada a su alrededor no dejaba paso; avisaron al Señor que su madre y sus hermanos querían hablar con El. Jesús dijo: ¿quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y dando una mirada redonda a su auditorio, prosiguió: estos son mi madre y mis hermanos; porque quien oye la palabra de Dios y la practica ese es mi hermano". El otro Evangelista añade que el Maestro al decir esto "señaló con la mano a sus oyentes". (Marc. III-31. Mat. XII-46).

Lo importante en este pasaje evangélico es tratar de comprender las palabras de Jesús. Sin du-

da, los parientes del Señor no le habían visto algún tiempo; la gente les había contado los planes inicuos de los enemigos de Cristo para matarle; querían entrevistarse con Jesús para ponerle al tanto de todo y ponerle a salvo. Con este fin vinieron de Nazaret y Cafarnaún a algún pueblo de Judea y encontraron al Señor predicando en la Sinagoga o en el campo, rodeado de mucha gente, por lo cual no pudieron llegar hasta El y le mandaron el mensaje verbal.

Los que buscaban a Jesús eran su madre, la Virgen María, con algunos parientes. Sabido es que el término "hermanos", dada la pobreza lingüística del arameo y la costumbre judía de dar este apelativo a los primos y allegados carnales de una persona, se debe entender en el sentido de "parientes", porque Jesús no tuvo hermanos, propiamente dichos.

La respuesta del Señor, al parecer grosera, no lo fué en verdad, puesto que debía el Predicador aprovechar las circunstancias para hacer incapie en el fundamento del reino mesiánico compuesto por todos los que escuchaban la Buena Nueva y cumplían con la voluntad del Padre celestial. La respuesta de Jesús tiene conexión con lo que siguió diciendo antes de atender a sus parientes.

"Buscad primero el reino de Dios y su justicia y las demás cosas os vendrán por añadidura. No os preocupéis demasiado por las cosas carnales y terrenas, porque vuestro Padre celestial se preocupa de ellas con relación a vosotros. Mirad las aves que cruzan el espacio; no siembran, ni siegan, ni

tienen graneros y jamás les falta el alimento diario. Ved los lirios y las flores: no hilan, ni tejen y se visten con más lujo que Salomón. El Padre universal cuida de todos, sin distinción de personas; hace llover en los campos de los justos e injustos y hace brillar su sol para beneficio de buenos y malos. Buscad antes de todo el reino de Dios que os estoy enseñando y después vendrán las otras preocupaciones". (Mat. V-45-VI-25).

Una vez terminado su discurso y despejada la muchedumbre, es seguro que Jesús se entrevistó con su Madre y parientes; les agradeció la atención; les consoló y les hizo comprender que "no había llegado su hora" (Jn. II-4) y que, por lo mismo, nada debían temer con relación a su vida, a pesar de la malicia de sus enemigos.

Jesucristo no despreció a su Madre, primos y parientes, porque bien sabía que ellos eran los primeros en buscar el reino mesiánico y los principales en escuchar la Buena Nueva y cumplir con la voluntad del Padre celestial. Como tales, eran espiritualmente sus verdaderos parientes; estaba Jesús íntimamente ligado a ellos con el doble lazo del espíritu y de la carne.

Manifestó también Jesús en esta ocasión, con su respuesta un tantico descomedida, que por su divinidad estaba desligado de todo vínculo humano y que sus verdaderos hermanos son los que merecen el título de "hijos de Dios".

En otros pasajes evangélicos encontramos el mismo término de "hermanos de Jesús" y por el

contexto sabemos que se trata de sus primos. (Mat. XIII-55-Marc. VI-3). Acompañada de ellos fué María a buscar a su Hijo y con El regresaron a Nazaret, donde Jesús descansó unos días de sus fatigas evangélicas y María “guardó en su corazón nuevas cosas divinas”. (Luc. II-51).



-XXVII- PARIENTES - AMIGOS - ENEMIGOS.

PARIENTES:

Dicho está que Jesús no tuvo hermanos, ni verdaderos, ni legales, porque la Virgen no conoció varón (Luc. I-34) ni San José tuvo descendencia. Los hermanos de quienes nos hablan los Evangelistas, son los parientes del Señor, sus primos hermanos, en primero y en segundo grado de línea colateral.

María fué la única hija de los Santos Joaquín y Ana; no tuvo hermanos. Lo que dicen los Evangelistas: "Estaba junto a la cruz la hermana de la Madre de Jesús, María de Cleofás, madre de Santiago y José y de Simón y Judas", (Lucas. XIX-25-Mat. XXVII-56 y XIII-55 y 56), debe entenderse de María, hermana política de María la Madre de Jesús, es decir, de una María casada con Cleofás, siendo este hermano carnal de San José, esposo de María.

La Virgen tuvo una prima hermana que fué Santa Isabel, la madre de Juan Bautista. Este fué primo de Jesús, en segundo grado. Por la parte materna no tuvo más parientes (Luc. I-36-Marc. XV-40-Mat. XXVII-55-56).

Los citados: Santiago, José, Simón y Judas fueron primos hermanos de Jesús en primer grado, pero sólo legalmente, porque son hijos de Cleofás, hermano de San José, el padre putativo de Cristo.

Lo mismo podemos decir, de Juan y Santiago, hijos de Salomé, hermana de San José y casada con Zebedeo. (Mat. IV-21-Marc. I-19).

En suma: Jesucristo tuvo un primo hermano, en segundo grado y en sentido verdadero y seis primos hermanos, en primer grado, pero en sentido putativo o legal. Estos son los parientes del Señor, de quienes hace mención el Evangelio.

Algunos dicen que la María citada por San Juan (XIX-25) era hermana de María, la Madre de Jesús. Esta suposición está en contra de la razón y de la tradición.

Es tradición generalmente admitida que Joaquín y Ana no tuvieron más hijos que la Virgen María, escogida por la providencia para Madre del Redentor y por esto preservada del pecado original. Es razonable pensar en un solo vástago milagrosamente escogido en un hogar seleccionado, para evitar comentarios y complicaciones inexplicables si se admiten otros hijos.

AMIGOS:

Con este nombre distinguimos a las personas citadas en el Evangelio, con quienes Jesús tuvo cariño y confianza singulares. Tales fueron los esposos de Caná, la familia de Lázaro, Nicodemo, Zaqueo y otros.

Por amistad concurrió Jesús a las Bodas de Caná e hizo el famoso milagro, (Jn. II-7), en favor de los novios.

Betania era para Jesús la casa de los buenos amigos donde descansaba con confianza de las fa-

tigas apostólicas. A los pies del Maestro vemos con frecuencia a Marta y María (Luc. X-38). La amistad con Lázaro le hace llorar cuando sabe su muerte y viaja para resucitarle (Jn. XI-1-45).

La amistad con Nicodemo fué al principio aristocrática y después muy íntima; este Doctor fué el amigo fiel que le defendió ante el Sanedrín, le bajó de la Cruz y le prestó su sepulcro (Jn. III-1-15-VII-50).

La amistad con Zaqueo le obligó a hospedarse en su casa y conversar confidencialmente con él (Luc. XIX-5).

Jesucristo tuvo pocos amigos, pero escogidos, con quienes compartió sus secretos.

ENEMIGOS:

Es propio de los grandes hombres, de aquellos que tienen que cumplir una misión sublime, encontrarse con enemigos. Los mediocres no tienen dificultades.

Jesús vino a la tierra a establecer y poner en ejecución nuevas doctrinas y costumbres y era lógico que encontrara resistencia y se hiciera de enemigos.

Cinco fueron las agrupaciones que se opusieron a los ideales cristianos de restauración religiosa, moral y social del mundo.

LOS FARISEOS: hombres hipócritas, egoístas, llenos de formulismos ridículos, "sepulcros blanqueados", no podían soportar la luz evangélica que irradiaba Cristo, iluminando las tinieblas de su vida oscura y de sus enseñanzas falsas.

LOS ESCRIBAS: individuos mentirosos, adu-
lones, falsificadores del sentido de las Es-
crituras.

LOS DOCTORES de la Ley: agrupación ba-
sada en intereses creados para beneficio personal
hombres orgullosos que no podían soportar la su-
peración del Rabí galileo.

LOS SACERDOTES: gente enfatuada, déspota;
a quien le chocó la actitud del Maestro salien-
do por los fueros de la Casa de Dios profanada y
mercenariamente empolutada.

LOS PRINCIPES: jerarcas, adulteradores de
la Ley y de las costumbres, cómplices de todos los
negociados religiosos.

Contra todos estos malos israelitas enderezó
Jesús sus palabras que eran vida, verdad, camino
y luz y que naturalmente debían herir a los que te-
nían al pueblo sumido en las sombras de la muer-
te, de la ignorancia, sin sendas, ni antorchas que
iluminan y conducen al bien temporal y eterno.
Estos se declararon enemigos de Cristo, Reden-
tor de la humanidad.



-XXVIII- RETRATO DE JESUS

Si Jesús hubiera vivido en Grecia, en Roma, en Alejandría, tendríamos su verdadero retrato, pero como nació, vivió y murió en Palestina y porque palestineses fueron los integrantes de la primera generación cristiana nos vemos privados de la verdadera efigie de Cristo.

El primer mandamiento del Decálogo (Ex. XX-4) fué interpretado rigurosamente y los israelitas convertidos al cristianismo no quisieron adorar al Señor en imágenes, contentándose con lo espiritual de la nueva religión.

Unicamente a fines del siglo II y categóricamente durante el III cuando ya iba terminándose toda influencia judía, comenzaron los cristianos a divulgar dibujos -copias de la imagen de Jesús.

Los del II siglo no son propiamente retratos de la persona del Señor, sino imágenes de su misión divina; representan, por ejemplo, al Buen Pastor. Los del siglo III ya son retratos, pero no sabemos si fueron creaciones del dibujante o tienen algún fundamento verosímil.

Seguramente, la mayoría de estas efigies fueron hechas a base de los datos tradicionales dejados por quienes vieron personalmente a Jesús. A esto se debe la aceptación del tipo conocido ordinariamente y usado por los artistas del pincel.

En el siglo IV se erigió en Palestina una estatua a Jesucristo que debía tener parecidos con

su persona conservada en la mente de los cristianos por tradición e interpretada fielmente por el cincel del artista.

De esta efigie se valieron los dibujantes para reproducir y difundir estampas o imágenes de Cristo, en todo el mundo conocido.

Existen leyendas acerca de retratos de Jesús, como los atribuidos a San Lucas, de quien dice el Evangelio apócrifo que era pintor; el que se dice que envió el mismo Cristo al rey de Edesa, Abgar y otros que no tienen fundamento fehaciente.

Acerca de la imagen del Señor estampada en el lienzo de la Verónica, no tenemos tampoco pruebas fidedignas, fuera de la antiquísima tradición del suceso. Esta tradición dice que la pintura del rostro del Señor que aparece en el lienzo que se venera en la Basílica Vaticana es el verdadero retrato de la cara de Jesús que quedó estampada cuando una mujer judía enjugó el rostro sudoroso y ensangrentado del Señor que caminaba al calvario con la cruz a cuestas.

Puede o no ser auténtico el lienzo con la imagen; lo cierto es que la VERONICA no es el nombre de la mujer que limpió el rostro de Jesús paciente; esa palabra se traduce del latín y del griego por VERDADERA IMAGEN -vera-icon-.

Yo creo, fuera de esta aclaratoria, que en verdad ese lienzo sagrado contiene el retrato del rostro de Jesús.

Acerca de la Sábana que se venera en Turín y de la efigie en ella contenida, hay también mu-

chos comentarios y diversas creencias. Yo tengo para mí, que si la Sábana es auténtica, la imagen es creación de un devoto pintor.

En todo caso, aún admitiendo la verdad del retrato del rostro del Señor en la Santa Sábana, como admito en tratándose del lienzo de la Verónica, suponiendo que este nombre haya tenido la piadosa mujer judía del hecho contado por la tradición, esos retratos no proporcionan la verdadera efigie de Cristo, porque presentan a un hombre completamente desfigurado por atroces tormentos.

No tenemos el verdadero retrato de Jesucristo. Su imagen ha sido descrita al antojo de poetas y escritores. Las más antiguas e importantes descripciones son las de los siglos VIII y XII atribuidas a San Epifanio y a Publio Léntulo, que las transcribimos. El primero dice: "Medía Jesús un metro y setenta y dos centímetros de estatura; tenía el cabello rubio y ondulado, el rostro ovalado, ojos verdes y cejas negras".

Léntulo escribe: "Jesús es de elevada estatura y de rostro venerable; sus cabellos rizados y de color oscuro, divididos en medio de la cabeza, caen sobre la espalda; su frente es despejada y serena; nariz y boca regulares; su barba abundante y partida al medio; sus ojos de color gris azulado; sus manos son agradables; su rostro es gracioso, sin arrugas ni manchas".

De estas y otras descripciones literarias se han servido pintores y escultores para presentar el retrato de Jesús, sin jamás llegar a descifrar el verdadero.

-XXIX- FISONOMIA

Dice Monseñor Bugaud: La fisonomía es la transpiración del alma por medio del polvo del cuerpo. Es el alma misma que sale de su retiro y sube al rostro imprimiéndole una belleza que no tiene igual en el orden de las cosas creadas".

La fisonomía de Jesús reflejaba su alma; en su rostro aparecía la belleza divina de su espíritu. Si son los ojos el balcón por donde se asoma el alma, en los ojos de Jesús aparecía Dios. Los ojos son el alma de la fisonomía personal.

La fisonomía de Jesús, serena y majestuosa, inspira amor y respeto; revela la perfección de las dos palancas motrices de todo lo bueno o malo que hay en el universo: la inteligencia y el corazón. El ideal del intelecto está personificado en Cristo. Su corazón tiene el poder de atraer y su inteligencia convence.

Los niños que ignoran los valores internos personales, llegaban a Jesús atraídos únicamente por el imán del corazón, estaban tranquilos a su lado y posaban felices en sus faldas. (Marc. IX-35. Luc. XVIII 16).

Los pecadores, los enfermos, los que impulsados por las dolencias, intuyen el alma, llegaban al espíritu de Cristo y convencidos de su bondad esperaban misericordia. Jesús, con la sonrisa propia de su fisonomía, atraía, perdonaba y curaba.

“El más hermoso entre los hijos de los hombres” le calificaron escritores paganos y cristianos, fundándose en el Salmo mesiánico. (Sal. XXXXIV-3). Santo Tomás sintetiza así la divina hermosura de Jesús: “Tuvo, y en sumo grado, la belleza que, por razón de su estado y del atractivo de su aspecto, le era debida; un algo, un efluvio divino irradiaba en su rostro”.

Tenemos que admitir en Jesucristo un alma la más perfecta y bella que de las manos divinas pueda brotar y, lógicamente, estamos obligados a unir a esa alma una fisonomía corporal hermosísima.

Así se explica como las renovadas muchedumbres le seguían a todas horas, por todos los senderos, siempre, y olvidándose de la comida y del descanso; así se encuentra la razón de ver a las gentes escalonando árboles y murallas para mirarle (Luc. XIX-1); así se entienden la admiración y envidia de quienes viendo a Jesús, exclamaban: “Feliz el seno que te llevó y dichosa la madre que te amamantó” (Luc. XI-27).

Que Jesús debió ser virilmente hermoso nos dice la razón, porque generalmente es bella la raza judía a la que perteneció. Nos indica la Santa Escritura refiriendo la hermosura de David, Salomón, Absalón y otros que precedieron genealógicamente a Cristo. Nos enseñan las normas elementales de herencia, pues si la Virgen María fué una judía bella y llena de atracciones y encantos físicos, el aspecto de Jesús fué el de su madre, traspasado a un varón. Nos atestigua la Tradición que siempre ha mantenido grabada, en la imaginación uni-

versal, la fisonomía de Jesús como la más hermosa y bella entre los hijos de los hombres.

San Damasceno, en el siglo VIII, trazó la silueta de Jesús describiéndole: "Alto y espigado, ojos vivos y penetrantes, nariz recta, frente despejada, mirada escudriñadora, mejillas ligeramente sonrosadas, cabellos ensortijados y brillantes, pureza de líneas en su boca, barba nutrida; vestido con túnica blanca ajustada al cinto con correa, manto amplio azulado, zandalias romanas en los pies, pañuelo sujeto a la cabeza con cinta roja. Inspira amor y respeto, es terrible cuando reprende, dulce y amable cuando amonesta, es alegre con gravedad, habla poco y con modestia. Es virilmente hermoso".

La fisonomía de Jesús ha sido fuente de belleza y motivo de creaciones artísticas, es el guión del pincel y del buril de los grandes maestros.

Está por encima de la belleza [del sol bañándose en las olas nacaradas del océano, de la policromía de la flor abierta al beso del rocío matinal, de la aurora boreal recostada entre vellones de opalinas nubes, de todo lo más hermoso que hay en la bella naturaleza, porque es la fisonomía del que ilumina cielos y tierra.

Al cuerpo de Cristo se unió el alma y a esta sublimidad de creación se unió Dios hipostáticamente.

Dios hecho hombre es la fisonomía de Jesús. La belleza divina que se transparenta en el cuerpo humano lleno de gracia. (Juan 1-14).



.XXX. LOS OJOS DE JESUS

Jesús dijo que la lámpara del cuerpo son los ojos, si estos están limpios y claros todo es luz en la persona; si los ojos están cerrados o turbios, el individuo anda en tinieblas. (Luc. 11-34).

Los ojos de Jesús brillaron siempre como lámparas nítidas e iluminaron al mundo; son la luz que aclara la senda de todo hombre que viene a la tierra. (Jn. 1-9).

Expresiva y penetrante hubo de ser la mirada de Jesús; jamás la olvidaron los Evangelistas, quienes la describen con emoción.

En los ojos de Jesús se retrataron diariamente los paisajes de Palestina, el cielo, el mar, el sol, las flores, las avecillas.

Sus ojos estuvieron siempre viendo a Dios y en Dios a los hombres y a todas las cosas.

Las miradas de Jesús fueron sublimes, sugestivas. Así las conceptúa San Juan, cuando narra la entrevista del Rabí con Simón y Andrés. "Habiendo puesto los ojos en ellos" (Jn. 1-42) dice el Evangelista, que equivale a: mirándoles de hito en hito penetró al alma de los pescadores para hacerles apóstoles.

Con ojos que auscultan las imperfecciones humanas, con miradas de cariño compasivo, vió Jesús al joven rico que quería, pero no se resolvía a seguirle. (Marc. X-21).

Con miradas multiformes ganó Jesús a las multitudes; sus ojos penetraban, conquistaban, convencían. Las gentes caminaban conducidas por los ojos del Maestro que eran luz y vida y hacían olvidar las necesidades y acercaban las distancias. (Mat. XIV-15).

Con ojos serenos y miradas de porvenir llegó el Maestro al alma de sus oyentes en el sermón de las Bienaventuranzas. (Marc. III-5).

Sin una mirada encantadora no se explica el atractivo a los niños, que gozaban en mirarle y subir a sus rodillas para ver más de cerca sus ojos. (Marc. IX-35).

Dulce y tiernamente mira Jesús a la Hemorroísa que le arranca un milagro a fuerza de fe (Marc. V-32).

“Levantando los ojos” dice San Lucas que miró y conquistó a Zaqueo. (Luc. XIX-5).

Con ira se clavaron los ojos de Jesús en las miradas hipócritas de los fariseos acusadores de la inobservancia del sábado. Indignadas hasta el extremo fueron las miradas del Señor diciendo: “La casa de mi Padre es lugar de oración y no plaza de mercado” (Jn. II-13).

Los ojos de Jesús se llenaron de lágrimas, participando de las desgracias del prójimo. Lloró en la tumba de su amigo Lázaro y a la vista de la ciudad santa condenada a ruina. (Luc. XIX-41) En los ojos de Jesús se cuajaron las lágrimas ante el llanto de la viuda de Naín; esas perlas surcaron las mejillas frente a Jairo que lamentaba la muer-

te de su hija. La mirada del Señor se nubló, dejando asomar la flor de la compasión, ante la súplica del Centurión para que curara al criado. (Luc. VII-10-14).

Intensa y tiernamente miró a la mujer adúltera, a Magdalena, al ciego de Jericó y a tantos a quienes curó el cuerpo y sanó el alma.

Con ojos decepcionados vió Jesús el orgullo y ostentación de los ricos depositando sus limosnas en la alcancía del Templo; su mirada fué tierna y encantadora aplaudiendo la humildad de la viuda y la sencillez de su óbolo. (Marc. XII-41).

Maternal fué la mirada del Maestro en el trato con los apóstoles. Los discípulos vieron en sus ojos la belleza de Dios.

Cinco elevaciones de ojos con miradas al cielo registra el Evangelio, en ocasiones solemnes: al bendecir los panes, al curar al sordo-mudo, en la resurrección de Lázaro, al comenzar la oración sacerdotal. (Mat. XIV-19-Marc VI 45-VII-34-Jn XI-41-XVII-1).

Con mirada misericordiosa recordó Pedro sus promesas y su negación (Luc. XII-61). "Posó en el sus ojos" y del corazón del apóstol cobarde brotaron lágrimas de contricción que correrán por sus mejillas durante toda la vida.

En el cenáculo, los ojos de Jesucristo miraron con amor eterno a sus Sacerdotes; vieron al mundo encendido en llamas de guerras fratricidas y con mirada de triunfo dijo: "Amaos los unos a los otros". (Jn. XIII-34).

En la cruz, los ojos de Cristo cambiaron las miradas mientras los labios pronunciaban diferentes palabras. Fueron miradas de compasión para sus enemigos, de perdón para el ladrón arrepentido, de cariño para su Madre, de confianza con su Padre.

De los ojos de Jesús habla el Evangelio sintetizando las sublimes miradas humanas vivificadas por pupilas divinas.



-XXXI- LA VOZ DE CRISTO

La voz de Jesucristo resonó muchas veces en la casita de Nazaret, en sus calles y plazas, en el Templo de Jerusalén, en las ciudades y campiñas de Palestina; su eco se oyó sonoro en las montañas, en los valles, en el mar de Galilea, en Samaria y Judea. Miles de personas oyeron esa voz divina en los múltiples tonos humanos.

Por el Evangelio sabemos que la voz de Jesús fué dulce y suave, de ordinario; a veces, fuerte y grave; siempre, atractiva y meliflua.

Conversando con la Virgen María, con San José, con sus apóstoles y discípulos, con sus amigos, fué voz modesta, suave, cariñosa.

“Sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles” (Luc. 11-46), dialogando con ellos, la voz del Niño Jesús fué magistral, serena, grave.

Obligado a predicar durante largas horas y a miles de personas, como a los cinco mil hombres en el desierto, (Mat. XIV-21), o al auditorio “numeroso y grande” que dice San Marcos (III-7), su voz era potente y sonora.

Fué nítida, convincente, tierna, cuando enseñó el amor mutuo, el perdón de las injurias, el desprecio a los honores, riquezas y placeres del mundo, la confianza en la providencia del Padre celestial. (Mat. VI-24).

Compasivo fué el acento de su voz, diciendo: "difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos" (Marc. X-23). Alentadora fué la voz de Cristo llamando a todos los que sufren, a los pobres, a los agobiados con los trabajos de la vida, para consolarles, para ayudarles a llevar la cruz. (Mat. XI-28)

Firme, imperativa, es la voz de Jesús, cuando rechaza al demonio que le tienta en la montaña de la cuarentena, cuando le obliga a abandonar sus posesos, o cuando manda al huracán y a la tormenta.

Temible, severa, fué la voz increpando a sus enemigos, recriminando la hipocresía de los fariseos, contestando a los emisarios de Herodes.

Desdeñosa e irónica fué, contestando a Caifás y Pilato. Emotiva y triste, reprochando a sus apóstoles en el huerto de Getsemaní. (Mat XXVI-40).

Alegre y encantadora fué la voz del Señor invitando a los pescadores para que le siguiesen. Tierna y conmovedora, curando a los enfermos y perdonando a los pecadores. (Luc. VII-48 - Marc. 11-11 - Mat. VIII-3).

La voz de Jesucristo cambió de tono en variedad indecifrable diciendo a los acusadores de la mujer adúltera: "El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la piedra" y a la mujer: "¿dónde están tus acusadores?; ¿nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno; anda y no peques más". (Jn. VIII-7-11).

Al exponer las parábolas usaba Jesús de su voz, en diferentes tonos para hacerse comprender

y llegar al alma de su auditorio. Las gentes impresionadas decían: "Jamás hombre alguno habló como Este". (Jn. VII-46).

En la última cena fué voz del corazón, voz de madre, recomendando al mundo el amor mutuo, pidiendo a sus apóstoles la unión íntima entre sí y con El.- Enfática fué repitiendo: "en verdad, en verdad os digo" (Jn. XV-12).- Saturada de pena y turbación oyeron los discípulos la voz del Maestro diciendo: "Uno de vosotros me entregará". (Jn. XIII-21).

Enseñando a las piadosas mujeres que lloraban la suerte de Jesús en la calle de la amargura, se oyó la voz cariñosa y magistral del Señor: "No lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos", (Luc. XXIII-28).

Si la voz de Jesús tuvo variados tonos, a tenor de las circunstancias, durante la vida, desde la cruz, próximo a morir, se oyó esa voz divina como eco de todos los acentos, en siete frases expresivas de despedida paternal.

Que la voz de Jesucristo tuvo su tono propio e inconfundible prueba María, de Magdala. Por primera vez oyó la voz del que le dijo: "Vete en paz; tus pecados están perdonados; tu fe te ha salvado". (Luc. VII-48). Otras ocasiones oyó la voz del Maestro y siempre la distinguió; "es Jesús, decía". El eco de esa voz celestial vibraba en sus oídos y repercutía en su corazón. En la mañana de la resurrección, apenas oye "María", reconoce la voz de Jesús. Es el Maestro que ha resucitado y la llama. (Jn. XX-16).

-XXXII- GALILEO

Jesucristo, el divino Rabi de Galilea, se acomodó completamente en su apariencia exterior a la presentación de la generalidad de su raza.

Palestinense por nacimiento, tomó el color trigueño para su tez, color ordinario entre la gente de Palestina que vive y trabaja al aire libre. Jesús fué uno de esos. Largos años de taller a cielo abierto, vida de campo atezada por el sol, más de tres años de constante divagar y predicar a pleno aire, dieron a su piel el color trigueño, pero hermoso, de la frase del Cantar de los Cantares (1-5).

Orgullo del galileo, era tener una cabellera nutrida y abundante, pero no larga; la de Jesús fué así. De color castaño oscuro, caía sobre sus hombros, partida en medio.

En siglos muy anteriores a Cristo, acostumbraban los palestinenses llevar los cabellos largos, rizados y ensortijados. En la época de Jesús ya estaba perdiéndose esta costumbre, por la influencia greco-romana; los judíos ya los llevaban recortados a la altura de los hombros. No puede ser retrato histórico de Jesucristo la efigie en que aparece con la cabellera afeminada y cayendo en bucles sobre las espaldas. La pintura más antigua que se conserva, representa a Jesús con cabello relativamente corto, no al estilo moderno, sino al imperial de la época.

La barba fué siempre para los orientales una

gloria varonil. Los israelitas participaron de esta costumbre. Jesucristo siguió a la generalidad de los hombres de su tierra. Su rostro estaba adornado con una barba abermejada y bien cuidada.

En cuanto al vestido, es muy natural pensar que Jesús siguió las costumbres de su tiempo. Cubría su cabeza con la cofia blanca, cuyas extremidades flotaban sobre las espaldas.

En la época de Cristo, nadie llevaba en Palestina la cabeza descubierta, fuera de los leprosos, quienes se distinguían así de los sanos, por disposición legal.

Vestía Jesús una túnica de color oscuro, pero alegre, ceñida a la cintura con correa. La túnica del Señor fué de punto y sin costura, a lo menos la que llevaba en el momento de la crucifixión, conforme al relato evangélico. (Jn. XIX-23). Sobre la túnica, colgando desde los hombros, llevaba Jesús un amplio manto de color vivo.

La túnica era una especie de vestido talar, o hábito que, arrancando del cuello, descendía hasta los tobillos; era ancho y amplio, con mangas; se ajustaba al talle con cinturón, estaba cosido por los costados.

El manto era cuadrangular, de tres metros de largo, por dos de ancho, con una abertura en el centro; muy semejante a nuestro poncho, servía de defensa contra el frío y de cobertor en la cama, para la gente pobre. En el libro del Exodo (XXII-26), se hace mención de esta prenda y de su uso. Algunos acostumbraban llevarlo con las puntas redondeadas.

Acerca del color de estos vestidos de Jesús nada dice el Evangelio, pero parece que no eran blancos, porque San Marcos al relatar la transfiguración del Señor, dice que "los vestidos de Jesús se volvieron blancos como la nieve" (IX-3); luego fueron de otro color; aunque pudiera ser que la túnica del Señor haya sido de color blanco y que en el Tabor se tornó más nítida, con el resplandor del Cielo.

En cuanto a la calidad, podemos asegurar que no fueron vestidos de seda, sino de lana o de lino, como usaba la gente de la clase media.

Como vestidos interiores llevaban los galileos otra túnica corta y calzones. Jesús usaba también estas prendas. El Evangelio narra que los soldados se repartieron los vestidos interiores y el manto y que, sobre la túnica echaron suertes, haciendo rodar los dados de la codicia, porque ésta era tejida en punto y sin costuras, mientras que los otros vestidos eran ordinarios (Jn. XIX-24).

A los pies calzaba zandalias, aseguradas con correas en las pantorrillas. Así vestía Jesús. Como Rabí, usaba flecos con borlas colgantes que adornaban su manto. A estos flecos se refería la Hemorroísa cuando se llegó al Señor confiando en curarse si únicamente lograba tocar las orlas de su vestido. (Luc. VIII-44).

Galileo perfecto fue Jesucristo, haciendo así honor a su tierra y a las costumbres de esa región de Palestina, donde pasó la mayor parte de su vida.

XXXIII LAS MANOS DE JESUS

Conocemos algunos detalles anotados por los Evangelistas acerca de las manos de Jesús. Manitas de niño que se movieron impresionadas por el frío de la cueva en el declive de Belén y por el viento helado de los caminos a Egipto.

Manos de adolescente que ayudaron a su madre en los quehaceres domésticos y aprendieron a manejar las herramientas del artesano.

Manos juveniles encallecidas con el arado y la sierra. Manos sacerdotales que sólo supieron de generosidad y bendiciones.

Las manos de Jesús nos parecen de seda cuando las miramos tocando a los enfermos para hacer milagros a granel, en los tres años de vida evangélica; esas son las manos de un obrero; los veinte y más años de trabajo manual en el taller y en el campo dejaron huellas imborrables en esas manos divinas.

Las manos de Jesús bendijeron a los niños, acariciándoles; bendijeron a la muchedumbre multiplicando el pan para el cuerpo; se levantaron en alto enseñando a rezar el Padre Nuestro; derramaron perdones, bendiciendo a los pecadores.

Las manos de Jesús tocaron repetidas veces los ojos muertos de los vivos que no conocieron la luz. (Mat. IX-29). Tocarón los oídos y la lengua de los sordos y mudos dando vida a esos miembros paralizados. (Mat. XX-34).

Un día logró acercarse a Jesús uno de esos enfermos de lepra que abundaban en Palestina; avergonzado de los hombres dijo a Dios: "Señor, si Tu quieres, puedes curarme; di una palabra y quedaré limpio".- Jesús le contestó, tocándole con la mano, "quiero, estás limpio".- San Mateo hace notar que inmediatamente desapareció la lepra del cuerpo de ese hombre; volvió contento a vivir entre los humanos, curado por las manos divinas. (Mat. VII-2).

Jesús tocó con sus manos la cabeza febricitante de la suegra de San Pedro y la fiebre dejó a la enferma ese mismo momento (Mat. VIII-15).

Cuando Jesús resucitó a la hija del Magistrado, tomó a la niña de la mano y la levantó. Para curar al ciego de Betsaida le impuso las manos. (Marc. V-41-VIII-23).

Las gentes ya conocían el poder de las manos de Jesús; al solicitar un milagro no pedían más que la imposición de las manos sobre sus enfermos.

Jairo dice al Señor: "Mi hija a muerto, ven a poner tus manos sobre ella, para que viva". (Mat. IX-18).

Los parientes del sordo-mudo rogaron a Jesús que pusiera sus manos sobre él, para curarle. (Marc. VIII-32).

Cuando le presentaron al ciego de Betsaida, rogaban al Señor que le impusiese sus manos. (Marc. VIII-22).

Todos los enfermos pedían al Señor que les tocase y quedaban curados al contacto de sus ma-

nos. El mismo Jesús quiso valerse de sus manos para obrar los milagros. "Puso sus dedos en los oídos y tocole la lengua" dice el Evangelista al narrar la curación del sordo y mudo. "Tocándole curó al leproso". "Impuso sus manos y sanó de sus dolencias al crecido número de enfermos que le presentaron en Cafarnaún, a la puesta del sol". (Marc. VII-33-Luc. V-12-IV-40). Así hace notar el Texto Sagrado la manera de curar de Jesús, casi siempre valiéndose de sus manos.

La bendición de esas manos milagrosas multiplicó, por dos ocasiones, el pan para alimentar a miles de personas, en el desierto. (Marc. VIII-1 a 10)

En sus manos se convirtió el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, en la cena de la despedida. (Mat. XXVI-26-27).

Muchas veces se juntaron o se levantaron en alto las manos de Cristo para orar a su Eterno Padre. En esas manos se posaron repetidas veces los labios virginales de María en beso maternal. Las manos del hijo de Dios se mojaron en el Cenáculo lavando los pies de los hombres sus apóstoles. (Jn. XIII-15).

Con el martirio de sus manos nos redimió Jesucristo; clavadas a la cruz sostuvieron por más de tres horas el Cuerpo del Redentor. Las manos, con las cicatrices del martirio, mostró Jesús al Apóstol incrédulo. "Vino Jesús y dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y registra mis manos y trae tu mano y métela en mi costado; no seas incrédulo, sino fiel". (Juan XX-27).

Con sus manos glorificadas bendijo, por última vez, a sus discípulos y al mundo entero, el momento de la Ascensión. (Luc. XXIV-50)

Las manos de Jesús, trabajaron, bendijeron, curaron, redimieron.



XXXIV EL IDIOMA DE JESUS

El idioma popular y nacional en Palestina, en tiempo de Jesús, era el Arameo. El Hebreo, idioma en que fueron escritos los libros sagrados, era en ese tiempo, únicamente lengua litúrgica, lengua muerta para la generalidad de los israelitas.

El idioma griego, en tiempo de Cristo, era el lenguaje culto, extendido en todo el imperio romano y generalizado en Galilea. Esta provincia, debido a su situación geográfica, era la más relacionada con el mundo helenístico y, por lo mismo, los galileos hablaban y entendían el idioma griego.

El latín era el idioma propio de los romanos; se lo hablaba también en Palestina, dada la dependencia de Roma y por las relaciones necesarias con las autoridades, empleados y soldados romanos.

El hebreo fué el idioma de los Patriarcas y Profetas, de los ascendientes de los palestinos contemporáneos a Cristo, pero en tiempo del Señor, los judíos ya no lo entendían. En el templo y en las Sinagogas, se leían las Sagradas Escrituras en hebreo, pero había que traducirlas para el pueblo. El traductor y el intérprete eran empleados necesarios en las reuniones religiosas.

El "Mishna" o libro ritual judío dice: "el que enseña la Ley no la ha de leer al intérprete más de un versículo, a fin de que este pueda fácilmente traducirlo.

Al leer los Profetas, se puede hacerlo hasta tres versículos seguidos, para que los traduzca el intérprete. La historia de Rubén se lee, pero no se la interpreta”.

El mencionado costumbrero sigue indicando la manera de leer las Sagradas Escrituras y dice que ciertas partes se las diga únicamente en lengua sagrada, sin traducirlas.

Esto prueba que los libros sagrados estuvieron escritos en hebreo, pero que este idioma era ya desconocido generalmente por los israelitas, algún tiempo antes de Cristo. Los doctores de la Ley hablaban hebreo, pero la lengua popular era el arameo.

Prueba también que el arameo y el griego eran los idiomas conocidos por el pueblo de Palestina, en tiempo de Jesús, el hecho de que los cuatro Evangelios fueron escritos en estos idiomas, o traducidos a esas lenguas.

Jesucristo que quiso aparecer en todo como “el hijo del hombre”, es decir acomodarse a lo humano de su tiempo, habló los cuatro idiomas mencionados.

Jesús poseyó el HEBREO, el lenguaje sagrado. Prueba de esto es lo que narra San Lucas (IV-16-23): “Hizo en la Sinagoga de Nazaret la lectura del pasaje de Isaías, devolvió el rollo al ministro, y se puso a traducirlo e interpretarlo. Terminada la explicación, la glosó diciendo; La escritura que acabáis de oír, hoy se ha cumplido...” Leyó Jesús el texto sagrado que estaba escrito en

hebreo, y lo tradujo El mismo al arameo, para explicarlo al auditorio.

Los Evangelistas nos han conservado muchas frases hebreas que dijo Jesús: "Talita cumi" en la resurrección de la hija de Jairo. (Marc. V-35). "Eli, Eli, lamma sabactani", desde la cruz (Mat. XXVII-46) y otras que prueban que Jesús hablaba el idioma hebreo, como israelita ilustrado y doctor de la Ley.

En *griego* habló Jesús con los helenos que le presentaron Felipe y Andrés al siguiente día de su entrada triunfal en Jerusalén; este idioma usó también para contestar a Pilato. (Jn. XII-20).

Como queda dicho, el idioma *aramео* era lengua ordinaria en tiempo de Jesús; por lo mismo El la usó continuamente en su vida privada y pública.

En *latín* se entendió Jesús con los empleados del Imperio, con los soldados romanos, con Herodes, y hasta con algunos miembros del Sanedrín.

Prueba que estos cuatro idiomas eran usados en Palestina, en la época de Cristo, y que El, como perfecto palestinese, los habló y entendió, es el hecho referido por San Juan (XIX-20): "El título puesto por Pilato encima de la cruz, fué leído por muchos judíos, porque el lugar de la crucifixión estaba cercano a la ciudad y porque estaba escrito en HEBREO, en LATIN y en GRIEGO".

Como el ARAMEO era la lengua vulgar, estaba por demás usarla en la inscripción aludida.

Jesús aprendió el hebreo en brazos de su madre y en la escuela de la Sinagoga nazarena. El

arameo aprendió de niño en el trato familiar con los Nazarenos. El griego y el latín, como buen galileo y por sus relaciones con los judíos y empleados romanos.

Comprende el lector que al hablar así, en este y en otros capítulos, me refiero a Jesucristo, considerándole únicamente bajo el aspecto humano, es decir, de tejas abajo, aunque no se pueden dividir en su persona las dos naturalezas: divina y humana, porque El mismo, siendo Dios, quiso aparecer como mero hombre.



-XXXV- FORTALEZA CORPORAL

Es innegable que Jesucristo tuvo una fortaleza corporal extraordinaria, o, lo que es lo mismo, gozó de perfecta salud corporal. A esta conclusión se llega necesariamente leyendo el Evangelio y siguiendo paso a paso la vida del Señor en el cumplimiento de su misión pública.

Como dijo el Angel de la Encarnación, “la virtud del Altísimo” (Luc. 1-35) formó en el seno de María el cuerpo de Jesús. La virgen fué predestinada para madre de Cristo y engendrada únicamente para este fin. Como su alma, privilegiada y excenta del pecado original, así su cuerpo fué creado sin gérmenes de corrupción, ni taras hereditarias.

Necesariamente el cuerpo de Jesús, formado por Dios con la sangre y en la carne de María, debía ser el prototipo del cuerpo humano, superior al cuerpo del primer hombre creado por Dios, sin intervención de mujer.

Jesucristo vivió más de treinta y tres años, sin jamás sufrir enfermedad alguna, por leve que sea, porque toda enfermedad es consecuencia de la primera culpa y de la alteración del organismo, ordinariamente por debilidad de los miembros; ni lo uno, ni lo otro tuvo Jesús; jamás enfermó, a pesar de una vida activa y austera. Murió en la plenitud de la vida, completamente fuerte, con su organismo sano.

Ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, para comenzar la predicación de la "Buena Nueva" (Mat. 1V-2) en los cuales, como es muy natural, sintió hambre. Debió terminar la cuarentena, desnutrido y sin fuerzas para una vida agitada y de trabajo constante. Todo lo contrario, comienza su vida misionera con toda naturalidad, gozando de perfecta salud y entera fortaleza corporal.

Fatigado por el largo camino, se sienta en el brocal de un pozo en las afueras de la ciudad de Sicar; a pesar del cansancio, su ocupación es convertir a la samaritana; cuando sus discípulos le dicen que coma para reparar las fuerzas, Jesús replica: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre celestial". (Jn. IV-6-31).

En las dos multiplicaciones de los panes, en el desierto, todos comen, menos Jesús, que había predicado largas horas. (Jn. VI-3).

No tiene un lecho donde descansar de sus fatigas apostólicas. "Las raposas tienen cuevas; las aves, nidos; el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza". (Luc. IX-58).

Estos pasajes evangélicos y otros que narran las extremadas y numerosas privaciones de Jesús, en su vida pública, están manifestando su fortaleza corporal y su salud extraordinaria.

La actividad apostólica del Maestro fué sin límites y capaz de acabar con su organismo. Predicación constante y agobiadora. Los Evangelistas nos presentan a Jesús seguido por grandes muchedumbres, a quienes predica horas continuas y después cura numerosos enfermos (Marc. III-7).

Es tanta la gente que le sigue que ordena a sus oyentes sentarse a las orillas inmensas del lago y El les predica desde una barca. Tan cansado se queda de hablar y curar, que busca el cabezal duro de la popa de la barca para descansar y duerme. (Luc. VIII-48).

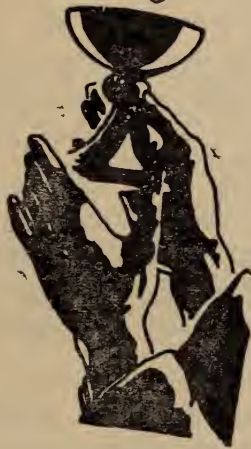
“Eran muchos, dice el Evangelista, los que iban y venían para oírle y pedirle milagros, que no le dejaban tiempo para comer, ni descansar; se retiró a un lugar desierto, pero le vieron las gentes y vinieron a El; Jesús se compadeció y se puso a enseñarles y atenderles”. (Marc. VI-30).

San Lucas dice: “los pueblos acudían en masa a oírle..... Jesús se retiró a orar en un monte y pasó toda la noche en oración”. (Luc. V-16-VI-12).

Todo esto supone un cuerpo sano y robusto.

Los mismos tormentos de la pasión prueban la fortaleza corporal de Cristo. Una noche entera de suplicios era suficiente para acabar con la vida; sin embargo, al siguiente día, cuando es llevado de un tribunal a otro, responde con firmeza a los jueces e increpa con majestad a los acusadores. Soporta la flagelación y coronación de espinas. Toma sobre sus hombros la cruz y se encamina al Calvario. En el trayecto se encuentra con su Madre y la consuela; aconseja largamente a las piadosas mujeres que lloraban por El. En la cima del Gólgota, tranquilamente, extiende sus manos y pies para que los claven. Crucificado, entre dolores inauditos, tiene fuerzas para pronunciar siete frases, que las dice con voz potente, con largos intervalos y en tonos variados.

Muere, pero su organismo está en perfectas condiciones; la causa de su muerte es el total desangramiento. Queda colgado de la cruz el cadáver de un hombre robusto. El muerto es Jesús Nazareno Rey de los Judíos. (Juan. XIX.19).



-XXXVI- TEMPERAMENTO

Vamos a tratar del temperamento de Jesús, entendiendo por esta palabra el predominio de un sistema orgánico en la constitución corpórea.

Casi no existen tipos puros de los distintos temperamentos que los fisiólogos describen. Tal vez el de Jesús fué uno de esos, aunque lo más humano es encontrar en su temperamento la mezcla compleja que hizo del suyo el más perfecto y equilibrado.

Estudiado el temperamento de Jesús en relación con las potencias espirituales, encontramos que es intelectual, memorista y voluntarioso, pero en perfecto equilibrio. Es un hombre de acción movido por su inteligencia y voluntad.

Ejemplos: En el Jordán, cuando Juan se resiste a bautizarle, reconociendo su inferioridad, Jesús dice: "Déjame hacer ahora, que así es como conviene que cumplamos la voluntad del Padre". (Mat. III-15).

Las contestaciones que dá al tentador en el monte de la cuarentena, indican un temperamento equilibrado en relación con las potencias del alma. Recuerda perfectamente los textos sagrados para contestar con citas oportunas; su entendimiento y voluntad no vacilan, ni ceden un punto ante la verdad y el bien conocidos. (Luc. IV-1 a 12).

Las explicaciones que da a la Virgen su Madre en el Templo y en las bodas de Caná, dan la

medida de su voluntad ante el deber. "No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?", es la respuesta al requerimiento amoroso: "por qué te has portado así con nosotros?" (Luc. 11-48-49).

"¿Qué nos importa a mí y a tí? No ha llegado mi hora", respondió Jesús a la insinuación de María, para que hiciese un milagro (Jn. 11-3 y 4).

Estudiando el temperamento de Jesús en relación con la sensibilidad vemos que no es apático, sino noblemente afectivo.

Se conmueve hondamente al ver llorar a Marta y María, las hermanas de su amigo Lázaro. (Jn. XI-33).

Tiene cariño a las muchedumbres que le siguen embelesadas a través de regiones desiertas y, por dos ocasiones, multiplica los panes para alimentarlas. (Mat. XIV-13-XVI-32).

Temperamento ecuánime fué el de Jesús; jamás se turbó, ni ante los peligros, ni frente a las asechanzas de sus enemigos.

Estaba el Maestro con sus apóstoles en la barca que flotaba acariciada por las mansas olas del Tiberiades; aprovecha la ocasión para descansar y duerme apoyado en un banco. Mientras tanto, todo se cambia: sopla el viento con furia inusitada, arrecia la tempestad, las olas se encrespan y la barquilla está a punto de zozobrar. Los apóstoles han agotado todo esfuerzo para salvarse de la muerte que se avecina, pero en vano. No les queda otro recurso que despertar al Maestro. Así lo ha-

cen. Jesús vuelve del sueño con toda serenidad. Se pone de pie y tranquilamente impera a los vientos y a las olas, sin que turben los gritos y sollozos de sus compañeros de navegación. (Luc. VIII-24).

Un día sus enemigos están a punto de lapidarlo. Jesús al verles encolerizados y con las piedras en alto, les dice serenamente: "Muchas obras buenas he hecho, ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?" y sigue hablando con mesura, mientras los enemigos se retiran avergonzados. Jn. (X-30).

Serenidad imperturbable e indómita energía, fueron las características de su temperamento.

Con la misma serenidad con que aplaca la tempestad del lago y desarma a sus enemigos, va contemplando, día tras día, la trama zurcida por el Apóstol traidor y le llama "amigo" el momento mismo del crimen. (Mat. XXVI-50) Serenamente contesta al criado del Pontífice que le abofetea para adular al patrón: "Si he hablado mal, dime lo que he dicho; si he hablado bien, ¿por qué me hieres? (Jn. XVIII-23).

Nadie ni nada fué capaz de turbar su paz y su manera de obrar. El último jueves de su vida sabe Jesús que todo está listo para apresarle, entregarle en manos de sus enemigos y sentenciarle a muerte, pero no cambia un ápice el programa de la cena y después se retira, como siempre, a su oración acostumbrada en el huerto.

"¿A quién buscáis?" pregunta enérgicamente Jesús a los soldados que van a apresarle en Getsemaní, y cuando les dice "Yo soy" todos caen en

tierra. Estando ya maniatado, ordena a los verdugos que "dejen ir libremente a sus apóstoles". (Jn. XVIII-4 a 8).

Nada ni nadie jamás le hará apartarse un punto de la línea trazada por la voluntad de su Padre celestial.

A su energía tenemos que añadir una franqueza y lealtad asombrosas, una suavidad y bondad sin límites, que completan las características de su temperamento ideal.



-XXXVII- CARACTER DE JESUS

Entendiendo por carácter el modo de ser de una persona, podemos decir que el carácter de Jesús fué bondadoso, compasivo, sentimental, tierno.

Jesús es el hombre bondadoso por excelencia: "Aprended de mí porque soy manso y humilde de corazón" (Mat. XI-29) nos dice el mismo.

No tiene severidad más que para los orgullosos e hipócritas fariseos. Con los demás, usa de una mansedumbre sin límites. Practica lo que dice: "He venido para servir y no para ser servido". (Marc. X-35).

Reprende a los Apóstoles que apartan de su lado a los niños, a los enfermos, a la gente pobre y necesitada. "Dejad que vengan a mí" dice y a todos bendice e impone las manos. (Marc. IX-13)

En Cafarnaún cura con toda bondad a muchísimos enfermos. Deja que le cojan de los vestidos. Permite que introduzcan al paralítico, desentejando la casa donde estaba hospedado. (Mat. VIII-16-IX-20-Marc. 11-1).

Repetidas veces se compadece de la muchedumbre que le sigue. "Misereor super turbas" es su frase bondadosa; en favor de la multitud hace muchos milagros. (Mat. XV-32).

No tiene más que palabras de bondad para la Samaritana, para la pecadora de Mágdala, para la mujer adúltera, aún para Judas y para los verdugos. (Jn. IV-5-VIII-4-Luc. VII-36).

En sus parábolas presenta la bondad de Dios como atributo propio de su Padre.

COMPASIVA hasta el extremo, no puede ver los dolores y las miserias, sin remediarlas.

Se compadece de la viuda de Naín y resucita a su hijo único que llevan a enterrar. (Luc. VIII-12).

Tiene compasión de las muchedumbres desnutridas y hambrientas que le siguen y, por dos ocasiones, las alimenta con abundancia, milagrosamente (Mat. XIV-13-XVI-32).

Para Jesús, el prójimo es ante todo el que yace en el dolor y el abandono. Se identifica con los pobres, con los enfermos, con los despreciados. (Luc. X-29). Es el hermano de los que sufren y sienten en carne propia las ofensas a los desgraciados. "Lo que hicisteis con el más pequeño de estos, conmigo lo hicisteis" serán sus palabras en favor de los infelices cuando juzgue al mundo (Mat. XXV-31)

SENTIMENTAL Y TIERNO, invita a unirse a El a todos los que sufren, a los que sienten el peso de la vida. "Venid a mí, dice, que yo os aliviaré de vuestros dolores; que yo os haré descansar de vuestras fatigas; seguidme y encontraréis reposo para vuestro espíritu". (Mat. XI-28)

Se conmueve hondamente al ver llorar a la hermana de Lázaro muerto. (Jn. XI-33)

Conmovido profundamente lloró sobre la ciudad santa por su desgracia futura. (Luc. XIX-41)

Lleno de sentimiento dice: "uno de vosotros me hace traición" y llama "amigo" al apóstol traidor. (Jn. XIII-31)

La ternura de su carácter se cristaliza en palabras de despedida en el Cenáculo. Sentimentales hasta el colmo son los términos que usa. "Hijitos míos, amigos míos" dice maternalmente esa noche a los que le rodean.

Los cuatro Evangelistas narran la vida de Jesús como una cadena infinita de bondades a las muchedumbres de quienes se compadecía con sentimental ternura. Sobre todo, los enfermos y los pecadores se llevan sus preferencias. Siempre cura sus males del cuerpo y del alma.

Sus principios básicos de conducta son: "No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores". "No son los sanos los que necesitan de médico sino los enfermos". (Luc. V-31)

Jesucristo fué bondadoso, pero no bonachón; su carácter fué suave, pero firme. Nada de cobardía, ni fanfarronería. Siempre ecuánime. La firmeza de su carácter prueba el silencio ante Herodes las respuestas a Caifás, las sentencias: "No se puede servir a dos amos". "He venido a poner fuego en la tierra". "Si tu ojo, tu mano, tu pié, son ocasión de escándalo, debes arrancárteles". (Marc. XIV-55-Mat. XVIII-8).

Una suavidad y bondad sin límites unidas a una energía y severidad indomables, el afecto tierno y compasivo y junta al cumplimiento animoso del deber fueron los distintivos del carácter de Jesús.



-XXXVIII- EL CORAZON DE JESUS

La función moral propia del corazón es amar. "Dios es amor" dice la Santa Escritura (1º Jn. IV-16)

Jesucristo mismo dijo, mostrando su Corazón a Santa Margarita de Alacoque; "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres". Que Jesús amó, y amó en grado supremo es innegable. El mismo confiesa. "Como mi Padre me ama, así os he amado". Nadie puede manifestar mayor amor que dando la vida por sus amados. (Jn. XV-9-13)

El corazón de Cristo está retratado en las páginas evangélicas, por el amor. Ama a su Padre celestial con amor de obediencia, que funde dos voluntades en una. El recuerdo es una de las señales del amor.

Jesucristo no pudo vivir un solo instante en la tierra, sin recordar a su Padre, sin nombrarle. No hay un solo discurso de Jesús en el cual no cite a Dios su Padre, directa o indirectamente.

Vivió en unión íntima, hipostática, con el Padre. Su mayor sufrimiento en la cruz fué sentirse abandonado de El. "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?" es el grito de dolor, la queja más honda de su vida. (Mat. XXVII 46)

El amor del Corazón de Jesús a su Padre fué amor de obras, amor de voluntad; "Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya". El único anhelo del Hijo de Dios hecho hombre fué hacer y cumplir la voluntad del Padre.

Jesús amó a su madre la Virgen nazarena con amor filial intenso, con la conexión de efecto a causa. Este amor le obligó dulcemente a mirar a María desde la cruz y a recomendarle al discípulo predilecto. (Jn. XIX-27)

Jesucristo amó entrañablemente a San José, su padre adoptivo, hasta el punto supremo de identificar su origen y su nombre con el carpintero de Nazaret. (Mat. XIII-55)

Amó Jesús infinitamente a sus apóstoles, haciéndoles de humildes pescadores, los confidentes de sus secretos divinos; convirtiéndoles de pobres hombres en otros Cristos. A ellos les dijo: "Como mi Padre me ha enviado, así Yo os envié a vosotros". (Jn. XVII-18)

Jesús amó a todos los hombres a quienes vino a redimir y a salvar. Amó a las gentes con quienes vivió en Palestina. Su amor está sintetizado en parábolas. El es el buen pastor que da la vida por sus ovejas; cuando una se ha extraviado, deja las noventa y nueve en el redil y va en busca de esa y no se cansa de caminar hasta encontrarla y vuelve con la ovejita al hombro (Mat. XVIII-12)

Jesús es el padre del hijo pródigo que hace fiesta cuando vuelve a la casa paterna (Luc. XV-11)

San Agustín dice que la debilidad de Jesús fué el lado flaco de la madre, el amor.

El Evangelio nos presenta a Jesús rodeado de enfermos, de pecadores, de gente pobre y humilde, quienes acuden al Señor en demanda de salud, de perdón, de milagros, de enseñanza, con la con-

fianza propia del hijo a su madre, porque conocen el corazón de Cristo. (Marc. VIII-2)

La familia de Betania había sentido el amor del Corazón de Jesús.

Marta y María sabían que el señor amaba a su hermano Lázaro; por esto, cuando enferma le avisan, y muerto, esperan le resucite. "El que Tu amas está enfermo". "Si hubieras estado aquí, no hubiese muerto", son frases de corazón a corazón. Los testigos del milagro de la resurrección de Lázaro dicen: "Mirad cómo le amaba" viendo las lágrimas de cariño que preceden a las palabras vivificantes. (Jn. XI-3-21-36)

Las páginas más bellas del Evangelio son las que están rubricadas con la tinta roja del amor. Cuán sublime es ver a los pies de Jesucristo a la Magdalena arrepentida y oír al Señor diciendo: "se le han perdonado sus muchos pecados, porque ha amado mucho; al que ama poco, poco se le perdonará". (Luc. VII-47).

El perdón en Jesucristo es fruto del amor. Amó a Pedro y le perdonó. Perdonado, le constituye jefe del apostolado porque Pedro le dice que le ama más que los otros apóstoles. (Jn. XXI-15)

El ladrón arrepentido se roba el cielo por amor. Pide al Señor un recuerdo amoroso en su reino y la respuesta es: "Hoy estarás conmigo en el reino de los Cielos". (Luc. XXIII-43)

El amor a sus enemigos hace que Jesús encuentre una razón poderosa para alcanzar de su Padre perdón y misericordia; "Padre, perdónales, porque

no saben lo que hacen". (XXIII-34)

"Amaos los unos a los otros, como yo os he amado (Jn. XV-17). Esta es la gran enseñanza y este el grande ejemplo que nos da Jesucristo, Toda su vida es un poema de amor, porque es la vida de un Corazón que palpita por amor a la humanidad.



-XXXIX- EL ALMA DE CRISTO

Dice un escritor, refiriéndose al Alma de Cristo, que no cabe otra solución sino admitir en Jesús un alma la más perfecta y bella que de las manos divinas pudo brotar.

En realidad, no se puede pensar en otra forma. Al cuerpo de Jesucristo juntó Dios un alma la más bella, pura y hermosa, si podemos así hablar, entre todas las que han informado e informarán el cuerpo humano.

El alma de los grandes personajes que han pasado por el mundo dejando regueros de luz, de santidad, de sabiduría, de bondad y bien, se eclipsa junto al Alma de Cristo, como la estrella junto al sol.

A la naturaleza humana vivificada por el alma se unió en Jesús la naturaleza divina, formando la sagrada persona de Cristo. La materia y la forma del Hombre sirvieron de recipiente para la unión hipostática con la Divinidad. Dios que debía unirse con el hombre, en la persona de Jesucristo, seleccionó, por así decir, un alma y un cuerpo dignos de Él.

San Juan penetró en el Alma del Señor, a través de su Corazón, cuando tuvo la dicha de reclinar la cabeza en el pecho del Maestro. Nadie mejor que el Apóstol predilecto puede pesar cada latido del Corazón de Cristo para comunicarnos en el Evangelio. El suyo es llamado, con razón, el E-

vangelio del espíritu, porque desde la primera página presenta el Alma de Jesús llena de gracia y rebosante de la verdadera perfección. (Jn. 1-14)

Por los efectos conocemos las causas; por las potencias espirituales debemos conocer el alma.

El Alma de Cristo aparece diáfana en su inteligencia y heroica en su voluntad. La inteligencia es luz que penetra, ilumina, purifica, razona, llegando a las cimas y los abismos.

Basta abrir el Evangelio, dice el P. Delepiere, para sentir que nunca espíritu humano ha descubierto tales secretos: el prodigioso acercamiento del cielo hacia el hombre, el llamado a una moralidad superior, el sentido de la historia humana aquí abajo, el destino en el más allá, la intimidad misma de Dios, todo esto manifestado sin ningún esfuerzo por alguien que tiene de ello la experiencia y la intuición.

Por otra parte, esa inteligencia se muestra dotada de todas las cualidades de análisis, de vigor lógico, de sutilidad razonadora. San Juan describe la impresión que dejaba en las gentes la inteligencia de Jesús en contacto con la muchedumbre, diciendo: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre". (Jn. VII-45)

Otra armonía, más difícil de realizar, obraba la inteligencia de Jesús, la de unir la profundidad de sus pensamientos con una simplicidad de expresión que la [haga accesible a todos. Como escribe el mencionado autor, la simplicidad se manifiesta en cada línea del Evangelio. Nadie mejor que Jesús tiene el sentido de las realidades concretas. Para

exponer los misterios de su pensamiento, no recurre a las obscuridades de los místicos ni a las elucubraciones de los filósofos. Le basta evocar la realidad de las cosas y de los diarios acontecimientos.

Pero la perfección del alma no está en el entendimiento sólo, sino unido con la voluntad. La voluntad es acción, es heroísmo. Nadie como Jesucristo ha enderezado su voluntad para alcanzar el ideal y cumplir con la misión encomendada. Su voluntad es acabado modelo de firmeza, constancia, resolución y hasta terquedad.

Para convencerse de esto, no hay más que leer algunas palabras de Jesús en los pasajes evangélicos.

“No sabíais que Yo debo estar ocupado en los asuntos de mi Padre”? dice a San José y a la Virgen que le buscan con ansiedad. (Luc. II-49)

“Debemos cumplir toda justicia” dice a Juan que se resiste en bautizarle, reconociendo su inferioridad. (Mat. III-14)

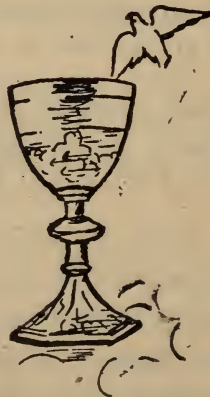
“Retírate Satanás, porque escrito está, adorarás al Señor tu Dios y a El solo servirás”, es la respuesta categórica al tentador. (Mat. IV-10)

“Padre: no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mat. XXVI-39), es la palabra de calma y de dominio para comenzar la pasión.

“Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y llevar a cabo su obra” es el grito de oblación y clarinada de victoria en la vida de Jesús. (Jn. IV-32)

La conducta del Señor se distingue por la calidad sostenida de sus acciones; por el heroísmo de todos los instantes. Las expresiones repetidas que usa para penetrar en el entendimiento de sus oyentes, son eco de su voluntad: "Yo he venido....; Yo no he venido". "He venido a poner fuego en la tierra (Luc. XII-49) He venido a salvar lo que había perecido. (Luc. XIX-10). No he venido a traer la paz, sino la guerra. (Mat. X-34). No he venido a destruir la Ley, sino a perfeccionarla". (Mat. V-17)

La unión hipostática del Hijo con el Padre, de Cristo con Dios, se nota de manera especial en la identificación de las potencias del alma. Jesús mismo dice: "El que me envió está conmigo y Yo hago siempre lo que le agrada". (Jn. VI11-29)



-XL- LA PALABRA DE CRISTO

Jesús, el divino Rabí galileo, habló al pueblo durante más de tres años consecutivos sin púlpito, ni cátedra determinados, o mejor dicho, la tribuna oratoria de Cristo fué: una barca, el brocal de un pozo, el tronco de un árbol, el declive del monte, la pradera, la playa inmensa, los atrios del Templo, las calles y plazas de los poblados.

Sus oyentes, de pie unos y sentados otros en el césped del prado, en la caldeada arena, en los pórticos y bancales, atendían con gusto las explicaciones de la Buena Nueva. Esa palabra mesiánica, sencilla, clara, es la semilla que fructifica el ciento por uno, es delicioso alimento espiritual de los muchedumbres.

La palabra de Jesús era elocuente pero popular, acomodada siempre al auditorio y a las circunstancias. En Galilea, era palabra campestre, risueña; en Judea, era más docta y enérgica. Siempre fué la palabra del oriental: hablaba de luz, de flores, de pajarillos, de cuanto emociona al oyente, para llevarle con mayor facilidad a lo serio del discurso. Raudales de sabiduría divina, expuestos con palabras sencillas, es lo que sale de la boca de Cristo.

Para mejor hacerse entender, su palabra evoca la realidad diaria de las cosas, y presenta la vida ordinaria en sus variados matices, ese sentido de lo real llega en la palabra de Jesús a lo poético, a lo sublime.

“En el Evangelio, dice un Comentarista, se refleja toda la Galilea, con sus fiestas y tristezas, su cielo y sus estaciones, sus rebaños y sus viñas, sus cosechas, su lago, su robusta población de pescadores y cultivadores”.

La palabra de Jesús era magistral, egotista, “Habéis oído antes.... Yo os digo ahora....”, repetía en sus discursos, pero esa palabra autoritaria estaba siempre suavizada con sencillez y justicia, de modo que a nadie chocaba y todos comprendían. (Mat. V-21-27-39).

La palabra de Jesús fué alimento y vida para todos, pero en algunos de sus oyentes reaccionó como veneno y muerte. La misma frase flagela al orgulloso fariseo y dulcifica la conciencia amargada del pecador.

Fué vida para los humildes, para los pobres, para los de buena voluntad, porque con la divina palabra entró el Reino de Dios en su alma; fué muerte eterna para los soberbios, porque despreciando la Buena Nueva, se alejaron para siempre del Reino mesiánico.

La palabra de Jesús fué sencilla y suave casi siempre, pero fuerte y severa frente al error y el mal. Muchas veces oyeron las multitudes retumbar la palabra condenatoria de la hipocresía, del escándalo, de la injusticia.

Nadie como Jesucristo ha hablado fustigando al mal y a los malhechores. “Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, farsantes, sepulcros blanqueados, guías ciegos, raza de víboras..... Ay de

vosotros, que despreciáis a los pobres, que devoráis las casas de las viudas, que cerráis las puertas de los cielos a los humildes y las abríis a los poderosos..... Ay de vosotros, que ayunáis, hacéis oración dais limosnas únicamente para ser vistos y alabados de los hombres..... Ay de vosotros los escandalosos, merecéis que os aten al cuello una piedra de molino y os sumerjan en la profundidad del mar..... Ay de vosotros, que véis la paja en el ojo del prójimo y no veis la viga de maldades que arrastráis...." (Mat. XI11-13-XV111.7-Luc. VI-24).

La palabra de Jesús es imperativa, porque se basa en la verdad y en el bien. Cuando dice enfáticamente; "En verdad, en verdad os digo"; cuando repite esos "SI" condicionales que encontramos a cada paso en el Evangelio; cuando usa ese "YO" de autoridad, se ve a Dios trazando la línea divisoria entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la derecha y la izquierda. (Mat. XVI-24 XIX-21).

La palabra de Jesús es la palabra de Dios que aterra. En el huerto de los olivos no dice sino: "a quién buscáis... Yo soy" y los soldados caen en tierra y los asalariados quieren huír.

Jesucristo, con su divina palabra, sienta principios y cambia conceptos. Dice: "Dad al César lo que le pertenece y dad a Dios lo que es de Dios" y esta será en adelante la norma básica de la legislación.

Proclama las Bienaventuranzas y desde entonces, la pobreza, la castidad, la obediencia, la man-

sedumbre, son apetecidas y practicadas por cuantos anhelan poseer a Dios.

Enseña a rezar el PADRE NUESTRO y de hecho todos los hombres se sienten hermanos, se instala el reino cristiano, las almas se identifican con Dios haciendo su voluntad, la materia debe contentarse con lo necesario, se reconcilian los enemigos, la tentación y el mal se alejan de la tierra.

La palabra de Jesús es la semilla evangélica que fructifica el ciento por uno en los corazones de buena voluntad [y de bien, es la luz del mundo y la sal de la tierra.

La Virgen Inmaculada oyó muchas veces la palabra de Jesús, la grabó en su espíritu y la guardó en el corazón, como tesoro de valor infinito.



XLI LA PREDICACION DE JESUS

§.S. Reinante, disertó acerca de la Predicación del Señor en la sexta semana de Adaptación pastoral, el 14 de Septiembre de 1956.

De tan sublime alocución tomamos los párrafos siguientes:

“Al revivir, en pía meditación el Evangelio, nos ponemos delante la multitud agolpada en torno del Divino Maestro que les está anunciando la Buena Nueva y vemos cómo sabe El transfundir en la palabra su alma, junto con la inagotable riqueza de su sabiduría y de su amor, de tal suerte que su palabra llega a ser como un espejo fiel de toda su Persona.

La predicación de Jesús tiene un carácter personal, de eficacia inmensa. Este carácter muestra, en primer lugar, una absoluta claridad y seguridad de la mente, al par que una determinación y firmeza absolutas de la voluntad.

Jesús se da todo e íntegramente a la predicación, al anuncio de la palabra divina; se consagra completamente al servicio de las almas. Es el buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn. X-21). Se daba a los hombres en la siempre renovada predicación, trasladándose de un lugar a otro y yendo de ciudad en ciudad. (Luc. IV-42).

Acumulaba milagros sobre milagros, con el fin de que los hombres creyesen en su predicación y para que, en esta forma, la palabra de Dios echase raíces en sus almas y produce fruto. (Luc. VI-11).

Como otro elemento característico, encontramos una calma de juicio y una íntima independencia de lo que pudiera agrandar o desagrandar a los hombres y traer su adhesión o desprecio. Con su franca reprobación de la vanagloria y de la ambición de los Escribas y Fariseos, mostraba el Señor su entero desasimiento de los aplausos del pueblo y de las clases dirigentes. (Mat. XXI-1-36).

La multitud después de haber presenciado un prodigio obrado por Jesús quería hacerle rey, pero El huyó y se retiró solo al monte. (Jn. VI-15)

El experimentó el HOSANNA y el CRUCIFIGE de la Pasión con plena superioridad de espíritu; no se dejó arrastrar de lo uno, ni espantar de lo otro. (Marc. IX-11)

Dirigiendo una rápida mirada al contenido de la predicación de Jesús, vemos sus características y su objeto.

Inculcaba el Señor a sus oyentes, como disposición de ánimo y de corazón para recibir con fruto la doctrina, la seriedad moral con la que el hombre debe acercarse a la revelación que no admite ligereza o superficialidad. (Mat. IX-16); y por ende la rectitud y sinceridad de corazón que excluye toda hipocresía y doblez; (Luc. XI-1) el celo por la gloria de Dios y su reino en la tierra que no se concilia con una pasividad ociosa (Mat. XV-21); la vigilancia constante (Marc. XI-35); la consciente y firme adhesión a la palabra y a la voluntad de Dios. (Luc. XI-28)

Sobre corazones así preparados, derramaba el

Señor sus más altas enseñanzas. Quería estrechar a los hombres con un vínculo siempre más íntimo con el Padre que está en los cielos; y así les infundía, por una parte el temor ante su infinita majestad (Mat. X-28), y por otra, una confianza incondicional y amor filial por encima de todo. (Mat. XI-37). Los hombres deben sentirse seguros bajo el amor solícito y previsor del Padre celestial y, por tanto, no deben afanarse en demasía, por los cuidados de los bienes materiales. (Mat. VI-25)

Además la predicación del Señor infundía en los corazones la unión con Cristo, la fe y confianza en El, la entrega incondicional a Jesús y su imitación. (Mat. X-36).

Por lo que hace al objeto de la predicación del Señor, nos limitaremos a evocar simplemente, además de sus grandes promesas: el cielo la Eucaristía, la resurrección, la vida eterna los principales deberes que inculcaba a su auditorio.

Entre estos deberes encontramos, primeramente, el de orar (Luc. XVI-1), el deber de la humildad interna y externa, con la reprobación de toda clase de orgullo y arrogancia. (Mat. XI-29), el deber de la abnegación y del sacrificio, hasta llevar la cruz en seguimiento del Señor crucificado (Luc. IX-23), el de tender a la perfección (Mat. V-58), el gran deber de amar al prójimo, semejante al primero y máximo precepto del amor a Dios (Mat. XXII-39) y tantos otros deberes y doctrinas que hacen de la predicación de Jesús el acabado modelo de la predicación cristiana".

-XLII- LAS FLAQUEZAS CORPORALES DE JESUCRISTO

San Pablo dice en la carta a los Hebreos (IV-15): "Cristo, de nuestra raza y familia, lleva nuestra carne y sangre; puede compadecerse de nuestras flaquezas, porque las ha probado todas, fuera del pecado".

Es muy lógico pensar que en Jesucristo no hubo mancha alguna de pecado, porque es la santidad por esencia.

Respecto a las flaquezas humanas que probó Cristo, según frase del Apóstol, debemos distinguir las que se derivan del pecado, como el dolor y la enfermedad y las que vienen por herencia, como deformidades corporales y aberraciones psíquicas; ni estas ni aquellas tuvo, ni pudo tener Jesús, porque faltando la causa, no hay el efecto.

En el Evangelio no encontramos una sola palabra que nos de a entender que Jesucristo sufrió enfermedad alguna o algún desperfecto fisiológico.

Su cuerpo y su espíritu gozaron siempre de salud perfecta y equilibrio completo.

Si en los últimos días de su vida aceptó y sufrió el dolor material y se abrazó con la muerte, fué porque con ellos debía redimirnos. Los probó, por nosotros y no por El, que estaba exento de esos males y flaquezas humana.

Las otras flaquezas, en cierta manera espirituales, que aquejan al hombre, caído del estado de

gracia en que fué criado por Dios, como la inclinación al mal, la ignorancia, la dificultad para obrar el bien, la concupiscencia, no podemos tampoco admitir en Jesucristo, porque desdicen de su persona, van contra su misión de Redentor y, sobre todo, por la misma razón de causa y efecto entre el pecado y sus consecuencias, que no hubo en Jesús.

Las últimas flaquezas humanas, que podemos llamarlas ordinarias, como el hambre, la sed, la tristeza, el tedio, las lágrimas...las probó Jesús, porque quiso aceptarlas como testimonio de su verdadera humanidad y como medios de sufrimiento para redimirnos.

Por el Evangelio sabemos que *lloró* Jesús. Lloró ante la tumba de su amigo Lázaro. "Viendo llorar a Marta y María, hermanas del difunto, y viendo llorar también a los amigos que les acompañaban, se estremeció el espíritu de Jesús y lloró.... Las gentes, viéndole llorar, decían: Cuánto amaba a Lázaro...." (Juan 11-33). Lloró Jesús "viendo la ciudad de Jerusalén y profetizando la destrucción material y formal de su patria...." (Luc. XIX-41).

Jesucristo sintió *hambre* después de su ayuno de cuarenta días en el desierto, y de esa hambre aprovechó el demonio para tentarlo. (Mat. IV-2) Sintió *sed* junto al pozo de Jacob y pidió agua a la samaritana. (Jn. IV-7). En la cruz, fué tanta su sed que la pidió en voz alta, constituyendo esta petición una de las siete palabras (Juan XIX-28).

El Evangelio nos cuenta las ondas tristezas de Jesús en el huerto de los olivos y en la cruz que fueron tan grandes, hasta clamar a su padre que

“pase por alto ese caliz de amargura” y pedirle que no le abandone. (Luc. XXII-42-Mat. XXV11-46)

Sufrió Jesucristo esas flaquezas humanas y en sumo grado: “Comenzó a tener pavor y tedio” dice el Evangelio (Mat. XXV1-37) y este sufrimiento llegó al colmo en el momento cumbre de la pasión.

No podemos admitir el Docetismo que elimina estas flaquezas en Cristo.

Jesús sufrió de verdad; su pasión no fué un simulacro, ni su muerte un ilusionismo. Cuando los azotes caían sobre sus espaldas, cuando las espinas hincaban sus sienes, cuando los clavos atravesaban sus pies y manos, Jesús sentía dolor intenso dolor de martirio.

El beso de Judas, el abandono de sus Apóstoles, la negación de Pedro, la bofetada del criado del Pontífice, la cobardía de Pilato, la sentencia de muerte, la sátiras e ironías de los fariseos... causaron en el alma de Jesús sufrimientos intensos.

Los silencios de Jesús que narran los Evangelistas, nos hablan de sus dolores internos, de sus profundos sufrimientos morales. Calló el Señor ante el Sumo Sacerdote; no se defendió de las acusaciones de los sacerdotes; guardó silencio ante Pilato; selló sus labios en presencia de Herodes.... (Mat. XXV11-12-Marc. XIV-61-Juan XIX-9 y XXII-9; pero estos silencios fueron lágrimas del corazón, gritos de dolor, ayes del alma hecha girones; fueron los estragos de las flaquezas corporales de Cristo; fueron el eco de las palabras divinas: “El espíritu es esforzado pero la carne es flaca” (Marc. XIV-38).

-XLIII- LAS TENTACIONES DE JESUS

Como un paréntesis entre la vida hogareña y la evangélica y como preparación para las obras de la vida pública, se retiró Jesús a un lugar desierto, donde pasó cuarenta días en oración y penitencia. Así comenzó la segunda etapa de su misión redentora, castigando el cuerpo y fortaleciendo el espíritu.

Al final de la cuaresma, Jesús sintió hambre, se sintió rey, sintió el vacío de la soledad. El demonio aprovechó estas circunstancias y tentó al Señor.

“Manda a estas piedras que se conviertan en pan y sacia tu hambre”.- La contestación fué: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios”. (Mat. 1V-2).

Enseñanza: El cristiano no debe vivir únicamente para comer, sino que debe comer para vivir, como dicen algunos y no practican muchos. No debe buscar diariamente sólo el pan material que nutre el cuerpo, sino que debe preocuparse todos los días de alimentar su espíritu. El hombre racional no debe cuidar demasiado de la materia, sabiendo que por encima de esta se encuentra, el espíritu, que necesitaba también alimentarse. Su pan cotidiano debe ser la lectura, la meditación y la práctica del Evangelio, porque esta es la palabra que sale de la boca de Dios.

“Si eres hijo de Dios, tírate de aquí para abajo y nada te pasará, porque escrito está que los án-

geles te recibirán en sus manos, como a su rey".- Jesús contestó: "También está escrito: no tentarás al Señor tu Dios. (Luc. 1V-12).

El demonio, viendo frustrada su primera tentación, creyó triunfar esta vez, induciendo al Señor a obligar a sus ángeles para que reconocieran su realeza cooperando a un milagro que no era útil, ni necesario. Puso el tentador a Jesús en uno de los más elevados pináculos del Templo de Jerusalén, desde donde la caída era muerte segura, sin un milagro.

Con su admirable contestación, nos enseña Jesús que nuestra vida debe ir por el camino ordinario de las leyes naturales, porque son divinas. El milagro puede suspender o cambiar esas leyes, pero Dios no está obligado a hacer milagros, según el capricho del hombre. El que ama el peligro, en él perecerá; dice el Espíritu Santo. El que tienta a Dios, sucumbirá en el mal buscado.

En la tercera tentación, el demonio hace ver al Señor todo el poderío y magnificencia del mundo, como se ven las pintadas decoraciones de un escenario teatral. Al engaño de la imagen añade el tentador la mentira de las palabras. "Todo este mundo será tuyo, si me adoras un momento.- No se deja esperar la contestación: "Mandado está: Adorarás únicamente a Dios y a El solo servirás. (Mat. 1V-10).

Enseñanza: El hombre no debe dejarse llevar demasiado del amor a las riquezas, porque el oro avasalla fácilmente, y la persona metalizada se aleja de Dios y es incapaz de pensar, decir u obrar

racionalmente, ni en su propio beneficio. La avaricia se enseñorea de la inteligencia y de la voluntad hasta hacer del hombre un ser despreciable ante Dios y ante sus semejantes.

Las tentaciones de Jesús enderezadas a la triple concupiscencia humana: el amor desordenado a los placeres, a los honores, a las riquezas. El tentador puso en juego la concupiscencia en el alimento, el mundo con sus atracciones, y la soberbia de la vida.

Si Jesús convertía las piedras en pan y comía, el diablo tentador descubría que el tentado era Dios por el milagro obrado, y le hacía romper su ayuno y penitencia.

Si Jesús se arrojaba de aquella altura y caía en manos de los ángeles, se hubiera mostrado verdaderamente rey de la creación y el Mesías esperado y todo el pueblo le habría aclamado como tal. No era hora de manifestarse, ni de hacerse conocer como Hijo de Dios. El tentador pretendía cambiar los designios de la Providencia y las horas previstas por Dios.

Si Jesús adoraba a Satanás, éste descubría que el tentado no era Dios, porque además del acto de idolatría, le hacía caer en la ambición propia del hombre.

Jesucristo rechazó la triple tentación con palabras de la Biblia, de ese Libro sagrado que debe conocer perfectamente el católico, porque es la base de la religión y la palabra de Dios. (Deu. VIII-3-Salm XC-11-Deut. VI-13).

·XLIV· PASIONES

Pasiones, en el campo síquico, son los movimientos del apetito sensitivo, unidos a conmociones orgánicas. Son neutras, en el orden moral, haciéndose buenas o malas conforme al uso que las de el paciente. Se las suele agrupar en dos categorías: concupiscibles e irascibles.

Al primer grupo pertenece el amor, el odio, el deseo, el dolor, el gozo. Del segundo son; la ira, el temor, la esperanza, la audacia, la admiración, la desconfianza.

Toda persona humana siente en su ser el movimiento pasional. Los niños sin el uso de la razón tienen pasiones y obran bajo su impulso, sin que en ellos sean virtudes, ni pecados, por su estado de irresponsabilidad.

Jesucristo sintió pasiones y obró impelido por ellas; manifestó exteriormente sus conmociones. Amó, odió, sintió gozo y deseo, tuvo ira, miedo, pena, manifestó admiración y confianza, repetidas veces, conforme nos cuentan los Evangelistas. Como es muy natural, las pasiones de Jesús estuvieron siempre ordenadas y sujetas a la inteligencia y a la voluntad divinas; fueron virtudes. Jesucristo AMO y en sumo grado, amó apasionadamente a la humanidad. "Amó a los que vivían en el mundo y los amó hasta el fin, dice San Juan (XIII-1) y después subraya este amor de Jesús a los hombres, indicando que quiere abrazarles en el fuego de su amor, al citar la sentencia divina; "Yo he venido a poner fuego en la

tierra y anhelo que arda" (Luc. X11-49). La pasión será la mayor prueba de su amor. (Juan XV-13) Amaba a sus amigos y discípulos, con amor intenso y sensible. Así dice el Evangelio refiriéndose a la familia de Betania. "Jesús amaba a Lázaro y a sus hermanas Marta y María". (Jn X1-5).

ODIO Jesús al pecado, con odio mortal. "Vete en paz, pero no vuelvas a pecar" era frase de perdón para el pecador arrepentido. (Luc. V11-36)

GOZO con sus apóstoles que regresan gozosos de su primera correría misional. (Marc. VI 30). Siente intenso gozo y alaba y glorifica a su Padre porque descubre los misterios a los pequeñuelos, a los humildes y oculta a los soberbios. (Luc. X-21). Invita a sus discípulos a descansar gozosos después de las fatigas apostólicas. "Padre, que sientan ellos el gozo cumplido que siento yo" es la oración en favor de los suyos. (Jn. XV11-13).

Tuvo DESEO vehemente de salvar pronto a la humanidad. "Como está ardiendo mi corazón en deseos de que se cumpla pronto el bautismo de redención", dice Jesús anhelando la Pasión. "De todo corazón he deseado comer esta pascua con vosotros" es la introducción paternal a la última cena. (Luc. X11-50-XX11-15).

Clava sus ojos penetrantes, llenos de IRA e indignación, en los fariseos que espían sus actos, para desprestigiarle ante el pueblo. (Marc. 111-5). Con Justa ira, en dos ocasiones, sacó del Templo a los profanadores. (Marc X1-15-Luc-X1X-45). En esas escenas se ve agitación y verdadera pasión. Las palabras que usó Jesús para combatir y conde-

nar a los fariseos, son vibrantes y de gran indignación. Sus ojos centellaban y su rostro estaba inflamado cuando repetía: "Ay de vosotros hipócritas, sepulcros blanqueados, guías ciegos...." (Mat. XX111-14). Nadie como Jesús a apostrofado al mal y a los malhechores con invectivas tan ardientes. Muchas de sus parábolas terminan con arrebatos pasionales de indignación, como la de la cizaña, del siervo despiadado y otras encaminada a combatir la iniquidad. (Mat. X111-24-XV111-23).

MIEDO pavoroso tuvo Jesús en el Huerto. "Mi alma está triste con pena de muerte" dice el Señor a sus discípulos. (Mat. XXVI-38). Del pavor, del tedio, de la pena que embargaba el espíritu de Jesús, durante la pasión, nos hablan con frecuencia los Evangelistas. (Jn. X111-31).

Jesús mostró *admiración* al oír la súplica razonada del Centurión que le pedía un milagro y dijo a los circunstantes: "En verdad os digo que no he hallado mayor fe en Israel" (Mat. VI11-10). Admirado hasta el extremo dijo a la cananea: "Mujer, grande es tu fe, hágase como tú pides", como epílogo de la confianza y humildad de esa mujer. (Mat. XV-22 a 28).

Tuvo Jesucristo ilimitada *confianza* en su Padre celestial durante toda la vida; esto proclaman: la Oración Sacerdotal, la Oración del Huerto, sus palabras al resucitar a Lázaro: "Padre, yo sé que siempre me escuchas" (Jn. XI-42). Sus últimas palabras para morir, fueron de confianza filial absoluta. "Padre mío: en tus manos deposito mi espíritu". (Luc. XX111-40).

Se emocionó Jesús ante la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo. (Mat. XVI-18); ante aquel joven que desde niño había cumplido todos los mandamientos. (Marc. X-21) ante la inocencia de los niños custodiados por los ángeles (Marc. X-14); ante el grito de fe y arrepentimiento del Buen Ladrón (Luc. XXIII-42) y ante otros sucesos de la vida evangélica que aprovechó el Señor para probar que era Hombre y que tenía pasiones.



-XLV- VIRTUDES DE JESUS

Dios es la santidad por esencia; el hombre santo participa de esta santidad divina, por la práctica de las virtudes que llevan a Dios. Jesucristo, Hijo de Dios e hijo del hombre, es la fuente de santidad y el santo por excelencia. Desde el primer momento de su vida humana, Jesús poseyó todas las virtudes teologales y morales, en máximo grado, siendo, por lo mismo, la criatura más santa que ha existido en la tierra y la más agradable a los ojos divinos. "Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco". -"Este es mi Hijo predilecto, escuchadle". -Son los testimonios que dió el Cielo en el Bautismo y en la Transfiguración del Señor. (Mat. 111-17-Marc. 1X-7).

Al tratar de Jesús y de las Virtudes teologales, no podemos sino hablar de la Caridad o amor a Dios, porque la Fe y la Esperanza fueron incompatibles con la visión y posesión de Dios de que gozaba Jesucristo constantemente, por su unión hipostática de las naturalezas humana y divina, en su persona.

Las virtudes morales que son en el hombre fruto de la repetición de actos fueron también infusas en la persona de Jesús. En el Evangelio encontramos las manifestaciones de estas virtudes en mayor o menor grado. Así se explica esa frase: "crecía en santidad..." (Luc. 11-52); es decir, se manifestaban paulatinamente todas las virtudes, según las circunstancias. Fijémonos en algunas.

BONDAD:- Alguien ha dicho que la esencia del cristianismo es la bondad, porque el que sigue a Cristo tiene que ser bueno como El.- En verdad, Jesús nos dió ejemplo de bondad en cada palabra y en cada acción.- El mandamiento NUEVO promulgado por Jesucristo no es "el amor a Dios, sobre todas las cosas", que ya estaba mandado en el Decálogo, sino "amarás a tu prójimo como a tí mismo". Al enseñar esta nueva doctrina, añade Jesús: "ejemplo os he dado". Pero, la caridad fraterna no se practica sin la bondad. Jesucristo que nos enseñó el amor, nos dió primero ejemplos de bondad pues, "pasó haciendo el bien", nos dice uno de los Evangelistas (Luc. XVII-12) y el otro especifica: "andaba de gira por todos los pueblos y aldeas aliviando dolores y curando enfermedades. ('Mat. IX 35).

Una ocasión fué invitado el Maestro a comer en casa de un amigo; un enfermo de hidropesía estaba a la puerta de la casa; pues, el bondadoso Jesús no comenzó la comida sino cuando había curado al enfermo. (Luc. XIV. 6).

La ley prohibía hablar con los leprosos y con mayor razón tocarlos, Jesús conversa con ellos y siempre les cura haciéndoles sentir el contacto bondadoso de sus manos. (Luc. V-13). Los enfermos le salen al encuentro en su camino; Jesús a nadie desprecia y a todos cura con grande bondad. A los ciegos de Cafarnaúm, al de Betsaida, a los de Jericó, les curó el Señor después de dirigirles palabras de consuelo. En Decápolis se encuentra con un sordo-mudo a quien le cura con suma bondad, usando su saliva divina y tocando repetidas

veces los sentidos del enfermo. (Marc. V11-32)

Con los pecadores era Jesús tan bondadoso que no perdía ocasión para perdonarles; se hospeda en sus casas; come con ellos; y cuando los fariseos le critican dice: "No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos.... No he venido a salvar los justos, sino pecadores.... Entended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio...." (Mat. 1X-12).

Llega una fiesta de los judíos, Jesús debe también asistir a ella; se encamina a Jerusalén, pero en una de las puertas de entrada a la ciudad se encuentra con una cantidad enorme de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban una mano cariñosa para que los sumergiese en la milagrosa agua de la piscina de Betesda.

Había un enfermo, postrado treinta y ocho años, Jesús se compadece y le dice: Levántate, toma tu camilla y anda. El Evangelio nos dice terminantemente que el Señor se compadeció; viéndole tendido y sabiendo que estaba enfermo desde hacía mucho tiempo y que en tantos años de postración no había tenido a nadie que le introduzca en la piscina cuando el agua era agitada por el ángel"; he aquí la bondad del Maestro que prefiere las críticas de los enemigos antes que dejar sin alivio a un desgraciado. (Juan VI a 10). No comprendían los fariseos el corazón bondadoso de Jesús y que la práctica de esta virtud valía más que sus largas oraciones para ser vistos y alabados de

los hombres, por eso se escandalizaron de su bondad para con la Magdalena y dijeron: "Si este fuera profeta, sabría quién y de qué clase es la mujer que está a sus pies" (Luc. VII-39).

No hay duda que la BONDAD fué una de las virtudes que Jesús practicó más efusivamente con los hombres.



XLVI- OTRAS VIRTUDES DEL SEÑOR

La bondad de Jesús fué acompañada con la PACIENCIA. Hacía el bien a todos con suma bondad, pero sus obras eran mal interpretadas y mal correspondidas. Se dijo que hacía los milagros con el poder del demonio (Mt. X11-24).- Los mismos que recibían beneficios le pagaban con tamaña ingratitud. Curó a diez leprosos y solamente uno volvió a agradecerle. (Luc. XV11-17).- Cortó las diferencias entre judíos y samaritanos y estos le negaron hospedaje. (Luc. 1X-56).

Como Dios sabía Jesucristo que ese mismo pueblo a quien alimentó por dos ocasiones, milagrosamente; esos mismos enfermos curados con sus cariñosas manos; esos pecadores perdonados misericordiosamente; esos endemoniados librados prodigiosamente; esas mismas personas beneficiadas con toda clase de milagros pedirían a gritos su muerte, posponiéndole a Barrabás. (Mat. XXV11-21).- Sin embargo de la visión de ingratitud, el bondadoso Jesús, con toda paciencia seguía haciendo el bien, sin distinción de personas.

Sabe que todos aquellos que el domingo de ramos le aclamarían como a Rey e Hijo de David, el próximo viernes le gritarían: "Crucifícale, crucifícale.... Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.... (Mat. XXV11-25), con todo, pacientemente acepta esa manifestación y monta-do en su pollino atraviesa la ciudad deicida. (Jn.X11-14)

¡Cuánta paciencia de parte del Señor con sus mismos apóstoles!- Hombres de pueblo, poco instruidos, superficiales, llenos de prejuicios, saturados de falsas esperanzas mesiánicas, ambiciosos de glorias humanas y bienes terrenos, costaron muchos trabajos y sufrimientos al Maestro para hacerles entender la misión que les daba.

Con paciencia jobiana contesta Jesús a la mujer de Zebedeo que le pide para sus hijos Juan y Santiago los mejores puestos en el reino mesiánico. "¿Qué deseas?, dice Jesús. No sabéis lo que pedís.... y a los otros apóstoles que enfadados protestan por la petición, les dice pacientemente: "entre vosotros no debe haber como entre los mundanos, orgullosos y pretenciosos; si queréis ser grandes, debéis ser humildes y servir a todos; el que quiere ser primero, ha de ser antes esclavo de los otros...., así como Yo he venido al mundo para servir y no para ser servido...." (Mat. XX-20 a 28).

Conoce la hipocresía de Judas, sin embargo le conserva el Maestro entre sus discípulos predilectos y le trata igual que a los otros. En la última cena, sabiendo ya de su vil compromiso con los fariseos, le lava los pies, le da la comunión de su cuerpo y sangre y todavía procura convertirle, descubriendo pacientemente sus planes criminales: "En verdad os digo, uno de vosotros me entregará... Ay! de aquel hombre por quien el Hijo de Dios es entregado.... Tú lo has dicho, dice claramente a Judas que se atreve a preguntarle: ¿Seré yo Rabí?...." (Mat. XXVI-21 a 25).

La paciencia de Jesús raya en heroísmo durante la Pasión: es tratado vilmente por hombres

mediocres y calla. Viles soldados le toman preso; sayones asalariados le atan pies y manos; un sanedrín corrompido le condena; le acusan los hipócritas; un servil criado le abofetea; dos jueces, uno lascivo y otro cobarde, le condenan; la plebe le azota y corona de espinas; el populacho, inconsciente le crucifica; por detrás de todo están los letrados de Israel dirigiendo el Deicidio.....

Jesús soporta todo. Pudiera ordenar a los ángeles del cielo que salgan por los fueros divinos vilmente conculcados, pero prefiere sufrir y calla. (Mat. XXVI-53).

Clavado en la cruz, presencia el festín de sus enemigos; viéndole vencido le satirizan, blasfeman, se burlan, le oprobian y el paciente Jesús contesta: "Padre, perdónales..." (Luc. XXI11-34).

Así como la paciencia, podemos y debemos admirar todas las virtudes en la persona de Jesucristo.

Nos dió ejemplo de HUMILDAD, de POBREZA, de CASTIDAD, de OBEDIENCIA; practicó la PRUDENCIA, la MANSEDUMBRE, la JUSTICIA, la CARIDAD, la FORTALEZA; fué SOBRIO, MISERICORDIOSO, CUMPLIDOR DEL DEBER; en una palabra EJEMPLAR de toda virtud, de santidad, de perfección.

La única virtud que no encontramos en Cristo es la PENITENCIA, porque ésta es reconocimiento y reparación del pecado y Jesús no tuvo ni venial. "Quién de vosotros me argüirá de pecado" (Jn. VII11-46) dijo a sus enemigos y nadie se atrevió a contestarle, porque Jesucristo fué un oasis divino en medio del mundo pecador; fué un Hombre con las virtudes de Dios.

.XLVII- VIDA INTERIOR DE CRISTO

Haciendo abstracción de la divinidad, podemos hablar de la vida íntima de Jesús, es decir, de la vida religiosa, del motor de sus actividades, de la fuerza que mantenía su persona en invariable tranquilidad, sin que las pasiones agitaran su alma. Jamás le envanecieron los elogios que le tributaron, ni le indignaron las calumnias levantadas en su contra, ni le abatieron las persecuciones. Siempre vemos a Jesús humilde y modesto, sencillo y manso, saturado de paz interior y lleno de atractivos exteriores.

Vemos a Jesucristo a través del Evangelio, enseñando doctrinas sublimes por medio de comparaciones sencillísimas. Notamos que siempre predica con el ejemplo antes que con la palabra. Habla del menosprecio de las riquezas y su pobreza es tal que no tiene dónde reclinar la cabeza; enseña la humildad y vive y muere soportando toda clase de calumnias y oprobios, siempre perdonando y bendiciendo; prescribe la pureza y la santidad, y las suyas fueron tan sublimes que desafía a los judíos, para que manifestaran alguna imperfección que le hayan notado.

“La vida de Cristo fué una perpetua predicación con el ejemplo” dice San Lucas (Act. 1-1), pero sus palabras y sus obras están animadas, y son vivificadas en el fondo mismo del ser. Imposible es sondear la vida interior de Jesucristo, hasta comprenderla completamente, porque es la vida de Dios-

Hombre, de una Persona con dos naturalezas: divina y humana, íntimamente ligadas. Apenas podemos decir que la vida interior de Cristo era de perfecta unión con su Padre Eterno, por medio de la oración.

Los Evangelistas subrayan con frecuencia, en las narraciones de la vida de Jesús, su amor ardiente al Padre celestial. Nadie como El ha cumplido, ni cumplirá mejor con el mandato, síntesis de la Ley. "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas". Jesucristo amó entrañablemente a su Padre, se abandonó sin reservas en sus manos, no buscó sino hacer la voluntad del que le había enviado y con El vivió en continua comunicación mediante la oración.

La primera frase que nos cuenta el Evangelio pronunciado por Jesús es: "No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?" (Luc. 11-49) y sus últimas palabras fueron: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". (Luc. XX111-46). Entre estos dos paréntesis que abren y cierran la vida de Jesús, encontramos la vida del "Hijo del hombre", en unión íntima con Dios por la oración.

Todos los grandes acontecimientos que narran los Evangelistas, están consagrados por la oración o se cumplen mediante la comunicación del "Hijo de Dios" con su Padre.

Cuando Jesús es bautizado, El ora y se abren los cielos y habla el Padre (Luc. 111-21).

Antes de formar el colegio apostólico, Jesús se retiró al monte y pernoctó en oración. Al siguiente día llamó a sus discípulos. (Luc. VI-12).

Los milagros de Jesús casi siempre tienen como precursora a la oración; una plegaria íntima, una comunicación amorosa con el Padre, precede al milagro que cura al sordo-mudo, al niño endemoniado, al paralítico. (Marc. VII-34-IX-28). Antes de la multiplicación de los panes, de la resurrección de Lázaro, y de los grandes prodigios (Jn. VI-11-XI-41), Jesús se recoge y ora, de tal manera que como dice el Padre Avila, benedictino, "estudiados los milagros de Jesús, dan la impresión de ser efectos y flores selectas que brotan de su vida de oración".

Durante la Pasión, Jesús intensificó su unión con el Padre por la oración. La consagración que hace de Sí y de los suyos en la sublime plegaria como terminación de la Cena pascual es celestial. En Getsemaní se postra en tierra y se engolfa en la oración. En la cruz, luchando con la muerte, las siete frases son gritos de oración. (Jn. XV11-1-XV111-1XIX).

La unión íntima de Cristo con Dios constituye el principio vital interno de todos los pensamientos, palabras y acciones del Maestro que ora y enseña a orar en la soledad donde se encuentra al Padre a satisfacción. "Cuando vas a orar, entra en tu cámara y cerrada la puerta, ora en secreto" es la monición de Jesús. (Mat. VI 6). Así oraba El; en la soledad y en el silencio de la noche.

Los Evangelistas dicen con frecuencia: "Despidió a las muchedumbres y se internó en el mon-

te para orar y como era tarde pasó allí la noche solo". (Mat. XIV-23-Marc. VI-46-Jn. VI-15)

Como dice el citado Padre Avila: "En la vida interior de Jesús no entraba nadie más que el Padre. En su alma estaba el vacío de lo humano, lleno de Dios. Vivía completamente libre de todo lo terreno, de todo contacto, de todo apego a las criaturas y consagrado únicamente a Dios. Su mundo, su realidad, su vida era el Padre, con quien llevaba, la más fecunda de las vidas en común".

"No estoy solo, porque mi padre está conmigo", dice Jesús dando a entender a sus apóstoles, la esfera de su vida interior, sus relaciones de ser con su Padre. (Jn. XVI-32)

"Mi Padre y Yo, somos una misma cosa" enseña Jesús, haciéndonos vislumbrar su vida íntima con Dios que es la síntesis de su vida interior, raíz y fuente del heroísmo en el cumplimiento perfecto y completo de su misión en la tierra. (Jn. V-17)



-XLVIII- ¿EXISTE JESUCRISTO?

Dice Papini: "Cristo está vive entre nosotros.... Hay todavía quienes le aman y quienes le odian. Existe una pasión en favor de Jesús y otra en contra de El. El enfurecerse de tantos contra Jesucristo y el que haya tantos que le defienden, dice bien claramente que todavía no ha muerto y que sigue viviendo. Los mismos que se desviven por negar su existencia, pasan la vida recordando su nombre y están probando su existencia".

No cabe duda que Jesucristo sigue viviendo en su obra imperecedera, la Iglesia, en su Evangelio, en el amor de unos, y en el odio de otros a su Persona.

Pero hay más todavía: Cristo sigue viviendo real y verdaderamente en el cielo y en la tierra.

En el cielo, donde fué el día de la ascensión, una vez cumplida su misión redentora. En la tierra, donde se quedó, por amor a los hombres, mediante el milagro eucarístico.

De los grandes personajes que cruzaron el camino de la vida, nos quedan su nombre y sus obras, como un reguero de luz que ilumina la senda humana, pero ellos, personalmente, desaparecieron como astros fugitivos. De esos personajes que han brillado e iluminado al mundo, decimos metafóricamente que no han muerto, que vivirán eternamente. Jesucristo no solamente es uno de esos personajes beneficiosos para la humanidad, es su Reden-

tor, su Señor, su Dios. Vivió en este mundo hace veinte siglos de manera visible, y sigue viviendo invisible, pero realmente en esta tierra.

La víspera de su muerte hizo el último milagro, el prodigio que perpetúa su vida; milagro por el cual muriendo, sigue viviendo. Encontró la manera de quedarse, cambiando la sustancia de una materia en su propio ser, sin que la materia pierda sus accidentes y poniéndose sin las apariencias; la nueva sustancia; este es el prodigio de la presencia real de Cristo en la Hostia, por la transubstanciación y por el poder que legó a sus Sacerdotes, para perpetuar su presencia verdadera en la tierra.

La Eucaristía es el regalo supremo de Dios al hombre. Es Jesucristo que sigue viviendo en el mundo. Así lo quiso y así lo hizo su omnipotencia divina. Las palabras con las cuales instituyó el Sacramento Eucarístico, son tan claras y terminantes, que no dan lugar a duda: "Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y dió a los discípulos diciendo: Tomad, comed, este es el CUERPO MIO.- Y tomando el cáliz y habiendo dado gracias, les dió, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta, es mi SANGRE, la cual se derramará para perdón de los pecados. (Mat. XXVI-26 a 29). Palabras más precisas no podía usar Jesucristo para darnos a entender lo que estaba haciendo.

El pan se convierte en su Cuerpo y el vino en su Sangre con su palabra omnipotente, reflejo de aquella "hágase" que sacó de la nada las maravillas del firmamento. No hay para que recurrir a

interpretaciones metafóricas ante palabras tan sencillas y claras, que se deben entender como sueñan. Así las comprendieron los Apóstoles que reverentes comieron el CUERPO y bebieron la SANGRE de JESUS en la cena eucarística y en este sentido enseñaron a las generaciones, de tal manera que la Tradición está de acuerdo, desde el principio, en admitir la presencia real de Jesús en el PAN y en el VINO, consagrados por los sucesores de Cristo, en su nombre. A esto se suman los milagros de todo orden que han venido a confirmar la verdad eucarística.

Sigue, pues, existiendo Jesucristo en la tierra, real y verdaderamente como vivió hace 1958 años, con la única diferencia de que entonces era visible y ahora está oculto bajo las especies sacramentales. Donde hay una Hostia consagrada allí está Jesús. Es el compañero eterno del hombre, en su paso por la tierra, en el peregrinaje de la vida. En nuestras Iglesias, en lo recóndito del Tabernáculo, está Jesucristo, vivo y glorioso como está en el Cielo, con cuerpo y alma, como estuvo en la tierra.

¿Qué no es cierto? ¿Por qué entonces el odio de los impíos contra un diminuto pan? ¿Para qué tan esplendoroso culto a una hostia, de parte de millones de gentes y en todas partes del mundo?

O los católicos somos idólatras o Jesucristo vive en la Hostia. Lo primero no se da, puesto que lo segundo, es evidente por el Evangelio.

Existe Jesucristo en la Eucaristía, vivo y glorioso como está en el Cielo.

-XLXI- JESUCRISTO DIOS Y HOMBRE

An día preguntó Jesús a sus Apóstoles: "Vosotros quién decís que soy Yo"? Pedro respondió en nombre de todos: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".- Satisfecho Jesús con esta respuesta, porque estaba de acuerdo con la verdad, díjole: "Bienaventurado eres Pedro, porque mi Padre que está en los cielos te ha revelado ésto". (Mat. XVI-15). No puede esperarse mayor claridad en semejante testimonio.

Pocos años después de la resurrección de Jesús, Pablo de Tarso, subía de Jerusalén a Damasco para apresar a los cristianos. En el camino, una luz celestial oscurece sus pupilas y una fuerza sobrehumana le hecha por tierra. Una voz desconocida le reclama: "¿Saulo, por qué me persigues? ¿Quién eres?, pregunta Pablo.- "Soy Jesús", responde el incógnito.

Cristo estaba vivo. Por haberse proclamado Hijo de Dios fué Jesucristo condenado a muerte y crucificado. Ahora, Pablo siente al Señor resucitado y no puede decir más que: "indícame tu voluntad" y, de obstinado perseguidor del nombre de Cristo se convierte en vaso de elección. (Act. IX-3)

Estos pasajes evangélicos prueban que Jesucristo es verdadero DIOS.

Más fácilmente entendemos que también fué verdadero HOMBRE.

El Evangelio nos dice que "Jesús crecía en

edad" (Luc. 11-52) como todo hombre, que de niño pasa a ser joven. Sus paisanos fueron testigos de su crecimiento humano. Le vieron, sujeto diariamente a las necesidades corporales: comía, dormía, trabajaba, descansaba.- Como todo adolescente, durante treinta años ayudó a su madre en los quehaceres domésticos y trabajó con su padre en el taller; "estaba sujeto a sus padres" (Luc. 11-51); era miembro de una familia pobre y se ocupaba en los menesteres ordinarios de un hogar humilde.

Vivió y murió como hombre.

Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es una realidad histórica.

Los treinta y tres años de su vida en la tierra dejaron huellas innegables de su divinidad y de su humanidad. Todas sus palabras, todas sus obras tienen este doble sello, divino y humano.

Desde Belén hasta el Calvario, se ve siempre a Dios y al Hombre, en la persona de Jesucristo.

Su concepción es humana y es divina. Como hombre, su cuerpo se forma de células que se multiplican y se diferencian, formando órganos y miembros, sangre y huesos. Como Dios, es concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. (Mat. 1-20)

Nace como todo ser humano: niño que siente frío y hambre, que llora y se agita en la cuna. Pero, al mismo tiempo, su nacimiento está aureolado de divinidad: su madre es virgen antes y después del parto, los ángeles rodean su cuna, una estrella ilumina el pesebre, un aviso divino anuncia su natalicio a pastores y reyes. (Luc. 11-7).

Su infancia es humana, porque vive como todo niño en su casita de Nazaret, y es divina porque su verdadero padre es Dios.

Se hace bautizar como hombre, pero el cielo atestigua que es hijo de Dios. (Luc. 111-22).

En el desierto, como hombre ayuna y siente hambre, es tentado; pero como Dios ahuyenta al demonio y es servido por los ángeles. (Luc. 1V-1).

Como hombre principia su vida evangélica buscando discípulos y recorriendo ciudades y campiñas; pero como Dios, hace innumerables milagros. A los enfermos les toca con sus manos humanas para curarlos, pero los sana con su poder divino (Luc. 1V-40).

En la barca descansa como hombre, pero como Dios impera a los vientos y a las olas del mar, (Suc. VI11-24).

En el Cenáculo como hombre lava los pies a sus Apóstoles, como Dios cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y en su Sangre. (Mat. XXVI-26)

En la Pasión, Jesús resplandece su humanidad y su divinidad, de manera especial. Muere como hombre y resucita como Dios.

Jesús es verdadero Dios y es verdadero Hombre, es decir, las dos naturalezas, la divina y la humana, están unidas en una sola persona, que es Jesucristo.



-L-

AUTOTESTIMONIO

Jesús dió testimonio de sí mismo, proclamando su divinidad, por repetidas veces. Veamos algunas:

1a. El ciego de nacimiento.- Un mendigo muy pobre, porque era ciego de nacimiento y jamás pudo trabajar para ganarse la vida, deambulaba por la ciudad de Jerusalén arrastrado por su lazarillo; se encontró con Jesús, quien se compadeció y le curó. Este hombre dió testimonio de la divinidad de Cristo en las contestaciones a los fariseos y ese testimonio fué confirmado por Jesús.

San Juan nos refiere el caso con detalles minuciosos que nos hace vivir y sentir la historieta.

El ciego era un aldeano ignorante; apenas había aprendido algo de las Escrituras en el regazo de madre, pero defiende a Jesús con una lógica admirable, capaz de confundir a los doctores de la Ley.

El largo interrogatorio al que le sometieron los escribas acaba así: "Desde que el mundo es mundo, nunca se ha oído que un pecador haga milagros; si este no fuera de Dios no me habría curado". El relato termina con el segundo encuentro con Jesús. El ciego de nacimiento andaba gozoso con sus ojos abiertos, cuando el Señor le encontró y le dijo: "¿Crees tú en el Hijo de Dios"? Respondió: "¿Quién es, Señor, para que crea en El?" Díjole Jesús: "Lo

estás viendo, es quien te habla". Jesucristo dice que es Dios. (Jn. 1X-1).

2a. Jesús, fatigado por el largo y penoso camino, se sienta a descansar junto al viejo pozo de Jacob; llega una mujer de Sicar a sacar agua; se entabla una conversación entre el Rabí galileo y la samaritana; se habla del agua natural, de un agua viva y eterna, del lugar del culto a Jehová, de la manera de adorar a Dios, de los profetas y del Mesías; termina el discurso con las palabras de la mujer: "Yo se que Cristo ha de venir; cuando El venga, nos enseñará todo", a lo cual Jesús contesta: "Yo soy el Mesías, el Cristo. Yo que te estoy hablando". (Juan IV-26). Mayor y más claro autotestimonio no se puede pedir.

3a. En la fiesta de la Dedicación se encontró el Maestro con los escribas y fariseos, quienes le dijeron: "¿Hasta cuando tendrás nuestros espíritus en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente".- Jesús les contestó: "Os lo he dicho ya muchas veces y no creéis.... Las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, esas son las que dan testimonio de Mí... Yo y mi Padre somos UNO".

Tan claramente da Jesucristo testimonio de su divinidad, que los oyentes quieren apedrearle, porque la Ley de Moisés ordenaba que a los blasfemos se los lapidara. Cuando Jesús les dice: "¿Por qué vais a apedrearme? Yo os he hecho muchas obras buenas", los judíos responden: "No por obra buena te apedreamos, sino porque *te haces a ti mismo DIOS*". (Juan X-33). Cristo ha dicho terminantemente que El es Dios.

4a. Cada vez que Jesús curaba a los enfermos y perdonaba a los pecadores daba público testimonio de sí mismo. Con exceso de lógica razonan los enemigos de Cristo cuando dicen: "Solamente Dios puede perdonar pecados". Pero Jesús acompañaba el perdón con una curación y replicaba, a los fariseos, diciéndoles: "Cuál es cosa más fácil, perdonar pecados, diciendo: Yo te absuelvo, vete en paz, o hacer milagros, como estáis viendo y -narra el Evangelio- dijo al paralítico: toma tu camilla, levántate y anda". (Luc. V-23). El argumento y la réplica de este pasaje llevan a la conclusión de que Cristo es Dios.

5a. Jesucristo se proclamó así mismo DIOS, delante de la multitud de gente que le escucha y los milagros que obra son pruebas evidentes de la verdad de su testimonio. Sin embargo, sus oyentes eran "tardos de entendimiento" y "duros de corazón"; no entendían los más, y muchos no querían entender y admitir su divinidad, por eso Cristo repite a su auditorio: "¿Cómo decís vosotros de Aquel que el Padre envió al mundo: Blasfema porque dice: Yo soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero estáis viendo lo que hago, luego creedme; y si no queréis creer en mis palabras, creed al menos, a esas obras para que sepáis y conozcáis que el Padre es en Mí, y que Yo soy en el Padre...." (Juan X-36).



-LI- EL VERBO DIVINO

“En el principio existía ya el Verbo” dice San Juan para comenzar su evangelio, “y el Verbo era Dios y El es el autor de todas las cosas; en El era la vida. El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros”, añade el Evangelista, explicando la naturaleza y las obras del Hijo de Dios. San Juan designa con el nombre de Verbo a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Hijo de Dios es el Verbo del Padre, el Logos es decir, la Sabiduría, el entendimiento del Ser Supremo, como la Tercera Persona, el Espíritu Santo, es el amor de Dios a Sí mismo.

Dios que se conoce y se ama sustancialmente forma la Trinidad y la Unidad Divinas. Por lo mismo, el Verbo es Dios y como tal existía “en el principio” de la eternidad que no tiene principio.

El Verbo era Dios igual en sustancia al Padre y distinto de Este personalmente. San Juan se eleva hasta Dios y nos hace intuir su esencia misma. Dios, Espíritu purísimo, creador de todas las cosas, perfectísimo, se deja ver en el Verbo, que es la engendración de Sí mismo desde el principio de la eternidad. “En el principio el Verbo era ya y era Dios. Por El todo fué hecho y sin El nada se hizo. En El era la Vida”. El Verbo, como Dios que es, es Creador del universo; es la Luz que iluminó la creación, que vivificó la materia creada por El mismo. “Sin el Verbo nada se hizo, de todo lo que ha sido creado. En El era la vida, y la vida

era la luz humana".

El Verbo a que se refiere el Evangelista está perfectamente definido como Persona Divina, idéntica en naturaleza y perfecciones al Padre, a la Primera Persona de la Santísima Trinidad, a Dios, que conociéndose divinamente engendró al Verbo, desde toda la eternidad.

Juan, el evangelista águila, nos revela el Misterio de la Unidad y Trinidad de Dios, porque él conoció los secretos divinos.

"Nadie, dice Jesucristo, conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre ninguno le conoce, sino aquel a quien el Hijo quiere revelarlo". (Mat. XI-27). Este aquel privilegiado fué Juan, quien vió claramente al Verbo divino en el seno eterno de Dios.

"Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y estos tres son un solo Dios". (1 Juan V-7) dice el Evangelista depositario de la revelación del Misterio de la Santísima Trinidad.

San Juan quiere hacernos comprender otro misterio; nos habla del Hijo de Dios, llamándole Verbo. "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" dice, indicándonos el misterio de la Encarnación. El Verbo Divino se hizo hombre para redimirnos, viviendo entre los hombres y muriendo por nosotros. "Vino al mundo, vivió entre los suyos, y los suyos no le conocieron, no quisieron recibirle. Pero a todos los que le recibieron, les dió el poder de llegar a ser hijos de Dios. De su plenitud hemos recibido una gracia correspondiente a su gracia. Porque la gracia y la verdad han venido

por Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el Dios, Hijo único, que está en el seno del Padre, El dió a conocer." (Jn. 1-18).

Jesucristo es el Verbo divino encarnado; una sola persona con dos naturalezas; la naturaleza divina le identifica con Dios y la naturaleza humana le hace hombre verdadero. Estas dos naturalezas en la persona de Jesús le dan derecho a llamarse: "Hijo de Dios" e "hijo del hombre"; el hijo del hombre es Dios encarnado en las entrañas maternas de María; el Hijo de Dios es el Verbo, la Persona Divina, que une su naturaleza con la humana en la persona de Jesús, porque la encarnación es la unión de Dios con el hombre, es la divinización de la naturaleza humana. San Juan nos lleva a la historia de Cristo introduciéndonos por los misterios más profundos, cuales son los de la Santísima Trinidad y de la Encarnación. Nos hace ver la grandeza del Hijo de Dios, que saliendo del Padre, desciende hasta nosotros humanos.

"En el principio era el Verbo.

"El Verbo estaba en Dios y era Dios.

"El Verbo se hizo carne y habitó en medio de los hombres". Este es Jesucristo.



-LII-

HIJO DE DIOS

Con bastante frecuencia encontramos en el Evangelio frases que nos prueban la filiación divina de Jesús. Todos somos hijos de Dios, pero Jesucristo lo es en sentido completo. El mismo nos enseñó a llamar a Dios: "Padre nuestro", porque en verdad Dios es el Padre de todos los hombres, por creación y conservación, pero cuando Jesús dice "mi Padre", expresa una filiación verdadera, por descendencia.

Tenía Jesucristo apenas doce años de edad, cuando se quedó en el Templo, discutiendo con los doctores en la interpretación de las Escrituras. San José y la Virgen le buscan afligidos; cuando le encuentran, se quejan, pero Jesús les da el motivo de su proceder: "No sabíais que Yo debía estar haciendo la voluntad de mi Padre?" (Luc. 11-49). Es Hijo de Dios. Había venido al mundo por voluntad de su Padre Eterno. Las escrituras estaban cumplidas en su persona. Se cerraba el Antiguo Testamento y se abría la primera página del Nuevo, porque el Hijo de Dios estaba ya en medio de los hombres. Esto probó Jesús a los doctores, en sus preguntas y respuestas en el Templo.

Natanael dice a Jesús: "Tú eres el Hijo de Dios" y el Señor confirma su acto de fe. (Jn. 1-49).

En el coloquio de Cristo con Nicodemo, le dice claramente que El es Hijo de Dios y que para salvarse es necesario creer en El. Nicodemo escu-

cha con asombro las revelaciones del Maestro, cree en El, però no lo manifiesta públicamente, hasta cuando ve cumplidas las profecías; entonces sin miedo pedirá a Pilato el cuerpo del Señor y le dará honrosa sepultura, porque está convencido que verdaderamente era Hijo de Dios su amigo de antaño, el Rabí de Galilea, a quien visitó una noche, cuando el coloquio prolongado le convirtió, haciéndole renacer para la vida eterna. (Juan 11:1 a 20) (Juan XIX-39)

“Tú eres el Hijo de Dios” proclaman a gritos los endemoniados y caen de rodillas ante Jesús; el Señor no lo niega; únicamente manda a los espíritus que no revelen, porque no ha llegado la hora. (Marcos 11:2).

Estaba un día Jesucristo disputando con los fariseos y al terminar les dijo: “Si creéis lo que os digo, seréis mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Indignados le interrumpieron: “Nosotros somos descendientes de Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie..... Nosotros no tenemos más que un padre: Dios”. Jesús les replicó: “Si Dios fuera vuestro Padre, me amarías a Mí, porque Yo salí y vine de Dios.

En verdad, en verdad os digo: “Antes que Abrahán existiera, era Yo....” La conclusión de este Capítulo del Evangelio es que los oyentes quisieron apedrear a Jesús, porque había dicho que era Hijo de Dios, y como tal, superior a Abrahán. (Jn. VIII-31-59).

Por este orden encontramos muchos pasajes evangélicos en los cuales Jesús llama a Dios su

Padre, en sentido singular y exclusivo; es el Hijo de Dios por antonomasia. (Luc. XX11-29-Mat.V11-11)

Anunciando a los discípulos su ascensión les dice: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre". (Juan XX-17).- Es muy clara la contraposición que hay en esta frase entre el Hijo y los hijos de Dios, entre Jesucristo el Unigénito del Padre y los hombres creados por El.

Los enemigos de Jesús se dieron cuenta perfecta del sentido en que hablaba el Maestro acerca de su filiación divina, y por eso se encolerizaron y le acusaron como blasfemo. Jesús jamás retractó sus palabras, ni las dió explicación distinta al asentimiento universal, por el contrario afirma categóricamente, contestando a la encuesta de Caifás. Este ante el silencio de Jesús, con voz augusta de Pontífice y con autoridad de Juez, pregunta con juramento al acusado: "Por Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres el Hijo de Dios Bendito". Habla Jesús, y sin arrogancia, con la sublime sencillez de quien dice la verdad, responde: "Lo soy".

Cuando Pilato pregunta a los judíos: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?", todos contestan: "Se ha proclamado Hijo de Dios y según nuestra ley, debe morir por blasfemo...."- Jesús no se retracta, ni explica; calla y con su silencio está diciendo que verdaderamente y en sentido propio es HIJO DE DIOS.



-LIII- TESTIMONIO DEL PADRE

“**B**autizado Jesús, salió al punto del agua, y he aquí que se abrieron los cielos y se oyó una voz que decía: “Este es mi Hijo amado en quien me complazco”. (Mat. 11-17).- He aquí el testimonio del Padre acerca de su Unigénito. Esta declaración y en los mismos términos precisos y significativos repitió el Eterno Padre, dejando oír su voz en la cima del Tabor. (Mat. XV11-5).- Jesucristo llevó siempre consigo esta cédula divina de identidad y filiación, basada en la cual no teme repetir: “El Padre ama al Hijo y le ha entregado todo poder...” (Juan 11-35) y con derecho natural pide: “Padre glorifica tu nombre...” y prosigue el Evangelio: “una voz del cielo se oyó: He glorificado y glorificaré siempre a mi Hijo” y ante la discusión de los oyentes acerca del significado de estas misteriosas palabras, Jesús dice: “El que cree en Mí, no cree en Mí, sino en Aquel que me envió; y el que me ve, ve al que me envió. Yo no he hablado por Mí mismo, sino que el Padre que me envió me prescribió lo que debo decir y enseñar; y sé que que su precepto es vida eterna. Lo que yo digo, pues, lo digo como el Padre me lo ha dicho”. (Jn. X11-28-44-49).

Jesucristo se manifiesta en todo igual al Padre. Obra siempre no como un intermediario subalterno, sino como Hijo de Dios. “Todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo”; “Así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también el Hi-

jo tiene la vida y la da al que quiere". (Jn. 19-26) "Mi Padre y Yo somos una sola cosa".- "Mi Padre está en Mí y Yo en el Padre".- Estas frases dichas por Jesús, con anuencia del Padre, están manifestando la identidad de naturaleza del Hijo con su Padre Dios, quien testimonia la verdad por los milagros que hace por intermedio de Cristo.

Las palabras que usa Jesús en el discurso de la Cena, en el momento en que confía a los apóstoles los últimos secretos acerca de su persona, explican sus discursos anteriores acerca de su identidad con el Padre". "El Padre está en Mí, como Yo estoy en El. Las palabras que Yo os digo, no las hablo de Mí mismo, sino que las dice el Padre por mi boca. El mismo hace las obras que yo hago". (Jn. XIV-10) "Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre". (Jn. XVI-28)

Estas palabras son tan claras y tan formales que los apóstoles exclaman: "Ahora sí que nos hablas claramente y sin proverbios; ahora sí conocemos que Tú has salido de Dios, que sabes todo; creemos en Tí". (Jn. XVI-30).

Jesús aprovecha las disposiciones espirituales de los discípulos para exteriorizar sus sentimientos dirigiéndose al Padre, en la oración final de despedida: "Padre, todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías. Que éstos sean uno Conmigo, como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos, y Tú estás en Mí. Así como Tú me has enviado al mundo, así también Yo les envío a ellos. Que sean una misma cosa, como lo somos nosotros". (Jn. XVII-10-23).

Las relaciones de Jesús con el Padre son muy

íntimas, son filiales, son connaturales e identifican a dos personas en una sola y misma naturaleza.

El Padre ha dirigido un mensaje al mundo por intermedio de su Hijo. Se ha hecho conocer de los hombres por medio de Cristo. Aceptar a Jesucristo equivale a recibir el mensaje del Padre; es lo mismo que aceptar y conocer al Padre. Esta aceptación exige el Hijo en nombre del Padre. El mensaje que Jesús anuncia, viene directamente del Padre. "La doctrina que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió". (Jn. XIV-24). El que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él." (Jn. XIV-23). "Si no creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí, ved las obras que hago. Las obras que el Padre me puso en las manos para que las ejecutase, esas obras hago Yo, y dan testimonio en mi favor, probando que me ha enviado el Padre". (Jn. XIV-11-V-36).

En suma: la declaración es formal de parte del Padre y de parte del Hijo, Jesucristo es idéntico a Dios, porque es su Hijo. "Quien ve a Jesús, ve también al Padre. Cristo está en el Padre y el Padre está en El. Nadie va al Padre sino por Jesucristo. El que conoce a Cristo, conoce también al Padre".

Cuando Felipe dice: "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta", Jesús le responde: "Felipe: quien me ve a Mí, ve también al Padre. Tanto tiempo que estoy entre vosotros y tú dices aún: muéstranos al Padre?- Yo soy en el Padre y el Padre es en Mí.

He aquí el gran testimonio de la identidad del Padre con el Hijo, de Dios con Jesucristo. (Jn. XIV-8)

-LIV- CORDERO DE DIOS

Bajó Jesús de la montaña de la cuarentena y dirigióse al lugar donde Juan estaba bautizando. Apenas le vió el Precursor, señalándole con el dedo, dijo: "He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien os estaba diciendo; en pos de mí, viene uno que ha sido engendrado antes de mí, porque existía antes que yo. Y yo no le conocía, pero para preparar sus caminos he venido yo bautizando con agua". (Jn. 1-29)

Juan llama a Jesús "Cordero de Dios" porque tiene conocimiento perfecto de la misión de Cristo, Ungido de Dios, Salvador del mundo, a quien debía redimirlo de las cadenas del pecado, mediante su sacrificio en la cruz; era verdadero cordero, verdadera víctima ofrecida a Dios por la humanidad.

El cordero pascual del rito judío fué figura del Cordero de Dios, de Jesucristo, que venía a lavar los pecados de los hombres con su sangre divina.

Este es el CORDERO DE DIOS, el Mesías prometido, dijo el Bautista, "porque yo he visto al Espíritu Santo posarse sobre El. El que me envió a bautizar con agua me había anunciado, diciéndome: Sobre quien tú vieres descender el Espíritu de Dios, ese es el que bautiza como Dios. Yo ví y por eso doy testimonio de que Este es el Hijo de Dios, el Cordero de Dios". (Juan 1-34)

Había llegado la hora de Jesús. La misión del Bautista terminó con la presencia del Redentor. La ovejita dió pasó al Cordero divino.

Jesús no estuvo con Juan sino el tiempo necesario para recibir el bautismo y volvió a su retiro. Al día siguiente, por la tarde, el Precursor y sus discípulos Andrés y Juan estaban comentando el bautismo del Mesías y el testimonio del Eterno Padre, cuando apareció Jesús por el camino y llegó hasta ellos. Todos exclamaron: "Ahí va el Cordero de Dios".- Jesús continuó su camino. Entonces los discípulos aconsejados por el Bautista, siguieron a Cristo. Este, notando que le seguían, se detuvo y les preguntó: "¿A quién buscáis?" Ellos respondieron: "¿Rabí, donde vives?", el Maestro les dijo: "Venid y veréis"; El Evangelio termina la narración indicando que Andrés, Juan y otros le siguieron y se quedaron con Jesús, el Cordero de Dios. (Jn. 1-35)

Fácil es comprender la bondad del Maestro con estos primeros discípulos y cómo les hizo partícipes de los secretos de su persona y de su misión en la tierra. Quedaron prendados del nuevo Maestro y convencidos de que era el Mesías; Andrés, no pudiendo contener su emoción, fué al día siguiente a su casa y comunicó a su hermano Simón: "Hemos hallado al Mesías" y no contento con darle esta noticia, "le llevó a conocerle". El Rabí de Galilea, el Cordero de Dios, clavó su mirada en el visitante y le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás; en adelante te llamarás Kefa, que significa Pedro..." (Jn. 1-41.) En esta forma preparó Jesús la piedra fundamental de su Iglesia, la roca donde se harán pedazos las furias infernales. Así comenzó el seminario apostólico. Estas fueron las primeras flores del jardín donde el Cordero se apacienta entre lirios y azucenas.

Al día siguiente partió Jesús para Galilea. En

el camino encontró a Felipe y le dijo: "sígueme". Felipe siguió al Maestro. Era de Betsaida, coterráneo de Pedro y Andrés. Felipe se encontró con Bartolomé y le dijo: "Hemos encontrado a Jesús, el Mesías profetizado..." Bartolomé después de un coloquio íntimo con el Maestro, hizo profesión de fe y le siguió: "Rabí, Tú eres el Hijo de Dios..." Jesús confirmó estas palabras diciendo: "En verdad os digo: "Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden en torno del Hijo de Dios e Hijo del Hombre" (Jn. 1.43 a 51). En esta forma hizo su aparición solemne y pública el Cordero de Dios, como le llamó San Juan Bautista, y así terminó la primera escena de la vida evangélica de Jesús, verdadero Cordero de Dios, inmolado en el Altar, donde los ángeles suben y bajan en perpetua adoración.



.LV- JESUS Y LOS ANGELES

Jesucristo dijo una consoladora verdad agradeciendo al Apóstol que salió en defensa de su Maestro apresado infamante en Getsemaní: "Vuelve tu espada a su vaina ... porque si quisiera defenderme, puedo pedir a mi Padre y tendré a mis órdenes más de doce legiones de ANGELES". (Mat. XXVI-53).

A su disposición tuvo Jesús a todos los ángeles de la corte celestial como Creador y Señor del mundo espiritual. En el Evangelio encontramos continuamente la intervención de los espíritus angelicales, de quienes Dios se vale para cumplir los planes de la redención humana.

Un angel se apareció en sueños al padre putativo de Jesús y le dijo: "José, Hijo de David; no temas recibir a María tu esposa, porque su concepción es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados". (Mat. 1-20).

Luego que partieron los Magos al Oriente, después de su visita al Rey, cuya estrella les había traído, un ángel se le apareció a José y le ordenó en nombre de Dios: "Levántate toma contigo al Niño y a su madre y huye a Egipto, donde permanecerás hasta que yo te avise, porque Herodes buscará a Jesús para matarle". (Mat. 11-13).

Muerto el tirano otro ángel del cielo ordenó al Jefe de la Sagrada Familia que vuelva a Nazaret. "Vuelve a la tierra de Israel, porque han muer-

to los que buscaban la vida del Niño" (Mat. 11-19).

El Evangelio concluye la narración de las tentaciones de Jesús en el monte de la cuarentena, con estas palabras: "Dejóle entonces el diablo, y he aquí que los ángeles se acercaron a Jesús y le servían". (Mat. IV-11)

Jesús mismo habló de los ángeles en sus predicaciones.— Cuando predice su segunda venida a la tierra para juzgar a todos los hombres, dice: "El Hijo del Hombre vendrá con majestad y gloria, acompañado de todos sus ANGELES, y se sentará sobre su trono para juzgar, y todas las naciones serán congregadas en su presencia....." Mat. XXV-31.

Al hablar sobre el escándalo dijo: "que quien escandaliza a un niño, ofende al ángel custodio, a ese espíritu celestial que está viendo el rostro del Padre. (Mat. XVIII-10).

En uno de sus discursos hace saber Jesús, que su relación con Dios era más estrecha de lo que pensaban los circunstantes. "En verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar en servicio del Hijo del Hombre". (Jn. 1-51) Las barreras entre el cielo y la tierra habían desaparecido; los ángeles eran los mensajeros entre Jesús y el Padre que le había enviado; suben y bajan sirviendo a Cristo.

Cuando los saduceos proponen el asunto de la resurrección de la carne en conexión con el matrimonio, la respuesta que da Jesús es: "Cuando resuciten

los hombres no se casarán, sino que serán como los ángeles del cielo". (Marc. X11-25).

Terminada la oración de Jesús a su Eterno Padre en el huerto de los olivos, cuando la materia desfallece, un ángel conforta el espíritu del Señor. (Luc. XX11-43).

Un ángel interviene en la resurrección de Jesús. "Después del sábado, cuando comenzaba el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María, fueron a visitar el sepulcro. Y he aquí que hubo un gran terremoto, porque un ANGEL del Señor bajó del cielo, e hizo rodar la piedra, y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como relámpago y su vestido era blanco como la nieve. De miedo a él, temblaron los guardias y quedaron como muertos. Habló el ángel y dijo a las mujeres: No temáis vosotras; sé que buscáis a Jesús el Crucificado. No está aquí, porque resucitó, conforme había predicho...." (Mat. XXV111-1 a 6).

Por este orden, se suceden las citas evangélicas donde aparece un ángel, desde San Gabriel, el mensajero divino de la encarnación del Verbo en las purísimas entrañas de la Virgen nazarena (Luc. 1-26) hasta el anuncio del ángel a los videntes de la Ascensión del Señor. "Este Jesús que ha sido levantado de entre vosotros, y llevado al cielo, de esta misma manera volverá en el día del juicio...." (Act. 1-9).

Los ángeles cantaron en la cuna de Belén glorificando al Hijo de Dios hecho Hombre y siguen

cantando a Jesús triunfante en el cielo y eucarístico en la tierra, repitiendo el himno veinte veces secular: "Gloria a Dios en las alturas....." del que nos habla San Lucas: "Se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celeste, que alababan a Dios del cielo y traían la paz a la tierra....." (Luc. 11-13.



LVI. CRISTO Y LOS DEMONIOS

San Mateo narra el siguiente episodio: "Fue traído un endemoniado, ciego y mudo, y Jesús le curó. Con lo que todo el pueblo quedó asombrado y decía: este es el Hijo de David, el Mesías. Pero los fariseos decían: Este no lanza los demonios sino por obra de Belzebú, príncipe de los demonios. Entonces Jesús les dijo: "Todo reino dividido en bandos no subsistirá. Si satanás echa fuera de sí a satanás, es contrario a sí mismo y no puede subsistir su reino. Yo he hecho los demonios en virtud del espíritu de Dios, porque ya el Mesías ha llegado a vosotros....." (Mat. XI-22-28).

San Marcos cuenta lo siguiente que aconteció al descender Jesús del monte de la Transfiguración, donde encontró a sus discípulos disputando con los fariseos, por causa de un energúmeno. "Trajeron al endemoniado y apenas vió a Jesús, cuando el espíritu malo comenzó a agitar con violencia al muchacho poseso, que, tirándose contra el suelo, se revolcaba echando espumarajos. Jesús ante el tropel de gente que había acudido a presenciar el suceso, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de este mozo, y no vuelvas más a entrar en él. Dando un gran grito y atormentando horriblemente al joven, salió el demonio, dejando como muerto al poseso, de suerte que todos decían: le mató. Pero Jesús cogiendo de la mano al muchacho le ayudó a levantarse y quedó sano...." (Marc. IX-19 a 26).

San Lucas describe con detalles los muchos casos de endemoniados curados por Jesús. Refiriéndose a María Magdalena dice: "de la cual Cristo había echado siete demonios". (Luc. V111-2)

La Sagrada Escritura, la Tradición y la Fe son los fundamentos para nuestras creencias acerca de la naturaleza y existencia de los demonios. Son ángeles rebeldes a Dios, su creador. Son los espíritus que no perseveraron en la verdad, según frase del mismo Jesús. (Jn. V111-44).

Lucifer, y con él una gran parte de los espíritus angélicos, abusaron de su libertad, se sublevaron contra el Creador y fueron alejados para siempre de Dios y pagan en el infierno, el crimen de su rebelión. Es opinión común que los ángeles rebeldes conocieran por revelación la futura encarnación del Hijo de Dios y se negaron a rendir la adoración debida al Hombre-Dios. De aquí les viene el odio furioso de los demonios contra Jesucristo y su obra redentora.

Miles de años hace ya que los ángeles fieles están en posesión de la bienaventuranza, contemplando en el cielo, la cara del Padre celestial (Mat. V111-10), y los ángeles infieles o demonios andan vagando por el mundo para perder a las almas y acarrearlas a los infiernos. En tiempo de Cristo, Satanás estaba más suelto que ahora, por decirlo así, y no solamente poseía las almas, sino también los cuerpos de muchos hombres.

San Pablo dice: "No tenemos que combatir solamente contra la carne y el mundo, sino también contra los espíritus malignos que andan por el aire."

(Efes. VI-13).- Según el Evangelio, satanás sedujo a Judas para que vendiese y entregara al Maestro en manos de sus enemigos. (Jn. XI11-27). Contra el mismo Jesús se atrevió el demonio en el monte de las tentaciones. (Mat. IV-1).

Numerosos son los pasajes evangélicos en los cuales vemos la actitud de Jesucristo contra los espíritus malos que poseían materialmente a los hombres, a quienes el Redentor vino a librar del pecado y del demonio. Los Evangelistas nos han dejado también el relato de la represalia diabólica ante el poder de Cristo.

“Un día desembarcó Jesús en la ribera del lago, en el país de los gerasenos; fueron a su encuentro dos endemoniados tan furiosos, que nadie osaba transitar por el camino donde ellos tenían sus cuevas, y empezaron a gritar, diciendo: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá con el fin de atormentarnos?....” (Mat. VI11-28)

Con su poder divino sacó Jesús del cuerpo del endemoniado mudo a satanás, dejándole sano y salvo (Mat. IX-32). Así mismo libertó del demonio al ciego y mudo que narra San Marcos. (111-20 a 30) Igualmente a la hija de la Cananea, posesa de satanás desde mucho tiempo. (Mat. XV-22).

“Una ocasión hallábase Jesús en la sinagoga, cuando se presentó un hombre poseído del demonio inmundo, que gritaba, diciendo: Déjanos en paz; ¿qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús nazareno?; ¿has venido a exterminarnos?; ya sabemos que eres el santo de Dios.- Jesús increpó al de-

monio, diciéndole: calla y sal de ese hombre. Y el demonio dejó al poseso sin causarle daño. Los circunstantes atemorizados se conversaban unos a otros y decían: El manda con autoridad y poderío a los espíritus malos y le obedecen al instante." Luc. (1V. 33 a 37).

De estos y otros testimonios evangélicos se deduce claramente la existencia de los demonios, el poder divino de Cristo contra satanás, el testimonio que dieron los espíritus malos acerca de la persona y de la misión de Jesús.

El demonio es de suyo mentiroso y padre de la mentira, como dice Cristo, (Jn. VI11-44) pero, repetidas veces dijo la verdad en presencia del Señor, reconociendo su divinidad, expulsado de sus posesos por la fuerza superior de Dios hecho hombre, que vino a destruir el imperio de satanás en la tierra.



-LVII- JESUS OBRERO

La primera manifestación de Jesús en el Templo, a los doce años de edad, fué pasajera. Después de los tres días de separación de sus padres y de su gozoso encuentro en Jerusalén, volvió el Niño a Nazaret donde vivió sujeto a José y María durante treinta años. edad en la que comenzó su vida de misionero de la Buena Nueva (Luc. 11-51).

¿Qué hizo Jesucristo en este intervalo de dieciocho años? El Evangelio nos dice únicamente que: "crecía en edad, sabiduría y gracia, delante de Dios y de los hombres" y que "estaba sujeto a sus padres". (Luc. 11-51). Dieciocho años de vida oculta, de hogar, rutinaria, de trabajo material; Jesús pasó todo ese lapso largo de tiempo ayudando a su madre en los quehaceres domésticos y trabajando con San José en la carpintería; vida de obrero. A los treinta años, Jesús debía ser un buen artesano; comenzó conociendo las herramientas, afilándolas y cortando palillos, hasta que los dieciocho años de ejercicio le hicieron maestro de taller; obrero perfecto.

La expresión "hijo del carpintero con la cual designan a Jesús sus coterráneos, nos indica que San José ejercía este oficio, con el que ganaba el pan para su familia, y que Jesús aprendió el mismo arte. El oficio pasó de padre a hijo, como sucede ordinariamente en los hogares pobres. José puso todo afán en enseñar su oficio a Jesús; El

era el único oficial o ayudante y El quedó de maestro y dueño del taller, a la muerte de su padre.

Jesucristo fué OBRERO, durante dieciocho años; como tal le conocieron los galileos.

Cuando le vieron convertido, de la noche a la mañana, en predicador, decían sus paisanos: "Por ventura no es éste el hijo del carpintero, hijo de José?; ¿no es éste el obrero de Nazaret.... ..?" (Marc. VI-3).

Humanamente hablando, con bastante lógica dijo Natanael a su amigo Felipe que alborozado le avisaba el encuentro con Jesús de Nazaret, a quien creía el Mesías profetizado: "De Nazaret y de un taller de carpintería puede salir algo bueno?....." (Juan 1-46).

Pues sí, de una carpintería salió el obrero que transformó al mundo, que redimió a la humanidad, porque ese Obrero era Dios humanado.

Dios, Redentor y Maestro del género humano, pasó la mayor parte de su vida en la tierra, como aprendiz y como maestro de un taller de carpintería, como obrero, en toda la acepción de la palabra.

Bossuet dice al respecto: "Tres días duró la pasión de Cristo; tres años su enseñanza evangélica y Pública; pero treinta años nos enseñó desde un taller, en una aldea, entre gentes sencillas, ocupado en el trabajo, sin nombre y sin ruido..... Oh ¡taller del artesano Jesús! Eres lección para los obreros, meta e ideal para los que ganan el pan con el trabajo de sus manos. Por tí es amable la vida para los artesanos, por tí sonrío el campesino

que come el pan con el sudor de su frente. Oh taller de Jesús Obrero! Cátedra amorosa de Cristo; no eres lugar de sacrificios, sino trono de sabiduría desde donde enseñó el Obrero de los obreros, el Maestro de los artesanos...."

El autor de "El Drama de Jesús" dice al referirse a Jesús Obrero: "Experimentó el dolor y la alegría de ganarse el pan con el sudor de su frente, con el esfuerzo de sus manos. Esas manos que bendecirán a los niños, curarán a los leprosos, resucitarán a los muertos y absolverán a los pecadores, esas manos sintieron más de una vez el mordisco de la sierra que se desvía, el golpe del mazo y el peso de los tablones. Manos de un carpintero de aldea, donde el trabajo es duro y mal retribuido. Todos los días al atardecer y sobre todo las vísperas de fiesta, barre Jesús las virutas, pone en orden los instrumentos de trabajo y lleva sobre sus hombros las piezas terminadas para entregar a los clientes. Mira si quedan satisfechos o si hay algo que corregir y recibe el precio de la obra, para entregar a su madre.

Fué obrero de la materia, antes de ser obrero del espíritu. Fué pobre antes de llamar a los pobres al Reino de los Cielos...."

Indirectamente dice el mismo Jesús que fué obrero y carpintero, porque de la abundancia del corazón habla la lengua, y ordinariamente se trae a colación en los discursos lo que se conoce prácticamente, pero Jesús en las parábolas se refiere al árbol, a la casa edificada sobre piedra o sobre

la arena (Luc. VI-47); nos habla de leño verde y seco, de vigas, de obreros que fabrican (Luc. VI-41-XX111-31) etc; luego podemos concluir que el el Predicador fué antes Carpintero. Esta conclusión, apoyada en el relato evangélico y en la tradición nos hace ver a Jesús Obrero y Artesano, pobre, esclavo de su trabajo de sol a sol, durante dieciocho años.



-LVIII- JESUCRISTO CAMPESINO

Según el diccionario, campesino es el hombre que vive o trabaja en el campo.

Jesucristo fué "campesino" porque nació en el campo; vivió en una aldea, y trabajó en el campo, cultivando el huerto propio o ajeno, como acostumbraban los galileos.

Es campesino por nacimiento el que no nació en una ciudad o siquiera en un pueblo de importancia. Jesús vió la luz primera en el campo; nació en las afueras de un poblado; calentaron su cuna un buey y un asno, animales del campo; sus primeros adoradores fueron campesinos, pastores que pasaban su vida custodiando sus rebaños. (Luc. 11-8) Jesús, es pues, perfecto campesino, por nacimiento.

Lo es también porque vivió en el campo. Treinta años enteros de vida, los pasa Jesús en Nazaret, pueblo de poca importancia, según Natanael. (Jn. 1-46). Gente del campo se dice a la que recide en una aldea y sale a la ciudad para llenar sus necesidades materiales y morales. El campesino debe acudir a la ciudad para sus compras de alimento y vestido, para curar sus enfermedades, para asistir a escuelas y colegios, para asuntos judiciales, para tratar con las autoridades eclesiásticas y civiles.

Jesús interrumpió su vida aldeana, para ir con sus padres a la ciudad, cuando apenas tuvo doce años. (Luc. 11-42). Cada año sin falta, y algunas veces en el año, siempre que podían, con motivo de

las fiestas religiosas, hacía este viaje la sagrada familia. Con frecuencia San José y Jesús tenían que acudir a Jerusalén para proveerse de lo necesario para la vida, para comprar herramientas, para pagar los tributos y ofrecer sacrificios en el Templo.

Es campesino el hombre que se dedica a la agricultura, que trabaja la tierra. Jesucristo fué un campesino auténtico; cultivó con sus brazos la tierra nazarena.

Es de presumir que la casita de José y María, trasladada prodigiosamente, en la edad media, a la ciudad de Loreto, en Italia, era en Nazaret a la manera de las que entonces y ahora se fabrican en Galilea; una casita blanca, cuadrada, dentro de un jardín y de un huerto sembrado de naranjos, granados y olivos. Tal vez no tenía el pozo de agua propio de la familia y Jesús o su Madre y a veces ambos iban a traer el agua de la fuente pública, para las necesidades caseras.

En ese jardín y en ese huerto sembró Jesús, cuidó las flores y cultivó los árboles, por la afición que tenía a las plantas y como descanso a las horas de taller. Sus parientes y amigos poseían granjas donde iba el Hijo del Carpintero a cultivar la tierra, ganándose el jornal diario para ayudar a su madre en la economía familiar. Alternaba con el arador guiando la reja, sembraba, se pasaba hasta avanzado el día arrancando la cizaña, se comprometía a ayudar en las cosechas. Así pasó la vida de Jesús de los doce a los treinta años, alternando entre el taller y la agricultura, pero siempre trabajando.

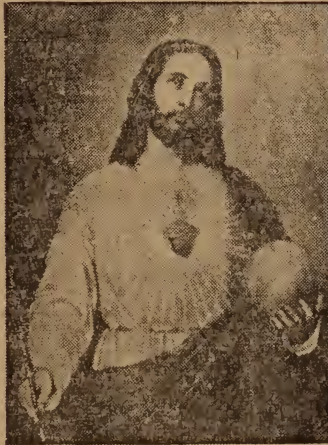
“Jesús fué campesino, dice el Padre Jesuíta Julio Martínez, porque amó el campo, porque a la experiencia del trabajo de la vida casera, añadió la experiencia de la agricultura. Vivió la mayor parte de sus años viendo cómo verdean los pámpanos sobre los sarmientos secos de las vides, y cómo penden los racimos rubios y morados, alegría de los vendimiadores. Vió echar por tierra el grano de trigo, que morirá y resucitará después en una espiga colmada. Ha visto las bellísimas tonalidades rojas, amarillas y moradas de los lirios en la primavera. Ha observado la diminuta semilla, que apenas se ve sobre la palma de la mano y la higuera que cubre con su ramaje la casa del pobre. Ha seguido con especial cariño la vida de los pastores y de sus rebaños. Ha contemplado el vuelo de los pajarillos que cruzan el espacio buscando el alimento diario.....”

Perfecto conocedor del campo fué Jesucristo; por eso en su predicación habla de viñas, de higueras, de lirios, de semillas. Sus parábolas están basadas en la agricultura; tratan acerca del árbol, de los trigales, de la cizaña, de los graneros, de los tesoros escondidos en el campo. El mismo se compara al buen pastor, a la vid, a la gallina que cuida de sus polluelos y los cobija bajo sus alas, apenas amenaza la tormenta.

En una palabra, Jesús no solamente fué artesano, sino también agricultor y pastor de aquellos animales domésticos que integran el hogar del aldeano y que viven en el campo pastoreados por su dueño. Jesús campesino fué la flor en el cam-

po nazareno y es el lirio entre las espinas del mundo.

(Mat. V11-16) (Marc. 1V-31) (Luc: X111-6)
(Juan X-1-X11-24) Mat. X111-31-24-XX-1) Luc. X11-
16-V111-4) Mat. X111-43) (Juan XV-1).



LIX. JESUS MAESTRO

La primera vez que Jesucristo se presentó en público fué en la sinagoga de Cafarnaún, un día sábado.

El Evangelio nos dice: “enseñó y todos se maravillaron de su doctrina, porque hablaba como MAESTRO que tiene autoridad, y no como los escribas. (Marc. 1-21 y Luc. 1V-31).— Los escribas eran para los judíos los maestros por excelencia, los profesores, filólogos y juristas del pueblo; ellos formaban, educaban y enseñaban a los jóvenes que querían ejercer el magisterio escriturario. Su método era oral y memorista. El discípulo debía aprender de memoria grandes trozos de los Libros sagrados, para resumirlos en la clase y sacar las conclusiones. Cuando enseñaban al pueblo hacían gala de erudición con las innumerables citas escriturarias que traían a colación. No cabe duda que los escribas estudiaban a fondo las Escrituras; eran hombres ilustrados, pero el lado flaco estaba en la mala interpretación. Seguramente esto notaba el pueblo, que parangonó a los escribas con Jesús y sacó la conclusión de que aquellos enseñaban sentando premisas rutinarias y a veces falsas, mientras que El enseñaba e interpretaba la Escritura de acuerdo con la realidad objetiva de los hechos y la doctrina que exponía era con conocimiento de causa y con dominio absoluto del tema.

Jesús enseñaba como verdadero Maestro; los escribas argumentaban con el “magister dixit”, sin

autoridad. La fuerza del magisterio de Cristo le viene de Dios. "Mi doctrina no es mía, dice, sino de mi Padre celestial".- Sólo a Jesús corresponde en verdad, el título de Maestro; es el único Maestro, como dice San Pablo; Maestro infalible, camino recto, verdad inconcusa, luz para toda inteligencia; sus palabras serán siempre palabras de vida eterna. "El que siga sus enseñanzas no andará jamás en tinieblas". (Juan VIII-12); "Jesús ha venido como el Sol, para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte; para enderezar nuestros pasos por el camino recto de la justicia y la paz".

Jesús dice expresamente: "Uno solo es vuestro Maestro y vosotros todos sois discípulos" (Mat. XXII 8). Con el título de Rabí era conocido en Palestina y Maestro llamaban a Jesús los Apóstoles, los doctores de la Ley, las turbas, los escribas y fariseos, porque todos quedaban admirados de las verdades que salían de su boca.

Propia del Maestro es la ciencia y la ciencia de Cristo fué perfecta. Como Dios fué omnisciente y como Hombre tuvo la ciencia infusa y la adquirida, en grado supremo.

El Divino Maestro se presenta al mundo aureolado con doble ciencia: la divina y la humana; enseña como Dios; sus palabras son de vida eterna; penetra más allá de la inteligencia de sus oyentes; llega a su alma para conducirlos a la visión beatífica; pero habla como Hombre, para ser entendido por los hombres. Los mismos sayones y verdugos enviados por los Magistrados para pren-

der a Jesús, vuelven sin cumplir su cometido y espantados de sus enseñanzas, repiten: "Jamás hombre alguno ha hablado como este" (Jn. VI1-46).

Jesús nunca escribió sus lecciones; enseñó de viva voz y con el ejemplo; no quiso poner dentro de los moldes de letras su doctrina divina. En su Magisterio oral resplandecen las cualidades del perfecto Maestro: claridad de conceptos, sencillez de expresión, adaptación al auditorio, orden y recapitulación. De algunas de estas cualidades se ha ocupado primorosamente el Padre Longhaye S. J., en un artículo titulado "UN RASGO DE CRISTO" que lo reproducimos en el siguiente capítulo para deleite espiritual del lector.

Es propio del maestro ENSEÑAR y el Evangelio dice de Jesús: "Enseñaba en las sinagogas y era estimado y honrado de todos". (Luc. IV-15).

Del Maestro dice Jesucristo: "No debéis querer ser llamados MAESTROS; porque uno solo es vuestro único Maestro, Cristo, es decir Yo". (Mat. XX111-10).

De los falsos maestros dice Jesús: "Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad lo que os enseñaren, pero no imitéis su conducta; porque ellos dicen lo que se debe hacer y no lo hacen. Buscan los primeros asientos en las sinagogas y quieren ser saludados por todos y que los hombres les den el tí-

tulo de MAESTROS. Vosotros, mis discípulos, por el contrario, no habéis de querer ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos y discípulos." (Mat. XX111-1 a 9).

Jesucristo ha sido, y será el único MAESTRO de la humanidad.



-LX- CUALIDADES DEL MAESTRO

“No tenemos palabra escrita y sellada por el MAESTRO, pero la que le atribuye el Evangelio tiene toda la autenticidad para darnos idea del natural y hacernos comprender con toda viveza su estilo, su entonación, su manera de enseñar.....

Su HUMANISMO: -Es un hombre que habla a los hombres y lo hace por una perpetua comparación entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos, entre la verdad abstracta y el emblema sensible. Esta es la nota característica de todos sus discursos y más que nada de sus parábolas. El sembrador, el grano de mostaza, la levadura mezclada con la masa....., son como perennes símbolos de la vida espiritual, de sus obras, de sus peligros, de sus esperanzas, de su fin supremo. Jesús hizo de la naturaleza el espejo fiel de la gracia..... El, por este camino eleva la tierra y baja los cielos, obrando la reconciliación.

ASI ENSEÑABA: -“Ved como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan....” observación sencillísima que provoca una sonrisa, porque despierta en nosotros la suposición contraria y nos incita a corregirla. “Pues bien, continúa el Maestro, Yo os aseguro que Salomón en toda su gloria, jamás se vistió como uno de ellos”. -Aquí el pensamiento se eleva sin esfuerzo, en presencia de una imagen nueva y grandiosa, que forma con lo gracioso de la introducción un contraste súbito, pero natural y altamente poético. Luego la escena cambia bruscamente. Ese lirio más magnífico en su

cándido atavío que el más magnífico de los reyes de Israel, se convierte en hierba despreciable, en heno vil; hoy se mece a los rayos del sol y mañana está resaco, sólo sirve para el horno. Nuevo contraste, pormenor preciso, obvio, inexorable, que destroza, o mejor, transforma la poesía del primer cuadro, porque hace caer sobre la gracia y el brillo efímero, una nube de desdén. En tres versículos nos presenta tres imágenes deslumbrantes y nos comunica tres impresiones diversas, pero para abrir las puertas del alma a la enseñanza moral y hacerla, por eso, más fuerte.

LA SENCILLEZ: Jesucristo enseñó las cosas grandes con tal sencillez que parece que no las hubiese pensado, y con tal clarividencia que se echa bien de ver lo mucho que había pensado en ellas..... En Jesús, lo sublime es continuo, sereno y brota del manantial en cauce henchido, pero sin hervor, ni murmullo. Es un relámpago en su mayor esplendor, pero un relámpago prolongado, inmóvil y tan dulce que los ojos le contemplan sin esfuerzo y sin notar su presencia hasta que se retira. Sencillez en lo sublime.

SERENIDAD: -La sencillez es una consecuencia natural de la serenidad. Si Jesucristo sabe poner la verdad más elevada al alcance popular es, entre otras razones, por la serenidad con que enseña..... Para el Maestro no hay ni sorpresa en la contemplación, ni dificultad en la expresión de lo sublime.... Nos cuenta la Buena Nueva con la seguridad tranquila del que sabe porque ha visto, o más bien, porque nunca cesa de ver la verdad que enseña.....

ESTOICO?... -Es decir que ignora la administración, el entusiasmo, cosas tan perfectamente humanas? -Nada de eso. Uno de los rasgos más admirables de su carácter es que nunca afectó la impasibilidad de un estoico. Jesús no se admira ni palpita de gozo por la exaltación de la mente ante una verdad sublime, sino ante la bondad del corazón, ante la belleza de las almas sencillas y ante el misterio de la gracia, que tienen para ellas la predilección de revelarles la verdad. Si sólo se trata de enunciar esa verdad en sí misma, vuelve a recobrar su calma, su imperturbable serenidad. Le vemos lleno de los secretos de Dios.... y habla de ellos como quien ha nacido en esos secretos gloriosos....

Sencillez en lo sublime, pero hay que añadir, serenidad en lo sublime, humanidad en la relación y nada de estoicidad. -Nunca enseñó un hombre como este Hombre-Dios. Nadie ha hablado como hablaba Jesucristo".



-LXI-

LECCIONES

JURAMENTOS. -(Mat. V-33). "Habéis oído que se dijo a los antiguos?: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que de ningún modo juréis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jêrusalén, porque es la ciudad del Gran Rey; ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer tus cabellos blancos o negros, a tu antojo...."

"Vuestro modo de hablar ha de ser: Sí, sí; no, no. Y lo que pase de eso es malo".

ADULTERIO. -(Mat. V-27). -"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio. Mas yo os digo que todo el que mire a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con élla en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, es decir, te hace caer en pecado, arráncalo y échalo de tí; porque más te conviene que se destroce uno de tus miembros, que no, que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, haz lo mismo....."

JUICIOS. -(Luc VI-37). -"No juzgueis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu

ojo y luego mirarás cómo sacar la paja del ojo de tu hermano”.

ORACION. -(Mat. V11-7). -Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá.

No hay alguien entre vosotros que si su hijo le pide pan, le de una piedra y si le pide un pez, le de una serpiente. Si pues vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos los bienes que piden, cuánto más dará bienes, a los que se los piden, vuestro Padre que está en los cielos.....”

FE Y OBRAS. -(Luc. V1-46). -No todo los que me dicen: ¡Señor, Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial. ¿Para qué me llamáis, ¡Señor, Señor! si no hacéis lo que os digo.....?”

INTENCION -(Mat VI-1 a 8). -“Cuidad de no practicar vuestra virtud con el fin de ser mirados por los hombres. -Cuando haces limosna no avises a todos con bocina, para ser glorificados por los hombres, como hacen los hipócritas. Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre celestial, que ve en lo secreto, te lo pagará. -Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres. Tú, al contrario, cuando ores, entra en tu aposento, corre el cerrojo de la puerta, y ora a tu Padre que está en el cielo, y el Padre te oirá. -No abundéis en palabras en vuestra oración, como los paganos, que

se figuran que por mucho hablar serán oídos; vuestro Padre sabe vuestras necesidades, antes de que se lo pidáis.”

AYUNO. -(Mat. VI-16) -“Cuando ayunéis no pongáis cara triste, como los hipócritas, que fingen un rostro escuálido para que las gentes noten que están ayunando; en verdad, os digo, ya tienen su paga. Mas tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, a fin de que tu ayuno sea visto, no de las gentes, sino de tu Padre que ve en lo secreto y El te pagará.”

VALOR DEL ALMA. -(Mat. XVI-24). “Si alguien quiere seguirme, niéguese a sí mismo, y lleve su cruz y siga tras de Mí. Porque el que quiere salvar su alma, la perderá; y quien pierde su alma por mi causa, la salvará. Porque, ¿de qué sirve al hombre, si gana el mundo entero, mas pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?”

LA DIVINA PROVIDENCIA. -(Luc. XI-22). “No os acongojéis demasiado por la vida, [pensando ¿qué habéis de comer?, ¿ni qué habéis de vestir? Considerad las aves del espacio, que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni graneros, y Dios las sustenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que las aves? -Considerad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan, ni hilan; pero yo os aseguro que ni Salomón en toda su gloria se ataviaba como uno de ellos. Pues, si a las flores así engalana Dios, ¿cuánto más a vosotros, sus hijos? -No andéis, pues, demasiado preocupados, ni azorados, pensando qué vais a comer o qué vais a beber, porque ya sabe

vuestro Padre que tenéis necesidad de ello. Buscad primero el reino de Dios y después vendrán todas esas cosas por añadidura.....”

Estas lecciones divinas no tienen comentario; basta meditarlas para que nos aprovechen en la vida diaria.



·LXII· EL MAESTRO DE LA DOCTRINA SOCIAL

Jesús es el autor de los grandes ideales de regeneración social. En su predicación evangélica lanzó al mundo las ideas cumbres y sentó los principios básicos del orden social. La doctrina social cristiana es sublime, pero casi nadie la practica. En la vida diaria olvidamos las "Bienaventuranzas" evangélicas; consideramos felices a los ricos, nos inclinamos ante los soberbios, la caridad es un mito y la misericordia está reemplazada por el egoísmo. -Buscamos todo, menos el Reino de Dios y su Justicia.

Estamos en el momento de la revolución social, pero no queremos que esta sea cristiana. Esto dijo el inmortal Pío XI en la "Quadrogésimo anno": "Será inútil todo afán de regeneración social si no vuelven los hombres franca y sinceramente a la doctrina del Evangelio, es decir a los preceptos de Aquel que tiene palabras de vida eterna, palabras que aún pasando el cielo y la tierra, nunca pasarán y siempre serán de actualidad".

Si no tuviéramos al Maestro de la doctrina social, a Jesucristo, pudiéramos resolver los problemas sociales a nuestra manera humana y mediante la ONU y otras sociedades, faltas de caridad y huecas de justicia, pero, Cristo habló y enseñó y no nos queda otro camino sino seguir las normas

sociales del Evangelio, para llegar triunfantes a la reforma de la vida social.

La desigualdad de las riquezas es un problema insoluble en el mundo. Jesús mismo lo admitió al decir que "siempre habrá pobres" (Jn. XII-8). Los hombres no pueden ser igualmente ricos, porque no todos son igualmente inteligentes, activos y laboriosos para adquirir, ni sobrios y previsores para conservar. Además, está matemáticamente demostrado que las riquezas del mundo repartidas igualmente, daría a cada individuo un mínimun insuficiente para la vida, y vendría, por otra parte, un desequilibrio social por el agotamiento de todos los grandes trabajos que concurren al progreso y bienestar de la humanidad.

Siempre habrá ricos y pobres y siempre unos y otro deben trabajar para su provecho personal y para el mejoramiento social, pero viene el egoísmo y el orgullo como fuente de avaricia, de donde nacen la injusticia y la falta de caridad.

Justicia y caridad, dos virtudes predicadas constantemente por Jesucristo y que deben tener su raíz en el amor para que den frutos sociales.

"Amaos los unos a los otros" es la solución de todo problema relacionado con la cuestión social, ahí está el secreto para practicar la doctrina social cristiana.

Siendo el hombre únicamente el depositario, el gerente de los bienes que Dios pone en sus manos,

se le pedirá una cuenta severa del empleo que haya hecho de ellos, en virtud de su libre albedrío. Uno de los malos usos consiste en hacerlos servir únicamente para su satisfacción personal, en no hacerlos fructíferos para los prójimos. BENE FACERE, hacer el bien debe ser el ideal del rico cristiano, de conformidad con el lema evangélico. De Jesús se dice que "pasó haciendo el bien", y esta misma es la norma de la doctrina social cristiana. La beneficencia es una de las mejores maneras de emplear bien la fortuna, porque cumple con la doctrina enseñada y practicada por el Divino Maestro, porque hace reales en la tierra las obras de misericordia espirituales y corporales mandadas por Jesús; la beneficencia consuela la miseria, apacigua el hambre, guarda del frío, da asilo al que no tiene, cura al enfermo, enseña a los ignorantes; es, en una palabra, un manantial de agua vivificadora que se riega en beneficio de los menesterosos.

La parábola de los talentos (Mat. XXV-14 a 30) es la enseñanza cristiana de la doctrina social. El servidor que esconde en la tierra el oro que le ha confiado su amo, es la fiel imagen de los malos ricos, en cuyas manos la fortuna es improductiva; a esos les pedirá cuentas el Señor porque no tuvieron ni justicia, ni caridad con los hombres. Si en tiempos de Jesús hubieran existido los problemas sociales de ahora, de ellos nos hubiera hablado el Señor; pero como no había necesidad de justo salario, de salario familiar, de código de trabajo, de sábado inglés, de sobretiempo, de huelgas

y de tantas otras cosas relacionadas con la cuestión social, nada dijo de todo eso, o mejor dicho, Jesucristo ya previó todo y dijo todo, dándonos el mandato del amor cristiano, que es la base de la justicia y de la caridad, de donde debe nacer la verdadera doctrina social.



-LXIII- EL EVANGELIO Y LAS RIQUEZAS

“No queráis amontonar tesoros en la tierra, dijo Jesús, porque donde está vuestro tesoro, allí está también el corazón”. (Mat. VI-19). Uno de los repetidos “ayes” que salieron del alma de Cristo fué: ¡“ay de los ricos”! (Luc. VI-24). -Los ricos olvidan con frecuencia el máximo precepto del Evangelio: “Amarás a tu prójimo, como a tí mismo” (Luc. X-25). -Deber de los ricos es “dar de comer a los que tienen hambre y no tienen con qué saciarla; vestir al haraposos; curar a los enfermos; facilitar un pedazo de tierras de su latifundio al que quiere trabajar; es decir, favorecer al pobre, porque el rico no es más que el mayordomo de la casa de Dios, el dispensero de los bienes que la Providencia ha puesto en sus manos, para distribuirlo entre los menesterosos.

Las riquezas tienen una función social que muchas veces no cumplen porque las impiden los malos ricos, de quienes dijo Jesús: “Más fácil es que pase un cable por el ojo de una aguja antes que salvarse un rico”. (Mat XIX-24).

“Misereor super turbas” (Mat. XV-32), exclama Jesucristo, compadeciéndose de la mayoría de la humanidad que sufre económicamente; se apena viendo la desigualdad de fortuna entre los hombres. Opulencia y despilfarro por una parte; hambre y miseria, por otra. Es tanta la falta de caridad y de justicia en la tierra, que el Señor exclama: Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, por-

que un día seréis saciados; los que ahora lloráis, porque después reiréis". (Luc. VI-21. -"¡Ay! de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo; ¡ay! de vosotros los que andáis hartos, porque sufriréis hambre; ¡ay! de vosotros los que ahora gozáis, porque un día lloraréis....." (Luc. VI-24).

Actualmente "no se ama a Dios sobre las riquezas", sino que se prefiere el oro a la virtud; éste vale más que el honor, que el talento, que la santidad, que Dios mismos. En estos tiempos, de acomodo, de contempORIZACIÓN, de respeto humano, se pretende "servir a dos señores" y fácilmente se dobla la rodilla ante el "becerro de oro" y se vende a Cristo "por menos de treinta monedas". Sin embargo, Jesucristo sigue clamando: "Nadie puede servir a dos amos, a Dios y al dinero" y "Los que ponen su confianza en las riquezas, no se salvarán". -(Marc. X-24 y Luc. XVI-13).

Recordemos que "los cielos y la tierra pasarán pero no las palabras de Dios" contra los malos ricos y las riquezas mal administradas. Por algo dijo el Maestro: "No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen y donde los ladrones horadan los muros y roban. Amontonad tesoros en el cielo, donde ni polilla, ni herrumbre destruyen, y donde los ladrones no horadan, ni roban..." (Mat. VI-19). -"Nadie puede servir a dos amos: a Dios y a las riquezas. (Mat. VI-24). -"Guardaos de la avaricia, por la demasiada abundancia de riquezas, pues no depende la felicidad de la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee." -(Luc. XI-15).

Vigil y Papini dicen: "Cuántos millares y millones de hombres siguen creyendo que viven sólo para amontonar riquezas y con ellas esperan la dicha de los goces físicos..... Cuánto padecen estos pobres, cuando la experiencia les muestra que la vida es algo más que el goce de los bienes materiales..... Porque, bueno es vivir, luchar, triunfar en los trajines de la vida, pero esto no es todo. Acaso vivimos únicamente para el regalo de nuestros sentidos. Acaso un hombre puede sentirse feliz al morir, sin otros bienes que sus tesoros materiales? -La vida del hombre consiste sobre todo en los tesoros del espíritu. Esta es la gran riqueza que le consolará en la muerte...."

"El espíritu y el oro son dos patrones que no toleran división ni comunidad. Son celosos: quieren el hombre entero. Y el hombre, aún queriéndolo, no se parte en dos. El oro, para quien sirve al espíritu, es una nada; el espíritu para quien sirve al oro, es una palabra sin sentido.

Quien elije al espíritu arroja el oro y todas las cosas que se compran con el oro. Quien desea el oro suprime al espíritu y renuncia a todos los beneficios espirituales... El primero es un pobre que nunca consigue consumir su infinita riqueza; el otro es un rico que no logra jamás evadirse de su infinita miseria. El pobre posee, por la ley misteriosa de la renunciación, hasta lo que no es suyo, es decir el universo entero; el rico, por la dura ley del eterno deseo, no posee ni siquiera lo poco que cree suyo....."

-LXV- FUNCION CRISTIANA DEL ORO

Que las riquezas tienen una función social en la tierra, es innegable. No está el oro en el mundo para ser guardados en los cofres del avaro, ni sirve el dinero únicamente para que el rico goce de todas las comodidades reales e imaginarias, ni son las riquezas para que pasen como herencia de una familia a otra, en latifundios inservibles socialmente. El oro debe cumplir con una misión y esta es: beneficiar a la humanidad, convertido en alimento, en vestuario, en vivienda para el menesteroso; trocado en hospitales para los enfermos; en casa-cunas para los niños; en escuelas para los ignorantes; en beneficencia para los necesitados. Ya lo dijo la Verdad infalible: "guardad vuestros tesoros en el cielo, donde no hay polilla, ni ladrones" (Mat. VI-19). En el cielo se guardan las riquezas, cuando en la tierra se hacen buenas obras con ellas. De lo contrario, el oro, con toda la felicidad que acarrea en este mundo, no servirá sino para desgracia eterna.

Jesucristo enseña esto en la Parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. (Luc. XVI-19). -Erase un hombre muy rico, que vestía de púrpura, banquetaba opíparamente todos los días, vivía entre sedas en lujosos palacios, se divertía en toda forma y de todos modos, era adulado y servido por muchos vasallos..... Al mismo tiempo, vivía un pobre, llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico, vestido de andrajos

deseando saciar su hambre con las migajas que caían de la mesa del poderoso, despreciado de todos; únicamente los perros venían y lamían sus llagas..... Sucedió, pues, que murió el pobre y fué llevado por los ángeles, al cielo, porque era bueno; murió también el rico, y fué sepultado en el infierno, porque era malo.... Desde lo profundo del abismo, entre sollozos y lágrimas, clamaba a Dios que se compadeciese de su infortunio. Veía a Lázaro en la gloria y pedía que éste le aliviara en sus tormentos, siquiera bajando con la punta de su dedo mojado en agua, para refrescar su lengua que se consumía en llamas. -La respuesta de Dios a los clamores del desventurado rico era siempre la misma: "Acuérdate que tú, gozaste en la vida de toda clase de bienes de fortuna y de completa felicidad y que Lázaro careció de todo. Ahora él es aquí consolado, y tú, afligido. Además, entre tú y él, existe un abismo infranqueable....."

¡Cuán sublimes son las enseñanzas de esta parábola! La principal es que las riquezas tienen una función social en el mundo; esto nos muestra la terrible mudanza de fortuna y de suerte, entre el rico y el pobre, en esta vida y en la otra! -Jesucristo, al exponer esta significativa parábola, tuvo presente a los malos ricos que se sumergen en placeres, mientras los pobres no pueden ni saciar su hambre, ni cubrir su cuerpo; vió las manos del rico repletas de oro para desperdiciarlo y miró las manos del obrero, del peón, del artesano, encallecidas por el duro trabajo, mal remuneradas, sin salario mínimo, sin salario familiar, sin lo necesario para una vida racional.....

Cuántas veces el pobre está sentado, horas enteras, en el umbral de la puerta del rico, esperando una migaja, que no llega, por falta de justicia, porque no hay caridad, porque el oro no cumple con su función social cristiana.

Con razón, San Ambrosio comentaba esta parábola evangélica y predicaba, haciéndose eco de los ayes de Cristo contra los malos ricos: “¡AY! de vosotros ricos, que decoráis lujosamente vuestras mansiones y dejáis que los pobres anden semi-desnudos. Veis una mano que se extiende por una moneda y estáis pensando donde estarán seguros vuestros tesoros. Un hombre os pide pan, mientras vuestro caballo regodea el alimento. Os llenáis de joyas y vestidos y vuestros prójimos se mueren de hambre. En vuestras haciendas sobra la tierra y vuestros peones no tienen un palmo para sembrar; el obrero parece de necesidad, mientras vosotros cerráis los graneros para subir el precio de los víveres; el pueblo está sumergido en la miseria y vosotros estáis en bailes, banquetes y diversiones.....” (Serm. T. IV)

Antes, como ahora, las riquezas tienen función social en este mundo. Si en esta vida no hay justicia social, la habrá en la otra, como nos hace ver Jesús en la parábola: “Una gota de agua pedía el rico a Lázaro en la eternidad, y una migaja de pan había pedido muchas veces el pobre a Epulón, en la tierra. No se la quiso dar éste al mendigo, tampoco le puede dar Lázaro al rico. En la misma medida en que midiéreis, se os medirá....” (MatV,11-2)

-LXV- JESUCRISTO Y LA POBREZA

Caminaba Jesús hacia Jerusalén y aún resonaba el eco de esas dulces palabras: "Dejad que los niños vengan a Mí, porque de ellos es el Reino de los Cielos.... Si no os hiciéreis niños para recibir el Reino de Dios, no entraréis en él...." (Luc. XVII11-15). Todavía repercutían las alegres voces de los niños que descansaron en los brazos y en las rodillas del Maestro, cuando se presentó un joven, de aristocrática presencia, de porte distinguido y finas maneras que revelaban un alma noble. Llegó a Jesús y le dijo: "Maestro qué debo hacer yo, para alcanzar la vida eterna?" "Guarda los Mandamientos" le contestó el Señor, con toda delicadeza. -Perplejo se quedó el joven ante una respuesta tan ordinaria. Eso ya lo sabía. Esperaba algo nuevo. Entre descontento y turbado, dice: ¿"Cuáles"? Jesús le contesta magistralmente: "no matarás, no dirás falso testimonio, no fornicarás, no robarás, honra a tus padres, amarás a tu prójimo, no jurarás, amarás a Dios sobre todo." "Maestro, dijo el joven, todos estos he observado desde niño. ¿Qué más debo hacer?"

Con todo cariño le replicó el Señor: "Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y ven y sígueme". -Aquí terminó el entusiasmo del joven; no volvió a decir más, sino que se puso triste y se retiró apenado, porque ERA MUY RICO, dice el Evangelio. (Marc. X-17) Jesucristo se quedó también muy triste vien-

do alejarse de su lado a tan buen joven, por el único motivo de haberle exigido que se abrace con la POBREZA. Y volviéndose a sus discípulos les dijo: ¡"Difícilmente entrarán los ricos en el Reino de los cielos!" (Luc. XV111-24).

Espantados quedaron los oyentes ante tal sentencia. Volvió Jesús a repetir: "Hijitos: ¡qué difícil es que los que confían en el dinero entren en el Reino de Dios! Os lo repito: más fácil es pasar un cable por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Cielo...." (Marc. X-23).

De esta manera, Jesucristo reformó las ideas de los Rabinos antiguos, de que la pobreza era el mayor de los males. En verdad, humanamente hablando, la pobreza es un mal y causa de otros males, porque el dinero es indispensable para la vida, en sus diversas facetas. Sin embargo, Jesús dijo: "Bienaventurados los pobres" y nos dió ejemplo de absoluta pobreza, naciendo, viviendo y muriendo pobre, hasta tal punto de: "no tener dónde reclinar la cabeza" y ser más pobre que las aves y los animales que tienen nidos y guaridas. (Mat. VI11-20)

"Cristo Pobre" es una advocación, es una imagen de Jesús, que tiene un culto especial, aprobado por la Iglesia. Esta advocación, esta imagen está en todo de acuerdo con el Evangelio donde aparece Jesús como dechado de pobreza: nace de una madre pobre y tiene por padre a un artesano pobre; su cuna es una cueva desprovista de ornato, y recién nacido es envuelto en pobres pañales.

En la presentación del hijo y purificación de la madre, según el rito mosaico debían ofrecer a Dios como víctimas, un cordero, si la familia era rica o un par de tórtolas o palomas, si la familia era pobre; Jesús y María no pudieron ofrecer lo primero y porque estaban catalogados en la lista de los pobres, el sacerdote les recibió la segunda ofrenda. (Luc. 11-24).

Jesús en Nazaret es un artesano pobre, que gana un pobre jornal ayudando a su padre. "Qué hermoso es, dice un autor, contemplar a Jesús en las tardes de Nazaret, apurando el trabajo, para que no falte un pan en la mesa frugal de José, ya envejecido, y de María gastada por el trabajo...."

En la vida evangélica, Jesús aparece como un misionero pobre, que vive de la caridad (Luc. V111-3); se viste como los pobres, camina a pies, come el alimento de la gente pobre, duerme y descansa en una barca desmantelada.

Su auditorio está compuesto de hombres, mujeres y niños pobres; sus discípulos son los pobres, predica la pobreza y la practica hasta tal punto de no tener una moneda para pagar el tributo. La comida pascual la toma de caridad y en una sala prestada. (Luc. XX11-11).

Amó íntimamente a San José, el carpintero pobre, de cuyas callosas manos recibió en su niñez un mendrugo de pan; tuvo predilección por la turba multa de los desheredados de la fortuna, de los harapientos, de los pobres que nada podían ofrecerle en recompensa de los milagros que recibían. Jesucristo vivió pobre y entre pobres y murió co-

mo el más pobre de los hijos de los hombres: desnudo y en una cruz. Su cadáver fué amortajado en un lienzo dado por caridad y fué puesto en un sepulcro prestado. (Luc. XX111-53).

Jesús enalteció la pobreza; hizo de ella una bienaventuranza; la proclamó como su compañera desde Belén hasta el Gólgota.



-LXVI- RASGOS ESPECIALES

AMIGO DEL PUEBLO.

Jesucristo no tiene nada de misántropo. Lejos de ello, en el Evangelio notamos a cada paso la universal simpatía de que gozaba en el pueblo. Fué popular en todo sentido. Siempre buscó la compañía de los más despreciados de Israel, los publicanos. A su llegada a Jericó se hospedó en la casa de Zaqueo, principal entre los publicanos y jefe de la gente del pueblo. (Luc. XIX-5). Jesús es el amigo de todos, pero especialmente de la gente de la clase media e ínfima. No es un demagogo, pero, con frecuencia sale en favor de los intereses populares. San Mateo dice: "Iba Jesús recorriendo toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el evangelio del reino celestial y sanando toda dolencia y toda enfermedad a los DEL PUEBLO." (Mat. IV-23).

San Lucas añade: "Jesús era estimado y honrado de todos". (Luc. IV-15).

Jesucristo se compadece con mucha frecuencia de las turbas: "Al ver a las gentes, dice el Evangelio, se compadeció entrañablemente de ellas, porque estaban mal paradas, pobres y desnutridas." (San Mat. IX-36).

En favor de la gente del pueblo hizo Jesús casi todos los milagros y el famoso sermón del monte no es otra cosa que la oferta de la bienaventuranza a los de la clase ínfima y el abrir las

puertas del cielo a la gente del pueblo, a los pobres, a los que tienen hambre, a los perseguidos, a los que lloran diariamente como desahogo de las penas que laceran su corazón. (Luc. VI-20).

Las muchedumbres correspondieron al cariño del Maestro. Quisieron hacerle rey, por aclamación popular. (Jn VI-15). Varias veces se pusieron a su lado contra los fariseos.

Cuando se dirige a Jerusalén cabalgando en el pollino, el pueblo, "muchos de las clases inferiores de la sociedad tendieron sus vestidos en el camino, otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían por donde había de pasar Jesús; tanto la gente que iba adelante, como la que seguía atrás, aclamaban al Señor, diciendo: Hosanna, salud y gloria. Bendito sea el que viene en nombre de Dios". (Marc. XI-8).

San Juan dice: "Una gran muchedumbre de gentes que habían venido a la fiesta, oyendo que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, salieron a recibirle, proclamándole Rey de Israel". (Jn. XI-13). "Era tanta la gente que salió a recibirle, que los fariseos decían: todo el mundo se va en pos de El; nosotros perdemos terreno". (Jn. XI-18).

Por dos veces, en favor del pueblo, hizo Jesús el famoso milagro de la multiplicación de los panes y peces. Eran cinco mil hombres los que estaban con El, sin contar mujeres y niños, dice terminantemente el Evangelista. (Mat. XIV-21).

A los hijos del pueblo, llamaba sus amigos y hermanos y la clase trabajadora era la preferida por el Maestro de Israel, quien honró de manera

especial al pueblo, apareciendo en el mundo y dejándose llamar "El hijo del Artesano". (Mat. X111-55).

ENEMIGO DE LA HIPOCRESIA.

Jesucristo fué el Hombre humilde y sencillo por antonomasia. Sus palabras y sus obras nada tienen de rebuscado. Predica una doctrina sublime en tal forma que le entiende el más rudo. No es amanerado; su sencillez en las obras resplandece como distintivo de su vida. Enemigo de la hipocresía, combate a los fariseos y sus acciones brillan por la sinceridad y llaneza.

Jesús dice: "No imitéis a los escribas que hacen gala de pasearse con vestidos rozagantes, y de ser saludados en la plaza por toda la gente, y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas y reuniones y los primeros asientos en los convites". (Marc. X11-38).

"Cuando ayunéis, no os mostréis tristes como los hipócritas" (Mat. VI-16). La parábola del fariseo y el publicano dijo Jesús: "para ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás". (Luc. XVIII-9), Repetidas veces enseña el Señor: "no imitéis a los fariseos que quieren que las gentes les den el título de maestros. Vosotros, por el contrario, dice a sus discípulos, no debéis tener este título. Tampoco habéis de llamar a nadie sobre la tierra PADRE, pues uno solo es vuestro padre, el cual está en los cielos. El mayor entre vosotros, ha de ser ministro vuestro". (Mat. XX111-8 a 11).

La conducta de Jesús es admirable por su sinceri-

dad. El Evangelio hace notar que “los escribas y fariseos, al ver que comía con publicanos y pecadores, decían a los apóstoles: ‘¿cómo es que vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores?’” (Marc. 11-16). De donde se colige que Jesús tenía amplitud de criterio y de acción. La explicación de su manera de obrar está en su pureza de intención: “Habiendo oído Jesús las críticas que se hacían de El porque era amigo de publicanos y pecadores, dijo: Los que están buenos no necesitan de médico, sino los que están enfermos; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Marc. 11-17). Para hacer el bien no distingue personas. Conocemos las relaciones de Jesús con Simón, el fariseo, (Luc. VI-36), con Nicodemos, el doctor de la Ley, (Jn. 11-1), con José de Arimatea, rico y poderoso, (Mat. XXVI-57), con Juana, la mujer del Intendente de Herodes, (Luc. VIII-3) y con otras personas a quienes convierte y salva.

En todo tiempo y en todo caso cumple Jesucristo con su máxima: “No he venido a ser servido, sino a servir” (Luc. XXII-27). Toda su vida la tiene puesta en un plano de encantadora sencillez que revela a un verdadero amigo del pueblo, enemigo de dobleces y Salvador del mundo.



-LXVII- JESUS MEDICO

“No son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos”, dijo un día Jesucristo, como quien nada dice, y sin embargo dijo mucho. (Mat. 1X-12). Otra ocasión dijo: “Yo soy la vida”; vida es plenitud de salud, es lo opuesto a la muerte; Jesús es vida para los sanos y es salud para los enfermos; es médico porque curó las dolencias humanas; el Evangelio nos cuenta con detalles las curaciones que hizo Jesucristo, fijémonos en algunas de ellas.

Dos ciegos se habían hecho conducir a la puerta de la casa de Jairo donde Jesús debía ir para curar a la hija del magistrado; apenas sintieron los ciegos que llegaba el Señor, gritaban: “Hijo de David compadécete de nosotros”. No se hizo esperar Jesús; se llegó a los enfermos, les tocó los ojos y quedaron sanos de la ceguera; agradecidos se postraron ante el médico divino, difundieron su nombre por toda la región y comenzaron a gozar viendo las bellezas del universo. (Mat. 1X-27).

Otras curaciones de ciegos hizo Jesús, en forma especial, que está probando su poder sobre las enfermedades. Así, al ciego de Betsaida le curó en etapas graduadas: pone su saliva divina en los ojos oscuros del enfermo y poniendo las manos sobre la cabeza del ciego le pregunta si ve algo. “Veo a la gente como arbolitos que andan”, contesta el enfermo. Vuelve el médico a tocar los ojos

del ciego, los mueve y dice entre dientes algunas palabras; el enfermo ya ve mejor; se repite la operación hasta que el ciego deja de serlo y dice que ve todo perfectamente; está curado; Jesús ha hecho brillar la luz en esas pupilas oscuras. (Marc VI11-22).

En la curación del ciego de nacimiento en Jerusalén, para serciorarse de la verdad, se sometió al jurado, a un examen y a un interrogatorio riguroso y a una crítica severa, pero triunfó la verdad porque el enfermo probó que era ciego desde su nacimiento, que le curó Jesús y que veía todo perfectamente. (Jn. IX 1 a 41).

Así mismo, ante la admiración de los discípulos y la rabia de los enemigos de Jesús que no podían negar la curación, devolvió el Señor la vista perdida a Bartimeo y su compañero, también ciegos de nacimiento, como nos cuenta San Mateo. (XX-29).

Pero no solamente Jesucristo curó la vista; las otras enfermedades encontraron también el remedio en el Médico divino, como nos cuenta el Evangelio: "los sordos oyen, los mudos hablan, los paralíticos andan, los leprosos quedan limpios y hasta los muertos resucitan.... (Mat. XI-5).

Un día estaba Jesús predicando, cuando repentinamente se presentó un hombre enfermo de lepra y se arrojó a los pies del Señor, rogándole que le curara. Se compadeció el Médico Nazareno, le tocó con sus manos y desapareció la lepra. (Mat. VIII-1).

En otra ocasión curó Jesús a diez leprosos tocando con sus manos divinas esos cuerpos carcomidos y sucios; uno solo de los curados agradeció

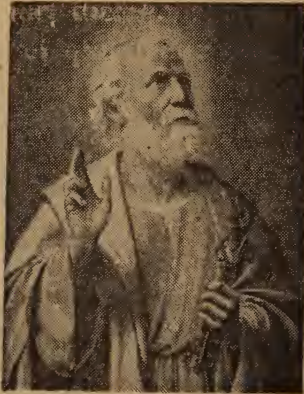
el beneficio; los otros nueve pagaron al médico con la ingratitud. (Luc. XV11-2).

Un día caminaba Jesús por Sidón hacia Galilea, saliendo de los confines de Tiro; estaba cerca de la decápolis cuando le trajeron a un sordo y mudo para que le curara. El Señor tomó al enfermo; introdujo los dedos en las orejas del hombre; con su divina saliva mojó la lengua del sordo-mudo, diciendo: "effeta" y al punto se abrieron los oídos y se soltó la lengua del enfermo. (Marc. V11-31).

Sobresalen, entre otras curaciones, las efectuadas con el paralítico de Cafarnaún, la del siervo del Centurión, la curación de la suegra de San Pedro, la del hidrópico de Jericó, la curación de la mujer encorvada por más de dieciocho años; la de la mujer que adolecía de flujos de sangre por largos años, que son más que suficientes para probar la acción benéfica del Médico divino. (Mat. 1X-1 Luc. V11-1-Marc. 1-29-Luc. XIV-1 Luc. X111-10-Mat. 1X-20).

Si se quiere más curaciones podemos citar la del ciego y mudo que nos cuenta San Mateo (X11-22) como un acontecimiento que causó asombro a la muchedumbre. La curación al paralítico de la piscina de Jerusalén que narra San Juan con pormenores de suma importancia. (Jn. V-5) La curación del hombre que tenía la mano seca y la del hijo del funcionario real. (Luc. VI-6-Jn. 1V-46). En ambas sobresalen el poder divino del Médico que no solamente curaba los males del alma, sino también las dolencias del cuerpo.

San Mateo, como queriendo sintetizar las curaciones que a cada paso hacía Jesús, nos dice: "que un día estaba descansando en el monte y vinieron tras El las muchedumbres llevando toda clase de enfermos: ciegos, mudos, cojos, mancos, paralíticos, leprosos, etc., y que Jesús les curó a todos...." (Mat. XV-29).



-LXVIII- EL BUEN PASTOR

Una tarde clara y serena, era el complemento de un día caluroso en Jerusalén. El sol resplandeciente estaba a punto de terminar su jornada diaria, ocultándose para brillar nuevamente al otro día, beneficiando a la tierra con su luz y calor. Los obreros y peones volvían a sus casas en busca del descanso hogareño. Los pastores de Judea traían el ganado de los prados donde habían pacido todo el día y pasaban por las calles de la ciudad hacia el aprisco común donde las ovejas pernoctaban tranquilas. Jesús contemplaba esta escena; veía a los pastores seguidos de sus ovejas o éstas seguidas del pastor, en perfecta armonía, conocimiento y confianza mútuas. Al mismo tiempo pensaba en su pueblo escogido, abandonado y deshecho, como rebaño sin pastor; veía a la humanidad en el aprisco del mundo, en abigarrada confusión de virtud y vicio, de ovejas y lobos, de bien y mal.

Vuelve Jesús de esa visión real e imaginaria y dice: "Yo soy el buen pastor. Conozco mis ovejas y las ovejas mías me conocen. Tengo otras ovejas que debo traer al aprisco; ellas oirán mi voz y vendrán. Habrá entonces un solo rebaño y un solo pastor.... El buen pastor da la vida por sus ovejas, pero el mercenario, el que no es el pastor, viendo venir al lobo, abandona las ovejas y huye y el lobo las dispersa y arrebatata.... El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que escala por las paredes, ese es un ladrón y un

salteador... El pastor entra por la puerta, llama a sus ovejas; éstas oyen su voz y salen y le siguen.... Yo soy el buen PASTOR.... Yo soy la Puerta del aprisco...." (Jn. X-1 a 16).

Al rededor de la vida pastoril desarrolla Jesús su discurso sobre su misión de Pastor de las almas. Para comprender mejor esta alegoría es necesario saber las costumbres de los pastores del tiempo de Cristo.

Judea era el país de los inmensos rebaños y el pastoreo era la ocupación ordinaria de los israelitas.

Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David y otros personajes hebreos fueron pastores en su adolescencia, y después conductores del pueblo. El pastoreo era la ocupación de amos y señores y no oficio de siervos. Costumbre era entre los pastores judíos tener en cada pueblo un aprisco común, cercado de tapia y con una sola puerta para entrada y salida de las ovejas; en este aprisco encerraban el ganado varios dueños y pastores, confiando el cuidado a uno que hacía turno de vigilancia en la puerta, por el tiempo de tres horas nocturnas, mientras los otros descansaban tranquilos. Cuando había necesidad, el centinela tocaba llamada de socorro y todos los pastores acudían a defender sus rebaños contra lobos, chacaes o ladrones.

Al amanecer se abría la puerta del corral y cada pastor daba sus silbidos o llamaba a sus ovejas con voces o nombres especiales; las ovejas que conocían bien a su pastor y sus señales, salían y

se agrupaban a su alrededor y le seguían a los pastos, sin mezclarse con otras ovejas, hasta la tarde que volvían al aprisco común donde formaban un solo rebaño con un solo pastor.

Los pastores, pues, entraban a dejar y sacar su rebaño, por la puerta; nadie escalaba la tapia, sino el ladrón que burlaba la vigilancia del portero. En caso de asalto al redil, los pastores luchaban y algunos morían en defensa de su rebaño. A todo esto se refiere Jesús en la parábola.

Jesús es verdadero PASTOR de las almas confiadas por su Padre celestial a su cuidado de Redentor del mundo. Es el Buen Pastor que conoce a sus ovejas y que da la vida por ellas. Va guiando a su rebaño, con su palabra y con su ejemplo, a los pastos celestiales. El es la Puerta del aprisco que es la Iglesia católica, donde no hay sino un solo Pastor Supremo, el PAPA, guardián de corderos y ovejas, de Sacerdotes y fieles, que forman el único rebaño de Cristo. No faltarán en su redil los lobos carniceros, los chacales y los mercenarios, pero las buenas ovejas conocen la voz del Pastor y no se dejan engañar, ni dispersar, ni matar. El Buen Pastor, cuando una oveja se ha disgregado del rebaño, deja a las otras en el aprisco y corre en busca de la perdida, camina presuroso, por montes y valles y regresa con la ovejita en sus hombros, los pies sangrantes por los cardos y espinas que ha pisado, pero el corazón gozoso. —Jesucristo es el BUEN PASTOR.



-LXIX- PROFETA Y TAUMATURGO

Jesucristo vino a la tierra con una misión puramente espiritual. Además de ser el Redentor de las almas fué el renovador religioso y restaurador de la gloria de Dios. Es el Rey mesiánico, pero su reino es ultraterreno; su revolución es de orden moral. Los principales signos de su misión son las profecías y los milagros.

Como *Profeta*, Jesús penetró los secretos del porvenir. Tuvo el don de escudriñar los pensamientos y los secretos de los hombres. Los Evangelistas dicen terminantemente del Señor: "Conocía los pensamientos de sus enemigos". "Jesús no se fiaba de ellos porque sabía sus adentros y conocía íntimamente a todos". (Jesús no se fiaba de ellos porque sabía sus adentros y conocía íntimamente a todos" (Luc. VI-6 a 12 y Jn. II-24).

Predijo su Pasión y Resurrección, "El Hijo del Hombre, dice Jesús refiriéndose a Sí mismo, será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y ancianos, que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles. Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida, pero al tercer día resucitará". (Marc. X-33 y 34).

En Betania, predice su sepultura próxima. (Marc. XIV-8). En la Cena anuncia la dispersión de los apóstoles, la negación de Pedro, la traición de Judas. (Marc. XIV-27-30-18).

Las profecías de Jesús acerca de su obra, la

Redención y la Iglesia, son indiscutibles y claras a través de las parábolas del GRANO DE MOSTAZA, LA LEVADURA, LA RED. (Mat. X111-31-33-43). A Pedro constituido fundamento de la Iglesia, le dice: "Edificaré mi Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella." (Mat. XVI-18)

Cristo profetizó, en un largo discurso, la suerte final del pueblo escogido, primero, y después, de todo el mundo. (Mat. Cap. XXIV). La primera profecía se cumplió al pié de la letra y de la segunda han comenzado a cumplirse las predicciones preparatorias.

Dice un Autor: "Cristo predijo con seguridad el curso imprevisible de su carrera que terminó en el Calvario; predijo su resurrección; predijo el desarrollo de su obra y la instauración del reino de Dios; predijo la suerte del pueblo judío y el fin del mundo; predijo el advenimiento glorioso del Hijo del hombre para juzgar a la humanidad y traerle la felicidad definitiva.

Es el Profeta, no de una época, sino de todo el tiempo; no de un pueblo, sino de todo el mundo; no de una causa particular, sino del destino de toda la humanidad. Es el Profeta por excelencia".

Como TAUMATURGO, Jesucristo es admirable. Hizo tantos y tan variados milagros que son las pruebas suficientes de su divinidad.

No perteneciendo a este libro el estudio científico de cada milagro, vamos a contentarnos con citar el número de los principales milagros narrados por los Evangelistas, como prueba fehaciente del

poder de Jesús y de su merecido título de taumaturgo por exceiencia.

Conversión del agua en vino en las bodas de Caná. (Jn. 11-1).

La pesca milagrosa. (Marc. 1-16).

Camina sobre las aguas del mar y sosiega las tempestades. (Mat. V111-23-XIV.24).

Dob'le multiplicación de los panes y peces (Mat. XIV-13-XV-32)

Curaciones a siete ciegos: al de Betsaida, al de nacimiento, a los dos de Jericó, al ciego y mudo, a los dos del camino. (Marc. V111-22-Jn. 1X-1 Luc. XV111-35-38. Mat. X11-22-1X-27).

Curaciones a once leprosos. (Luc. V-12-XV11-11)

Al sordo y mudo. (Marc. V11 31).

A dos paralíticos: al de Cafarnaún y al de la piscina. (Mat. 1X-1-Jn-V-1).

Al siervo del Centurión. (Luc. V11-1).

Al hombre de la mano seca y a la mujer encorvada. (Marc. 111-1-Luc. X111-10)

Al hijo del Régulo. (Jn. 1V-46)

A la suegra de San Pedro. (Marc. 1-29).

A la mujer de los flujos de sangre y al hidrópico. (Mat. 1X-20-Luc. X1V-1).

Curaciones a siete endemoniados; al de Cafarnaún (Marc. 1-21), a los dos Gerasenos, (Mat. V111-28), al ciego y mudo, (Mat. X11-22), al niño del demonio lunático (Marc. 1X-13), al mudo (Luc. X1-14), al de la hija de la cananea. (Marc. V11-24)

Tres resurrecciones: al hijo de la viuda de Naín, a la hija de Jairo, al amigo Lázaro. (Luc. VII-11-VIII-49-Jn. XI-38).

Milagros en masa, es decir a granel, en un mismo día y a varios enfermos de toda clase de dolencias. Al respecto de estos milagros dicen los Evangelistas: "Todos los que tenían enfermos se los traían y Jesús curaba a todos". (Luc. IV-40). "Siguió a Jesús gran muchedumbre de enfermos y los curó". (Mat. XIX-2). "Jesús lanzaba muchos demonios y ungió a muchos enfermos con óleo, y los sanaba". (Marc. VI-13). "Iba Jesús predicando por toda la Galilea, curando a los enfermos y expelía a los demonios". (Marc. 1-39).

Haciendo un cómputo general de estas curaciones, resulta que los agraciados con milagros son centenares de miles personas. San Juan como que sintetiza la acción milagrosa de Jesucristo, al decir: "Muchos otros milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos. Los narrados han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis fé en su nombre.". (Jn. XX-30).



-LXX -LUZ-CAMINO-VERDAD-VIDA

Jesucristo dijo: "Yo soy la LUZ del mundo. Yo soy el CAMINO, la VERDAD y la VIDA". (Juan V111-12-XIV-6).

La luz solar es para la tierra parte de su vida. Cuando el astro rey descende al ocaso, viene la penumbra precursora de la noche, de las tinieblas, del descanso, de la inmovilidad, del sueño que es imagen de la muerte. Sin la luz, el hombre no trabaja, el animal se esconde en su guarida, las aves se refugian en sus nidos, las plantas recogen su follaje y se adormecen. El que camina sin luz, está en peligro de tropezar y caer. La luz es vida; por eso la ciencia ha buscado la manera de sustituir en la noche la luz del día.

Jesús estaba en el Gazofilacio del Templo de Jerusalén asistiendo a la fiesta de los Tabernáculos. Era de noche y el atrio estaba iluminado con el aceite que ardía en los enormes candelabros de plata. La ciudad santa lucía también abundante iluminación.

Esta luz de la fiesta era el símbolo del Mesías esperado como Luz esplendorosa para disipar las tinieblas y las sombras de la muerte. La ocasión era admirable, había mucha gente, entonces Jesús dijo: "Yo soy la LUZ del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino tendrá luz de vida". (Jn. V111-12). -En medio del pueblo estaba ya la luz. Se cumplía la profecía de Isaías: "Las gen-

tes que andaban en tinieblas vieron una gran luz; a los que habitaban en la región de la muerte, les apareció la luz". (Is. 49-1). -Jesucristo es la Luz del mundo, conforme dice San Juan: "El precursor vino como testigo, para dar testimonio acerca de la luz, a fin de que todos creyesen por el. El no era la luz, sino para dar testimonio acerca de la luz. La verdadera luz, la que alumbra a todo hombre, estaba en el mundo, pero el mundo no le conoció...." (Jn. 1-7). Jesucristo es LUZ del mundo por su doctrina, por su ejemplo.

"En El era la VIDA y la vida era la luz de los hombres" sigue diciendo el Evangelista, para enseñarnos que la vida es luz y que JESUS además de ser luz es también VIDA.

El Señor de la vida es Cristo: "Así como el Padre resucita los muertos y da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere", dijo el mismo Jesús. (Jn. V-21). -"En verdad en verdad os digo que quien oye mi palabra y cree en Mí, como enviado del Padre, tiene VIDA eterna; ha pasado de la muerte a la VIDA". (Jn. V-24).

Tres valores se aprecian singularmente en el mundo: los valores *prácticos*, es decir todo lo útil y provechoso, todo lo que conduce al ideal, a la meta, al fin. Los caminos morales que cruzamos en la vida, apreciamos como valores prácticos porque nos llevan a la felicidad que buscamos.

Los valores *científicos* de la verdad y de los conocimientos *especulativos*.

Los valores *vitales* de la belleza, del amor. Es decir todo aquello que ilumina nuestro espíritu lle-

gando a la inteligencia, haciendo luz en las tinieblas, disipando las sombras de la ignorancia y del error; todo aquello que es principio de vida, que es energía, que es movimiento. Estos tres valores reúne y compendia Jesucristo en su persona divina y humana al mismo tiempo y es por eso "el camino, la verdad y la vida". -Quien no sigue a Jesús está extraviado del verdadero camino; desviado; jamás puede llegar al fin propuesto; el que no acepta las enseñanzas evangélicas está engañado; su inteligencia no posee la verdad, sino el error; quien no es verdadero discípulo de Cristo está en peligro de muerte porque en su alma se va extinguiendo el principio vital cristiano.

Jesús es camino, es verdad, es vida, pero sobre todo es luz que ilumina el camino, que prende la chispa de la verdad en la inteligencia, que vivifica la existencia. Es luz de verdad para el entendimiento, luz de santidad para la voluntad, luz de vida para el corazón; sin Jesús sólo se encuentran tinieblas de error, sombras de muerte y desventura en el camino.

"Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en Mí, aún cuando se muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá eternamente" (Juan. XI-25). Solamente Jesucristo pudo hablar de esta manera. Pero sus metáforas son realidad y sus paradojas son verdad. Él ha venido para dar vida a la humanidad y la vida que El da es abundante, es eterna, como su luz, como la verdad; El es el único camino que conduce al Padre celestial (Jn. 111-16).

-LXXI- ENSEÑANZAS

No vayáis a pensar que he venido a abolir la Ley; Yo he venido a hacerla cumplir..." (Mat. V-17) dijo Jesús al concluir el sermón de las Bienaventuranzas, ante un numeroso auditorio que se mantenía perplejo sin comprender una doctrina tan nueva y tan rara. Como el Maestro siguió hablando, no pudieron pedirle explicaciones y pasaron todos los oyentes a considerar otro asunto de suma importancia cual era lo relacionado con la ley divina y humana.

Los israelitas conocían el Decálogo promulgado por Jehová en el Sinaí y entregado en dos tablas a Moisés, quien codificó la otra ley disciplinaria y ritual, para el pueblo escogido, de tal manera que Jesús al hablar repetidas veces de la Ley, se refería a ambas, a la divina y a la humana; la una era invariable y la otra estaba sujeta a modificaciones. La Ley divina es de todos los tiempos y para todos los pueblos y obliga a todos los hombres, mientras que la ley mosaica fué legislada para gobernar al pueblo hebreo y tuvo carácter transitorio. Jesús derogó esta ley humana, pero no quiso abolir sino perfeccionar y hacer cumplir la ley divina, por eso dijo: "si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos", (Mat. V-20) o, lo que es lo mismo: si os contentáis con el cumplimiento de la ley mosaica únicamente, sois fariseos, no estáis justificados y no podréis salvaros." Pue-

den pasar el cielo y la tierra, pero los Mandamientos del Decálogo deben cumplirse a la letra y quien violare uno de ellos será descontado del reino celestial; mas quien los observa y enseña a observar será grande en el reino de Dios". (Mat. V-18)

Oisteis que fué dicho a los antepasados: NO MATARAS....; mas Yo os digo: no os encolericéis con vuestro hermano, no le tengáis ojeriza, ni le insultéis en ninguna forma.... Mas aún, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas que estás enojado con tu prójimo, deja tu ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu adversario...." (Mat. V-21 a 25).

Por este orden sigue Jesús explicando el verdadero sentido y la extensión de cada uno de los Mandamientos de la Ley de Dios que no ha venido abolirlos, sino hacerlos cumplir.

Todavía más, para gravar el decálogo en la mente y en el corazón de su auditorio, Jesús reduce los diez a dos; toda la Ley a pocas palabras. Decían las dos tablas: 1º No tendrás otros dioses fuera de Mí. No harás obra de escultura, ni figura alguna para adorarla.- 2º No tomarás el nombre del Señor tu Dios, en vano.- 3º Acuérdate de santificar el día sábado.- 4º Honra a tu padre y a tu madre.- 5º No matarás.- 6º No cometerás adulterio.- 7º No hurtarás.- 8º No levantarás contra tu prójimo falso testimonio.- 9º No desearás la mujer de tu prójimo.- 10º No codiciarás los bienes ajenos. (Exodo XX-1 a 17).

Jesucristo dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu

mente. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo te es semejante: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley". (Mat. XXII-37).

"Y ¿quién es mi prójimo? preguntó el doctor de la Ley al Maestro divino, que, sereno y bondadoso, contestó con una parábola delicada: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, que le despojaron, le hirieron, y dejándole medio muerto, huyeron.- Sucedió que un sacerdote bajaba por el mismo camino, y le vió, pero pasó de largo. Pasó también un levita y viendo al herido, siguió su camino. Pasó un samaritano, vió al hombre desnudo y medio muerto, se compadeció, vendó sus heridas, le montó en su jumento y le llevó al mesón próximo donde le cuidó con esmero y pagó al mesonero para que le siguiera atendiendo hasta su completa mejoría".

Cuál de estos tres, preguntó Jesús al doctor, te parece que cumplió la ley del amor al prójimo? Como era lógico, la contestación fué acertada; el buen samaritano.

Pues, Jesucristo vino a perfeccionar la Ley del Decálogo y a enseñarnos cómo hemos de amar a Dios y quién es nuestro prójimo, que no es solamente el pariente, el amigo, el paisano sino toda persona, noble o plebeya, rica o pobre, blanca, negra o india, cristiana o infiel, de cualquiera religión o tendencia política, a quien estamos obligados a favorecer en sus necesidades. Debemos ser samaritanos en el camino de la vida y no cristianos que para hacer un servicio, primero averiguan si el

que pide es gente de importancia y nada hacen sino por intereses preconcebidos. Si el herido de la parábola hubiera sido un rico, el levita se habría empeñado en atenderle.... Cuántas veces en las mismas casas de beneficencia se ven las chocantes preferencias y distinciones entre prójimo y prójimo, partiendo de líneas terrenas, nada evangélicas. Hasta en lo religioso se olvida a veces esta parábola; por algo Jesucristo diría que pasó el sacerdote sin hacer caso al hombre pobre y medio muerto. (Luc. X-30)



-LXXII- EL SERMON DEL MONTE

“**P**aróse Jesús en un sitio campestre, dice San Lucas, y con El la turba de los discípulos y una copiosa muchedumbre de plebe venida de Galilea y Decápolis y de toda la Judea y de Jerusalén y de la otra parte del Jordán y de la costa y de Tiro y Sidón.... y abriendo sus labios comenzó a enseñarles, diciendo: Bienaventurados los pobres...., los que lloran...., los mansos...., los que tienen hambre y sed de justicia...., bienaventurados los misericordiosos...., los castos...., los pacíficos...., los que padecen persecución por la buena causa...., porque de ellos es el Reino de los cielos”. (Mat. V-2) (Luc.VI-17)

Muy cerca de Cafarnaún, en un sitio que es monte y campo a la vez, se muestra el lugar que seguramente ocupó el Maestro para predicar el sermón de las Bienaventuranzas. La fama de Jesús había crecido extraordinariamente y le seguían gentes de todas partes.

El auditorio pertenecía a la clase popular. La multitud era de campesinos, obreros, gente pobre y sencilla, que seguía al Maestro para conseguir un milagro. Los milagros se hicieron a granel en esta ocasión; toda la multitud se afanaba por tocar a Jesús, porque de El salía virtud que sanaba a todos”. (Luc. VI-19).

Curando a los enfermos y librando a los demoniados preparó Cristo el alma de sus oyentes para decirles que no ha venido a libertarles de la pobreza, de las injusticias, del hambre, de los sufri-

mientos, de las persecuciones. No solamente no quedarán libres de estos males, sino que Jesús les dice con aplomo inusitado: "Dichosos los que sois pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Dichosos los que estáis hambrientos, porque os hartaréis. Dichosos los que ahora lloráis, porque mañana reiréis. Dichosos sois cuando los hombres os odiares, os excluyeren, os insultaren y proscribieren vuestro nombre, como pernicioso, por causa de Dios; alegraos y brincad de gozo, porque vuestra recompensa es grande en el Cielo". (Luc. VI-20).

Doctrina admirable, pero rara; celestial pero incomprendible. El mundo anda buscando la felicidad cabalmente en las riquezas, en los honores, en los placeres, y Jesucristo dice lo contrario. Hace veinte siglos fueron proclamadas las Bienaventuranzas y desde ese día, miles de millones de hombres y mujeres han ajustado su vida a esa norma de conducta y han logrado ser dichosos. Gracias al inmortal discurso del Maestro son felices los que el mundo cree desgraciados y son dignos de compasión los que ríen, los ricos, los impuros, los glotones. El mundo odia, insulta, excluye y proscribe a todo lo bueno y aplaude a todo lo malo, cabalmente, porque debe cumplirse el sermón del monte.

Bienaventurados los POBRES, dijo Jesucristo; es decir dichosos los que están privados de los bienes materiales de este mundo y llevan con resignación la pobreza con sus consecuencias, sin envidias, ni odios a los ricos. Bienaventurados también los que poseen bienes de fortuna, pero que no tienen su corazón pegado a las riquezas, que se

sirven de ellas para hacer el bien, para enjugar lágrimas y socorrer necesidades.

Bienaventurados los MANSOS.... Con estas palabras afirma Jesús que el triunfo en todo orden de cosas no está reservado a los poderosos y a los más fuertes, sino a los que practican la mansedumbre cristiana, a los verdaderos discípulos del Maestro que dijo: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón". (Mat. XI-29)

Bienaventurados los que LLORAN, es decir los que saben sobrellevar los trabajos de la vida con resignación y alegría; los que toman la cruz para seguir a Cristo; los que entienden prácticamente lo que dijo Jesús: "No puede ser el discípulo más que el Maestro...."(Mat. X-24).

Bienaventurados los que ANHELAN la JUSTICIA; los que tienen hambre y sed de que en el mundo reine la paz que es obra de la justicia social, pero no la paz de los sepulcros que es guerra de gusanos, sino la paz que es fruto de la buena voluntad, conforme al cantar angélico. (Luc. 11-14)

Bienaventurados los MISERICORDIOSOS, los que practican la caridad, el amor al prójimo en las obras de misericordia espirituales y corporales; los que cumplen con el mandamiento divino: "amaos los unos a los otros", sin distinción de personas; los que hacen el bien "sin que sepa la mano izquierda lo que hace la derecha". (Mat. VI-3)

Dichosos los LIMPIOS de CORAZON, es decir los inmaculados, los sencillos, los que no tienen dobleces en el alma, los que no escandalizan, los niños o los que se asemejan a ellos.

Bienaventurados los pacíficos y los que padecen persecución por la buena causa. Los unos buscan la paz que dejó Cristo en la tierra, cuando dijo: Mi paz os dejo, mi paz os doy, pero no como da el mundo....(Jn. XIV-27); los otros, por que son del mundo, persiguen a los justos, a los que han puesto su ideal en el Cielo.

El sermón del monte es el compendio de toda la vida humana según la voluntad divina.



LXXIII LAS MALAVENTURANZAS

Formando contraste con las Bienaventuranzas, profirió Jesús las siguientes conminaciones: ¡“Ay de vosotros, los ricos, porque gozáis ya de vuestra ventura! ¡Ay de vosotros, los que estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lloraréis! ¡Ay de vosotros, cuando os alaban todos, porque así se hace con los falsos profetas!” (Luc. VI-20).

Malaventurados son, pues, según Jesucristo, los que el mundo proclama bienaventurados. “¡Dichosos vosotros! y ¡Ay de vosotros!” son las exclamaciones del Maestro para dividir a los hombres en felices y desgraciados, según su doctrina.

Al respecto dice Papini: “Los ricos, los soberbios, los injustos, los que ríen, los peleadores, los satisfechos de sí mismos, los que persiguen y ultrajan... no podrán entrar en el reino de los cielos. No podrán entrar mientras ellos también no sean vencidos y cambiados, hechos lo contrario de lo que son ahora... Los que parecen felices según el mundo, aquellos a quienes el mundo envidia, imita y admira, están infinitamente más lejos de la efectiva felicidad, que los otros, a quienes el mundo desprecia y detesta...” Glosando la última Bienaventuranza, prosigue: “Los malos no se contentarán con condenaros a vosotros los buenos porque queréis convertir a las bestias en santos. Los hombres-bestias, tendidos a la bartola en la podredumbre hedionda de la animalidad, no quieren dejarla

por ningún motivo. Para vengarse de vosotros los santos, no se contentarán con torturar vuestro cuerpo; tocarán también vuestra alma: os acusarán de toda clase de torpezas, os lapidarán con vituperios y contumelias. Los puercos dirán que sois sucios; los asnos jurarán que sois ignorantes; los cuervos os acusarán de comer las carroñas; los cabrones os dejarán como hediondos; los disolutos gritarán escandalizados de vuestra lujuria; los ladrones os denunciarán por hurto.... Pero vosotros los buenos debéis alegraros cada vez más, porque el insulto de los malos es la consagración de vuestra bondad y el fango que os arrojan los impuros es la prenda de vuestra pureza...." (Papini, "Historia de Cristo").

Las malaventuranzas proclamadas por Jesucristo, se explican por su deseo vehemente de que los ricos, los poderosos, los felices compartieran su felicidad, su fortuna, su hartura con los pobres, con los desheredados, con los desgraciados, a quienes llama Jesús "sus hermanos." (Mat. XXV-40).

Cristo amó a los hombres y quiso que los hombres se amasen mutuamente, pero con amor de obras, como hizo El mismo. El acto fundamental de su amor a la humanidad, fué la compasión de sus sufrimientos, pero la compasión práctica que es sufrir con el doliente. Su amor a los hombres no es pura doctrina, es una vida que padece con los pacientes. No se contenta con examinar la miseria humana, sino que El mismo se pone en contacto con esa miseria, para aliviarla. Como bien dice Karladam: "Jesús supo entremezclar íntima y personalmente su vida con la vida de los pobres, de los tristes, de los despreciados hasta considerar

como hecho a Sí mismo todo lo que hicieren los hombres con los infelices”.

Jesucristo no puede decir NO, cuando el dolor le pide un remedio, sea quien quiera el solicitante, aunque sea una persona pagana, como la sirofenisa a quien favoreció con un milagro. (Marc. V11-26). No puede dejar de curar a los enfermos, aun cuando se expone a la acusación de quebrantador del sábadó, como hizo con el ciego, con la mujer covada, con el hidrópico y el paralítico. (Jn. V-10- Luc. X111-10-XIV-2). No hace caso de los escándalos farisaicos y es amigo de publicanos y pecadores, para hacer el bien. (Marc. 11-16).

Para Jesucristo el “prójimo” es el que yace en la miseria y en el sufrimiento. (Luc. X-27).

Es el Redentor no sólo de los pecadores, sino también de los que sufren las miserias terrenas. Es el Cordero de Dios que quita los pecados de las almas y el Servidor que cura a los enfermos, da de comer a los hambrientos y lava los pies a los discípulos y al enemigo. (Jn. 1-29-X111-12).

“Ejemplo os he dado, dice Jesús, para que pensando lo que Yo he hecho, así lo hagáis vosotros” (Jn. X111-15). -Quiere el Señor que los ricos, los poderosos, los felices amen prácticamente a sus prójimos desgraciados para dejar de ser malaventurados. -“Sed misericordiosos, repite Jesús, como lo es vuestro Padre que está en los Cielos” (Luc.-VI-36)

“Inútilmente quiere desatenderse y desoirse el acento netamente popular de las Bienaventuranzas y violentar el sentido obvio del texto para darle

una interpretación moral, dice el Autor antes citado; como aquellas son para los que sufren por Dios, las malaventuranzas fueron dichas para los malos ricos, porque las riquezas tienen el peligro de colmar el corazón humano hasta el punto de arrancarle todo gusto para los bienes del cielo".



-LXXIV- MARIA MAGDALENA

Salió Jesús de Naín y se encaminó a Cafarnaún. Tenía que pasar por Mágdala y aquí se quedó porque fué invitado a un banquete. Mágdala era en tiempos de Jesús la ciudad de las delicias. Recostada al pie del monte, acariciada por el lagó, entre jardines y arroyuelos, besada por el sol de Oriente, era la ciudad de la alegría y del placer. Precioso rincón de Galilea, digno de mejor suerte, se convirtió en la villa de las prostitutas.

Entre las mujeres de mal vivir, moraba allí "la pecadora" que dice el Evangelista y que no hay duda que es MARIA, la hermana de Lázaro.

Un fariseo llamado Simón, que tenía su quinta de recreo en Mágdala, convidó al Rabí a comer con él. Tal vez tenía que pagar algún milagro que recibió del Señor, o quería conocerle de cerca y entablar amistad con el Maestro que tanta popularidad se había conquistado; en todo caso, Jesús aceptó la invitación porque en casa de un fariseo tenía que salvar un alma.

El fariseo, por respeto humano, no cumplió con las ceremonias usadas en las recepciones orientales, en las cuales al convidado se le lavan los pies, se le unge la cabeza con perfumes y se le recibe con el saludo del beso de paz. Friamente se recibió a Jesús y sin preparativos se comenzó la comida. No cabe duda que mientras se servía el banquete había gente curiosa que aprovechó la oca-

sión para conocer al famoso predicador y taumaturgo de Nazaret.

La tensión de reserva que había en la casa de Simón entre los convidados, se cambió en asombro, por un suceso imprevisto. Presentóse en la sala del festín, con un vaso de unguento aromático, una mujer conocida en Mágdala por su mala vida y se postró a los pies del Maestro; se desató en lágrimas que abundantes salían de sus ojos y caían en los pies de Jesús; desató su hermosa cabellera y secó con ella los pies divinos, ungiéndolos con el bálsamo.

Hay que notar que todo esto se pudo hacer cómodamente porque entonces se comía recostados hacia la mesa en unos lechos que dejaban los pies afuera.

Todos estaban sobrecogidos y callaban.

Simón miró a la mujer con malos ojos, esa mirada de indignación se clavó en el Maestro. Le consideraba como profeta, pero, por lo visto, no tenía visión sobrenatural; si no, no se hubiera dejado ungir por una pecadora pública.

Jesús conoció el pensamiento del fariseo y dijo con toda delicadeza: "Simón, tengo que decirte una cosa" "Dí, Maestro", fué la contestación. Prosiguió Jesús: "Un prestamista tenía dos deudores. Uno le debía 500 monedas y otro 50. Como ambos eran pobres les perdonó la deuda. ¿Cuál de los dos debe tener mayor gratitud?" -Contestó Simón: "naturalmente, aquel a quién se le perdonó más" "Juzgas bien", dijo Jesús, y siguió hablando: "¿Ves esta mu-

jer? -Pues, bien, he entrado en tu casa y no has lavado mis pies, mientras que ella los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Vine a tu casa y no me diste el ósculo de paz, pero ella ha besado mis pies; tú, no has ungido mi cabeza y ella lo ha hecho con bálsamo oloroso. Por lo cual, se le perdonan sus muchos pecados, porque ha amado mucho; al que ama menos, menos se le perdona". Y volviéndose a la pecadora, le dijo: "Estás perdonada de tus pecados. Vete en paz; tu fe te ha salvado". (Luc. VII-36).

Dulcísima historia en la que se retratan dos corazones: el del pecador arrepentido y el de Dios misericordioso.

María Magdalena se retiró de los pies del Señor, purificada y cambiada en santa penitente. Jamás olvidó la benevolencia del Maestro. -Le había perdonado mucho y estaba obligada a seguirle amando muchísimo. Este amor agradecido le manifestó en la cena de Betania, siguiendo a su benefactor hasta el Calvario y buscándole en el sepulcro.

Desde este día de perdón, María Magdalena sacrificará todo, en aras del amor a Jesucristo. Dió un adiós eterno al mundo y su único placer será estar a los pies del Maestro, dejando a su hermana que se preocupe de los asuntos materiales, pues ella ha escogido la mejor parte. (Luc. X-39)



-LXXV- EN BETANIA

María Magdalena, la pecadora, que entró en la casa de Simón, el fariseo, con sincera penitencia en el alma, desteñido el rostro y modestos los ojos que otras veces atraían con miradas lascivas y maquillaje de artista. María que vertió a los pies de Jesús sinceras lágrimas de arrepentimiento y los enjugó con esa cabellera hermosa, con la que muchas veces cogió en las redes del pecado a muchos incautos. La pecadora, que ungió con perfumes los pies divinos, gastando los preciosos ungüentos que otras veces le servían para ataviarse y bañar su cuerpo voluptuoso. MAGDALENA, la santa, porque santificada quedó por la FE, por el AMOR, por el PERDON de parte de quien como Dios quitó las manchas de su alma y dió paz a su espíritu, esta mujer se presentó otra vez en una comida a la que asistía Jesús como invitado de otro Simón, llamado el leproso.

Este simón debía haber sido antes leproso y el Señor le había curado. Seguramente como reconocimiento y para pagar una deuda de gratitud, convidó Simón a Jesús a su casa y le ofreció una comida. Esta ocasión aprovechó María para manifestar también su amor y gratitud al que le perdonó sus grandes pecados.

Cuando Jesús estaba recostado a la mesa, entró Magdalena con un vaso lleno de bálsamo de nardos, y lo derramó en la cabeza del Maestro. Este unguimiento no era cosa rara; en las clases

altas de la sociedad se acostumbraba que la dueña de casa derramara esencias de flores sobre la cabeza y en los vestidos del huésped de honor. -Esto hizo María.

Entre los que vieron esta escena estaba Judas, a quién, como nos cuenta el Evangelio, no le gustó esta deferencia al Maestro y dijo: "¿A qué ese derroche del unguento? -¿Por qué no se ha vendido y el dinero emplearlo en los pobres?"

Jesús oyendo esto, dijo: "María ha hecho una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien. Pero a mí no me tendréis siempre. Ella se ha adelantado a ungir mi cuerpo para el día de mi sepultura; me ha preparado para mi entierro. En verdad os digo que donde quiera que se predique este Evangelio por todo el mundo, se referirá también lo que esta ha hecho, para recuerdo de ella".

María y Judas estaban dominados por el mismo pensamiento de la cercana muerte de Jesús. María le amaba y quería dar cuanto podía a su Señor. Judas quería robar lo más posible antes de vender a su Maestro. (Jn. XII-1-Mat. XXVI-6-Marc. XIV-3).

El Evangelista narra así: "Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde había muerto Lázaro, a quien Jesús resucitó. Y obsequiáronle allí con un banquete. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban sentados con El a la mesa. María, tomando un vaso de alabastro que contenía una libra de unguento de nardo puro de gran pre-

cio, y quebrado el vaso, lo derramó sobre la cabeza de Jesús, que estaba a la mesa, le ungió los pies y se los enjugó con sus cabellos. La casa quedó impregnada con la fragancia del bálsamo. Judas el Iscariote, uno de sus discípulos, el que había de entregarlo, dijo: "¿Por qué no se vendió este unguento en trescientos denarios, y se dió para los pobres?" -No dijo esto porque se cuidase de los pobres, sino porque era ladrón; y como el tenía la bolsa, sustraía lo que se echaba en ella. Mas Jesús dijo: "Déjala, que para el día de mi sepultura lo guardaba. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, mas a Mí no siempre me tendréis".

Entre tanto una gran multitud de Judíos supieron que El estaba allí, y vinieron, no por Jesús solo, sino también para ver a Lázaro, a quien El había resucitado de entre los muertos. Entonces los sumos sacerdotes tomaron la resolución de matar también a Lázaro, porque muchos judíos, a causa de él, creían en Jesús...." (Jn. XII-1 a 1°).

¡Dichosa Magdalena que de esta suerte se incorporó al Evangelio!, según frase de Cristo. Su nombre será leído con reverencia y con admiración junto al de Jesús.



-LXXVI- MARTA Y MARIA

En Betania estaba situada la casa de una familia amiga de Jesús; era una residencia tranquila que venía bien para un retiro espiritual y para un descanso corporal; el Señor aprovechaba de esa mansión y de las atenciones que le prestaba ese hogar, para poner un paréntesis a las fatigas apostólicas.

La Betania del tiempo de Jesús estaba un poquito más al sudoeste del pueblo actual llamado Lazariyeh, donde se muestra el lugar de la casa teatro de la encantadora escena cuyas protagonistas fueron las hermanas Marta y María. En el sitio de dicha casa se edificó una Iglesia y un monasterio, en el año 1134. Actualmente no quedan sino ruinas que señalan el sitio donde se levantaba la casa solariega de la familia de Betania.

En el pasaje evangélico que nos ocupa, narrado por San Lucas (X-38), se nota que el objeto principal de Jesús no era esta vez ir a Betania, como lo fué cuando vino por la muerte de Lázaro; esta ocasión se dirigía el Señor a Jerusalén para la fiesta de las Encenias, pero como tenía que pasar por Betania, quiso visitar a la buena familia de Lázaro. Llamó Jesús a la puerta de la estancia y salió Marta a encontrar al divino huésped; después se presentó María y saludó al Maestro con el cariño sincero y respetuoso de siempre; vino Lázaro y se completó el cuadro con matices de ingenua confianza y santo gozo.

Después de los saludos y atenciones delicadas del primer momento, Marta se retiró a las ocupaciones domésticas. Terminado el arreglo de la casa, estaba preocupada en preparar la comida para el Señor y sus acompañantes; andaba muy activa y atareada con mil ocupaciones.

María, se quedó con Jesús y ansiosa de oír los comentarios que hacían los Apóstoles acerca de las preguntas que hizo el doctor de la Ley y que culminaron con la parábola del Buen Samaritano (Luc. X-25-30), sentose a los pies del Maestro. Allí estaba tranquila esperando oír una vez más la dulce voz de Jesús en la explicación del Evangelio.

En estas circunstancias aparece Marta y presenta una queja. Reclama al Huésped la ayuda de su hermana; no es posible que la deje tan sola en la preparación de la comida y que mientras ella estaba tan atareada, María estuviese sosegada escuchando las pláticas. El Señor oyó la queja, se sonrió, cruzó miradas con ambas hermanas y dijo a la quejumbrosa: "Marta, Marta, muy afanosa estás y te preocupas de muchísimas cosas. Pues bien, no es necesaria sino una sola. María ha escogido la mejor parte, está haciendo lo principal y nadie le interrumpirá". Las palabras de Jesús revisten cierto carácter de polémica; son la defensa de María contra el reproche de Marta!

Al respecto hay una glosa de Monseñor Goná, que la reproduzco para terminar este capítulo, es sublime en ideas y de actualidad práctica. Dice así: "Es este un delicioso episodio que junto con el de la resurrección de Lázaro, hace muy simpática

para todo corazón cristiano, la pequeña ciudad que se asentaba en la pendiente oriental del olivete, la Betania del Evangelio.

¡Qué ambiente de paz y de santo gozo se respiraba en aquella casita de Lázaro y de sus dos hermanas! -Allí encontraba Jesús, en el seno de una íntima e ingenua confianza, el descanso de las hostilidades y malevolencias de sus enemigos. ¡Cómo es dulce contemplar al Maestro sentado en el limpio atrio de la casa, María a sus pies y Marta preparando solícita la mesa para el divino Huésped! Las dos hermanas son el símbolo viviente de las dos vidas, activa y contemplativa. Tal simbolismo es legítimo y apropiado, pero no parece legítimo concluir del relato evangélico que Jesús quiso dar a entender con sus palabras la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa. Su primera frase: "Una sola cosa es necesaria" tiene un alcance general; pero la otra: "María escogió la mejor parte", es de carácter particular, se limita al caso presente. Jesús no reprende a Marta, sólo señala diferencia de ministerios. Hay vocaciones para ambos estados de vida. Que no digan los de vida contemplativa que es más excelente su ocupación; ni digan los de vida activa que los otros no trabajan; los unos trabajan contemplando y los otros contemplan trabajando. -Hay también instituciones religiosas cuyo lema es unir la acción a la contemplación; hacen a la vez la obra de Marta y de María...."

-LXXVII-

LAZARO

Cuenta el Evangelio que: -“Había uno que estaba enfermo, Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, sus hermanas....

María era aquella que ungió con sus perfumes al Señor y le enjugó los pies con sus cabellos. Su hermano LAZARO estaba, pues, enfermo.... Las hermanas le enviaron a decir: Señor, el que tú amas está enfermo....” (Jn. XI-1 a 4)

Jesús estaba en el valle del Jordán, al lado de Perea, cuando recibió el mensaje de Betania acerca de la enfermedad de Lázaro. Seguramente la enfermedad fué repentina y grave, de tal manera que la muerte era segura, por la cual, las hermanas, angustiadas, dieron noticias al Maestro, seguras de que El le curaría aún sin venir, pues sabían el cariño especial que tenía Jesús a su hermano y recordaban el milagro que hizo el Señor con el criado del Centurión.

El Maestro no se preocupó demasiado con la triste noticia y la contestación al mensajero fué consoladora; el enfermo no estaba tan mal como se creía; Jesús había dicho que no moriría. Esto había predicho el Señor para tranquilizar a los oyentes, pero bien sabía El que Lázaro iba a morir; en efecto, el mensajero no llegaba todavía a Betania cuando murió el enfermo.

Pasaron tres días, Jesús parecía tranquilo, pero el cuarto día toma una decisión brusca y ter-

minante: "Volvamos a Judea" dice a sus discípulos "¡Lázaro ha muerto!" -Emprendieron la marcha hacia Betania. Cruzan el Jordán, pasan por Jericó, suben la garganta que era al mismo tiempo cauce de torrente y camino, llegan a la altura de Tala-tedam; en el fondo estaba la ladera del huerto de los Olivos, en la que se recostaba Betania, como espiondo a Jerusalén, que quedaba atrás.

La familia tenía su casa en las afueras de la ciudad y más al oeste estaba el sepulcro donde yacía el cadáver de Lázaro. Seguramente en el sitio donde ahora está ubicada la pequeña Iglesia de los griegos ortodoxos se hallaba Jesús cuando le salió al encuentro Marta.

El Evangelio dice que "cuando llegó Jesús a Betania hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania distaba de Jerusalén como unos quince kilómetros; muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Marta, cuando oyó que venía Jesús, salió a recibirle, María se quedó en casa. Dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiese muerto..."(Jn. XI-17 a 22).

La casa de Betania estaba llena de parientes y amigos, que habían ido a acompañar al duelo. Las hermanas insistían ante Jesús repitiendo: "Señor, si hubieras estado aquí, nuestro hermano no hubiese muerto", que equivalía a decir: "y ahora que estás aquí, puedes resucitar a nuestro hermano". Tenían presentes los varios casos milagrosos de resurrección efectuados por el Rabí de Galilea. Marta y María acompañaban su queja con abun-

dantes y conmovedoras lágrimas que hacían llorar a los circunstantes y que conmovieron también al Señor hasta hacer que se cuajase en sus divinos ojos dos grandes lágrimas. Así, conmovido y sollozando, se acerca Jesús al sepulcro para ponerse en contacto con su amigo muerto. "Quitad la piedra", dice el Maestro, con toda autoridad y con voz que hace comprender la proximidad de un milagro.

Salta Marta a impedir la orden de Jesús, pues, el cadáver estaba en plena putrefacción y no convenía que ni el Señor, ni los parientes y amigos tuvieran una impresión desagradable. Insiste Jesús en su mandato y se hace obedecer, porque ya las hermanas y los condolientes han comprendido que le va a resucitar. Levantada la piedra, el nauseabundo olor se esparce, pero la espectación de algo extraordinario hace que nadie se mueva, ni se defiende contra la pestilencia.

Jesucristo levanta sus ojos al Cielo, ora a su Padre eterno, y dice: "Lázaro, ven afuera".

Obedeció la muerte y cedió su parte a la vida. Ante la admiración de muchos, el espanto de otros y los sollozos de júbilo de las hermanas, apareció un bulto blanco que se incorporaba. "Salió el muerto, ligados los brazos y las piernas con vendas y el rostro envuelto en un sudario". (Jn. XI-44)

Todos quisieron correr, pero el Señor dijo: "desatadlo" y desatado de sus envolturas sepulcrales apareció Lázaro vivo, besó la mano del amigo, adoró a Dios, estrechó los brazos de Marta y María y junto con los testigos del milagro fué Lázaro el mejor pregonero de la divinidad de Cristo.

-LXXVIII- PARABOLAS EVANGELICAS

“**S**alió Jesús y se dirigió a la orilla del lago, aquí se sentó y reunióse en su derredor, tan grande muchedumbre de gente, que hubo de subir a una barca para enseñar. Mientras tanto, todo el pueblo permaneció en la ribera y Jesús les dijo muchas cosas por parábolas. (Mat. X111-1).

Desde esta circunstancia que narra el Evangelio, comienza el Maestro un sistema de enseñanza distinto. Ya no es la predicación directa de la doctrina, sino la enseñanza indirecta, por medio de parábolas.

Parábola es una comparación, una imagen sensible tomada del mundo natural para explicar alguna doctrina sobrenatural, o hacerla más clara al auditorio. Los pueblos orientales, llenos de imaginación, gustaban de esta manera de aprender, amena y distraída. En el Antiguo Testamento se hace mucho uso de las parábolas; Jesucristo hizo lo mismo en la predicación de la Buena Nueva. Pasan de ciento las parábolas que encontramos en el Evangelio, que pueden clasificarse en tres grupos: las relativas al Reino de Dios, objetivamente considerado, las que se refieren a los sujetos que deben formar parte de este Reino; las que tratan de la vida del Señor y de sus relaciones con su Iglesia.

Todas las parábolas encontramos en los sinópticos; San Juan apenas tiene una que otra alegoría o indicación de parábola. El asunto de estas com-

paraciones o semejanzas, lo toma el Maestro de la vida del campo, de la vida doméstica, del mar, de los sucesos más ordinarios y populares, de la vida social. El Señor debía enseñar al pueblo doctrina celestial, pero nueva; para acomodarse a esa inteligencia ruda, nada más apropiado que el método de semejanzas.

La primera parábola que Jesús propuso fué la del SEMBRADOR. -"Un día salió un sembrador a sembrar su semilla...." (Luc. VI11-4). El cuadro es maravilloso: el invierno ha comenzado a fertilizar los campos con las lluvias repetidas durante la noche; el sol ardiente del día cambia su calor enervante en vapores que se hacen nubes densas y convertidas en agua sacian la sed de la tierra resquebrajada por el sequío; el suelo queda reblandecido con los aguaceros y el agricultor aprovecha para hender la aguda reja del arado; hay sitios donde la tierra está mezclada con piedras que hacen rechinar al hierro; hay lugares donde, después de la cosecha, han crecido los cardos y malas yerbas en tanta cantidad, que dificultan el paso del arado. Al fin del esfuerzo diario, queda el campo en estado de siembra, brillando con color pardo, esperando la semilla. Comienza la siembra: parte de la simiente, cae en el sendero que cruza hacia el campo y donde no se ha arado; la tierra está dura, no penetra la semilla y es alimento de la bandada de gorriones hambrientos. Otra parte de la semilla cae sobre ese suelo pedregoso que hacía crujir a la reja y no fructifica porque le falta tierra abonada. Parte de la simiente se riega en el suelo cruzado con raíces de cardos, espinas y malas yerbas que

crecen y ahogan a las buenas plantas. Gran parte de la semilla ha caído en tierra fecunda, donde germina y pronto aparecen dos y tres tallos que crecen y dan el fruto apetecido.

Terminada la parábola, dijo Jesús: el que tenga oídos para oír que oiga", como quien dice: Recoja cada cual lo que le toca o entienda las alusiones personales; y con esto calló, dejando a su auditorio pensativo. Siguiéndose lo que nos cuenta el Evangelista.....

La descripción y explicación de esta parábola por parte de Jesús es de una viveza, fidelidad y realce tales que no se comprende porque no entendieron los oyentes.

La única explicación está en las mismas palabras del Maestro: "Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo y oyen mal sus oídos y no ven sus ojos, ni comprende su corazón...."; palabras que pueden aplicarse a muchos cristianos que no entienden, ni practican el Evangelio.



-LXXIX-

PARABOLAS

LA SEMILLA GERMINANTE.

Después de la del SEMBRADOR, propuso Jesús la parábola de "como crece la semilla. (Marc. IV-26). Apelando Jesús a la semejanza del crecimiento de las mieses, compara Jesús la germinación y desarrollo del Reino de Dios en nuestros corazones y en el mundo, con el hecho, inadvertido a nuestra vista, de la germinación de la semilla hasta llegar a la fructificación.

En estas parábolas tomadas de la agricultura, va el Maestro en orden ascendente para la mejor comparación con el Reino y para mejor comprensión de su auditorio. En la anterior se trató de la siembra de la semilla y ahora de su germinación y desarrollo. -"El Reino de los Cielos, dice Jesús, es como la semilla que siembra un hombre en la tierra y se descuida, sin preocuparse de ella. Un día ve que la semilla ha germinado y está creciendo sin que el sembrador haya advertido, porque la tierra de suyo produce primero yerba, luego espiga y luego grano; cuando éste ha madurado, es tiempo de la siega...."

LA CIZAÑA.

Cizaña es una especie de trigo vano; crece en el campo juntamente con el trigo y se le parece mucho, hasta que se forman las espigas. En la parábola, Jesús habla de un sembrador que tenía criados y peones; con ellos ha sembrado buena se-

milla de trigo en su campo, preparado debidamente. Mientras dormían sus jornaleros, vino el enemigo del dueño del campo y sembró cizaña entre el trigo. Nacieron y crecieron ambas semillas; cuando ya eran plantas, los guardianes del campo quisieron pelar la cizaña, para facilitar el crecimiento del trigo, pero se opuso el patrón, no sea que por arrancar la mala yerba, cortaran también las plantitas de trigo. En tiempo de la siega, cuando ya la espiga esté llena de grano, se distinguirá fácilmente de la cizaña que no da fruto, y se harán gavillas de cada producto; la cizaña será echada al fuego y el trigo se guardará en los graneros. (Mat. XI11-24). Esta vez tampoco entendieron los discípulos y pidieron explicación, como sucedió en la parábola del Sembrador. Ahora también el Maestro les explica particularmente, con toda claridad y llaneza, como nos cuenta el Evangelio.

EL GRANO DE MOSTAZA Y LA LEVADURA

(Mat. XI11-31-33) -“¡Cómo crece la semilla!, decía Jesús. El Reino de los Cielos es semejante al grano de mostaza que siembra un hombre en su huerto. Cuando siembra es la más pequeña de todas las semillas; mas cuando crece es mayor que todos los arbustos y tiene ramas bastante grandes para que aniden en ella las aves”.

Conocemos también la acción de la levadura en la masa. Dos onzas de levadura son suficientes para que fermenten veinte y cinco libras de harina, mudando la sustancia de la harina en masa porosa que asada es pan exquisito. -Ambas parábolas hacen notar el humilde comienzo de

la Iglesia cristiana destinada a convertir y albergar en su seno a millones de gentes.

EL TESORO ESCONDIDO. LA MARGARITA PRECIOSA. -La RED.

Estas parábolas nos enseñan el grande valor que tiene el Reino de los Cielos. Vale más que un *tesoro* escondido en un campo y que el mismo campo, porque el hombre que sabe del tesoro, vende todo lo que tiene y compra el campo, seguro de que al desenterrar el tesoro, estará pagado de todo y le quedará mucha ganancia.

Así mismo el Reino de los Cielos es semejante a una *perla* preciosa que es adquirida por el mercader a trueque de toda su fortuna, seguro de que al revenderla, recobraría todo lo gastado, con gran ganancia. Hay que notar, que la margarita o perla preciosa que se forma en el seno de algunas conchas, ha sido siempre muy estimada. Existen historias interesantes del valor de las perlas, como aquella que cuenta que en una de las fiestas lujosas que ofrecía Marco Antonio a Cleopatra, ésta se quitó de su oreja una perla y la dió al festejante, quien la disolvió en vinagre y se la bebió, tragándose el valor de miles de sures.

Volviendo a confirmar la mezcla de buenos y malos en su Iglesia y el premio y castigo de unos y otros, dijo Jesús: "El Reino de los cielos es como una *red* que se echa al mar y recoge toda clase de peces, y cuando está llena la sacan, y luego, sentados los pescadores a la orilla, elijen los buenos para sus cestos y arrojan fuera los malos." Es-

ta parábola tiene el mismo tema y la misma explicación que la de la cizaña. -Las tres encontramos en el Evangelio expuestas claramente por el Maestro. (Mat. X111-44 a 52).



-LXXX- MAS PARABOLAS

LA LAMPARA ENCENDIDA.

“Nadie enciende la luz para ponerla bájo la cama, sino para colocarla sobre el candelero, a fin de que los que entran a la pieza vean claro.....” (Luc. VI11-16). Así habló Jesús, como quien dice: Yo enciendo la luz del Evangelio en vosotros para que luego alumbréis a los demás. No quiero que nada de esta doctrina que os enseño quede oculta, sino que, por medio de vosotros, la conozcan todos los hombres. -No hay duda que el Señor, habló entonces de la Acción Católica y de sus similares, ahora tan en boga y tan necesarias.

LA HIGUERA INFRUCTUOSA.

“Un hombre tenía plantada una higuera y vino a buscar fruto de ella y no lo halló y dijo al hortelano: hace ya tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo hallo. Córdala, pues, está ocupando tierra sin motivo. Respondió el cuidador: Señor, déjala todavía este año, mientras la cabo en torno, la abono y la riego, para ver si da fruto; si no, la cortamos.... (Luc. XI11-6)

Alguien comentó así esta significativa parábola, diciendo:

“Vida que no florece y es inútil y escondida y ni fecunda, ni crece, es vida que no merece el santo nombre de vida.....”

EL MAYORDOMO INFIEL.

Luc. XVI-1) Jesús enseñó con esta parábola a valernos de las cosas materiales de la tierra para alcanzar el cielo. El Señor no alaba a las malas prácticas del administrador sino la habilidad en salvar su existencia. Como el administrador aseguró su porvenir, así nosotros debemos acordarnos que estamos de paso en la tierra y valernos de todos los acontecimientos de la vida para asegurar nuestra eterna salvación.

EL SIERVO DEUDOR.

(Mat. XVI-23). -Con esta parábola grabó Jesús en la mente de sus oyentes la doctrina sobre el perdón, que comprende la quinta petición de la oración dominical: "Padre nuestro: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". -Si Dios nos perdona deudas inmensas, con la inmensidad del pecado mortal, nosotros estamos obligados a perdonar deudas pequeñas, como son las ofensas que recibimos del prójimo. Terminantemente dice Jesucristo: "Si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará también; pero si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados". (Mat. VI-14)

¿Cuánto se ha de perdonar? "Setenta veces siete", dijo Cristo, que equivale a decir: todas las veces, siempre. (Mat. XVI-23).

OBREROS DE LA VIÑA.

"El Reino de Dios es semejante a un padre de familia que salió al rayar del alba a alquilar obre-

ros para su viña... "Termina esta misteriosa parábola con dos sentencias casi inexplicables: "Los últimos serán los primeros y los primeros serán postreros. Muchos son llamados y pocos escogidos" (Mat. XX-1). -A mi modo de pensar, Nuestro Señor nos da entender aquí las sorpresas, por decirlo así, que tendremos en la eternidad, viendo que la Justicia Divina es otra y otra su Misericordia para juzgar las cosas de distinta manera como son juzgadas y sentenciadas aquí en la tierra.

LAS DIEZ MINAS.

(Luc. XIX-11). Esta parábola es fácil de comprender. El Príncipe noble es Jesucristo; va a tomar posesión de su reino que es el Cielo, ganado con su pasión y muerte; deja en la tierra el tesoro de sus gracias en su Iglesia, para que cada cristiano las aproveche haciendo buenas obras. Vendrá El al fin del mundo a tomar cuentas a todos los hombres y a dar a cada cual la recompensa de su vida y de sus obras. En el día de las cuentas, ¡ay de los impíos que conspiran contra El!; ¡ay, también, de los cristianos que nada hicieron por Dios! y dichosos los que tendrán entonces sus manos llenas de buenas obras.

Más parábolas expuso Jesús, y todas están llenas de divinas enseñanzas, de tal manera que todas son en el Evangelio una vena de oro explotable para nuestra felicidad temporal y eterna; siquierá enumeremos las que faltan, dejando la lectura, meditación y aplicación a cada cristiano: LOS DOS HIJOS (Mat. XXI-28). LA VIÑA (Luc. XIX-9). LA CENA NUPCIAL (Mat. XXII-1). LAS VIRGENES (Mat. XXV.1) LOS TALENTOS (Mat. XXIV.14)

LXXXI IRA SANTA

“No queráis hacer de la Casa de Dios, un mercado. Mi casa es lugar de oración y no sitio de comercio” (Juan 11-15).

En las diversas visitas que hizo Jesús al Templo de Jerusalén, con motivo de las fiestas de los judíos, había notado la profanación del lugar santo. Una vez más fué el Señor al Templo cuando comenzaba la Pascua y en esta ocasión tuvo que salir por los fueros de su Padre ultrajado en su morada por gente que prefería las ganancias pecuniaras antes que la gloria de Dios, y por un sacerdote que había perdido la fe, por el dinero.

Rodeado de sus discípulos entró Jesús en Jerusalén y lleno de gozo se dirigió al Templo para asistir a las festividades.

Ya no era el sencillo carpintero de Nazaret era el Hijo de Dios, el Mesías, el Salvador. Como tal, en su boca estaban las palabras del Salmista: “El celo de tu casa me devora el alma”.

Apenas puso sus plantas en el primer atrio oyó Jesús el resonar incesante de gritos de gente y el ruido de animales. Penetró y constató que los atrios sagrados se habían convertido en mercados.

Muchísimos eran los sacrificios que en esta festividad pascual ofrecían los peregrinos a Jehová; miles de reses se sacrificaban y ofrecían en el altar de los holocaustos. Siendo tantas las víctimas eran numerosos los victimantes y los levitas ofe-

rentes, como también eran muchos los que vendían y compraban animales para los sacrificios. Al mismo tiempo, en esos días se pagaba el tributo o contribución para el culto, en el mismo Templo, y como tenían que hacerlo todos en moneda judía, cerca de los cepillos o trompetas destinadas a recoger la ofrenda, estaban los cambistas de moneda romana o griega en ciclos judíos.

Lo peor del caso era que los sacerdotes se prestaban para estos negociados de animales y dinero, ya directamente porque suya era la ganancia, ya indirectamente porque alquilaban los puestos para la venta dentro del Templo, el cual algún tiempo antes de la Pascua y durante los días festivos, convertíase en alborotada feria. Gritos y gestos de vendedores y compradores formaban una algarabía infernal; animales y aves que entraban y salían conducidos por los negociantes alborotaban terriblemente; los que cambiaban la moneda alegaban en voz alta sobre el tipo de cambio demasiado subido; los levitas iban y venían cobrando sus rentas y aumentando así la algarabía; la Casa de Dios daba un aspecto teatral y rebosaba en profanaciones mercantiles.

Allí estaba Jesús. El celo de la gloria divina encendió su corazón. Lleno de santa indignación, sin poder tolerar más, con reposada y calculada IRA, cogió tiras de cuero de los mismos que conducían los animales, formó un látigo y blandiendo amenazador e imponente, arrojó del templo a los profanadores, sacó afuera ovejas y bueyes, volcó las mesas de los cambistas, hizo volar a las palomas, y a los que pretendían entrar impidió, diciéndoles:

“La casa de mi Padre es lugar de oración y no tienda de mercado”. -Nadie se resistió, nadie se atrevió a decirle nada. En su presencia se reflejaba la divinidad y su persona traslucía autoridad. Los discípulos del Señor estaban sobrecogidos de espanto y callaban.

Rápidamente quedó el Templo limpio de negociantes. Ante este hecho inusitado se presentaron los Sacerdotes para inquirir lo que pasaba y cuando se cercioraron del caso, se acercaron a Jesús y le dijeron: “¿con qué orden has procedido así?, ¿o qué título tienes? El Maestro, todavía indignado, les echó en cara su responsabilidad, porque ellos estaban obligados a velar por el decoro de la casa de Jehová, y contestó a su pregunta, al estilo de los profetas, esto es, con una alusión que daba a entender su poder sobrenatural para hacer y deshacer en el mundo; “destruid este templo, les dijo, y yo le reedificaré en tres días”. -Protestaron los judíos con argumentos humanos, pero al fin callaron ante las palabras y las obras divinas. (Jn. 11-14 a 20)



-LXXXII- URBANIDAD EN EL TEMPLO

No resistimos a la tentación de transcribir lo que publicó EL MERCURIO de la ciudad de Cuenca, el martes 16 de octubre de 1956, con este título y que nos viene a pedir de boca, como conclusión práctica del capítulo anterior. Dice así el caballero que escribió con el seudónimo de Torcuato: Parecerá contrasentido que en una ciudad de la cultura y espiritualidad de la nuestra, con acendradas convicciones religiosas, haya que tratar de lo enunciado en esta sección, pero que lo estimamos necesario porque el comportamiento, de numerosas personas, aún señoras respetables, deja mucho que desear ya que la casa de Dios, se hace lugar de prolongadas tertulias, de averiguaciones, de saludos y cumplidos, informándose de la parentela y las relaciones, preguntando qué es de fulano y en qué situación se halla; por qué se ha perdido fulana; qué es de menganita que no asoma la cara hace fechas. No pocas veces, en sostenido palique, se despelleja al prójimo, se inquiera de su vida y "milagros", se "corta" a la vecina de banca o reclinatorio, echando tijera hasta la indumentaria que lleva puesta. -Recientemente presenciamos cómo dos damas tertuliaban en forma sostenida algo inconveniente, pues de momento en momento una de ellas exigía a la muchacha de servicio que se retirara y no oyerá semejante charla nada edificante.

Llama la atención que personas educadas, que saben proceder con exquisita corrección en visitas

y en sociedad, no guarden por lo menos la misma cultura con el Supremo Creador, olvidando de la educación en el Templo, estorbando y perturbando a los fieles que se dedican a la oración, moviéndose como lanzaderas, trasladándose de un lugar a otro para la gran charla con las amigas, sin tomarse el trabajo de salir del sagrado lugar, si tanto, tan interesante y de urgencia tienen que hablar, consultar y murmurar. Se colocan como de propósito en los extremos de las bancas para no dejar paso a otras que no sean de la confianza de las "parleras", a quienes se guarda asiento. Se regresa a ver incensantemente, al que entra y al que sale y al menor ruido, como si el cuello tuviera tuercas y resortes. Utilízase el semáforo de señas y gestos, particularmente entre señoritas y más si está por allí algún galán. Algunos y algunas se hacen los que "oyen Misa" o asisten a los actos del culto, cuando el objetivo de tales "devotos" es manifiestamente otro, nada decente, ni digno de la casa de Dios.

Se lleva al Templo niños pequeños, sumamente traviosos, que dan gran "función" con sus carreras, gritos, juegos, risas y lloros, sin que las mamás, o quienes les conducen, se preocupen de que estén quietos y no como ardillas, cogiendo hasta lo ajeno.

Hay quienes se acomodan lo mejor que pueden en las Iglesias, se repatingan y desperezan y hasta se duermen en el lugar santo y después hacen gracia comentando "que bien se duerme en Misa". También es regla de cultura en el Templo, no rezar a gritos o distraer a todos, desafiando terri-

blemente en los cánticos religiosos al que más desentona. Se debe saber lo que se reza y lo que se canta, por respeto a la Divinidad y no como algunas que dicen: "Señor mío Jesucristo, Yo soy hombre verdadero", en vez de: DIOS y hombre verdadero, o cantan en el Trisagio: "alza la pata y camina", en lugar de "hacia la Patria camina". Es desastrozo oír como se cambia la letra de himnos y letanías.

En vísperas de festividades religiosas o Primeros Viernes el asunto es peor con las aglomeraciones y pleitos junto a los confesionarios, abriéndose paso a todo trance, aunque sea a codazos, sin respetar el turno, faltando al respeto al Sacramento del Altar y de la Penitencia. Se forman también aglomeraciones demasiado densas en el comulgatorio y empellones, palabrotas y miradas menos santas son la preparación inmediata para recibir el Cuerpo de Jesucristo. A la salida de los Templos no es raro ver gentes que han convertido el atrio en mercado público y mocitos que se portan como si la muchedumbre saliera de un teatro, forman calles de honor para decir a las que pasan palabras inconvenientes en la puerta de la casa de Dios.

En sermones, en actos que requieren silencio absoluto y reverencia refinada, se entra pisando duro y aún conversando.

Hasta los "turistas" así fueran descreídos están obligados a portarse en el Templo de acuerdo con las normas de educación y respeto a las creencias ajenas.

La educación y cortesía que se guarda en las relaciones sociales, siquiera éstas se deben observar

en el Templo. Es el mínimun que se puede pedir para Dios.....”

¿Si esto pasa en Cuenca del Ecuador, qué se puede decir de otros lugares y de otra Iglesias?

No cabe duda de que muchas veces Jesucristo debiera salir del Sagrario y fustigar a los malos cristianos que profanan la Casa de Dios, recordándoles que el Templo es siempre lugar de oración y nunca sitio para ofender a su Divina Majestad.



-LXXXIII- PROMESA DE LA EUCARISTIA

La gran promesa de la Eucaristía encontramos en el Cap. VI del Evangelio según San Juan y está detallada en sus dos aspectos: obras y palabras; porque el que anuncia algo inesperado, hace también ver algo figurativo de la realidad prometida. La multiplicación de los panes es el milagro precursor de la gran promesa del pan eucarístico.

Estaba Jesús a orillas del lago Tiberíades acompañado de un gran gentío ansioso de ver o recibir un milagro. El Maestro predicó a la multitud e hizo algunos milagros; pero el gentío aumentaba en vez de disolverse. Viendo esto, el Señor se compadeció de la muchedumbre y quiso alimentarla con un pan milagroso. Llamó a Felipe y le ordenó que comprara pan y lo repartiera entre la gente. El Apóstol se espantó ante tal orden y replicó: Así compraríamos doscientos denarios de pan, no bastaría para dar a cada uno de los presentes una migaja; además a orillas del mar nadie vende pan. Oyendo esta respuesta, otro de los discípulos, Andrés, el hermano de Pedro, dijo: todo el alimento que hay para esta gente son CINCO PANES, pero, ni para pensar en repartirlos, porque apenas daríamos a diez personas a medio pan y son más de cinco mil los hombres, mujeres y niños que están aquí. Jesús, como contra réplica, dijo: hacedlos sentar y repartidlos este pan y al dar esta orden, bendijo los cinco panes. Los Apóstoles, con sonrisa irónica en sus labios, tomaron los panes y comenzaron a

repartir a la gente que sentada en el mullido césped de la colina próxima al lago, recibía la ración suficiente para saciar el hambre. Todos comieron hasta hartarse y cuando el Maestro vió que comenzaban a dejar fragmentos tirados en el suelo, mandó a los mismos que distribuyeron, que recogieran los trozos de pan sobrante. De los desperdicios se llenaron doce canastos de pedazos. Como es natural, la gente estaba electrizada ante semejante milagro y no pensaba sino en proclamar Rey de Israel al famoso taumaturgo galileo, pero Jesús se escurrió entre la muchedumbre y se ocultó; la gente no se desmoralizó, ni cambió de propósito, sino que, como era ya tarde, se retiró a pasar la noche en el poblado vecino, para cumplir su cometido al día siguiente.

Al otro día, el mismo gentío de la víspera buscó al Rabí hasta encontrarlo y todos los que comieron del pan multiplicado milagrosamente, oyeron de los labios del Taumaturgo divino que tenían que comer su Carne y beber su Sangre si querían seguir siendo sus discípulos.

Al día siguiente del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús hizo promesa formal de dar al mundo la Eucaristía, de darse a Sí mismo bajo las apariencias de pan; lo dijo claramente: "Yo soy el pan vivo que bajé del cielo. El que come de este pan vivirá para siempre. El pan que yo os daré es mi carne, para la vida del mundo.... En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo de Dios y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.... Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida; el que

come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna.... Concluyó tan clara y precisa promesa, con estas palabras: "Este es el pan que ha bajado del cielo. No como cuando vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el que come este pan vivirá para siempre".

El escándalo y la diserción se siguió como consecuencia de la promesa de Jesús. La doctrina era tan nueva y la oferta tan extraña e inverosímil que se escandalizaron y se separaron muchos de los discípulos del Señor, diciendo: "Dura es esta enseñanza". En realidad, parecían duras las palabras del Maestro, pues, ofrecía su carne y su sangre como comida y bebida; esta preciosa oferta la hizo realidad el último jueves de su vida. (Mat. XXVI-26. Marc. XIV-22. Luc. XXII-19).



-LXXXIV- LA TRANSFIGURACION

Seis días después de la multiplicación de los panes salió Jesús con sus Apóstoles en vía de descanso y llegó al pie de un monte. Tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y les invitó a subir hasta la cumbre; a los demás les ordenó que le esperaran en la población más cercana.

Era tiempo de verano; el cielo estaba nítido, la atmósfera caldeada por los quemantes rayos del sol era refrescada con el viento que soplabá ruidoso, el panorama despejado por completo, daba una visión magnífica de los contornos grises, salpicados de verde.

El monte Tabor se levanta majestuoso al suroeste del lago de Tiberíades y a dos leguas del pueblito de Nazaret, a unos 700 metros de altura y está revestido de verdor. Al atardecer subió Jesús con los tres predilectos. No les espantaba tener que pasar la noche al raso, pues las ardientes noches de verano invitaban a buscar el fresco del campo.

Cuando llegaron a la cima, todos se pusieron a orar, pero los discípulos se durmieron, cansados por la subida y arrullados por el fresco viento. El Señor persistía tranquilo en su oración y "mientras oraba se transfiguró: resplandecía su rostro como el sol, y sus vestidos se tornaron esplendorosos y blancos como la nieve. Estaba acompañado de Moisés y Elías, con quienes conversaba de las cosas que habían de cumplirse en Jerusalén...." (Luc 1X-28).

De pronto, un resplandor ofuscante despertó a los tres Apóstoles. Levantaron los ojos y vieron el inusitado fulgor que despedía el cuerpo del Maestro. Como el sol de medio día, irradiaba luz y hacía fulgurar toda la cima de la montaña. Junto al Señor vieron dos hombres nimbados de gloria; los vestidos de Jesús eran blancos y resplandecientes. En la cumbre del Tabor se formó una nube luminosa, desplegándose como tienda de campaña, que cubría a los personajes que veían los discípulos, quienes oyeron al final de la transfiguración una voz celestial que decía: "Este es mi hijo muy amado" -Mientras resonaba esa voz, Pedro talvez notó que Moisés y Elías se despedían de Jesús y para impedir su ida dijo: "Maestro, bueno es que permanezcamos aquí; hagamos tres tiendas: una para tí y otras para cada uno de los Profetas que te acompañan". (Marc. IX-7).

La propuesta de Pedro era acertada y de acuerdo con las costumbres judías. Eran tres señores y tres siervos. Para los primeros se levantarían pabellones, mientras que los sirvientes podían pasar a la intemperie, cobijados con sus mantos.

Los discípulos estaban transportados a regiones celestiales y no querían perder la beatífica visión, pero, antes del cielo, les esperaba un mar de suplicios con motivo de la pasión y muerte de su Maestro. Así que, cuando querían permanecer para siempre anegados en felicidad, se terminó todo y se encontraron con la figura ordinaria de Jesús que les mandaba que no dijeran a nadie lo que habían visto, hasta después de su resurrección.

Mientras bajaban, el sol les iluminaba con la suave y perfumada luz matinal; los tres hablaban calladamente comentando la visión y decían que la aurora con todo su fulgor y el sol con todo su esplendor quedaban sin brillo en comparación de la luz que circundó la cima del monte, cuando vieron al maestro transfigurado.

Estaban cercanos de llegar al pie de la montaña cuando oyeron voces de controversia. Los fariseos habían aprovechado la ausencia del Maestro para discutir con los discípulos sobre el origen y doctrina de Jesús y, además, se burlaban porque no habían podido librar a un endemoniado.

En ese momento llegó el Señor y entabló la defensa de sus Apóstoles y probó una vez más a sus enemigos su misión divina curando al enfermo con posesión diabólica. (Luc. 1X-37)

Ante el acto de fe del padre del poseso que pedía un milagro, diciendo: "Creo, Señor, ayúdame a mi incredulidad", Jesús conminó al demonio para que dejara en paz a ese hombre. El espíritu sordo y mudo obedeció al instante. El curado y su padre se fueron agradecidos; los fariseos quedaron confundidos y los Apóstoles satisfechos de su triunfo. "Todos, dice el Evangelista, estaban estupefactos de la grandeza de Dios". -Los que se quedaron al pie del Tabor estaban participando de los reflejos de la Transfiguración. (Luc. 1X-44).



-LXXXV- PADRE NUESTRO

Dice el Padre Vilariño: "Hay una oración breve en palabras y riquísima en gracias, sencilla en expresiones y profundísima en conceptos, la más perfectamente humana que se conoce en el mundo. Oración que han pronunciado millones de labios, en todas las lenguas de la tierra y que han exhalado millones de corazones en todos los rincones del orbe, y que se han transmitido, sin mudar una palabra, centenares de generaciones, en todos los siglos...." Esta oración es el PADRE NUESTRO; la única que enseñó Jesucristo; la más sencilla entre las oraciones, sin literatura, sin altivez y sin servilismo, como dice Papini, pero la más bella y profunda entre todas. Pero no todos la entienden. La secular repetición mecánica de los labios, la repetición milenaria, distraída e indiferente, ha hecho de esa oración divina, una sarta de sílabas humanas que han perdido el sentido...."

El Padre Nuestro es la oración señorial por antonomasia.

Uno de los Apóstoles dijo un día al Señor: "Enséñanos a orar" y el Maestro enseñó la oración de las siete peticiones: (Mat. VI-9-Luc.XI-2).

Padre nuestro que estás en los cielos: Llamamiento filial al Padre universal.

Dios es Padre nuestro, de todos, de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de blancos, negros e indios; Padre, que envía su sol y hace llover sobre

buenos y malos; Padre universal, sin distinción de clases sociales; ante El no hay nobles y plebeyos, aristócratas y populares; el hombre perverso hace esas clasificaciones humanas, divide en partidos, separa a los seres racionales con pretexto de coloridos políticos o religiosos, pero Dios, nuestro Padre, Padre único de la humanidad, a nadie desprecia, no es el magnate o gamonal soberbio y presuntuoso que anda en zaga del adulo, del incienso, de los honores y que desprecia y castiga al que no se arrastra a sus pies. El Padre Celestial es Aquel de quien dijo Jesús: "Vuestro Padre sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis." (Mat. VI-8). Es decir el Padre bueno, el único que merece este significativo nombre; si hasta el Rabí divino no quiso que le llamaran Padre, seguramente es porque esta palabra es el compendio de todo lo sublime, porque es sinónimo de amor, de unión, de igualdad, de caridad, de fraternidad, de libertad entre todos los hombres, hijos del mismo Dios. "No llaméis Padre a ninguno sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del Cielo; vosotros sois todos hermanos." (Mat. XXI-8 y 9).

Después de esta invocación filial y tierna que sirve para conciliarnos la benevolencia divina, vienen las tres peticiones que se entrelazan admirablemente. La segunda es como una consecuencia de la primera, pues, si Dios es glorificado, por el mismo hecho se establece su reino entre los glorificantes, y la tercera es la manera como las dos primeras se verifican, porque se santifica el nombre de Dios y reina El en nosotros, si hacemos los hombres su

voluntad en la tierra, como los ángeles la cumplen en el Cielo.

En las peticiones de la primera parte de la oración dominical nos olvidamos de nosotros mismos, de nuestra materia, y la plegaria va encaminada al espíritu, miramos a Dios, nuestro principio y fin. En las cuatro peticiones de la segunda parte del Padre Nuestro, Jesús nos enseña a pedir lo necesario para nosotros: el pan cotidiano que necesita la materia para sostener al espíritu, no debemos pedir riquezas y superfluidades, estorbos para la vida espiritual, sino lo necesario, lo indispensable, lo que nos dará Dios por añadidura, si buscamos su justicia y su reino.

Pedimos que nuestro Padre perdone los pecados diarios con los cuales ofendemos su santidad; que nos perdone las deudas espirituales en cambio de la promesa que le hacemos de cumplir con la ley cristiana del amor, de la reconciliación, del perdón de las ofensas que todos los días recibimos de nuestros prójimos. Dios es nuestro eterno e infinito acreedor, pero podemos disminuir nuestras cuentas con la divinidad, saldando las deudas humanas.

Pedimos ayuda a nuestra debilidad, que la Divina Providencia disponga las cosas de tal suerte que no sean tentación para nuestra alma, ni mal para nuestro cuerpo.

Las cuatro peticiones miran al presente con el pan de cada día, al pasado con el perdón de las ofensas y al futuro con la liberación de tentaciones y males de toda clase.

El PADRE NUESTRO, la oración enseñada por Jesús, no tiene palabras superfluas, ni hay exageración en las súplicas; se pide todo y se reza poco; es la oración completa que debemos recitar diariamente los cristianos en la tierra, porque su eco repercute en el cielo.

Rezando bien el "padre nuestro" cumplimos con el consejo de Jesús: "En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen algunas gentes, que se imaginan haber de ser oídas a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlas. Vosotros habéis de orar con el Padre nuestro. (Mat. VI-7).



-LXXXVI- AMOR CRISTIANO

Dijo Jesús: "Oísteis qué fué dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Mas Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal". (Mat. V-38-43). -"Benedicid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian". (Luc. VI-28). -"A quien te hiere en una mejilla preséntale la otra". -"Sed misericordiosos así como vuestro Padre celestial es misericordioso". -(Luc. VI-29 y 36). -"Un nuevo mandamiento os doy y es: que os améis unos a otros del mismo modo que YO he amado a vosotros". (Juan XV-17). -He aquí la pauta del amor cristiano.

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Marc. XI-31) es el segundo mandamiento de la Ley y siendo este semejante al primero, estamos obligados a amar a Dios y, casi en la misma medida, a amar al prójimo, por ser todos los hombres hijos de Dios y hermanos de Jesucristo. El objeto del amor cristiano es doble: Dios y el prójimo. Según el Evangelio, no basta, pues, amar al Señor; es preciso amar también al hombre, hijo de Dios y hermano nuestro, sin distinción de personas, ni clases sociales, ni razas, sin aparentaciones y cumplimientos, con caridad sobrenatural y sincera. De esta caridad, de este amor fraterno, habla el Apóstol, cuando dice: "La caridad es sufrida, es dulce y bienchora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es

ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complácese en el bien del prójimo etc". (1-Cor. XI11-4).

No debemos amar al prójimo con amor de cortesía sino con hechos, para cumplir lo que dijo Jesús: "Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros". (Jn. XI11-34). -Amar a tu prójimo como a tí mismo, es la expresión más completa de la caridad cristiana; es el resumen de todos los deberes para con nuestros semejantes. No puede haber guía más segura en este punto que hacer con los otros, lo mismo que deseamos se haga con nosotros; así, el egoísmo humano sale de su concha y obra dando lo que exige; así, el orgullo no puede pedir para sí, sino lo que debe dar a los demás.

"Amad a vuestros enemigos, para que seáis verdaderos hijos del Padre celestial, porque si amáis únicamente a los que os aman; ni no saludáis sino a vuestros amigos, no sois buenos cristianos, no hacéis nada de particular, ya que los paganos hacen lo mismo...." (Mat. V-46).

Amar a su enemigo es todavía más que amar al prójimo; es perdonar las ofensas, es no tener odio, ni rencor, ni deseo de venganza con el que nos ha ofendido. Es no poner obstáculo a la reconciliación, es desear bien en vez de querer mal al que naturalmente no le amamos, al que nos es antipático.

El mundo siempre ha pensado de distinta manera que Jesucristo. El mundo sigue enseñando: "ojo por ojo y diente por diente"; lo que llaman

los hombres punto de honor y que tiene su origen en el orgullo, es contrario al precepto de Cristo que se basa en la humildad, que es el nido del amor.

Cuando la doctrina cristiana del amor sea la regla de conducta de los hombres habrá felicidad en la tierra, dice Fenelón: amaos unos a otros y procurad, sobre todo, amar a los que os inspiran indiferencia, desprecio u odio; el sacrificio que obliga a amar a los enemigos es penoso, pero esa es precisamente la hostia sin mancha ofrecida a Dios en el altar del corazón humano, hostia de agradable aroma cuyo perfume sube al cielo.

Acostumbraba Jesús terminar su predicación con una sentencia breve que sintetizaba toda la doctrina expuesta, grabando así en la mente de sus oyentes y en el fondo del alma sus divinas enseñanzas. La doctrina acerca del perdón de las ofensas y del amor a los enemigos terminó así: "Con la misma medida con que midiéreis seréis medido vosotros". (Luc. VI-38).

Con motivo de su evangelio sobre el amor al prójimo y el perdón de las injurias, Jesús presentó también una parábola, la del "siervo sin entrañas de misericordia", que termina con esta sentencia: "De esta manera se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdona de corazón a su prójimo, las ofensas recibidas." (Mat. XV111-35).

El amor cristiano es caridad y perdón; es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo, como a nosotros mismos, por amor a Dios; es perdonar a nuestros enemigos y devolver bien por mal. Lo contrario es egoísmo, es orgullo, es amor mundano. El

egoísmo es la negación de la caridad, como el orgullo es el amor a sí mismo. Pascal dice: "Mientras el egoísmo y el orgullo se den la mano en el mundo, no habrá la verdadera caridad cristiana y la tierra será siempre un lugar de juego favorable al más astuto, una lucha de intereses, una vida sin sosiego, ni seguridad...."

Solamente el amor cristiano resuelve dificultades, quita fronteras, encarna la verdadera unión y es fuente perenne de paz y felicidad.



-LXXXVII- JESUS Y LOS PECADORES

Entre el cúmulo de desgracias que afligen a la humanidad, hay una que es la fuente y el origen de todos los males, el pecado. Jesucristo se compadeció de todas las flaquezas de los hombres, remedió todas sus necesidades y perdonó también sus pecados. Odiaba al pecado, pero tenía compasión del pecador. Las páginas más hermosas del Evangelio son aquellas en que aparece Cristo diciendo: "vete en paz, perdonados te son tus pecados". -Perdonar es su máxima y perdonar siempre. A Pedro le dice: "Perdonarás, no siete veces, sino setenta veces siete" (Mat. XV111-22).

Con conciencia plena de su misión redentora y con conocimiento perfecto de la flaqueza humana, el ideal de su vida era perdonar. Así lo dice: "Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" y "mayor gozo hay en el cielo por la conversión de un pecador, que por la perseverancia de diez justos". (Luc. V-27). Esto dijo y mucho más hizo por los pecadores. Una parábola es suficiente para probar la conducta de Jesús con el cristiano que se aleja de su lado por el pecado mortal. -No son palabras de un hombre que se figura la misericordia de Dios, ni invenciones de un orador que quiere inspirar confianza a su auditorio, son palabras de Dios en beneficio del hombre pecador; es la historia del corazón humano y la Bondad del Corazón divino que se retratan en la parábola del hijo pródigo, enseñada por Jesús: "Un hombre tenía dos hi-

jos, de los cuales, el menor pidió a su padre la herencia y se fué de su lado. En tierras lejanas malbarató su hacienda, viviendo licenciosamente. Cuando tenía dinero no le faltaban amigos y diversiones, pero se terminó la fortuna, se acabaron los amigos y todos le dejaron entregado a su desgracia. Acosado por el hambre, se ganaba la vida pastando cerdos y se alimentaba de las bellotas que comían los puercos. -Extenuado, andrajoso, sufrido, recordaba la casa de su padre donde hasta los peones tenían el pan en abundancia. Un día tomó la resolución de volver a la casa solariega y pedir a su padre que le admitiese como criado.... El Padre había encanecido en la ausencia de su hijo amado; con lágrimas en los ojos y con el corazón sangrante salía diariamente al balcón para recordar la figura de su hijo marchándose de su lado; para su amor paternal estaban aún frescas las huellas en el camino y con lágrimas de cariño las regaba, añorando al ingrato.... Una tarde vió la silueta de un hombre que se dirigía por ese camino, procurando borrar esas pisadas; cuando se acercó esa figura escuálida y macilenta, el padre perdió la esperanza de ver al hijo querido, pero una mirada del corazón volvió a hacer verdadera la imagen desconocida.... El padre abrazó a su hijo y le besó; éste entre sollozos dijo: Padre mío he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser tratado como hijo; trátame a lo menos como un esclavo tuyo. -La contestación del padre fué ordenar a sus criados que preparasen una fiesta suntuosa, porque su hijo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado...." (Luc. XV-11). -Dulcísima parábola

que Jesús la hizo realidad muchas veces, como en el siguiente pasaje: estaba el Señor explicando la doctrina, sentado en el atrio del Templo, rodeado de mucha gente, cuando se acercaron algunos escribas y fariseos trayendo una pobre mujer, que la pusieron como blanco de la muchedumbre. "Maestro, dijeron, ésta acaba de ser sorprendida en pecado; es casada, ha caído en adulterio y, según la Ley de Moisés debe ser apedreada; ¿tú qué dices al respecto?"

Era tanta la misericordia de Jesús con los pecadores, que se podía asegurar que le perdonaría pero era tan grave el delito, que debía ser castigado para escarmiento. Jesús salió del apuro haciendo triunfar la misericordia antes que la justicia. Sin responder nada, sentado como estaba, se inclinó y en el suelo se puso a escribir algo. Los acusadores de la mujer adúltera insistían en su pregunta. El Maestro volvió a tomar la postura normal y con aire de desafío les dijo: "El que entre vosotros no tenga pecado, arroje la primera piedra sobre esta mujer", -y volvió a escribir en el suelo. La respuesta y resolución de Jesús produjo mayores estragos que una bomba atómica. Los fariseos acusadores oyeron la sentencia y desfilaron precipitadamente uno tras otro, movidos por su conciencia que les acusaba de crímenes y antes de que el Señor los revelara a las gentes; en cada movimiento del dedo de Jesús veían escritos sus pecados y mejor era tomar las de villadiego que comprometerse feamente. Cuando se alzó Jesús y miró a los acusadores, no se encontró sino con la mujer acusada, a quién le dijo: "¿Dónde están los que te acusan? ¿Ninguno

ha tirado la piedra sobre tí?” “Ninguno, contestó con voz entrecortada de temor, la infeliz adúltera, que no presentía el desenlace del juicio. -El Juez sentenció: “Ni Yo te condeno; vete en paz y no vuelvas a pecar”. (Jn. V111-1)

He aquí un ejemplo de la misericordia de Jesús con los pecadores arrepentidos.



-LXXXVIII- EL FARISEISMO

Los fariseos eran en tiempo de Jesús muy numerosos y dominaban al pueblo. Era gente pudiente bajo muchos aspectos, pero llena de extravagancias y dominada del prurito de aparecer. La secta de los fariseos tenía como principio de vida religiosa el aparecer justos; tapado el exterior, poco o nada les importaba a esos hombres la pureza interior. Era fácil conocer a un fariseo, por sus exterioridades y sus maneras ceremoniosas. Un sinnúmero de abluciones precedían y seguían a sus actos. El ayuno, el descanso sabatino, la limosna, la oración, el sacrificio, todo estaba complicado por los fariseos con ademanes e hipocresías, en que hacían consistir la santidad.

Jesucristo les acusa de hacer de la ley una carga pesada para el pueblo y de no guardarla ellos; de hacer todo para ser vistos y alabados de los hombres. Contra ellos lanza el Señor una serie de tremendas invectivas.

Jesús, manso y humilde de corazón, misericordioso con los pecadores, no pudo tolerar a los hipócritas y soberbios fariseos; en la cara les dijo, repetidas veces: "Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres, porque ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los otros! Ay de vosotros que devoráis las casas de las viudas, con pretexto de orar largamente! Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis diezmos de la menta, del anís y del co-

mino, y omitís lo más importante de la Ley. Sois guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello! Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que limpiáis lo exterior de la taza y del plato y tenéis vuestro interior lleno de rapiñas e inmundicias. -Sois como sepulcros blanqueados, que por fuera parecen espléndidos y por dentro son hervideros de gusanos y podredumbre. -Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que buscáis los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados por todos. Ay de vosotros, doctores y escribas, que creéis poseer la llave de la ciencia; ni vosotros habéis entrado, ni dejáis entrar a otros. Fabricáis mausoleos a los profetas, a quienes lapidaron y mataron vuestros padres. -Raza de vívoras, serpientes venenosas!" (Mat. XX111-1).

A los discípulos dijo el Maestro: "Guardaos de los escribas y fariseos; no hagáis lo que ellos hacen. Les gusta andar con vestidos anchos, dilatan sus filacterias y alargan las borlas de sus mantos para ser vistos de los hombres. Buscan los primeros asientos en las reuniones, procuran ser saludados y aclamados por las multitudes, anhelan ser llamados maestros y padres. Vosotros no os llaméis MAESTROS, porque sólo CRISTO es vuestro MAESTRO y vosotros todos sois hermanos. No llaméis a nadie PADRE en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los Cielos, DIOS. (Luc. XX-45).

Para hacer comprender bien lo que era el fariseísmo, dijo Jesús esta parábola: "Entraron dos hombres a orar en el Templo, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba así: "Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los de-

más hombres, rapaces, inicuos, adúlteros, ni como este publicano; yo ayuno dos veces a la semana y pago diezmos de todo lo que poseo...." En cambio, el otro, el publicano, de rodillas, colocado lejos del altar, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: "Dios mío, compadécete de mí, porque soy pecador...." (Luc. XV111-9).

Cuando el Señor dijo esta parábola, entre el auditorio estaban, seguramente, muchos fariseos, dando muestras de desdén y arrogancia y manifestando desprecio al vulgo que oía y seguía a Jesús. Pagados de sí mismos, despreciaban a los demás. Estos hombres y su fariseísmo quedaron retratados de cuerpo entero en esta parábola y en los repetidos ayes de Cristo que inculca a los cristianos a no ser fariseos, ni de palabra, ni de obra, ni de pensamiento.

Los fariseos abundan en el mundo actual. Son los que creyéndose buenos, desprecian a quienes juzgan malos y olvidan lo que dijo Jesucristo: "nadie es BUENO sino sólo Dios". (Luc. XV111-19). "Hipócrita: por qué miras la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que tienes en el tuyo? -Saca primero la viga de tu ojo y después verás cómo sacar la mota del ojo de tu prójimo. (Luc. VI-41 y 42).



-LXXXIX- MORAL EXTRAÑA

Como moral extraña pueden calificarse las enseñanzas de Jesús, de parte de quien no entiende el significado de ciertas palabras que usó el Maestro.

Jesucristo dijo: "Si alguno viene a Mí y no ODIA a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo." (Luc. XIV-26). Es inadmisibile una moral de ODIO en labios de Cristo que siempre enseñó, de palabra y de obra, a AMAR hasta a los enemigos. Para interpretar acertadamente esa doctrina, al parecer extraña, importa determinar el alcance del verbo griego MISEIN. (odiar). No tiene el mismo sentido que en castellano; los hebreos lo usaban en el sentido de POSPONER o APRECIAR MENOS. Así se explica el precepto de Jesús y no sufre mengua su doctrina de amor. El NON ODIT latino o KAI O MISEI griego del Evangelio significan AMAR MENOS. Luego, Jesús dijo: "Si alguno viene a Mí y me ama menos que a su padre y a su madre, que a su mujer e hijos, que a sus hermanos y hermanas y hasta que a su propia vida, no es verdadero discípulo mío".

El significado de AMAR, en griego AGAPAN, es el de PREFERIR o ANTEPONER. Este sentido aparece explícitamente en el texto paralelo de San Mateo: "Quien ama al padre o a la madre

más que a Mí, y al hijo o a la hija más que a Mí, no merece ser mío". (Mat. X-37).

En esta nueva doctrina de Jesús se trata, pues, de dos actitudes distintas ante dos términos del afecto; actitudes que se diferencian en grado, sin llegar a la oposición de los extremos.

Jesucristo dijo: "No creáis que he venido ha implantar paz sobre la tierra; no he venido trayendo la paz, sino la guerra. He venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre y a la nuera de su suegra; los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa". (Mat. X-34-35-36).

Según San Lucas, más dijo Jesús: "Pensáis que he venido a poner paz en la tierra? No, sino desunión. Así os lo declaro. De suerte que desde ahora en adelante habrá en una misma casa cinco entre sí desunidos, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra". (Luc. X11-51 a 54).

Enseñanzas morales extrañas y al parecer contradictorias a la paz traída por Jesús a la tierra y proclamada por los ángeles en la cuna de Belén. Sin embargo, así habló Jesucristo, pero se refirió a la falsa paz del mundo, a los desacuerdos con ocasión de las enseñanzas y prácticas cristianas.

"Yo he venido a poner fuego en la tierra", son palabras de Cristo (Luc. X11-49); este fuego que quema, que divide, que es guerra, es su Evangelio, cuya difusión es motivo de contradicciones y desaveniencias entre los hombres, es motivo de desunión

entre hermanos y parientes, porque hasta en una misma familia, no todos los miembros admiten y practican la doctrina cristiana.

Aun en el siglo XX presenciamos luchas y divisiones por el Evangelio, en todas partes. En el Ecuador donde el noventa y nueve por ciento son cristianos, hay gente de derecha y de izquierda; hombres que luchan por la cristianización del hogar, de la escuela, de la sociedad, y otros que quieren alejar a Cristo del individuo, de la familia, de la nación. Jesucristo es ocasión de guerra, aunque su doctrina es de paz. Si esto sucede después de 1958 años de cristianismo, no deben llamar la atención, como moral extraña, las palabras de Jesús, porque la semilla del Evangelio que sembró el Maestro en Palestina, fructificó en el mundo, triturada por el fuego de los enemigos de Cristo y ensangrentada con las víctimas y mártires cristianos.

Hay muchas otras frases, sentencias y enseñanzas evangélicas que únicamente entiende el hombre espiritual; son los cimientos profundos de la vida sobrenatural; son las normas de la moral sublime del Evangelio, que pueden parecer moral extraña a los necios, a los soberbios, a los que tienen sus sentidos pegados a la tierra, porque, como dice el Apóstol: "El hombre animal no puede comprender a Dios ni entender sus divinas enseñanzas".



-XC- LO QUE JESUCRISTO DIJO

ACERCA DEL ESCANDALO:

“**A**y del mundo por razón de los escándalos! ¡Porque si bien es forzoso que haya escándalos; sin embargo, ay de aquel hombre que causa el escándalo! Menos mal sería para él, que le echasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar. Si tu mano o tu pie te son ocasión de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de tí, y si tu ojo es para tí ocasión de escándalo, sácale y tírale lejos de tí: mejor te es entrar en la vida eterna manco o cojo, y con un solo ojo, que con dos manos o dos pies y dos ojos ser arrojado al fuego del infierno. Ay de quién escandalizare a uno de estos parvulillos o a alguno de los que creen en Mí.....” (Mat. XV111-6 a 10-Luc. XV111-1 a 3).

ACERCA DEL DIVORCIO:

“Lo que Dios ha unido, no lo desuna el hombre. Cualquiera que desechare a su mujer y tomare otra, comete adulterio. Y si la mujer se aparta de su marido, y se casa con otro, es adúltera. Por cuya razón dejará el hombre a su padre y a su madre y juntarse ha con su mujer y los dos no compondrán sino una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne unida por el matrimonio. No separe, pues, el hombre, lo que Dios ha juntado”. (Marc. X-7 a 13).

ACERCA DEL MAL CORAZON:

“No lo que entra por la boca, es lo que mancha al hombre; sino lo que sale del corazón, eso es lo que le mancha. Porque todo lo que de afuera entra en el hombre va a parar en el vientre, de donde sale con las heces de la comida y se arroja en lugares secretos; nada entra en su corazón. Mas las cosas que salen del corazón del hombre, esas son las que le manchan. Porque de lo interior del corazón proceden los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las malicias, los fraudes, las desonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la estupidez. Todos estos vicios proceden del interior, y esos son los que manchan al hombre...” (Marc. VII-15 a 23).

EFICACIA DE LA ORACION:

“PEDID Y SE OS DARA, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe, y quien busca halla, y al que llama, se le abrirá. Si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra?, o si pide un pez, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, os dará lo que pedís?” (Luc XI-9 a 13).

JUICIOS DE DIOS:

“Yo he venido al mundo para entablar Juicio, a fin de que los ciegos vean y los que ven se hagan ciegos”. (Jn. IX-39). Esto dijo Jesús como epílogo de la curación del ciego de nacimiento. Este hombre no sabía más que la frase rutinaria para pedir

limosna, no vió otra cosa que la oscuridad de la noche en sus ojos cerrados, no oyó sino palabras de conmiseración de unos y de burla de otros que pasaban por su lado, apenas conocía las profecías acerca de Cristo...., sin embargo, recibe la Redención del cuerpo ciego y del alma manchada. En contraposición están los doctores, los escribas, los fariseos, ocupados en escudriñar las Escrituras; ven a Jesucristo, oyen su predicación, constatan sus milagros y le rechazan. Son ciegos; han cerrado los ojos, cuando Jesús abría los del enfermo. Casos que se repiten diariamente.

Los fariseos entendieron la alusión del Señor en su sentencia acerca de los Juicios divinos y replicaron: "¿qué, nosotros somos ciegos?" Jesús les contestó: "Si fuerais ciegos, al menos no tendrías pecado, pero, por lo mismo que decís que veis, el pecado permanece en vosotros", (Jn. 1X-40).

PODER DE LA FE:

"Si tuviérais fe como un grano de mostaza, no habría para vosotros cosa imposible. Podiérais decir a una montaña: pásate de aquí a otro lado, y el monte se cambiaría de lugar. Para la fe no son imposibles los milagros..." (Mat. XI-21-Luc. XV11-6).

FÉ faltó a los apóstoles para apaciguar la tempestad en el mar de Galilea. "Hombres de poca fe" fue el reproche de Jesús a sus discípulos antes de mandar a los vientos y a las olas del embravecido mar. (Mat. VI11-23). "Tu FE te ha curado" dice el Señor a la enferma de flujos de sangre. (Luc. VI11-48). "Mujer, grande es tu FE, que

se haga como tu quieres” es la contestación de Jesús a la petición de la madre que clama por la curación de su hija endemoniada. (Mat. XV-28).

Cuanto enseñó Jesucristo acerca de la eficacia de la Fe, resumió diciendo: “Todo cuanto pidiéreis en la oración, si tenéis fe, lo alcanzaréis”. (Mat. XXI-22). “**DEJAD QUE LOS MUERTOS ENTIERREN A LOS MUERTOS**”. (Mat. VI11-22).

Seguramente en esta frase proverbial de Jesucristo se inspiró el Poeta que dijo:

No son los muertos, los que en dulce calma
la paz disfrutan de la tumba fría,
muertos son los que llevan muerta el alma
y viven y entierran todavía.....

El Evangelio es la Enciclopedia sagrada de cuanto dijo Jesús Salvador del mundo. Cada palabra es una lección y cada frase una enseñanza.



-XCI- MILAGROS

LA HEMORROISA.

Jesús, conmovido ante la angustia de Jairo que le suplicaba fuese a curar a su única hija que estaba agonizando, se encaminó presuroso a la casa de la moribunda, acompañado de sus discípulos y de una ingente muchedumbre que le empujaba. Entre la multitud iba una mujer enferma de flujos de sangre, desde hace mucho tiempo, sin esperanza de curación y asechada continuamente por la muerte. La hemorroisa había oído hablar de los milagros que hacía Jesús a cada paso y sabía que muchas veces curaba con sola su palabra o con el contacto de sus manos. Acababa de oír que un magistrado le llevaba a su casa para que curara a su hija; llena de fe y saturada de esperanza, se dijo: "si yo llego a tocar su vestido, me curo", y animosa se abrió paso entre la muchedumbre. Con dificultad llegó cerca de Jesús, no se atrevió a decir una palabra, sino que tocó la orla del manto que ondulante caía sobre las espaldas del Señor. Al instante sintió como una corriente eléctrica que recorría su cuerpo y que le sanaba; al mismo tiempo, Jesús volvió la cabeza y preguntó: "¿quién me ha tocado?" Los que estaban junto a Cristo protestaron diciendo que eran empujados por los de atrás; los apóstoles dijeron: "Maestro la gente está oprimiéndonos por todas partes y Tú preguntas ¿quién te ha tocado?" El Señor replicó: "Alguien me

ha tocado, porque Yo he sentido la virtud curativa que ha salido de mí”, y se revolvió a buscar a la persona beneficiada con el milagro. La hemorroisa, viéndose descubierta, se echó a los pies de Jesucristo y llena de emoción y gratitud, lavaba con sus lágrimas el vestuario del médico divino que la levantó con cariño y la despidió diciéndole: “vete en paz, tu fe te ha curado...” (Luc. VIII-40).

“TALITHA, CUMI”. -Impaciente estaba Jairo con la demora ocasionada por la hemorroisa y rogaba a Jesús que se apresurara el paso, cuando se presentó un criado y avisó al magistrado que su hija había muerto y que era ya inútil el viaje de Jesús. Jairo no perdió la confianza e insistió en llevar al Señor a su casa. Era testigo de la curación de la mujer enferma con flujos sanguíneos, sanada al contacto de las vestiduras del Maestro y esperaba que al contacto de sus manos resucitara su hija. Llegó la comitiva a casa de Jairo; todo era en ella confusión y luto; no se veían sino lágrimas y sólo se oían gemidos de dolor; reinaba la muerte. Con la presencia de Jesús cambió la escena y volvió la paz, la alegría, la vida. Entró el Señor a la alcoba donde estaba velándose el cadáver, dirigió una mirada a los circunstantes, musitó una plegaria y tomando de la mano a la niña muerta le dijo: “talitha, cumi”, que se traduce: “niña, levántate”. El Evangelio sigue narrando que la muerta resucitó y que en presencia de muchas personas se levantó y siguió andando. Los padres de la niña lloraban de gozo y no encontraban la manera de hacer ostensible su agradecimiento al Señor, mientras que los circunstantes estaban maravillados y

propagaron el milagro en toda la región. (Luc.V111-49).

Muchísimos otros milagros hizo Jesús que constan en el Evangelio y muchos otros que no constan, porque, como dice el Evangelista: Se necesitarían muchos libros para escribirlos." (Jn. XX1-25).

Son dignos de leerse los tres milagros hechos por el Señor en día sábado, porque contienen preciosas enseñanzas y detalles minuciosos: la curación del tullido durante treinta y ocho años, de la mujer encorvada hacía dieciocho años, del hidrópico vitalicio. (Jn. V-10-Luc. X111-10 y X1V-2).

Particular importancia revisten los milagros hechos para curar al criado del Centurión y para resucitar al hijo de la viuda de Naín. (Luc.V11- 1 a 11).

En el primero, el Centurión es ideal de delicadeza, de humildad y de fe. Las palabras que usó para solicitar el milagro, están consagradas y las repiten diariamente el Sacerdote y los fieles, en la Santa Misa, antes de la comunión.

En el segundo, se muestra una vez más el Corazón compasivo y misericordioso de Jesucristo, que jamás vió lágrimas sin enjugarlas. Una pobre mujer viuda lloraba la muerte de su hijo único, tras el cadáver que conducían al cementerio. "No llores", le dijo Jesús, cariñosamente, y detuvo el fúnebre cortejo; resucitó al muerto y le entregó a su madre anciana, para que fuese su consuelo y protección.



-XCII- JESUS TRIBUTARIO

Existía la costumbre entre los judíos de que todos debían contribuir para el sostenimiento del culto, en la mejor forma posible; así lo había establecido Moisés y así exigía la Majestad de Jehová. Otras maneras de cumplir con esta obligación, se había establecido que todo israelita varón, mayor de veinte años, pagase anualmente dos dracmas; esta contribución debía pagar en el mes de Adar, último mes del año judío, precedente al de Nizán, en que se celebraba la Pascua. Parece que estaban exentos de este tributo los sacerdotes y los rabinos. No sabemos si Jesús pagó cada año; como buen galileo es probable que lo habría hecho, aunque, talvez, su título de Rabí, le excusaba. En el último año de su vida, antes de la última Pascua, quiso el Señor hacer ostensible este pago.

Nos cuenta San Mateo que cuando Jesús estaba en Cafarnaún se acercaron los cobradores del impuesto y no atreviéndose a decirlo a El personalmente, preguntaron al Jefe del Apostolado si el Maestro pagaba el tributo. —Pedro les contestó rotundamente que SI y puso en conocimiento de Jesús lo que sucedía, quien, para castigar su precipitación en contestar, le dijo: “¿Qué te parece, Simón, los reyes de la tierra reciben el tributo de sus hijos o de los extraños? De los extraños, dijo Pedro. Pues bien, prosiguió Jesús, los hijos están exentos. —Yo como Hijo de Dios estoy exento del tributo para el culto de mi Padre Jehová, pero para no es—

candalizar, vete al mar, echa el anzuelo y al primer pez que cojas ábrele la boca donde encontrarás las monedas necesarias para pagar el tributo por Mí y por tí". Así lo hizo Simón y quedó arreglado este asunto. -Jesús pagó el tributo. (Mat. XV11-23).

Los judíos estaban también cargados con otro impuesto para Roma, que era el pago anual de un denario, moneda que llevaba la efigie del rostro del Emperador y la inscripción de TIBERIO CESAR AUGUSTO.

Con motivo de este tributo, que era materia controvertida entre los judíos, los fariseos preguntaron a Jesús si debían o no pagarlo. El asunto era muy delicado porque constituía uno de los puntos de choque entre israelitas y romanos y era motivo de política entre el pueblo y el Emperador. Si Jesús respondía que SI, se disgustaba con el pueblo y se declaraba su enemigo; si contestaba que NO, Roma le tenía como rebelde y sedicioso y se distanciaba con el Emperador.

Penetrando el Maestro con su mirada en esos espíritus que venían a tentarle con apariencia de bondad y mimos de humildad, les dijo: "Hipócritas, traedme una moneda del tributo, para contestar a vuestra pregunta". -Cuando le presentaron el denario, Jesús les preguntó: "¿De quién es esta imagen y esta inscripción?" De César, contestaron. -Entonces Jesús les dijo: "Pues bien, dad al César lo que es del César", es decir, esta moneda lleva la imagen del César, a él le corresponde.

Seguramente como buen israelita, sumiso a la

Autoridad, Jesús también pagaba el denario anual para Roma.

Solamente Cristo podía dar una respuesta tan acertada, que no tuvo réplica. Quedó bien con el pueblo y con el Emperador y confundió una vez a sus enemigos que buscaban la manera de cogerle en algo para acusarle y que, esta vez como otras, no tuvieron sino que correrse, avergonzados de su malicia y convencidos de la sabiduría del Rabí de Galilea.

La contestación de Jesús nos enseña que estamos obligados a pagar los tributos impuestos por la legítima Autoridad Civil: "Dad al César lo que es del César" y que estamos también obligados a contribuir para el culto del verdadero Dios: "Dad a Dios lo que a Dios debéis".

Los israelitas debían pagar ambos tributos: los dos dracmas para el culto de Jehová y el denario para el gobierno de César. Jesús no estaba sujeto a ninguno de los dos porque era Hijo de Dios y Señor del Emperador, pero para darnos ejemplo, fué tributario.



-XCIII- EL LAGO DE GENESARET

El lago de Genesaret está situado al norte del valle del Jordán y a doscientos metros bajo el nivel del Mediterráneo, en una grande hondonada, cerca de Cafarnaún, Betsaida, Magdala y Tiberiádes, de donde toma también el nombre de mar de Tiberiades. A orillas de este lago se realizaron grandes acontecimientos evangélicos; algunas apariciones de Jesús, la declaración de la primacía de Pedro, (Jn.- XX1), los ayes del Señor sobre Corozain, Betsaida y Cafarnaún. (Luc. X-13).

Repetidas veces se paseó Jesús en sus riberas y muchas ocasiones esas apacibles y cristalinas aguas retrataron la imagen divina del Rabi; un día, por última vez, miró el Señor las ondas del lago verdeazuladas que se movían apaciblemente y miró también las orillas pobladas de casitas, de huertos y viñedos y vió que después no quedarían ni ruinas de esos poblados tan florecientes; eran los pueblos donde más milagros había obrado y donde menos se le reconocía como el Mesías, y, naturalmente, del fondo del alma de Cristo salieron esos proféticos ayes: "Ay de tí Corozain, ay de tí Betsaida..."

Un ambiente característico se respira en las orillas del lago de Genesaret o mar de Galilea, donde los Apóstoles acostumbraban ejercer su oficio de pescadores. Aquí, dijo Jesús a algunos de ellos: seguidme, pues, en adelante seréis pescadores de hombres" (Luc V-10) y en ese mismo sitio pregunta el Señor: "¿habéis cogido algo?; ¿tenéis que comer?"

(Jn. XX1-5), y en la primera, como en la segunda vez, les manda echar las redes en su nombre y la pesca es superabundante.

Las olas de este lago y las arenas de su playa fueron testigos de la triple pregunta hecha por Jesús a Pedro y de esas contestaciones humildes, sinceras y amorosas, que repararon públicamente las tres negaciones de la trágica noche de la pasión y que elevaron a Pedro al sumo pontificado de la Iglesia de Cristo. (Jn. XX1-15).

Después de comer los peces asados y el pan, tuvieron un tiempo de sobremesa el Maestro con los discípulos; estos festejaban gozosos el encuentro con el Señor resucitado, cuando Jesús, dirigiéndose a Pedro, le dice: "Simón, me amas más que éstos?" -Esta pregunta cayó sobre el Apóstol como un rayo mortífero, porque le recordó la peor escena de su vida. En otras circunstancias, el entusiasta Pedro hubiera contestado con un SI rotundo y rápido, pero ahora, se limita a decir: "Señor Tú sabes que te amo". No compara su amor con el de los demás. La segunda y tercera vez, contesta modestamente, como la primera, y añade: "Tú sabes todas las cosas; Tú sabes que te amo". El Maestro que conoce la sinceridad, el arrepentimiento y el amor del discípulo a quien desde que le llamó al apostolado le colocó como piedra fundamental de su Iglesia, ahora le confirma en la primacía de autoridad, diciéndole: "apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas". (Jn. XX1-17).

En el Mar de Tiberíades Pedro se lanzó a andar sobre las aguas saliendo al encuentro de Jesús;

saltó de la barca y avanzó sobre el agua como sobre tierra firme hasta que su confianza en el Señor vaciló; tuvo miedo y comenzó a hundirse; pero Jesús le tomó de la mano y le sostuvo sobre las aguas y confirmó su fe. (Mat. XIV-28).

El mar de Galilea fue también testigo del grande milagro que nos cuenta San Lucas en el Capítulo VIII versículo 22 y siguientes. -Predicaba Jesús en las riberas del lago, no lejos de Cafarnaún, desde una barca; terminada la misión, ordenó al dueño de la embarcación que les condujera a la ribera oriental; estando mar adentro, el Maestro se recostó y dormía, mientras los Apóstoles comentaban las palabras y los milagros del Señor. Repentinamente soplaron los fuertes vientos que venían del Hermón y el lago se agitó en tal forma que las olas se embravecieron y querían hacer zozobrar la barca y pusieron a los tripulantes en peligro de naufragar. Estos tuvieron cuidado de no despertar al Maestro sino cuando arreció el huracán y el peligro era inminente; entonces su clamor fué: "Sálvanos, Señor, que perecemos". -Despiértase Jesús, se pone de pie, mira la tormenta y con imperio absoluto, manda al mar. Las aguas se sosiegan y vuelve la calma a los corazones de "esos hombres de poca fe", que habían temido morir, olvidándose que estaban junto a la Vida y al que creó los mares y sopló a los vientos.

El lago de Genesaret hundió en sus aguas a los cerdos endemoniados que con permiso del Hijo de Dios se precipitaron y perecieron en el mar. (Mat. VIII-31).

-XCIV- DOMINGO DE RAMOS

Al día siguiente del convite de Simón el leproso, dice el Evangelio, habiéndose acercado a Betfagé, al pie del monte Olivete, Jesús envió a dos discípulos diciéndoles: Id a la aldea que está frente, en cuanto entréis en ella hallaréis una asna atada, con su pollino, sobre el cual aún no ha cabalgado hombre alguno. Traedme el pollino y si alguno os pregunta: ¿qué estáis haciendo?, le diréis: El Señor le necesita. -Fueron los discípulos e hicieron como les indicó Jesús, encontrando y resultando todo igual con lo que el Señor les había predicho. Trajeron el pollino o burrito, echaron sus vestidos encima e hicieron montar a Jesús. A medida que iban caminando hacia Jerusalén la gente se aglomeraba y unos extendían sus mantos en el camino, otros cortaban ramos de árboles y formaban arcos de triunfo; todos cantaban y acompañaban al Señor regando flores y gritando: "¡Hosanna, al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre de Jehová! ¡Alabado sea el rey de Israel!" Cuando se acercaba la comitiva a la ciudad santa, toda la gente que había venido a las fiestas pascuales, oyendo que Jesús llegaba, salió al encuentro con palmas de olivo y ramos fragantes. Esta gente se sumó al desfile triunfal y siguió viviendo al Caudillo Divino que entró en Jerusalén y llegó al Templo aclamado por las multitudes y entre una lluvia de flores. (Luc. XIX-29 a 38).

Esto sucedía el 10 del mes de Nizán, al día

siguiente del sábado de la semana pascual.

Dista Betania de Jerusalén 15 kilómetros. Súbase desde allí hasta Betfagé, volviendo a bajar al Cedrón, para subir nuevamente a Jerusalén. Este recorrido hizo Jesús el domingo de ramos. Primera vez que el Rabí de Galilea cabalgaba, pues todas sus largas correrías apostólicas las hizo a pies. Jamás había presenciado la ciudad santa una procesión tan solemne y majestuosa y nunca había visto un triunfo tan magnífico y entusiasta.

Anonadados debieron estar los escribas y fariseos ante tan grandiosa y popular manifestación. Ellos habían excomulgado a los discípulos del Hijo del Carpintero y allí estaban miles de partidarios de El desafiando a sus enemigos y aclamándole Rey. Los fariseos que buscaban la manera de apresar al Señor, ahora le tenían delante de ellos, en medio de la ciudad, pero no hicieron sino esconderse de la vista del Maestro y de su séquito regio.

Temerosos mandaron una comisión para que rogase a Jesús que no permitiera tanta algazara y que reprendiera a la multitud. "Yo os aseguro, les contestó el Señor, que si estos callan hablarán las piedras". (Luc. XIX-40).

Era el día del Señor; era la hora del Mesías; era el momento del triunfo de Cristo y todo Israel debía aclamar a su Rey; se estaba cumpliendo una profecía: "No temas hija de Sión; mira a tu Rey que viene montado en un pollino...." (Isaías LXII-11).

La comitiva se encaminó al Templo, término natural de toda procesión religiosa y de toda manifestación mesiánica, creciendo a cada minuto el

inmenso clamoreo y el alborozo del pueblo que rodeaba a su Rey. Sobresalían los gritos de júbilo de los niños, amigos predilectos de Jesús y las aclamaciones de tantos corazones agradecidos, que habían encontrado el momento de manifestar su gratitud a quien les curó de tantas enfermedades y de quien recibieron innumerables beneficios. En el Templo terminó el desfile triunfal; se desmontó 'Jesús en uno de los atrios y entró hasta el lugar santo donde oró a su Padre. Se iba poco a poco despejándose la multitud y el Maestro quedó solo con sus doce apóstoles, con quienes volvió a Betania, ya entrada la noche.

Este triunfo apoteósico de Jesús desde Betfagé hasta Jerusalén tuvo un paréntesis de lágrimas. La comitiva bajó doblando el monte Olivete y llegó a un sitio desde donde se veía frente a frente el grandioso Templo, la fortaleza Antonia, que se destacaban por encima de las almenas del muro que custodiaba un tendido de casas con calles estrechas y escalonadas; era la ciudad que por obra de sus malos dirigentes debía esterilizar ese mismo triunfo de Jesús y convertirse en deícida. A la vista de Jerusalén lloró Jesús, profetizando su destrucción y ruina material y moral. (Luc. XIX-41).

Aun hoy se ve, a media pendiente del monte en un recodo del camino, el lugar donde lloró Jesús por su Patria. Una capilla conmemora esas lágrimas sagradas que fueron triste profecía. No pasaron cuarenta años cuando las legiones romanas de Tito y Vespaciano, después de un espantoso si-

tio, asolaron Jerusalén y dejaron el Templo convertido en pasto de voraces llamas.

El Domingo de Ramos, fué el día del triunfo de Jesús y el principio de la destrucción de la Ciudad Santa.



-XCV- PROFECIAS

Al salir del Templo de Jerusalén dijo a Jesús uno de sus discípulos: "Maestro, mira que fábrica tan magnífica!" Jesús contestó: "De estos grandes edificios no quedará piedra sobre piedra" (Luc.XX1-5).

Al atardecer el día, salió Jesús del Templo donde había pasado algunas horas en oración y en remanso espiritual. Esa salida no era de pocos pasos; hasta llegar a una de las puertas que comunicaban con la ciudad, había que atravesar el atrio de las mujeres, el de los gentiles y cruzar toda la plaza hacia el sur o el norte según la puerta que se quería utilizar, estas puertas se cerraban al ponerse el sol. Con toda pausa atravesaron el Maestro y los discípulos los varios servicios y dependencias del Templo contemplando extasiados los gigantes muros y las enormes construcciones; muchas veces habían visto, pero ahora los encontraron extraordinarios. Guardaron silencio mientras atravesaban los atrios; en la plazoleta se oyó la voz de uno que admirado de la grandiosidad del edificio llamó la atención al Maestro quien aprovechó las circunstancias para profetizar la total destrucción de aquellas moles pétreas, de esas torres, de esos pórticos, de aquel magnífico edificio que desafiaba a los tiempos con su solidez y firmeza.

Espantados quedaron los apóstoles y volvió a apoderarse de sus labios el silencio ante tan tremenda revelación. Con el Maestro que caminaba meditabundo adelante, tomaron el camino de Beta-

nia por el monte de los olivos y bajaron el Cedrón para subir la cuesta de enfrente. En la mitad de la pendiente se rompió el silencio con la pregunta incontenible ya, de los que deseaban saber detalles de la profecía. La contestación fué sencilla: "Cuando veais cercada de soldados a Jerusalén, entonces sabed que está cerca su devastación y la abominación de la desolación del lugar santo". Espantosa calamidad y terrible profecía, que se cumplió a la letra, viviendo aún los que preguntaron, como sabemos por la Historia.

"Cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad y todos los ángeles con El, se sentará en el trono de su gloria...." (Mat. XXV-31). -Con estas palabras profetizó Jesús otro acontecimiento: el del fin del mundo y su segunda venida en el juicio final. Estos sucesos estarán precedidos por grandes tribulaciones; se presentarán muchos falsos profetas; se desbordarán las potencias del mal; se conmoverá la naturaleza entera; entonces aparecerá en el Cielo la señal de Cristo, la cruz, y Jesús vendrá con gran gloria y majestad. El Señor cerró su profecía sobre el juicio último, diciendo: "Cuando venga el Hijo del Hombre con todos sus ángeles; se sentará en su trono de gloria y congregará a todas las naciones; separará a los hombres como el pastor separa las ovejas de los cabros, poniendo a los buenos a su derecha y a los malos a su izquierda, a los unos para darles posesión del reino de los cielos y a los otros para condenarles al fuego eterno preparado para el diablo y sus secuaces...."

Estas profecías terminaron incitando a sus discípulos a velar y orar porque todo sucederá el mo-

mento menos pensado, con este fin les propuso la parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes fatuas, tan llena de espirituales enseñanzas.

Entre las ceremonias de las bodas en oriente, una de las principales era el viaje del novio a buscar a la novia, al anochecer, y encontrándola en su casa, la conducía entre música, luces y flores al banquete nupcial. Las amigas de la esposa esperaban con lámparas encendidas para acompañarla a la casa del esposo, como cortesanas. Valiéndose de esta costumbre, dijo Jesús que debemos estar preparados para su venida con las lámparas del alma provistas de aceite espiritual, y terminó enseñando: "Velad, pues, porque no sabéis ni el día, ni la hora de mi venida". (Mat. XXV-1 a 13).



-XCVI- JUEVES SANTO

Era el jueves de pascua, víspera del día de la Pasión del Señor. Los Apóstoles preguntaron al Maestro: "¿Dónde quieres que vayamos a preparar el cordero pascual?" (Luc XX11-9). Jesús escogió a Pedro y a Juan para que se preocuparan del asunto y les dió las instrucciones del caso.

Nuestro Señor iba a celebrar la última pascua, que se convirtió en el primer jueves santo.

La pascua era la fiesta más grande y significativa para los israelitas. La palabra castellana PASCUA viene de la latina: *pascha*, de la griega: *pasja*, de la aramea: *phase* y de la hebrea: *phesa*, que significa PASO o tránsito y alude al paso de Jehová que nos refiere el Libro del Exodo. (X11-11 a 27).

Los judíos celebraban esta fiesta reproduciendo en el hogar aquella memorable noche que sus antepasados pasaron en Egipto y recordando prácticamente la redención del pueblo escogido.

Se celebraba a mediados del primer mes del calendario judío, el de Nizán, que corresponde a nuestro Marzo y durante ocho días consecutivos.

Con la orden dada por Jesús, los dos Apóstoles prepararon todo para la cena pascual. Compraron el Cordero, lo hicieron inmolar en el Templo y lo prepararon para la comida junto con los panes ácidos o sin levadura, el vino, las yerbas y el agua para las abluciones rituales. Todo estaba listo, cuando habíase ya puesto el sol y comenzaba la noche.

Jesús con los doce apóstoles se encaminó a Jerusalén desde Betania; la comitiva llegó tranquila a la sala de la cena a través del oleaje humano que iba y venía por las calles de la ciudad santa.

Sentados alrededor de la mesa, comenzó la ceremonia con las conmovedoras palabras de Jesús: "De todo corazón he deseado comer esta pascua con vosotros antes de morir. Porque os digo que yo no la volveré a comer hasta que ella tenga su plena realización en el reino de Dios..." (Luc. XX11-15). Apenas acabó de hablar el Señor cuando se entabló entre los apóstoles una discusión, muy humana desde luego, porque se trataba de averiguar cuál de ellos debía ser el primero en beber del cáliz que el Maestro les había ordenado que se repartiéran: "Tomadlo y repartiadlo; en cuanto a Mí, os digo que no beberé del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios". (Luc. XX11-17). Al oír Jesús la discusión, como en otras ocasiones, les invita a la humildad y les recuerda que al revés de los mundanos, entre ellos, el mayor se considerará el último y el que manda, servirá". (Luc. XX11-26). Todos acataron la advertencia del Maestro, callaron y siguieron comiendo las viandas de la cena pascual: ensalada de hierbas, el pastel de higos, dátiles y uvas, las rebanadas de pan ácimo y bebían el vino generoso; la comida estaba para terminarse, cuando Jesús procedió a hacer una de las acciones más admirables de su vida: lavar los pies a sus discípulos.

Para comprender la facilidad con que el Maestro hizo este acto, hay que recordar que los israelitas habían adoptado la costumbre romana de comer

recostados, formando un círculo, apoyando el brazo izquierdo en almohadones que descansaban sobre caballetes, mientras que comían con la mano derecha y los pies quedaban fuera del círculo. Además, se debe tener en cuenta que al ceremonial de la cena pascual, que era un sacrificio, estaban adjuntas las abluciones rituales, por lo cual no podía faltar junto a la mesa, cántaros con agua, jarras, jofainas y toallas.

Al terminar la cena, se levantó Jesús, dejó el manto en el sofá donde estaba reclinado, se ciñó un lienzo o toalla, tomó con una mano la jofaina y con la otra la jarra, y en vestido y actitud de esclavo se puso a lavar los pies de sus apóstoles...

Pedro protestó por este acto de humildad de su Maestro, pero ante la amenaza de privarse para siempre de su compañía, pidió que no solamente se le lavaran los pies, sino, si era necesario, la cabeza y todo el cuerpo. (Jn. X111-6-9).

No solamente para dar ejemplo de humildad hizo Jesús este lavatorio, sino para indicar a los suyos que debían estar limpios y puros de alma y cuerpo porque en el sacramento de la Eucaristía les iba a dar a comer su cuerpo y a beber su sangre inmaculados.

Cuando acabó de lavar los pies de sus discípulos, tomó sus vestidos, y sentándose de nuevo a la mesa, les dijo: "Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Pues, si yo Señor y Maestro he hecho esto con vosotros, seguid mi ejemplo; porque no puede ser el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que quien le envía..." (Jn. X111-12-17).

-XCVII- EUCARISTIA

Ha terminado la cena pascual; el Maestro ha lavado los pies de sus apóstoles. Estaba Jesús nuevamente sentado a la mesa; los discípulos esperaban que entonara el himno de acción de gracias, para terminar las ceremonias, cuando: "Tomó un pan, lo bendijo, lo partió y lo repartió a sus apóstoles diciéndoles: TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO, QUE SE DA POR VOSOTROS. Igualmente, cogiendo un cáliz con vino, lo bendijo y entregó a sus apóstoles, diciendo: BEBED TODOS DE EL: ESTA ES MI SANGRE, LA DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERA DERRAMADA POR MUCHOS EN REMISION DE LOS PECADOS. Y agregó: HACED ESTO EN MEMORIA MIA. (Mat. XXVI-26-Marc. XIV-22-Luc. XXII-19). Con estas breves y sencillas palabras narran los Evangelistas el acontecimiento más grande y el más asombroso de los milagros hechos por Jesús.

Sin duda alguna, los apóstoles vieron lo que hizo el Señor, oyeron sus palabras y entendieron el asunto tal como es; tuvieron fe en el pan y en el vino Consagrados por Jesucristo, lo adoraron y recibieron como el cuerpo y la sangre del Maestro.

En el Cenáculo, en la noche del 14 de Nizán, obró Jesús el milagro de cambiar el pan y el vino en su cuerpo y sangre y ordenó a los apóstoles que hicieran lo mismo, dándoles en la orden, el poder. Pero la institución de la Eucaristía en aquella noche, parece que pasa como desapercibida por los

tres Evangelistas que la narran en pocas palabras y de la cual apenas dice algo indirectamente San Juan, cuando debía ser motivo de grandes comentarios; no hay duda que así debió ser y así fué en realidad, explicándose lo anotado, únicamente por las circunstancias en que tuvo lugar el milagro de la transubstanciación. La rápida sucesión de los acontecimientos en aquella noche tan agitada y los sucesos del día siguiente desde Getsemaní hasta el Calvario, no permitieron fijar detenidamente la atención de los apóstoles y dar toda la importancia al asunto Eucarístico, pero esto no quita al acto su verdadero sentido y su esplendor.

El Jueves, víspera de su muerte, en Sión cumplióse la promesa de Jesús en Cafarnaún; pero se cumple entre circunstancias extraordinarias y variadas como la inminencia de la Pasión, la cena pascual, la presencia del traidor, el lavatorio de los pies, la venta del Maestro asegurada, y otros incidentes que hicieron menos importante el prodigio más grande que haya acontecido en la tierra y que debía perpetuarse hasta el fin del mundo.

Que el Hijo de Dios hecho Hombre haya podido hacer el milagro de cambiar la sustancia de una materia en otra no hay dificultad en admitir; que lo haya querido hacer, nos están diciendo las palabras de la institución de la Eucaristía, tan claras, sencillas y terminantes; que lo haya hecho nos está indicando el Evangelio.

Como dice al respecto su Excelencia el Obispo de Sabina: "No es Jesucristo el Hijo de Dios, el Creador del mundo? -Pues bien, si Dios sacó de la

nada todo lo que existe, no pudo hacer lo menos, que es cambiar la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, conservando intactas las especies externas o apariencias? -En las bodas de Caná, con un simple acto de su voluntad, cambió Jesús el agua en vino; ¿por qué maravillarse, pues, que de la misma manera, con un acto de su omnipotente voluntad, cambie el vino en su Sangre y el pan en su Cuerpo?

Se dirá que no sabemos cómo explicar este milagro de la transubstanciación. Ciertamente; pero a cada momento y en todas partes nos vemos rodeados de fenómenos inexplicables y de hechos prodigiosos que no sabemos cómo acontecen; esto no obstante, los admiramos sin titubear, porque se nos presentan con argumentos irrefutables...."

Jesucristo, verdad infalible, ha dicho que el pan consagrado es su Cuerpo y que el vino, mediante la consagración sacramental, se convierte en su Sangre; no queda otra cosa a los hombres que creer en la palabra de Dios, que no se engaña ni puede engañar; nuestra fe está apoyada en la omnipotencia divina.

El mismo Dios que alimentó al pueblo hebreo durante cuarenta años con el MANA, pan milagroso que caía del cielo diariamente, (Exodo XVI-15), ha querido alimentar al pueblo cristiano con el pan eucarístico; ha querido que se repita todos los días y a cada instante el sacrificio de su Hijo, porque el sacrificio eucarístico es la renovación incruenta de la pasión y muerte de Cristo; ha querido que

Jesús acompañe al hombre constantemente en la tierra, por medio de un sacramento que nos da la presencia real y verdadera de Jesucristo, en el mundo, vivo y glorioso como está en el Cielo.



-XCVIII- SOBREMESA ESPIRITUAL

Los discursos de Jesús después de la cena constituyen la sobremesa espiritual; están impregnados de amor, de ternura, de suavidad más que maternal; es la despedida cordial del Maestro con sus predilectos. No es posible leer esas páginas evangélicas sin sentir palpar en ellas el Corazón de Dios. San Juan, el apóstol del amor, nos relata esos efluvios cariñosos de Jesucristo.

El Señor llama a los apóstoles con el dulce nombre de "hijitos" y como el padre que tiene junto a su lecho de muerte a los pedazos de su corazón que tanto les ama, les hace la última recomendación para que jamás rompan los lazos de unión familiar: "amaos los unos a los otros como yo os he amado". (Jn. XI11-34).

Háblales de su próxima partida y les exhorta a que no se turben, ni sientan demasiado, porque El, como Dios, va a preparar las moradas para ellos, en el reino celestial. Jesús que es "el camino la verdad y la vida" para todos los hombres, quiere serlo de manera especial para los suyos y hacerlos conocer a su Padre. (Jn. XIV-6)

Después de haberles hablado de la unidad del amor les ofrece solemnemente la asistencia del Espíritu Santo, como prenda de verdad y de vida sobrenatural; ellos, que ya no son del mundo, podrán recibir, ver y conocer al Paráclito de Dios (Jn. XIV-17).

Llegaba ya la hora de separarse de los suyos

y no encontró otras palabras para despedirse que deseándoles paz y felicidad, por eso les dice: "Os doy mi paz; os dejo la paz, pero no la que da el mundo, sino la paz verdadera que únicamente puedo dar yo". (Jn. XIV-27).

"Yo soy la vid y vosotros los sarmientos" les dice Jesús en hermosa parábola, encargando a sus discípulos que siempre vivan unidos a El. -"Perseverad en mi amor...; guardad mis mandamientos..., así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y persevero en su amor". (Jn. XV-9).

"Vosotros sois mis amigos íntimos, porque os he hecho saber los pormenores que mi Padre me ha revelado.... No sois siervos, porque conocéis mis secretos; el siervo no sabe lo que hace su Señor." "No me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo os elegí; os escogí para que seáis mis embajadores..." (Jn. XV-15 y 16).

"Vosotros, ya no sois del mundo, por lo mismo, el mundo os odiará. Yo os he sacado del mundo y vendrá tiempo en que los mundanos os matarán. Esto os digo para que cuando suceda no os escandalicéis.... Acordaos de mi palabra: no puede ser el discípulo mayor que el Maestro, ni el siervo más que su señor.... Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán... Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a Mí". (Jn. XV-18).

Ya se ha despedido el Padre de sus hijitos queridos, el Maestro de sus amados discípulos, con palabras tan íntimas y sentidas que son el lenguaje del corazón, que no acierta a separarse de los su-

yo; ya ha llegado la hora del sacrificio; antes de comenzar la inmolación, Jesús levantó los ojos al cielo y oró por sí mismo, por sus apóstoles, por todos los hombres, pidiendo para sí la glorificación, para los suyos la perseverancia y para todos la unión fraternal.

“Padre: Glorifica a tu Hijo... que te conozcan a Tí, Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo, con la gloria de Unigénito de Dios...”

“Te ruego por los que me has dado como apóstoles de tu gloria y de la mía; estos quedan en el mundo; Padre Santo: guárdalos, por tu nombre, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal. -Conságralos en la verdad; en tu palabra que es Verdad...”

“Mas no sólo te pido por ellos, sino también por todos los que han de creer en Mí, para que todos estén en Mí, como Yo, Padre, estoy en Tí; que el mundo conozca que Tú me enviaste...” (Jn. XV11-1-6-20).

Jesús tenía los ojos levantados al cielo y los apóstoles escuchaban atónitos esta oración, epílogo de la despedida. Silenciosos y tristes miraron al Señor cuando les dijo: “Vamos de aquí”. Había llegado la hora del último adiós. Iba a producirse una catástrofe. Herido el Pastor, debían dispersarse las ovejas. Jesús iba a morir y los apóstoles huirán aterrorados. Se verán consternados durante la pasión del Maestro, pero esa tristeza se convertirá en gozo cuando le vean resucitado. (Jn. XVI-22).



-XCIX- EL PRECURSOR

“**H**e aquí que Yo envío mi ángel, el cual preparará el camino delante de Mí”, había dicho el Verbo Divino, por boca del profeta Malaquías, siglos antes de la Encarnación. (Mal. 111-1). -“Voz que clama en el desierto” dice Isaías vaticinando la misión del precursor de Cristo. (Is. XL-3)

Juan Bautista, el santo precursor del Hijo de Dios humanado, es el ángel del Nuevo Testamento, es la Voz que precedió al Evangelio.

Juan, hijo del sacerdote Zacarías y de Isabel, hermana prima de la Madre de Dios, “ambos justos a los ojos de Jehová”, (Luc. 1-5 y 6), apareció predicando en el desierto de Judea, por toda la región del Jordán, según dice el evangelio, vestido con túnica tejida con pelos de camello, o mejor dicho, confeccionada con la piel de estos animales que abundan en Palestina y que tantos servicios prestan al hombre. Un cinturón de cuero ajustaba su cintura y su alimento era langostas y miel silvestre. (Mat. 111-4-Marc. 1-6).

Este era el aspecto físico de Juan, el Predicador mesiánico. Antes de él habían desfilado en la tierra de Israel, numerosos predicadores de un mesianismo apócrifo. El verdadero Precursor de Cristo se presenta humilde, pobre y penitente; su palabra es sencilla y convincente: “Haced penitencia, porque se acerca el reino de Dios”. Se ocupa en bautizar a las gentes sumergiéndolas en las cristalinas aguas del Jordán y no cesa de inculcar: “Haced frutos dignos de penitencia para que entréis en

el reino de los cielos que está próximo". Juan estaba "preparando el camino del Señor y enderezando sus senderos". Mat. 111-3-Marc. -1-4).

En el otoño del año 26 de la era cristiana inició su predicación, que duró un año y medio. A los pocos meses de la aparición del Bautista salió Jesús de su retiro de Nazaret y comenzó la predicación del Evangelio. El primer acto de la vida pública del Mesías fué recibir el bautismo de manos de su precursor. "Vino Jesús de Galilea al Jordán, en busca de Juan, para ser de él bautizado", dice el Evangelista. (Mat. 111-13)

Profunda y general conmoción causó en Palestina la predicación y el bautismo de Juan. Todos le conocían con el nombre de "el Bautista" y acudían de todas partes a recibir el bautismo de perdón y a cerciorarse de: quién era el predicador y de la naturaleza del reino celestial que decía estar cercano. (Mat. 111-50 Marc. 1-5-Luc. 11-7)

Jesucristo dijo de Juan Bautista: "Yo os lo aseguro, es más que PROFETA; él es de quien está escrito: yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de tí disponiéndote el camino. En verdad os digo, que no ha salido a luz entre los hijos de mujeres, alguno mayor que Juan Bautista". (Mat. X1-9 a 11).

El Precursor no solamente prepara los caminos de Cristo con el bautismo y la penitencia, sino que da también testimonio de la personalidad del Mesías.

Cuenta el Texto sagrado que los judíos enviaron de Jerusalén, sacerdotes y levitas al lugar donde estaba Juan bautizando, para averiguar lo que é

pensaba acerca de Jesús. La respuesta fué: "En medio de vosotros está uno a quien no conocéis. El es el que ha venido después de mí, pero que es superior a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Yo bautizo con agua, pero El os bautizará con el Espíritu Santo, porque es más poderoso que yo, ante el cual yo no soy digno ni de postrarme para desatar su calzado, ni de llevarle las sandalias". (Mat. 11-11-Marc. 1-7-Luc. 11-16-Juan 1-19 a 27).

Como se comprende, desatar el calzado y llevar las sandalias, era oficio de siervos; se lo hacia de rodillas e inclinado hasta el suelo, lo primero, y lo segundo lo hacían los criados cuando el patrón entraba al Templo o a la Sinagoga, al recostarse a la mesa para comer, para las abluciones de los pies, al acostarse, etc., siendo siempre ambas cosas oficio de esclavos.

Juan Bautista, el precursor de Jesucristo, "el más grande de los hombres" dice que no es digno de ser esclavo de Jesús y ni siquiera de servirle en los oficios más bajos y humillantes, porque, sencillamente, el hombre ante Dios es nada.

Estas declaraciones del Precursor fueron la primera clarinada de la gloria y de la divinidad del Señor y el prólogo del Evangelio.



-C-

SAN PEDRO

Jesús llamó al apostolado, al pescador de Galilea y le cambió el nombre de Simón en el de Piedra, que en castellano se traduce por PEDRO. Este hombre es el tipo acabado del verdadero apóstol.

De carácter vivo, impresionable, vehemente y animoso, unía en su alma la sinceridad y el sacrificio, con la valentía y la lealtad. Por repetidas ocasiones dió pruebas de su carácter como vemos en varios pasajes evangélicos.

Simón era natural del pueblo de Betsaida y desde su niñez se dedicó a la pesca. El mar con su inmensa belleza y con su tosca bravura formó el carácter de este hombre robusto de cuerpo y de alma delicada, avesado a la lucha, arrogante y presumido.

De poca instrucción, pues apenas había cursado algunos grados en la escuela de su pueblo, pero de ilustración práctica por el roce diario con diversas gentes en su negocio de pescador, era conocido y considerado por propios y ajenos. Seguramente chapurreaba el griego y el latín, fuera de su lengua materna, el arameo, que lo hablaba correctamente. Cuando ingresó al apostolado tenía más de cincuenta años de edad y era de estado casado. En su oficio no había logrado hacer fortuna, pero tampoco carecía su familia de lo necesario para una vida más o menos cómoda.

Poseía una delicadeza y cultura naturales, junto con una sensibilidad exquisita que le hicieron el discípulo más amado de Jesús y el más amante y decidido por su Maestro.

Desde la primera vez que le vió el Señor, le distinguió con muestras de cariño y después en la vida apostólica, siempre contaba con él para los actos íntimos y para las empresas de grande importancia.

Apóstol decidido y confiado en su Maestro, se lanza a andar sobre las aguas, yendo al encuentro del Señor. (Mat. XIV-29). -Discípulo convencido de la divinidad de Jesús, no tiene miedo de proclamar a voz en cuello: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". (Mat. XVI-16).

Amante de Jesús y resuelto a defenderle, cuando el Señor dice que tiene que sufrir mucho de parte de los escribas y fariseos y ser condenado a muerte, Pedro protesta diciendo: "Lejos de Tí, Señor, todos estos sufrimientos. Esto que dices, no te sucederá, por cierto, para eso estoy yo...." (Mat. XVI-22).

Entusiasta y activo, quiere levantar tres tiendas en la cima del Tabor, con tal de ver a su Señor siempre feliz y glorioso, sin importarle nada de su suerte; el se acomodará, como esclavo, a la puerta de la habitación de Jesús. (Mat. XVII-4). "Pedro hablo y dijo a Jesús: Señor, bueno es que nos quedemos aquí. Si quieres LEVANTARE aquí TRES tiendas...."

Todos sabían la confianza que tenía el Maestro con Pedro y por eso, al entrar a Cafarnaún

se acercaron al Apóstol los cobradores del tributo y le dijeron; "¿vuestro Maestro no paga el didracma?" -Respondió el discípulo: "sí, por cierto", con todo aplomo, y fué a contar el caso al Señor, quien, después de larga discusión con Pedro, le mandó a que consiguiese la moneda de manera milagrosa y pagase el impuesto. Pedro es el lugarteniente de Jesús en todo asunto. (Mat. XV11-24).

Los otros Apóstoles, en toda circunstancia pusieron a Pedro en primer lugar y muchas veces se valieron de él para pedir algo al Maestro. En la parábola del Mayordomo fiel y prudente, cuando los extraños se han ido, los discípulos quieren saber si Jesús aludía a ellos solos o a todo el auditorio; nadie se atreve a averiguar y todos se valen de Pedro, quien pregunta: "Señor, esta parábola la dices para nosotros, o para todos?" -Jesús le contesta delicadamente, dándole a entender que para ellos principalmente había dicho. (Luc. X11-41).

El grande afecto que Pedro tenía por Jesús está transparentado en aquellas palabras: "Aunque todos se escandalizaren de Tí, yo no". Y a pesar de que el Señor predice que Pedro le negará, el Apóstol insiste: "Aunque deba morir, yo iré contigo, jamás te negaré". (Marc. X1V-29-31). Desgraciadamente cayó en pecado aquella trágica noche, pero supo levantarse como valiente y reparar su culpa. En la oración del huerto, cuando Jesús vuelve a donde sus Apóstoles y les encuentra durmiendo en vez de acompañarle en su dolorosa plegaria, el Señor increpa a Pedro: "¿Simón duerme? ¿No pudiste velar conmigo una hora?" (Marc. X1V-37). No se refiere a los otros, porque en Pedro había fincado su

postrera esperanza. En realidad este Apóstol salió en defensa de su jefe, cortando la oreja a uno de los sayones que fueron a apresarle (Jn. XV111-10); siguió a Jesús conducido a los tribunales de Justicia (Jn. XV111-15); corrió al sepulcro a constatar la resurrección de su amado Maestro (Jn. XX-3). En una palabra, desde que deja la barca y las redes y sigue a Jesús, hasta que le ve resucitado y glorioso, Simón Pedro es siempre el mismo: alma de fuego, corazón encendido, voluntad resuelta, todo un hombre y toda una vida al servicio de Jesús.



-CI-

JUDAS

Judas Iscariote es el nombre del apóstol traicionero al Maestro que le eligió y le contó entre los doce para continuar su obra redentora, que no quiso corresponder al amor de predilección y se pasó al bando de los enemigos del Señor. Las listas de los Apóstoles que dan los tres Evangelistas, conservando los mismos nombres, varían el orden de nombres, pero todos citan en último lugar, a Judas Iscariote. Este era judío de nación y los otros once fueron galileos. (Mat. X-2-Marc. 111-16-Luc.VI-14).

Nació el TRAIADOR en el pueblo de Keriot, de donde le viene el sobrenombre. Fué hijo de Simón. (Jn. XI11-2). No hay datos precisos acerca de su elección al apostolado, pero se puede suponer que cuando Jesús le llamó, Judas correspondió al llamamiento con deseos de ser fervoroso y sincero discípulo. Los compañeros le honraron con el cargo de tesorero del colegio apostólico y en los primeros tiempos lo desempeñó muy bien, procurando a Jesús y a sus discípulos todos los menesteres de la vida.

Al fin de los tres años de la predicación evangélica cambió de ideas, de sentimientos y de carácter; no era ya el apóstol alegre, desinteresado, franco, amante al Maestro y a sus compañeros, sino que se dejó notar como hombre tacaño y celoso de los honores que rendían a Jesús los buenos amigos, como María de Mágdala; no comprendió el rasgo de delicadeza de esta mujer y por eso dijo:

“mejor hubiera sido vender este precioso unguento y su valor ingresar en caja, antes que desperdiciarlo en los pies del Maestro. (Jn. X11-5). Se hizo taimado e hipócrita en su trato diario, pasando como bueno, pues hasta el último acto de su traición es dar un beso al Maestro y aparentar a sus compañeros preguntando, como los otros: “seré yo”, cuando Jesús les dice: “uno de vosotros me está traicionando”. (Mat. XXVI-25-49). Las palabras de San Juan contra Judas son terribles: “era ladrón y como él tenía la bolsa, sustraía lo que se echaba en ella”. (X11-6).

El Padre Vilariño dice: “la primera vez en que Judas aparece ya pervertido es cuando Jesús pronunció el sermón del pan eucarístico. De los que murmuraron contra aquella misteriosa doctrina, es muy probable que el principal fuese Judas. De él debió salir aquella orgullosa censura: “Dura es esta doctrina” y a él aludía el Salvador cuando dirigiéndose a los doce les dijo: “También vosotros queréis iros?” -Y cuando San Pedro replicó: “A dónde iremos, Señor, si Tú solo tienes palabras de vida eterna?” Jesús exaló esta queja: “Yo he escogido a doce, pero ¿no es diablo uno de vosotros?” Diablo era Judas desde ese tiempo....

Dicen San Mateo y San Marcos que: “Judas desde la unción de Jesús en Betania, ya no penso sino en vender al Maestro y fué a pactar el negocio con los sumos sacerdotes y buscaba una ocasión para entregarle.... (XXVI-14-XIV-10). Esta ocasión encontró Judas en el huerto de Getsemaní a donde se retiró el Maestro después de la cena pascual; el traidor conocía perfectamente el lugar donde ora-

ba el Señor y no tuvo sino que separarse de sus compañeros con algún pretexto y ponerse en contacto con los enemigos para entregarles a la víctima, conforme a lo pactado.

San Juan señala en su Evangelio el momento en que salió el traidor para cumplir con su compromiso: "tomó el bocado que le dió Jesús y, con satanás en el cuerpo, salió.... (Jn. XI11-30).

San Mateo nos cuenta el fin que tuvo Judas: "viendo que había sido condenado a muerte Aquel a quién él entregó, fue acosado por el remordimiento y corrió a devolver las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes, diciendo: pequé entregando sangre nocente. Pero ellos dijeron: A nosotros que nos importa?, tú verás; entonces él, arrojó las monedas en el Templo y fué a ahorcarse". (XXVI1-3-5)

Seguramente, mientras Judas moría ahorcado con su misma mano, resonaba en su alma la última palabra que oyó de los labios de su dulce Maestro; "Amigo...." ¿Todavía era su amigo Jesús? -¿Cómo amigo podía perdonarle su crimen? ¿Invocó Judas al Amigo íntimo de más de dos años, en el último instante de vida, o se declaró enemigo eterno del Maestro....?

El mencionado Padre Vilariño pinta así la silueta de Judas: "Fué malo y el peor de los malos. Frío, no se dejó calentar con el extraordinario amor del Maestro. Interesado y calculador, ajustó el precio de la cabeza de su Señor. Mezquino, se contentó con treinta monedas. Doloso e hipócrita, encubrió su traición y pasó por apóstol hasta el último momento. Cobarde, no se atrevió a proceder cara a cara y

se valió de un beso, la más fina atención de amor, para la más negra de las infamias. Maldito, él mismo se dió la muerte más repugnante y asquerosa. Nunca existió ni más infame criminal, ni más infame verdugo, como lo fué el Iscariote....”

¿Se salvó Judas? -He aquí una pregunta sin respuesta. Casi todos creen que el apóstol traidor está en los infiernos, maldito para siempre.

Recordemos, sin embargo, lo que dijo Jesucristo acerca de la salvación eterna, cuando los apóstoles estaban “muy maravillados” de las palabras del Maestro sobre la dificultad de salvarse los malos ricos; el Señor terminó diciendo: “Para los hombres es esto imposible; mas para Dios todas las cosas son posibles”. -En otra ocasión dijo: “Muchos son los llamados y pocos los escogidos”. -“Muchos primeros en el mundo, serán últimos en la eternidad”. (Mat. XIX-24 a 26 a 30).



-CII-

PILATO

En tiempo de Jesucristo era Poncio Pilato procurador de Judea y con este título gobernaba todo la región. Residía de ordinario en Cesarea, a la orilla del mar, viviendo en el real palacio construido por Herodes el Grande; en las fiestas se trasladaba a Jerusalén y ocupaba la mansión de la Torre Antonia, que estaba unida al templo; desde este lugar se daba cuenta de todo movimiento y podía dominar cualquier alboroto.

En la Iglesia de San Juan de Letrán, en Roma, se conserva una escalinata de 28 gradas de mármol blanco, esta es una de las graderías o escaleras que servían de comunicación con las habitaciones altas del palacio; por ellas subió y bajó Jesús conducido como criminal por los soldados; la plataforma que seguía a la última grada de arriba se llamaba LITOSTROTOS, en griego o GABBATA en hebreo.

El nombre de Pilato era PONCIO, palabra patronímica de la familia Poncia, a la cual pertenecía. El Evangelio nos habla de la mujer o esposa de Pilato (Mat. XXVII-19) y la tradición dice que esta era Claudia Procla, emparentada con la familia patricia de Roma. Ella le mandó un recado a Pilato, indicándole que no se metiera en el asunto judicial de Jesús e hiciera todo lo posible para dejarle en libertad, porque era hombre justo, pues había tenido revelaciones en el sueño sobre este

asunto tan delicado para su marido. (Mat. XXVII-19).

Poncio Pilato era un gobernante de carácter débil y contemporizador; su afán era quedar bien con el Emperador y congraciarse con los jefes del pueblo judío; los escribas y fariseos que le conocían estaban seguros de que al fin y al cabo tenía que terminar por sentenciar a muerte a Jesús para no distanciarse con ellos y para adular a César; la acusación presentada, a eso tendía; "éste se hace hijo de Dios y es enemigo del emperador; prohíbe pagar el tributo..." (Jn. XIX-7-12).

El gobierno de Pilato fué una cadena de debilidades y cumplimientos, a lo cual le conducía su carácter, su talento corto y su escasa preparación intelectual. Moralmente, el Procurador romano era un hombrecillo de buen fondo; no le gustaba hacer el mal a nadie, aunque religiosamente considerado era escéptico y en lo espiritual un agnóstico.

La primera resolución judicial de Pilato nos da la medida de su cobardía y espíritu contemporizador: "Tomadle, pues, vosotros, y juzgadle según vuestras leyes", dice el Procurador de Roma a los sanedrinas que le presentan a Jesús, acusándole de malechor. (Jn. XVI-31).

La sentencia no fué menos cobarde y calculada: Pilato daba vueltas y revueltas buscando la manera de liberrar al acusado; repetidas veces había dicho que Jesús era inocente; creyendo contentar al populacho y salvar al acusado, ordenó la flagelación y presentó al Hombre-Dios convertido en rey de burlas. Nada movía a compasión a los enemigos del Señor que prefirieron la libertad de Barrabás y pe-

dían a gritos la crucifixión de Jesús y que, conociendo el lado flaco de Pilato, decían: "Si das libertad a éste, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey a sí mismo va contra el César". Ju. (XIX-1 a 12). Esto acabó de amilanar al cobarde Pilato. Temeroso de caer en desgracia del Emperador, perder el puesto y quedar de ridículo ante los judíos, tomó consigo a Jesús y le puso junto al solio que había hecho arreglar en el Litóstrotos o Gábbata y sentándose en el tribunal, pidió agua y delante del pueblo se lavó las manos, diciendo: "Yo soy inocente de la sangre de este justo.... y dió la sentencia de muerte contra Jesús". (Mat. XXV11-24-26). En este pasaje evangélico, en esta sentencia, en la confesión de la inocencia del acusado por parte del Juez que se lava las manos, está retratado vivamente el espíritu y el carácter de Poncio Pilato. Lo que él dijo de Jesús: "he aquí el hombre", podemos decir del cobarde Procurador romano que quiso salvar al Señor porque "no halló culpa alguna en El", pero que no pudo hacerlo por respeto humano y porque escrito estaba que de este hombre se valdrían los enemigos de Jesús para crucificarle; su nombre es tristemente célebre, porque todos repiten: "padeció bajo el poder de Poncio Pilato...." (Luc. XX111-22).



-CIII-

VIA CRUCIS

Pilato dió la sentencia de muerte contra Jesús y de muerte en cruz; así se safó de las molestias impertinentes de los escribas y fariseos que empujaban al pueblo a formar algazara; así quedó bien con Roma, coreando el grito judío: "No tenemos más rey que al César" (Jn. XIX-15) y, repitiendo: "Yo soy inocente de la sangre de este justo" (Mat. XXVII-24), quiso granjearse la voluntad del condenado a muerte, cuya divinidad reconocía, y librarse de justos castigos espirituales.

La cruz era un suplicio de muerte que los romanos usaban para castigar a los grandes criminales; era tan ignominioso este tormento que Cicerón llamaba "el mayor suplicio de los esclavos".

Los hebreos no condenaban a nadie a la muerte en cruz; para ellos el mayor y más ignominioso suplicio era la lapidación; así mataron a San Esteban y a tantos otros antes de él; según la ley mosaica, los adúlteros, los blasfemos, los enemigos de Jehová debían morir apedreados.

Con la dominación romana en Palestina se introdujo la pena de muerte en cruz, como el supremo castigo; pero a este suplicio no podía condenar sino el Gobernador romano.

Era forzoso al que iba a ser crucificado llevar su propia cruz al sitio del suplicio, recorriendo las principales calles de la ciudad, conducido por sayo-

nes y soldados y precedido por un pregonero que iba avisando, con trompeta, la causa del ajusticiado, para escarmiento de otros.

Había diversas clases de cruz, para este tormento; con relación a Jesús, la noticia evangélica, la tradición y la invención de la santa cruz, nos están indicando que el madero fué en la forma ordinaria en que se representa ahora; es decir una cruz formada por dos palos atravesados.

Jesucristo salió, pues, con la cruz a cuestas desde la Torre Antonia, donde estaba el Pretorio de Pilato, hasta el Calvario o Gólgota; el recorrido fué de un kilómetro y medio. Saliendo del Pretorio, siguió el camino por la principal calle de Jerusalén hasta los suburbios, donde tuvo que bajar y subir una calle muy accidentada que daba a la puerta judiciaria, para llegar a los muros y salir de la ciudad hacia el montículo llamado Gólgota, en hebreo, y Calvario, en latín.

Jesús estaba ayuno de toda comida desde la última cena del jueves, desangrado por el sudor en el huerto de Getsemaní y sobre todo por la flagelación, cansado por la mala noche y por los atropellos de que fué víctima en los tribunales, y, por lo mismo, apenas tenía fuerzas para caminar y son muy naturales las tres caídas que nos cuenta la tradición que tuvo Jesús con la cruz a cuestas, en el camino al Calvario.

Después de la primera caída, Jesús se encontró con su Madre, en la calle llamada, con razón, de la amargura. María Santísima no había visto a su Hijo divino desde la noche en que se separó de

El en el Cenáculo; al día siguiente tuvo noticia de la prisión de Jesús y le buscaba afanosa, pero las circunstancias no le aconsejaron hacerse presente; cuando ya los enemigos del Señor habían conseguido su intento, creyó la Virgen llegada la hora oportuna para acompañar a su hijo en la Pasión y se presentó como madre del ajusticiado y caminó juntos hasta el Gólgota y allí estuvo al pie de la Cruz. (Jn. XIX-25).

Aunque el Evangelio nada dice del doloroso encuentro de Jesús con su Madre en la calle de la amargura, ni de la delicada escena con la Verónica, la tradición nos ha conservado esos detalles admirables y sentimentales del camino al Calvario.

Iba Jesús a salir por la puerta judicial cuando apareció una mujer que se abrió paso entre la turba de soldados, verdugos y pueblo que rodeaba al Nazareno y se acercó con un lienzo, con el cual limpió el rostro ensangrentado del Señor; en cambio de su valerosa y santa acción, se llevó retratada la divina faz de Jesús en el blanco lienzo.

Dos episodios nos cuentan los Evangelistas en la VIA CRUCIS: la ayuda del Cirineo y el llanto de las mujeres de Jerusalén. (Marc. XV-21-Luc. XX111-27). El Salvador caminaba sudoroso y fatigado bajo el peso de la Cruz, empujado y arrastrado a veces por los verdugos, cuando apareció un campesino que se acercó por curiosidad a ver a quién conducían al cadalso; se encontró con el Rabí de Galilea, cuyos milagros había presenciado muchas veces; se compadeció de la víctima y algo dijo a los soldados, por lo cual éstos aprovecharon

la circunstancia para obligar a Simón Cirineo que ayudase a llevar la cruz hasta el Calvario.

Entre la gente que salía a ver la lúgubre procesión y que se atumultaba en las bocacalles apareció un grupo de mujeres que lloraban al ver pasar a Jesús en ese lastimoso estado; esta vez se detuvo el Señor y habló: "Jerosolimitanas, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos....." y siguió explicando el motivo, que era el mismo de sus profecías anteriores, a saber, la destrucción del Templo y de la ciudad, la dispersión y aniquilamiento del pueblo judío, los horripilantes sucesos del día del juicio universal....

Siguió adelante la fúnebre comitiva y llegó al término el VIA CRUCIS doloroso que terminó en el Gólgota,



-CIV- HISTORIA DE LA CRUCIFIXION

La vía dolorosa que recorrió Jesucristo, con la cruz acuestas, desde la Torre Antonia hasta el Calvario, es la misma que se ve ahora y que recorren los peregrinos cristianos que hacen el VIA CRUCIS, aunque en ciertas partes el terreno ha subido o ha bajado por las nuevas construcciones y en otras se ha cambiado el trayecto por la modernización de la ciudad.

Aún se señala en el camino el lugar en que se encontraron Madre e Hijo y el sitio en que la Verónica enjugó el rostro de Jesús y donde fué ayudado por el Cirineo.

El Calvario era un montículo de seis metros de altura y estaba cercano al jardín y sepulcro de José de Arimatea; todo está hoy día encerrado en una misma Iglesia, llamada la Basilica del Santo Sepulcro, en cuyo interior se halla el altar de la crucifixión, en el lugar donde fué levantada la cruz, y más allá está el sitio del sepulcro.

El montecillo donde fué crucificado Nuestro Señor se llamaba Gulgolet, en hebreo, y Calvaria, en latín, que en castellano significa CALAVERA. Este nombre le vino porque su figura era de una calavera o cráneo desprovisto de vegetación. Aunque algunos dicen que se le llamó así porque era el sitio destinado para dar muerte a los condenados a esta pena capital y por lo mismo, estaba lleno de calaveras y huesos. Otros van más lejos y dicen que

tomó su nombre desde la muerte del primer hombre, cuyo cadáver fué enterrado en el mismo sitio donde se levantó la cruz; a esta opinión obedece la costumbre de poner debajo del Crucifijo una calavera con canillas cruzadas, significando y uniendo la muerte que nos dió Adán y la vida que nos restauró Jesucristo.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que llegó Jesús con la cruz a la cima del Gólgota, y allí obligaron al Señor a tenderse sobre la cruz para clavarle pies y manos. En estas circunstancias se presentaron unas buenas gentes que tenían la costumbre laudable de dar a los reos una bebida narcótica para atenuar sus dolores y ofrecieron a Jesús un vaso de vino con hiel, dice San Mateo (XXV11-4); de vino con mirra, dice San Marcos (XV-23). No bebió el Redentor esta bebida aletargante. Sin más esperas, procedieron los verdugos a desnudar a Jesús de sus vestidos; por decencia permitíase al reo cubrir con un lienzo la parte sexual; el Hijo de Dios humanado, rodeó su cintura con un manto y se tendió en el madero; alargó sus brazos, y duros clavos atravesaron sus manos; extendió sus pies y fueron también clavados. Acerca del número de los clavos, se puede decir con certeza que fueron CUATRO, porque esta fué la primitiva tradición y está de acuerdo con la razón natural que discurre acerca de la fácil y conveniente manera de fijar los pies en la madera. No hay razón para pensar que la cruz llevara un soporte donde se apoyaran los pies del crucificado, si admitimos, de acuerdo con la tradición y costumbre romana, que este soporte estaba en el lugar donde se sentaba el cuerpo, para impedir el

desgarramiento de las manos; como las piernas de la víctima quedaban encogidas, fácilmente los pies pegaban al madero y eran sostenidos con sendos clavos.

Sujeto el cuerpo a la cruz, alzaban esta con picas y cuerdas hasta que cayese en el hoyo cabado de antemano. Así hicieron con la cruz del Redentor del mundo y quedó Jesús suspendido entre el cielo y la tierra, entre el hombre y Dios, en medio de otros dos malhechores y ladrones, siendo el de la mitad el bienhechor de la humanidad y el que robó e hizo violencia al Corazón de Dios para que perdonara los pecados del hombre.

Por lo que hace a la discrepancia entre San Marcos y San Juan acerca de la hora de la crucifixión, pues el uno dice: "era la hora de TERCIA" (XV-25), y el otro señala la hora de SEXTA (XIX-14), se puede compaginar teniendo en cuenta que Marcos computa las horas siguiendo la división del día en cuatro secciones, como acostumbraban los judíos, correspondiendo TERCIA de 9 a 12 m. y Juan cuenta la horas dividiendo el día en doce, de manera que SEXTA corresponde a medio día. En esta forma, el primer Evangelista señala la hora de la crucifixión al terminar tercia y el segundo al terminar la sexta, es decir, en ambos casos a las doce del día.

Hay que notar que San Juan en otras ocasiones hace la misma cuenta de horas; por ejemplo: dice que los primeros discípulos del Señor fueron y se quedaron con El ese día, a la hora décima, que corresponde a las 5 p.m. (Jn. 1-39) y que según San

Marcos sería la hora NONA. -Cuando Jesús se encontró con la Samaritana, dice Juan que era la hora sexta, es decir medio día. (Jn. 1V-6) -Contando la curación del hijo del cortesano dice San Juan que a la hora séptima le dejó la fiebre; esto es a la 1 p.m., que sería hora sexta de San Marcos. (Jn 1V-52). La crucifixión de Cristo Nuestro Señor fué pues de 12 a 3 p. m. y a esta hora murió, según San Marcos la hora de NONA (XV-34); lo mismo dice San Lucas (XX111-44) y según San Juan también la hora Nona, con la explicación de que según los dos Evangelistas citados NONA comenzaba a las tres de la tarde y según el tercero nona era las tres en punto del día.

La crucifixión comenzó a las doce del día y el Señor murió a las tres de la tarde. El descenso de la cruz y sepultura del cadáver tuvieron lugar de cinco a seis de la tarde, según dice San Mateo: "entrada la tarde". (Mat. XXV11-57).



-CV-

DOLORES EXTERNOS

Con la prisión de Jesús en el huerto de Getsemani principia su pasión dolorosa. El Señor comenzó a sentir los dolores en todo su cuerpo; porque fueron atormentados todos sus miembros, sin quedar parte sin dolor, "desde la coronilla de su cabeza hasta la punta de sus pies".

El primero en poner sus manos sobre Jesús fué un tal Malco, criado de Caifás, a quien Pedro cortó la oreja, en defensa de su Maestro, quien, además de curar la herida con un milagro, ordenó al Apóstol que envainara su espada.

A la turba de gente armada que de seguida apresó al Señor, dijo: "Como si fuera un criminal habéis venido con espadas y palos a prenderme, sin embargo todos los días he estado en medio de vosotros y nada me habéis hecho. Aprovechad, pues de esta hora que es vuestra y del poder del infierno" (Luc XX11-52) y diciendo esto se entregó a sus enemigos que le ataron con cuerdas y le condujeron a casa de Anás y de Caifás. Atormentado en manos, pies y cintura tuvo Jesús que volver a atravesar gran parte del torrente Cedrón y subir la áspera pendiente escalonada que trepaba a la ciudad.

Al comparecer Jesús, a altas horas de la noche, ante Caifás, este quiso escudriñar la doctrina del galileo, presunto seductor de multitudes. Preguntó a Jesús acerca de sus enseñanzas y de sus discípulos; la respuesta no se dejó esperar: "Siempre he hablado claramente en el Templo y en las Sinagogas;

nada he dicho en secreto; todos me han oído y me han visto; pregunta, pues, a los que han escuchado y han visto todo". -Ante esta respuesta categórica, nada tuvo que decir el Pontífice, pero no faltó el criado adúlón que queriendo hacer méritos ante su amo, dió una bofetada a Jesús en su rostro, diciendo: "¿Así respondes al Sumo Sacerdote?" El Señor sintió el dolor externo del golpe y dijo: "Si he hablado mal, demuestra; si he dicho bien, por qué me hieres?" (Jn. XVI11-19).

Como era avanzada la noche, Caifás postergó el juicio para el día siguiente ante el Sanedrín reunido y abandonó a Jesús en manos de aquellos soldados y criados incultos y asalariados, que le llevaron al sótano del palacio, hasta que amaneciese. Esa turba canalla pasó la noche cebándose en el Señor, a quien le convirtieron en rey de burla; vendado los ojos le escupían, abofeteaban, le tiraban de los cabellos y barba, diciéndole: ¿"adivina quién te ha pegado?" (Mat. XXVI-67).

Conducido ante Pilato, sufrió Jesús los dolores externos de la flagelación y coronación de espinas. El cobarde representante de Roma quiso salvar al acusado, convencido de su inocencia e inculpabilidad, y pensando congraciarse con los fariseos antes de libertar a la víctima, ordenó que fuera azótado. (Jn. IX-1). Terrible era este tormento y equiparado a la muerte, pues, muchos habían expirado entre los tormentos y dolores de la flagelación, pena reservada para los esclavos y peores criminales. Se aplicaban los azotes con látigos provistos de cadenillas de hierro que terminaban en bolas del mismo metal o en garfios. La carne herida por aquel látigo se hin-

chaba, saltaba en pedazos y se descubrían los huesos. Estos mortales dolores padeció Jesús atado a una columna, con su cuerpo desnudo. Cansados de flagelarle y temerosos de que muriera, pensaron los sayones la manera de seguir divirtiéndose hasta el día siguiente con la víctima encomendada a su cruel cuidado; le coronaron como rey de los judíos, para lo cual tejieron una corona con espinas punzantes y claváronla en las sienas sacrosantas del Señor. (Mat. XXVII-29).

En la mañana del siguiente día, el Sanedrín condenó a Jesús a muerte de cruz y Pilato ratificó la inicua sentencia. La crucifixión era la más terrible de las penas, aplicada a la gente vil; al condenado a este tormento le era forzoso llevar a costas el madero de la cruz hasta el lugar del suplicio. Así hicieron con Jesús, quién cargado con la cruz, cayendo y levantando, dejando gotas de sangre en el camino, fué desde el pretorio del Procurador hasta el Gólgota. Aquí sufrió el Señor los dolores externos más atroces y horripilantes. Los verdugos hicieron extender a Jesús sobre la cruz, en tierra, y sujetaron las manos clavándolas en el madero travesaño y luego clavaron los pies en el otro madero. Los músculos y tendones tan delicados de las manos y pies fueron horadados por los gruesos clavos que a martillazos entraban en la carne y en la madera.

Acto seguido, los soldados y sayones, ayudados por los fariseos y otros enemigos de Jesús, levantaron a fuerza la cruz y la hicieron llegar hasta el borde del hoyo que debía sostenerle levantada; allí cayó pesadamente, sacudiendo y haciendo crujir

de dolor el cuerpo de Jesús, los clavos desgarraron más las heridas de manos y pies; las llagas de la flagelación se abrieron y se dislocaron los huesos. Se había consumado con el Señor el más horrible y doloroso de los suplicios; tres horas largas pasó Jesús crucificado, sufriendo acerbos dolores en su cuerpo, hasta el momento de su muerte.



-CVI- LOS DOLORES INTERNOS DE CRISTO

Ua bien cerrada la noche Jesús salió del Cenáculo con sus once apóstoles y se dirigió hacia el huerto de Getsemaní, lugar situado al pie del monte Olivete, a la orilla del torrente Cedrón y donde se retiraba con frecuencia a orar. Aún ahora se contempla algunos olivos milenarios que seguramente fueron testigos de la oración, en la cual Jesús comenzó la serie de dolores internos que atormentaron su alma y que, por lo mismo, fueron más dolorosos que los tormentos del cuerpo.

Las últimas excavaciones han dado con la calle, en gradería, que en tiempo del Señor conducía desde el Cenáculo hasta Getsemaní. Probablemente salió Jesús de la ciudad por la puerta llamada de las Aguas, pasó el hondo barranco del torrente Cedrón y llegó al huerto de los Olivos, donde se internó con los apóstoles más íntimos, los mismos que presenciaron su Transfiguración en el Tabor: Pedro, Juan y Santiago. Una infinita tristeza, una angustia mortal, una agonía espiritual se apoderó del Señor hasta hacerle exclamar: "Mi alma está triste como de muerte" y "Padre mío: pase de mí este cáliz de dolor". (Mat. XXVI-38). -En el espíritu de Jesús se proyectó la enormidad del crimen deícida que se iba a cometer. Vió el Señor en sus mínimos detalles la horripilante pasión y muerte que le esperaba. En su mente desfilaron las generaciones humanas, indife-

rentes e ingratas a tanto sacrificio. El alma de Cristo se sintió desamparada de todos y hasta de su Padre Eterno e inconcebibles dolores la torturaban.

Estos tormentos crecieron con la indiferencia de sus tres escogidos que en vez de acompañar al maestro, dormían tránquilamente, y creció de punto cuando vió Jesús al otro apóstol que venía encabezando la horda enemiga. Aún estaba hablando el Señor con sus discípulos, medio soñolientos, cuando llegó al huerto Judas, al frente de una turba de gente armada con espadas, lazos y palos, enviada por el Sanedrín para apresar a Jesús. -Judas que ya conocía bien aquel lugar frecuentado por el Maestro a quien acompañó algunas veces en su retiro, se adelantó a dar la señal convenida; saludó a Jesús con un beso. La negra traición estaba terminada; ese beso repercutió en el Corazón de Cristo y conmovió dolorosamente su espíritu.

Quedó el Señor en manos de aquellos foragidos; todos sus discípulos, sobrecogidos de pánico, huyeron y abandonaron al Maestro, preso entre grillos y cadenas y conducido a los tribunales como criminal. En el palacio de Caifás sufrió Jesús en su alma la triple negación de Pedro, del Jefe del apostolado, del que tantas veces le había jurado amor eterno y morir antes que traicionarle.

El Evangelio nos cuenta la tragedia: entró Pedro al atrio de los criados, que, sentados al rededor de una llama, se calentaban, cuando la portera de palacio se fijó en él y le lanzó la pregunta: "¿Tú también eres de los discípulos de ese hombre?"

-“No soy”, respondió Pedro, resueltamente, asustado por tan inesperada pregunta y pensando zafarse; pero la sirvienta clavó la mirada en el interrogado y afirmándose en su sospecha, dijo: “Tú andabas con Jesús Nazareno; yo te he visto”. -Pedro con voz desconcertada, contestó: “Mujer, no conozco a ese hombre; ni entiendo lo que me dices, ni sé de qué se trata”, y se escabulló como quien buscaba a alguien para otros asuntos. Se quedó algo separado de la turba y estaba pensando en lo acontecido, cuando otra criada que estaba mirando su actitud, dijo a sus compañeros, señalando a Pedro con el dedo: “También éste estaba con el Galileo”. -Pedro, perdió la moral y rápidamente dijo: “Por Jehová, yo no conozco a ese hombre” y para disimular su actitud y despistar a los que le veían, se confundió entre los que se calentaban y se hizo el despreocupado. Después de un momento de silencio saltó una voz diciendo: “En realidad, tú también eras discípulo de Jesús Nazareno; con El andabas.” -No, hombre, dijo Pedro y quiso salirse del círculo, cuando otro dijo: “Sí, tú eres de esos; hasta tu modo de hablar te delata; eres galileo, como ese”. Quiso defenderse Pedro, cuando un tercero, dijo: “Acaso no te ví yo mismo en el huerto con Jesús?” -Pedro, completamente turbado y no buscando sino una salida de esa reunión, dijo con juramento: “Por lo más sagrado os digo que no sé de qué se trata; ni conozco a ese Jesús; jamás he estado con El”. Mientras Pedro juraba y perjuraba para defenderse, todos volvieron la cabeza para ver al ajusticiado que pasaba entre soldados de la sala del juicio a la prisión. Pedro quiso disimular hasta el último y

también dirigió sus ojos al tumulto, pero se encontró con los ojos del Maestro que le dijeron muchas cosas; en esos divinos ojos vió el apóstol cobarde el alma y el corazón de su Señor hechos añicos de dolor por la ingratitud del predilecto.

No pudo resistir tales miradas y aprovechando del alboroto de la gente, escabullose y salió del palacio. (Luc. 54 a 62).



-CVII- TORTURAS DEL ALMA

JESUS CONDENADO POR EL SANEDRIN.
(Luc. XXII-66).

El Sanedrín se reunió muy por la mañana del día siguiente a la prisión de Jesús. En sesión extraordinaria, presidida por el Sumo Sacerdote, juzgó la causa presentada contra el Rabi de Galilea. No podía sentenciar a muerte al acusado, sino solamente investigar y fallar sobre el delito que merecía esa pena, para acudir al procurador romano a que se le impusiera. Urgía, pues, encontrar acusaciones graves contra Jesús y testigos que acreditasen.

Para la sentencia de muerte era necesaria la prueba de algún delito político o religioso gravísimo, el cual no había contra Jesús. Los Sanedritas buscaron testigos que acusaran al Maestro de haber dicho que "destruiría el Templo y lo reedificaría en tres días", pero, estudiado el caso, encontraron que iba a fallar el propósito de los enemigos del Señor, porque no había motivo para condenación a muerte. El Sanedrín estaba impaciente sin poder llegar pronto al fin preconcebido; el Presidente pensó en seguir otro camino y preguntó a Jesús si era Hijo de Dios. Respondió afirmativamente el Rabi, lo cual encausó el asunto. Jesús era un blasfemo y el Sanedrín ya no necesitaba otra acusación, ni testigos. Todos los congresistas exclamaron: "Reo es de muerte" y terminó el juicio. Cuánto sufriría Jesús al verse juzgado por sus enemigos y declara-

do reo de muerte por la declaración de una verdad! su espíritu estaba torturado moralmente.

JESUS SENTENCIADO A MUERTE.-

(Luc. XXI11- 1 a 26).

Terminado el juzgamiento del Sanedrín con la farsa y escándalo del Sumo Pontífice que rasgó sus vestiduras, gritando: "Este ha blasfemado", se le remitió a Jesús maniatado y custodiado al palacio de Pilato, Procurador romano, para que la sentencia de muerte fuera legalizada por la autoridad civil. Los fariseos fueron después, como que nada tenían que ver en [la causa, presentándola como popular; por detrás instigaban al populacho asalariado que llevaba la consigna de arrancar a todo trance la sentencia de muerte. Cuando Pilato dijo: "juzgadle vosotros como queráis", respondió la gentuza: "a nosotros no nos está permitido condenar a muerte". -Como para interesar al representante del Emperador en contra del acusado era preciso dar carácter político a las acusaciones, dijeron: "hemos hallado a este hombre revolviendo al país e incitando a la rebelión contra el César, diciendo que él es Rey y Mesías".

Pilato ya tuvo que interrogar a Jesús y drásticamente le preguntó: "¿Tú eres el rey de los judíos?" -"Soy Rey, contestó Jesús, pero mi reino no es de este mundo..." Siguió hablando Jesús de la verdad, de su realeza divina, de sus servidores..., asuntos ininteligibles para el Procurador de Roma, quien supuso que el acusado era mejor un loco, para zafarse de apuros, sabiendo que era galileo, le remitió a Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea, pero después de poco tiempo el acusado volvió a su tri-

bunal, porque nada pudo hacer Herodes ante el silencio de Jesús. Regresó el Señor vestido con un manto de escarnio, como un infeliz mentecato, en medio de las mofas y risotadas burlonas de la soldadesca. El Corazón de Cristo estaba despedazado de dolor y su alma lacerada atrozmente...

Informado Pilato de lo acontecido en el tribunal de Herodes y resuelto a dar libertad al preso, porque no había motivo para condenarle a muerte, dijo a los sanedritas, que le iba a castigar y soltarle. Recordó la costumbre romana y judía de dar libertad a un preso con motivo de la Pascua y pensó que poniendo en parangón a Jesús con un famoso criminal llamado Barrabás, la ocasión era propicia para que los mismos enemigos de Cristo prefiriesen la libertad de éste antes que la del terrible ladrón y homicida. Propuso la cuestión el Procurador, pero con tan mala suerte que no se libró de tan enojosa situación, porque el populacho, instigado por los sanedritas, prefirieron la libertad de Barrabás y pidieron la muerte para Jesús, gritando: "crucifícale, crucifícale".

ECCE HOMO. -(Jn. XIX-4 a 16).

Todavía creía Pilato que podía salvar al acusado aplacando la ira de los escribas, fariseos y demás enemigos de Jesús, presentándole azotado, coronado de espinas, escupido, abofeteado, hecho rey de burlas, convertido en un mar de llagas sangrantes. "Ecce Homo", "mirad al pobre hombre", dijo Pilato, mostrando a Jesús al pueblo, ya no se le puede castigar más y no es culpable de muerte.

No previó el Procurador el desenlace, porque

el corazón más duro se hubiera conmovido a la vista de un hombre tan maltratado, pero el alma farisea no conocía la compasión y no daría tregua hasta conseguir su intento. Nuevamente gritaron los desalmados: "crucifícale, crucifícale". "Según nuestra ley, éste debe morir porque se ha hecho hijo de Dios". "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos..." Ante tanta insistencia sucumbió el cobarde Juez y a medio día del viernes dictó sentencia de muerte contra el inocente Jesús, que tenía su espíritu torturado con infinito dolor moral.



-CVIII- SIETE PALABRAS

PPRIMERA: "Padre, perdónales, porque no saben lo que están haciendo". (Mat. XXVII-39)

Entre un mar de gente apiñada, aparecía colgado de la cruz el Rabí de Galilea; cerca de El estaban los más curiosos y los mayores enemigos; los unos esperando ver en que paraba el asunto contra el famoso Taumaturgo de Judea y los otros satisfechos de haber hecho callar para siempre a su adversario; lejos, como dice San Lucas, estaban los amigos del Maestro. El pueblo amotinado veía a Jesús y a quienes le hicieron crucificar, a sus instigadores, a los escribas y fariseos. Estos todavía no se habían cansado de insultar a la víctima de su odio y le oprobaban diciendo: "Nazareno: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.... Si eres el Rey de Israel, sálvate a tí mismo.... En favor de otros has hecho milagros, pues, haz uno para tí y creeremos..." Jesús callaba y con el silencio contestaba a las sátiras e insultos.... Como seguían las burlas blasfemas, no pudo callar más el divino Mártir y habló. Cuando vieron los enemigos que abría sus labios y levantaba sus ojos al Cielo, temblaron y quisieron huir. En medio del silencio resonó la voz suplicante de Cristo Crucificado, pidiendo perdón y misericordia para el pueblo deicida.

SEGUNDA: (Marc. XV-32). Dimas y Gestas se llamaron los dos ladrones crucificados con el Señor. Ambos coreaban y se hacían eco de los insultos públicos al Rabí; ambos callaron cuando habló el

Galileo, pero oyendo que no hacía sino pedir perdón, Gestas continuó blasfemando: "Si Tú eres el Cristo, sálvate y sálvanos". Dimas cambió la súplica sarcástica por la oración humilde; la súplica de Jesús al Padre, le impresionó y comprendió que verdaderamente era Hijo de Dios. "Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino", dijo avergonzado y mirando con temor al Nazareno, quien no tardó en contestarle con voz fuerte y tono de seguridad: "En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el cielo".

TERCERA: "Ecce mater tua". -(Jn XIX-25). He ahí a vuestra madre, nos dijo Jesús a los hombres del pasado, del presente y del futuro, dándonos como tal a su misma Madre, la Virgen Dolorosa. Esa Virgen que tiene lágrimas cuajadas en sus ojos, y mejillas surcadas por la tristeza; que sostiene en sus manos los clavos y la corona de espinas; esa Mujer fuerte que estuvo de pie junto a la cruz; esa Virgen cuya imagen miró con predilección al Ecuador en la noche del 20 de Abril de 1906. A Ella, a la Dolorosa, nos dió Jesucristo por Madre a todos, justos y pecadores, ricos y pobres, nobles y plebeyos, felices y desgraciados, huérfanos o acompañados, a todos, porque por todos murió Cristo en la cruz. Los ojos de María, desde el primer viernes santo siguen mirando a la humanidad con miradas maternales, porque así le ordenó su Hijo divino.

CUARTA: -(Marc. XV-33). -Veíase Jesús en el Calvario como el náufrago en medio de la inmensidad del océano; perdido entre los tumbos de olas y en la oscuridad del horizonte; abandonado de todos; sin esperanzas y cansado de luchar contra un mar bra-

vío. El alma de Cristo sufría más que su cuerpo; tenía oprimido el pecho y estrechado el corazón divino. Temblando de horror y cansado del hastío espiritual, dirigió una súplica; resonó una gran voz desesperada, pidiendo socorro al Ser Supremo: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me tienes abandonado?

QUINTA: -La sed atormentaba a Jesús; sed material porque había derramado tanta sangre; sed moral, sed de almas porque era Redentor. Su petición al decir: "tengo sed" fué escuchada por los soldados romanos, pero no sirvió sino para nuevas burlas y mayores tormentos. (Jn, XIX-28).

SEXTA Y SEPTIMA: (Jn. XIX-30-Luc XX111-46). "He cumplido mi misión", "Padre mío: en tus manos encomiendo mi espíritu". Estas dos últimas palabras las dijo Jesús después de un largo tiempo de silencio, en el cual se entregó a la contemplación de su obra redentora.

Con el agua y el vinagre que presentó al Señor un soldado compadecido de su sed, se cumplieron todas las profecías acerca del Mesías; nada faltaba por hacerse sino esperar la hora marcada en el reloj de la Providencia para que Cristo expirase. Cuando ya todos los que habían quedado en el Calvario estaban distraídos y cansados, cuando Dimas y Gestas no exhalaban sino largos quejidos que nadie hacía caso, porque eran los últimos para morir, el divino Crucificado volvió de su éxtasis y con voz serena entregó la obra confiada por su Padre; todo esta hecho; la humanidad está redimida; dijo pausadamente el Redentor, y ahora, Dios mío, recibe mi espíritu en tus manos, como el sello de tu reconciliación con el pecador.

El Espíritu de Dios voló por los espacios del universo y el espíritu del hombre quedó purificado.

“Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en El, no perezcan, sino que alcancen vida eterna. Pues el Hijo de Dios vino al mundo no para condenarlo, sino para que por su medio el mundo se salve”. (Jn. 11-16 y 17).



-CIX- EL CORAZON ABIERTO

La naturaleza no pudo, no debió quedar impávida cuando moría Dios hecho Hombre y, por lo mismo, no llaman la atención los sucesos que nos cuenta el Evangelio que acompañaron a la muerte de Jesucristo, Creador y Conservador del universo. "Se oscureció el sol, tembló la tierra y se rompieron las rocas; el velo del Templo se rasgó en dos partes; se abrieron los sepulcros y muchos muertos resucitaron..." (Mat. XXVII-51).

El Padre Eterno notificó con un cataclismo la muerte de su Hijo; eso significaron los fenómenos de la naturaleza en la muerte de Jesús.

Estos sucesos produjeron una excitación grande en los que se hallaban reunidos junto a la cruz, pues, aquellos fenómenos del mundo material hablaban de algo espiritual; fuerzas sobrenaturales movían la tierra; el cielo influía para cambiar el curso del universo.

Todo significaba que acababa de morir un ser superhumano; así entendieron el Centurión y las otras personas que cita el Evangelio: "El Centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron miedo y decían: "Verdaderamente éste era Hijo de Dios". Y todo el gentío que presenciaba el espectáculo y veía lo que pasaba, se volvía a la ciudad dándose golpes en el pecho..." (Luc. XXI-47).

Según costumbre de los judíos, los ajusticiados

debían ser enterrados inmediatamente; además el sábado era la gran fiesta pascual y convenía quitar todo motivo fúnebre; también los fariseos tenían sumo interés en hacer desaparecer lo antes posible toda huella del Rabí Galileo, por lo cual compareció una comisión ante Pilato para pedirle que ordenara se retiraran los cadáveres de la colina Gulgolet.

San Juan, como testigo presencial cuenta lo que sucedió: "Como el viernes era la preparación a la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz durante el sábado -porque era un día grande aquel sábado- los judíos pidieron a Pilato que se les quebrasen las piernas a los crucificados y los retirasen. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero, y luego del otro que fué crucificado con Jesús. Mas llegando a El y viendo que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, pero uno de los soldados le abrió EL COSTADO con una lanza, y al instante salió sangre y agua. -El que vió esto, da testimonio, y su testimonio es verdadero; el sabe que dice verdad a fin de que crean todos..." (Jn. XIX-31 a 36).

Como vemos, la orden de Pilato era terminante; los soldados debían cerciorarse de la muerte de los ajusticiados. Los dos ladrones tal vez estaban todavía semi-vivos; el robador de almas y corazones estaba envuelto en la calma de la muerte, pero para comprobar la verdad de lo que veían y estar completamente seguros de que la rigidez del cuerpo de Cristo era la cadavérica, el jefe del pelotón de soldados, alzó la lanza y metió la punta por el lado izquierdo del pecho y llegó hasta el Corazón de Jesús; abierto el costado y herido el corazón, salió sangre

y agua; salpicaron las últimas gotas de la sangre redentora, para hacer el último milagro y producir la última conversión espiritual por medio de la materia inerte.

Con esa lanzada quedó abierto ese corazón divino hecho para amar a la humanidad y para recibir el amor de los hombres. Abrió el soldado ese Corazón, dice San Agustín, para que quedase abierta una puerta de vida, puesto que del corazón de Jesús nacen los sacramentos que nos dan vida espiritual.

La devoción al Corazón de Jesús tuvo su principio en la tarde del viernes santo y Jesucristo pudo decir a Santa Margarita de Alacoque: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres..." basándose en la lanzada que abrió su pecho y descubrió su corazón.

Respecto al milagro que produjo el brote de esa "sangre y agua" dice: "Ese soldado llamábase Longinos; tenía sus ojos enfermos y esa sangre y agua llegaron hasta él y le sanaron repentinamente. Desde ese momento el soldado creyó en Cristo y murió después mártir de su fe en el Crucificado, cuyo costado abrió hasta llegar al Corazón..."

Después aconteció lo que cuenta San Mateo, acerca del descendimiento del cadáver divino, de su santa sepultura y de la fobia de los enemigos que temían a Jesús hasta después de muerto y sepultado: "El sábado, los fariseos y sacerdotes se reunieron y fueron donde Pilato y le dijeron: recordamos que aquel impostor dijo: resucitaré al tercer día de mi muerte; manda, pues, que el sepulcro

sea guardado con soldados no sea que sus discípulos roben el cadáver y digan al pueblo que ha resucitado. Pilato les dijo: ahí esta la guardia; id y arreglad la custodia del sepulcro como queráis. Los fariseos aseguraron el sitio de la sepultura con guardia armada, después de haber sellado la piedra sepulcral...." (Mat. XXV11-62 a 66).



-CX-

TESTIMONIOS

San Juan narra lo que dijeron los samaritanos acerca de Jesús, con una sencillez propia de un historiador: "nosotros mismo le hemos visto y le hemos oído, y hemos conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo", son las palabras de los enemigos de judíos y galileos, y que, por lo mismo, tenían prejuicios y animadversión contra el Rabí Nazareno, pero que no pudieron ocultar sus sentimientos ante la mujer de Sicar que les ponderaba la personalidad del profeta galileo, a quien consideraba ella como el Mesías o Cristo. (Jn- IV-28-42). El testimonio de los samaritanos es el mismo, o mejor dicho, fué confirmado por el Centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, quienes, visto el terremoto y las cosas que sucedían cuando el Salvador moría, repetían: "Verdaderamente éste era Hijo de Dios". (Mat. XXV11-54).

Lo que sucedió a la hora de la muerte de Cristo fué extraordinario; fué el testimonio de la naturaleza que manifestaba su sentimiento cuando dejó de existir el Creador. La tierra se cubrió de tinieblas y tembló. Se partieron las rocas. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. (Mat. XXV11 45-52).

Los muertos que volvieron a la vida dieron testimonio de la divinidad del Salvador. Vinieron a la ciudad santa, se aparecieron a muchos y declararon que el Crucificado era el Cristo, Hijo de Dios vivo. (Mat. XXV11-53).

Los mismos enemigos de Jesús, los sacerdotes, los escribas, los fariseos, con sus insultos sarcásticos estaban dando testimonio de quién era Jesucristo. Decían: "Tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, que tu Padre te salve ahora".

Eso mismo le echaban en cara, aún los ladrones que estaban crucificados con Jesús. Los soldados romanos insultaban a Cristo diciendo: "Si tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo". Muchos del pueblo repetían irónicamente: "Si éste es el Cristo, el ungido de Dios, el Mesías, sálvese a sí mismo, como ha salvado a otros." (Mat. XXVII - 39 a 44 - Luc. XXIII - 35 a 38).

Estas mismas blasfemias de los que crucificaron a Jesús y estaban esperando su muerte, eran testimonios en favor de Cristo, porque recordaban sus palabras y obras divinas. Su testimonio quedó sellado eternamente cuando los mismos que insultaban a Cristo, al presenciar el cataclismo universal y al ver al sol que se cubría con el manto de la oscuridad antes del ocaso, decían: "Verdaderamente este hombre era Dios". Todo aquel concurso de los que se hallaban presentes presenciando el espectáculo de la muerte de Jesús, se volvían a sus casas dándose golpes de pecho y diciendo: "este hombre era justo". (Mat- XXVII-54 - Luc. XXIII-47-48).

Mayores testimonios acerca de la personalidad de Cristo y de su misión de Salvador, no se pueden esperar. Pero hay uno que es como la firma y rúbrica puestas por Dios en su obra redentora y es la resurrección de Jesús.

A pesar de la trágica convulsión de la naturaleza toda, que acompañó a la muerte de Cristo, no hay duda que la noche del viernes al sábado fué triunfal para los sanedritas que gozaron en su cena pascual recordando que el Rabí y Taumaturgo galileo estaba muerto y sepultado. En medio de su alegría, una ráfaga de temor embargaba su alma. Jesús había dicho: "Así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches; así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra." (Mat. X12-40).

En otra ocasión profetizó: "El Hijo del hombre ha de ser entregado a los sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido, azotado y crucificado, pero resucitará al tercer día". (Mat. XX-18).

Estas palabras resonaban en el alma acongojada de los enemigos del Señor Crucificado y, a pesar de todas las tramas tomadas para impedir su realización, resucitó al tercer día, sellando así el cúmulo de testimonios que probaban su misión de Salvador y que en verdad "era Hijo de Dios", como atestiguó el Centurión. (Mat. XXV11-54).

Al mismo tiempo que expiró Jesús, el velo del Templo de Jerusalén se rasgó en dos partes, de arriba abajo, testimoniando también que el muerto era el Hijo de Dios, y que terminaba la antigua alianza de Jehová con el pueblo israelita y comenzaba la nueva de Jesucristo con todo el mundo. (Marc. XV-38).



-CXI- SABADO SANTO

Junto al sitio de la crucifixión, al pie del Calvario, fué puesto el cadáver del Señor, en un sepulcro nuevo que tenía José de Arimatea. (Jn. XIX-41). La Madre Dolorosa presenció el amortajamiento y la sepultura de su Hijo; puso el sudario en la faz del difunto y se despidió con un beso y una mirada brotados del corazón. Acompañada de Juan y de los santos varones que hicieron todo en el entierro, seguida de las mujeres que estuvieron al pie de la cruz, llegó María al Cenáculo, a aquella casa en que la noche del jueves anterior habían estado con Jesús. La comitiva no hizo sino entregarse al llanto y a recordar las palabras y acciones del divino muerto. Así transcurrió la negra noche del viernes y clareó la tímida aurora del sábado; salió el sol envuelto en nubes grises, sin querer mostrarse a la ciudad deicida que estaba de fiesta; era el gran sábado de pascua para los judíos, pero para la Virgen Madre y para los discípulos del Crucificado era el sábado de dolor y de lágrimas. Uno tras otro iban apareciendo en Jerusalén los Apóstoles y temerosos se metían en el Cenáculo; se reunieron todos, menos el traidor, y cada uno pedía disculpas a María por su proceder cobarde, comentaban la huida y dispersión; averiguaban el fin del Maestro; recordaban sus palabras relativas a la resurrección y entre sollozos y esperanzas veían pasar las horas de ese día aciago.

Sábado santo, día de duelo en el Cenáculo; día

de luto para los parientes y amigos de Jesús; día de fiesta para los enemigos del divino Rabí, quienes por fin se veían libres de su persona, de sus milagros, de sus palabras que tanto les fastidiaba, porque la verdad amarga el alma, porque ante los hechos no hay réplica y porque la luz hiere a quienes se arrastran en el fango. Pero los fariseos que se daban de guardadores del descanso sabatino y que prohibían a la gente del pueblo hasta el trabajo necesario para la vida y hasta la curación al enfermo, no tuvieron escrúpulo de madrugar al sepulcro del Nazareno para asegurarlo no solamente con la piedra acostumbrada, sino también con cuerdas, con sellos y con arcilla, de manera que después de un trabajo intenso, regresaron a guardar el sábado pascual, seguros ya de que el cadáver no podía ser raptado sin que ellos lo supieran; los guardias veían quienes rompían la tapa sepulcral y denunciarían al Sanedrín, para levantar el sumario respectivo y probar el fraude de la resurrección esperada por los discípulos del Crucificado.

Mientras los buenos lloraban la pérdida de Jesús, los malos se alegraban viéndose libres del peligroso Mesías; mientras los unos encontraban lenitivo en su pesar, recordando la promesa de la resurrección al tercer día, los otros maniobraban todo lo conducente a impedir que se dijera que el Maestro había resucitado. (Jn. 11-18 a 22).

Esto pasaba en la tierra, en Jerusalén; pero en el planeta de la eternidad, en la antesala del Cielo, en el Limbo, o lugar donde estaban las almas de los justos desde Adán, penitente, hasta Di-

mas arrepentido, era el sábadó santo día de gloria, porque el alma de Cristo iluminó ese lugar con claridades celestiales, con gozos de paraíso, con clarinadas de victoria y toques de triunfo.

Pero volvamos a la soledad de María, sin su Hijo, a ese sábadó saturado de dolor para la Madre; de esa soledad, de ese sábadó, de esa Madre dolorosa, ha dicho poéticamente el Padre Amoroso, religioso oblato: "Como las aguas van a parar en el mar, la inmensidad sin límites de dolores del Redentor, concéntrase en el pecho de María... En ese corazón gime la elegía de la despedida tierna del Señor, entonada junto a la Cena eucarística; en ese corazón vibran las tristezas del huerto de Getsemani; en ese corazón chorrea el cáliz colmado de amarguras, apurado por voluntad del Padre celestial; en ese corazón se agita la tempestad de la traición de Judas, escondida tras la falsedad de un ósculo; en ese corazón estalla aquel grito blasfemo del populacho ebrio de sangre divina: ¡crucifícale, crucifícale! Grito deicida. En ese corazón flota, como una isla en las soledades del mar, el ECCE HOMO, hecho oprobio de los hombres... Dentro del Corazón de María está lo infinito de todos los tormentos de un Dios: los golpes de la crucifixión, los escarnios de los verdugos, la muerte, la soledad de la Cruz, la soledad de la noche, la soledad de un cadáver entre los brazos de la madre. La soledad de un Dios muerto y la soledad de todas las soledades de las almas, son las que siente el Co-

razón de María.... Es la rosa, reina de las flores,
en el trono majestuosamente triste de las espinas..."
(A la Luz de lo eterno).

Así fué el primer Sábado Santo del cristianis-
mo para la Virgen Madre y para los amigos de
Jesús; así debe ser este día, cada año, para
los cristianos.



-CXII- DOMINGO DE PASCUA

Amanecía el alba del primer día de la semana; el sol radiante sonreía, repartiendo a manos llenas alegría en la luz y en el calor de sus rayos. Jerusalén se despertó sacudida por la noticia de cuatro mujeres que habían ido al sepulcro del Nazareno, crucificado el viernes anterior, y que en lugar del cadáver habían encontrado un Angel del cielo quien les dijo que Jesús resucitó, como había predicho. Nadie creyó la noticia, pues nunca se había visto, ni oído un milagro de esta clase; por otra parte, el fraude del cadáver para engañar con esta novedad era imposible; los guardias vigilaban atentos todo movimiento en la loza sepulcral del famoso Rabi galileo y la piedra estaba resellada.

Así y todo Cristo había resucitado. El alma de Jesús volvió a informar ese sagrado cuerpo, en la mañanita del domingo, y revistióle de las dotes de la materia glorificada. Salió a través de las vendas y lienzos, dejándoles intactos y sin romper la roca, ni mover la piedra apareció vivo y glorioso el crucificado de la antevíspera.

Como consecuencia natural, se estremecieron los guardias y quedaron como muertos. (Mat. XXVIII-4). Repuestos de su terror, sin atinar qué hacer, ni qué decir, fueron a cerciorarse de la verdad de lo que habían visto y constataron que el sepulcro estaba vacío; no había más que un Angel sentado sobre la gran piedra; su faz era refulgente como un relámpago y su vestido blanco como la nieve.

(Mat. XXV111-3). Atónitos fueron los guardias a la ciudad y contaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido. Los fariseos sufrieron una conmoción orgánica muy fuerte al oír que vivía nuevamente El que ellos le creían para siempre muerto y muerta también su doctrina; ahora, si era cierta su resurrección, estaban perdidos; se habría cumplido una profecía más y otro milagro venía a probar la divinidad del Nazareno. Para desvirtuar la noticia era necesario tomar medidas urgentes. Se reunió el Sanedrín precipitadamente y resolvió llamar a los soldados, ganarles con dinero y obligarles a que digan que en la noche del sábado, cuando se quedaron dormidos, vinieron los discípulos y robaron el cadáver de Jesús. -Como en este caso, los guardias merecían castigo del jefe por su descuido, los sanedritas se comprometieron a librarles de toda reprensión. Los soldados se hicieron pagar bien y comenzaron a propagar la mentira. (Mat. XXV111-11 a 16).

Cuando los guardias iban a la ciudad habiendo constatado la resurrección de Jesús, porque fueron los primeros que le vieron vivo fuera del sepulcro, algunas mujeres encabezadas por María Magdalena, iban a visitar al muerto querido; llevaban aromas y perfumes para rociar el cadáver, pero iban discurriendo acerca de la manera de obviar una dificultad: ¿quién les dará retirando de la puerta del monumento, la gran piedra? (Marc. XV1-3). Pensando en esto avanzaban sin percatarse de nada, ni de nadie y llegaron al sepulcro apenas salía el sol. Su admiración fué sorpresiva cuando al acercarse vieron que la piedra estaba virada y la

entrada libre; entraron en el monumento y encontraron el sepulcro vacío; un joven vestido de blanco estaba sentado a la derecha; las mujeres se llenaron de estupor, pero él les dijo: "no tengáis miedo; Jesús el Nazareno crucificado a quien buscáis, no está aquí, resucitó; ved el lugar donde estaba el cadáver; id a decir a los discípulos de El que ya le verán, como anunció..." (Marc. XVI-4 a 7).

"El hecho de la Resurrección es la coronación esplendente de una vida divina entre los hombres, dice el Padre Leal S. J.; es el término y la meta natural de una carrera que en todo se exhibe como sobrehumana. Entre la vida de Jesús y su Resurrección hay una perfecta armonía, que es la prueba perfecta de su verdad y realidad histórica. Si no hubiera vivido como Dios entre los hombres, la Resurrección pudiera extrañar, pero habiendo en sus obras, palabras y conducta reflejado a Dios, la muerte sin la Resurrección hubiera significado un vacío impropio...."

El triunfo de la mañana de Pascua, de ese domingo alegre, restablece la armonía de una vida rota por la muerte. Son vida, muerte, y resurrección divinas.

El alegre mensaje que recibió la ciudad santa fué que Jesús no estaba en el sepulcro y que se había aparecido a muchas personas.

El domingo de Pascua es el día de la resurrección de Jesucristo, el día máximo del Cristianismo.



-CXIII- LOS MILAGROS DE JESUCRISTO

Jesucristo dejó doble huella de su paso por la tierra, la de su humanidad y la de su divinidad, como Dios y como Hombre verdadero. Como Dios hizo innumerables milagros, que son obras exclusivas de la divinidad.

San agustín dice que no debe extrañarnos en Jesús los milagros, porque eran obras propias de su naturaleza divina; lo que nos debe llamar la atención es que siendo Dios se hiciera Hombre y realizara todas las obras humanas.

Santo Tomás define el milagro: "acontecimiento sensible a los sentidos, que exceda a las fuerzas de la naturaleza y que tenga por autor a Dios". Estas obras las hizo Jesús a cada paso, como nos cuentan los Evangelios; fueron actos que vieron todas las gentes, suspendiendo o cambiando las leyes naturales y hechos con poder divino y no por obra de Belzebú, como el mismo Señor decía. (Mat.-X11-24).

Se pueden examinar uno por uno los milagros de Jesús y en todos y cada uno encontramos el sello auténtico de la divinidad. San Mateo narra la curación de UN LEPROSO, la curación al criado del CENTURION, a la suegra de San Pedro, la liberación de DOS ENDEMONIADOS, el mar bravío que se calma con su palabra, y en general dice el historiador: "Le trajeron muchos enfermos y endemoniados y sanó a todos y expulsó a los demonios". -(Mat. V111)-En el Capítulo IX, el mis-

mo evangelista cuenta la curación milagrosa de UN PARALITICO, la curación de la hemorroísa, la resurrección de la hija de Jairo, la curación a DOS CIEGOS y a UN MUDO ENDEMONIADO y otra vez recalca en general el poder del divino Taumaturgo, diciendo: "Jesús recorría todas las ciudades y todas las aldeas sanando toda enfermedad y toda dolencia". -En el Capítulo XII nos cuenta la curación del hombre que tenía la MANO SECA y dice: "Muchos enfermos siguieron a Jesús y El sanó a todos". -Narra la curación del ENDEMONIADO CIEGO Y MUDO. -En el Capítulo XIV cuenta la primera MULTIPLICACION DE LOS PANES y el hecho milagroso de la caminata sobre el MAR y termina diciendo: "Trajeron todos los enfermos de la comarca y le suplicaban que tan sólo les dejara tocar la franja de su vestido y todos los que tocaron quedaron sanos." -En el Capítulo XV narra San Mateo la segunda multiplicación de LOS PANES y la curación de la hija de la CANANEA, y dice: "vinieron a El turbas numerosas, trayendo cojos, lisiados, ciegos, mudos y toda clase de enfermos y les pusieron a sus pies y EL LOS SANÓ. De modo que el gentío estaba maravillado al ver los mudos hablando, sanos los lisiados, cojos que caminaban, ciegos que veían y todos glorificaban al Dios de Israel". -En el Capítulo XVII se cuenta la curación del LUNATICO y el milagro de la moneda del tributo. -En el Capítulo XX se narra la curación de los CIEGOS de Jericó.

San Marcos cuenta en su historia evangélica los mismos milagros obrados por Jesús y continuamente tiene estas frases: "Llegada la tarde le trajeron

todos los enfermos y endemoniados y sanó a todos". -(1-32). -"En todas partes donde entraba Jesús, aldeas, ciudades, granjas, transportaban en camillas a los enfermos y los colocaban en las plazas y le suplicaban que les dejase tocar aunque no fuese más que la franja de su manto y a todos curaba y cuantos le tocaban quedaban sanos." (Marc. VI-55). -"En el colmo de la admiración todos decían: hace oír a los sordos y hablar a los mudos." (VI-37).

San Lucas dice: "Todos los que tenían enfermos, cualquiera que fuese su mal, los traían y Jesús imponía las manos sobre cada uno y los sanaba..." (IV-40).

San Juan narra detalladamente los grandes milagros que hizo Jesús, como el de las bodas de Caná, la curación del hijo de un cortesano, del paralítico de la piscina, del ciego de nacimiento y la famosa recurrección de Lázaro, que termina con la confesión de los enemigos de Jesús que dicen: "Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos continuar, todo el mundo va a creer en El; es preferible que muera..." (Juan XI-47).

Que Jesús hizo obras visibles que estuvieron fuera del alcance de las fuerzas naturales, por su propia virtud, es decir obras de Dios, es históricamente cierto. Que los milagros de Cristo fueron verdaderos milagros es innegable. Los hizo ante gente hostil a El y que conocían muy bien su procedencia humana, como hijo del carpintero y de María de Nazaret; los hizo ante millares de testigos de toda clase y condición que ni en vida, ni

después de la ascensión del Señor, se atreven a negar o dudar de lo que habían visto. La crítica racionalista no ha alcanzado a desvirtuar el valor real y filosófico de los milagros de Jesucristo que es proclamado, con razón, el gran Taumaturgo del mundo pasado, presente y futuro.



-CXIV- EL MILAGRO MORAL

La Iglesia Católica, en su fundación, en sus orígenes, en su desarrollo y en su vida diaria, es un milagro continuo de orden moral.

Humanamente hablando, con la prisión de Jesús en el huerto comenzó el fracaso de Jesús y se echó a pique su obra. -Víctima del odio de sus enemigos, de la traición de un amigo y de la cobardía de un juez, fué Cristo al patíbulo. -Simón, la piedra fundamental de la Iglesia cristiana, negó y renegó del Maestro; los otros, escogidos para continuadores de su obra, le abandonaron cobardemente. -En una palabra, como pensaron los escribas y fariseos, con la muerte de Jesús estaba acabada su incipiente obra; para ellos el sepulcro fué la loza fría de la destrucción total, pero para Jesucristo fué la cuna vivificante de donde saldría triunfadora y gloriosa su obra, para desafiar a los siglos.

Jesús resucitó y volvió a consolidarse la Iglesia que tambaleó con su pasión y muerte. Los Apóstoles comenzaron a organizarse nuevamente con la asistencia del Espíritu Santo y cumplieron el divino mandato: "Id y enseñad a todas las gentes..." (Mat. XXV111-19).

Sin embargo, noventa y nueve probabilidades había en contra del éxito de los discípulos del Crucificado. Era inconcebible que doce pescadores, ignorantes, desconocidos, pobres, pudiesen implantar en el mundo una nueva religión. Tenían que entrar

en las sinagogas y en los foros, ocupar las cátedras, predicar en calles y plazas públicas un dogma y una moral contrarios a las costumbres de la época. Debían convencer a sabios e ignorantes que Jesús Nazareno, el crucificado en medio de dos ladrones, era Dios y que para salvarse era menester abrazar su Evangelio.

Tarea era esta sobrehumana; si el Rabí de Galilea, con todo su poder de hacer milagros a granel, no consiguió sino la muerte en la cruz, a esos doce apóstoles no les esperaba otro fin.

Esta manera de pensar era muy lógica considerando las cosas de tejas abajo, pero Dios que escribe recto en renglones torcidos, se valió de los pobres para confundir a los ricos, con doce hombres del pueblo convirtió al mundo; los sabios confesaron su ignorancia y los poderosos se humillaron ante la omnipotencia divina.

Con todo, prácticamente vemos en las páginas de la historia humana, que la naciente Iglesia cristiana fué ahogada en sangre. Pedro fué crucificado; San Pablo fué decapitado; le apedrearon a San Esteban; mataron a los otros apóstoles y despreciaron como locos a los primeros discípulos de la nueva religión. Cuando todo estaba por hacerse vino el milagro de Dios, sopló en las cenizas, vivificó esa sangre derramada y las cenizas de los escombros y la sangre de los mártires se convirtieron en semilleros de cristianos. Se multiplicaron los milagros y apareció fuerte y lozana la Iglesia de Cristo, desafiando a las furias del infierno puestas en manos

de Dioclesianos, Nerones y Domicianos de todos los tiempos.

Con toda razón y justicia dice el sabio y santo Obispo de Hipona: "Si el cristianismo se propagó con milagros, es obra divina; si se propagó sin milagros, es también obra de Dios, siendo el primer milagro su propagación extraordinaria".

Si estudiamos detenidamente la vida de la Iglesia en sus veinte siglos de existencia, tenemos que confesar que es un milagro constante de orden moral el que se opera en la tierra. Mil novecientos cincuenta y ocho años de lucha contra el poder temporal de reyes y magistrados que se han levantado y unido queriendo aplastar a la sociedad cristiana; veinte siglos de triunfo en las batallas contra los enemigos de afuera confabulados con las hostilidades de adentro; veinte siglos que eran suficientes para acabar con la obra de Jesucristo confiada a la administración humana, donde jamás han faltado los fracasos de los hombres, nos están hablando del milagro moral que la sostiene lozana, triunfante y repleta de obras de heroísmo, de santidad, de ciencia, de altruismo, de benéfica caridad cristiana.

La Iglesia católica, es, según frase lapidaria del Concilio Vaticano: "la columna erigida en medio del mundo, que vive recordando a los creyentes y a los incrédulos, a los buenos y a los malos, a los sabios y a los ignorantes, que su Religión descansa sobre la incommovible roca de Cristo".

En realidad de verdad, la Iglesia de Jesucristo, por su propagación admirable, por su eximia

santidad, por su inexhausta fecundidad en toda clase de beneficios, por su unidad y estabilidad, es un perpetuo motivo de credibilidad en su origen divino. Es decir, la Iglesia Católica, por sí misma, es un perfecto y un perpetuo milagro de orden moral.



-CXV-

SACRAMENTOS

Los Sinópticos, es decir los tres Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, narran con pormenores el Bautismo de Jesús. (Mat. 111-13-Marc. 1-9-Luc. 111-21).

“Vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan, para ser de él bautizado. Juan empero se resistía a ello, diciendo: yo debo ser bautizado de tí, y ¿Tú vienes a mí? A lo cual respondió Jesús, diciendo: Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Juan entonces condescendió con El. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua, se abrieron los cielos y se vió bajar al espíritu de Dios, a manera de paloma, y posarse sobre El. Y oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia.”

Mediante este acto solemne instituyó Jesucristo el Sacramento del *Bautismo*. El agua recibió la virtud de regenerar comunicando vida espiritual, unida a las palabras vivificantes que evocan a la Santísima Trinidad. “Bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. (Mat. XXV111-19).

Jesús manifestó a Nicodemo la institución de este sacramento necesario para la salvación eterna, diciéndole: “En verdad, en verdad te digo que quien no renaciera por el agua y por el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios”. (Jn. 111-5).

El Sacramento de la *Confirmación* instituyó Jesús cuando imponía las manos sobre la cabeza de los curados o perdonados de los pecados, confirmandoles en la fe. Confirmó también en la fe a sus apóstoles y discípulos, cuando resucitado se apareció a ellos y con su soplo vital les infundió el Espíritu Santo. Este poder dió a los apóstoles, quienes confirmaban en la fe a los bautizados, mediante la imposición de las manos. "Sabido los apóstoles, que estaban en Jerusalén, que los samaritanos habían recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos, en llegando, hicieron oración por ellos, a fin de que recibiesen el Espíritu Santo, porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados. Entonces les imponían las manos, y recibían al Espíritu Santo". (Act. VIII-14 a 17).

El Sacramento de la *Penitencia* instituyó Jesucristo cuando dijo a sus apóstoles: "Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo". (Mat. XVI-18).

"Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros. Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis vosotros y quedan retenidos, a los que se los retuviéreis". (Jn. XX-21 a 23).

El Sacramento de la *Eucaristía* instituyó Jesús en la última cena, consagrando el pan y el vino y convirtiéndoles en su cuerpo y sangre; este poder dió a sus apóstoles, como nos refieren los Evangelistas. (Mat. XXVI-26·Marc. XIV-22·Luc. XXII-19).

El Sacramento de la *Extremaunción* instituyó Jesucristo dando facultades a sus apóstoles para que ungiéren con óleo a los enfermos (Marc. 1-13); de este poder habla terminantemente el Apóstol Santiago: "S está enfermo alguno, lláme a los presbíteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración salvará al enfermo y si tiene pecados, se le perdonarán". (Jacob V-14 y 15).

El Sacramento del *Sacerdocio* u Orden Sacerdotal fué instituido por Jesucristo cuando escogió y llamó a sus apóstoles para hacerlos sus ministros y pescadores de hombres y de almas. Cuando les dijo: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Cuando les dió la facultad y el poder de perdonar los pecados y cuando en la última cena les dijo: "Haced esto en memoria mía". (Luc. X11-19).

El Sacramento del *Matrimonio* fué instituido por Jesús cuando El lo dignificó y lo elevó de simple contrato al nivel de santidad, asistiendo a las bodas de Caná. (Jn. 11-1). Cuando habló de la indisolubilidad del vínculo matrimonial. (Marc. X-7 a 13-Mat. XIX-3 a 10). San Pablo habla de este Sacramento llamándole GRANDE y dando instrucciones a los casados, en su carta a los de Efeso. (Ef.V-21 a 33).

Como se ve, nadie puede decir que los Sacramentos de la Iglesia Católica son invenciones de Curas. Por este orden, en el Evangelio encontramos instituido por Jesucristo, directa o indirectamente, todo cuanto debemos creer y practicar como cristianos, para merecer este sublime nombre, que nos viene de Cristo.

-CXVI- LOS APOSTOLES

Un día salió el Maestro de Cafarnaún y se dirigía al mar. Le siguieron las gentes; en la playa se puso a enseñar el Evangelio. Era tanta la aglomeración de oyentes que le oprimían e impedían hablar y explicar debidamente la doctrina y le empujaban mar adentro. Entonces Jesús aprovechó de una barca que estaba amarrada a la orilla, subióse a ella y pidió al dueño que le retirase un poco hacia el agua. Sentóse en un banco y desde allí siguió enseñando la Buena Nueva y repitiendo: "El reino de los cielos está cerca, preparaos". (Mat. 1V-17).

Terminó la predicación, se dispersó la muchedumbre y se quedó sólo con los pescadores. Entonces invitó al dueño de la barca que era *Simón* para que en compañía de su hermano *Andrés*, fuesen a pescar: "Remad adentro y echad vuestras redes", les dijo el Señor. "Maestro, respondió *Simón*, toda la noche hemos estado trabajando y nada conseguimos. Pero, en tu nombre y por tu mandato echaremos las redes". Así lo hicieron y nos dice la narración evangélica que "recogieron tal abundancia de peces que se rompía la red. Llamaron en ayuda a los compañeros que estaban en otra barca, a poca distancia y que eran los hijos del Zebedeo: *Juan* y *Santiago*, para que recogiesen los pescados; llenaron las dos barcas y salieron a la orilla. En tierra, los pescadores cayeron de rodillas a los pies del Señor, en signo de adoración y reconocimiento. El Maestro, levantándoles les dijo: venid conmigo;

voy a haceros pescadores de hombres. Ellos dejaron al punto las redes y le siguieron". (Luc. V-4).

Aquellos cuatro hombres quedaron constituidos en Apóstoles de Cristo y debían ganar a todo el mundo con el Evangelio. Eran los continuadores de la obra cristiana, las bases de una nueva religión, de una iglesia que debía durar hasta la consumación de los siglos. A estas cuatro columnas del Cristianismo juntó Jesús otras ocho; llamó a otros para que tendiesen las redes evangélicas y pescasen hombres para el Cielo.

Salió otra vez Jesús a predicar y al paso vió a Leví, hijo de Alfeo, sentado en la oficina de recaudación de impuestos, y le dijo: Sígueme. Y, levantándose, le siguió. (Marc. 11-13). Así ingresó Mateo o Leví al apostolado. Otro día llamó en igual forma a Felipe y Bartolomé. (Juan 1-43).

Los doce Apóstoles se llamaban así: SIMON o PEDRO, - ANDRES, su hermano, - SANTIAGO y JUAN, hijos del Zebedeo, - FELIPE, BARTOLOME, MATEO o LEVI-TOMAS, SANTIAGO hijo de Alfeo y su hermano JUDAS Tadeo, - SIMON el cananeo - JUDAS Iscariote.

Los Evangelios Sinópticos traen la lista completa de los Apóstoles (Mat. X-2-Marc. 111-16-Luc. VI-14), aunque en orden diferente, con excepción de Pedro y Judas Iscariote que, en los tres, ocupan el primero y el último lugar respectivamente.

Los Once Apóstoles eran Galileos. Solamente el último, Judas Iscariote, era judío. De cada uno en particular nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

A estos doce hombres dijo Jesucristo: "Vosotros sereis mis testigos en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". (Act. 1-8). A ellos el Maestro les hizo amigos íntimos suyos y dueños de todos sus secretos. A éstos les dijo: "No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Vosotros sois mis amigos, porque todo cuanto sabe mi Padre y sé yo, os hemos revelado". (Juan XV-15). Apóstoles quiere decir: Enviados, embajadores, plenipotenciarios; con este sublime carácter les mandó Cristo por el mundo: "Id y enseñad a todas las gentes.... Como a mí me envió el Padre, así os envió yo a vosotros". (Juan XV11-18).

Muchos discípulos tuvo Jesús, que le siguieron y acompañaron toda su vida, pero Apóstoles no escogió sino doce y como jefe del apostolado y de la naciente Iglesia cristiana, eligió a Pedro. El sucesor de Pedro es el Papa, los sucesores de los Apóstoles son los Obispos y de los discípulos son los Sacerdotes, que continúan en el mundo la obra redentora de Cristo y a quienes dice Jesús, como dijo a los doce: "No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, sino yo soy el que os he elegido a vosotros y os he puesto para que vayais y traigais fruto y este fruto permanezca". (Juan XV-16).



-CXVII- LOS DOCE

1º **P**EDRO. Hombre sincero y recto de corazón, de carácter dócil e impetuoso, se dejó llevar sin dificultad por su hermano Andrés a conocer al anunciado Mesías. (Jn. 1-41).

Andrés le presentó a Jesús, quien después de las primeras palabras de cortesía, miró fijamente a Simón, como no había mirado a los demás, y en tono solemne le dijo: "Simón, hijo de Jonás, tú te llamarás Kefas", es decir PIEDRA. Ni Simón, ni Andrés, comprendieron el alcance de este cambio de nombre. Lo entendieron después, cuando el mismo Jesús dijo al apóstol: "Tú eres *Piedra* y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". (Mat. XVI-18).

"Señor, apártate de mí, porque soy hombre pecador", es la frase humilde y sincera del pescador de Galilea, como preámbulo a su elección al apostolado. (Luc. V-8). Las demás escenas de la vida de Pedro ya las conocemos. Todas culminaron con las significativas palabras: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (Jn. XXI-15) que le dice Jesús, después de exigir al apóstol, con suma delicadeza, que borrara sus tres negaciones, con una triple protesta de amor.

Finalmente, con palabras misteriosas le significó el género de muerte que le esperaba. (Jn. XXI-18). Cumplióse la profecía en la capital del mundo católico, en la colina del Vaticano, donde murió Pedro crucificado y desde entonces su sepulcro sigue

siendo la roca milenaria sobre la cual se levanta la Iglesia, desafiando las furias del mundo, del demonio y de la carne.

2º ANDRES. Hermano de Pedro, natural de Betsaida, es el primero de los apóstoles que conoce, sigue a Jesús y habita con El. (Jn. 1-37 a 40). Su vocación al apostolado tiene lugar en las riberas del mar de Galilea. Pescador, como su hermano, estaba ocupado en su oficio, cuando el Señor le dijo: "Sigueme, te voy a constituir pescador de hombres". (Marc. 1-16 a 18). Siguió prontamente a Jesús, a quien acompañó en la predicación del Evangelio. Después de Cristo continuó su misión de predicador de la Buena Nueva en las tierras de las costas del Mar Negro y en Grecia. Murió crucificado, como el Maestro, en Patras de Acaya.

3º SANTIAGO. Hijo del Zebedeo y hermano de Juan fué llamado al apostolado con su hermano, cuando estaban en la barca componiendo las redes, pues eran pescadores. Ellos, dejando a su padre que estaba junto, se fueron en pos de Jesús. (Marc. 1-19 y 20).

Santiago o Jacobo o Jaime, que es lo mismo, llamado el Mayor, para distinguirlo del otro Santiago, natural de Betsaida, fué el vidente de la Transfiguración del Señor, con Pedro y Juan. (Mat. XVII-1 y 2). Los tres fueron también los compañeros de Jesús en el Huerto de los olivos. (Mat. XXVI-37). Santiago es el apóstol de España, cuyas tierras recorrió evangelizando y donde tuvo la aparición de la Virgen María, viviente todavía en Jerusalén, y que vino a consolarle traída en manos de los ángeles,

presentándose al apóstol en un pilar sagrado.

Santiago volvió a Judea donde fué decapitado el 25 de Julio del año 44. Fué el primer apóstol que selló con su sangre el Evangelio. Su cadáver fué llevado a España y sobre su tumba se extiende la ciudad de Santiago de Compostela.

49 JUAN. Es el discípulo amado del Señor, que tuvo la dicha de reclinar su cabeza en el pecho del Maestro y oír los latidos del Corazón de Jesús.

Acompañó a Cristo en los momentos más solemnes de su vida y estuvo junto a la Cruz, siendo allí depositario del único tesoro que tenía el Divino Crucificado, cual era su Madre. No fué como sus compañeros de oficio, Pedro y Andrés, ni como su hermano Santiago, un sencillo pescador, Juan fué de una cultura superior, versado en las Escrituras y amigo del Pontífice, como él mismo dice. (Jn. XV111-15).

Apóstol y Evangelista de gran valía; en sus escritos usa la cronología pascual de los doctores y escribas, lo cual prueba su ilustración y rango social.

Es maravilloso el exordio de su Evangelio por la teología y filosofía que contiene. Durante su cautiverio en Patmos escribió el Apocalipsis, obra sublime y de difícil interpretación.

Era el más joven de los apóstoles; cuando murió Jesús, tenía veintidos años de edad, pero enérgico y ardiente hasta corresponder al sobrenombre de "hijo del trueno". Es el apóstol de la caridad,

del amor; sus pláticas cristianas ordinarias eran repetir: "amaos los unos a los otros", como el Maestro. San Juan fué el último superviviente de los doce apóstoles.

59 FELIPE. Coterráneo y amigo de Pedro y Andrés, oyó de labios del Maestro el mismo llamamiento: "Sígueme" y al punto dejó todo y siguió a Jesús, quien le hizo el confidante de sus secretos. La primera obra de su apostolado fué conquistar un nuevo discípulo, a Natanael, natural de Caná de Galilea, a quien encontró Felipe y entabló en seguida conversación acerca del Mesías, terminando en llevarle a Cristo. (Jn. 1-43). Este apóstol fué el intermediario entre los gentiles y Jesús, a quien deseaba tratarle y pedirle favores. (Jn. XI-20). Felipe predicó el Evangelio en el Asia Menor y murió en Hierápolis de Frigia.

69 BARTOLOME. Es el mismo Natanael convertido por Felipe. Este apóstol mereció una gran alabanza de parte de Jesucristo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguno" (Jn. 1-47), lo cual prueba el carácter franco y leal del discípulo, que no tuvo empacho en proclamar al Maestro apenas le conoció: "Hijo de Dios y rey de Israel". (Jn. 1-49).

San Bartolomé predicó el Evangelio en Arabia del Sur, en donde, hacia la mitad del siglo segundo se halló el ejemplar hebreo del Evangelio escrito por San Mateo, que Natanael había llevado allá. Después pasó a predicar en Armenia en donde fué desollado vivo, sellando con el martirio la verdad de la Fe.

79 TOMAS. Es el apóstol incrédulo y terco, pero ante la realidad cede con nobleza y generosidad. No había gozado de la vista de Jesús resucitado, por no estar en compañía de los otros apóstoles. Cuando se encuentra con los compañeros sabe lo sucedido y no cree, disputa con ellos y termina con un reto que casi toca al mismo Señor: "Si no metiere mi dedo en la abertura de los clavos y mi mano en la herida del costado, no creeré". Jesús que conocía el fondo del alma de su apóstol le da gusto en su pretensión. A los ocho días se aparece nuevamente el Señor a los apóstoles encerrados en el cenáculo y hace palpar a Tomás la verdad de la resurrección haciéndole tocar las huellas de las heridas. Ante tanta bondad de Jesús, el apóstol no puede hacer otra cosa que caer de rodillas y decir: "Señor mío y Dios mío", con lo cual manifestó todo lo que sentía su espíritu avergonzado. (Jn. XX-24 a 28).

89 MATEO. Apóstol y evangelista, fué el primero en redactar en lengua aramaica el Evangelio, punto central de los sinópticos. Antes de seguir a Jesús, era Leví, el publicano, o alcabalero, recaudador de los impuestos para Roma. Sabemos que fué hijo de Alfeo y que generosamente dejó el telonio y las monedas para seguir a Cristo que le llamó a recaudar almas. (Luc. V-27). Predicó primeramente a los judíos y después evangelizó a los gentiles. Publicano de alma limpia y de corazón bueno, mereció ser escogido para el apostolado cristiano. Jesús le tomó como modelo para atacar a los fariseos hipócritas, en la parábola y en las otras sentencias contra el fariseísmo. (Luc. V-29 a 32- XV111-9 a 14).

99 SANTIAGO (el menor). Este apóstol fué primo legal de Jesús, hijo de María de Clefás, cuñada de San José. Fué Obispo de Jerusalén y tuvo actuación importante en el primer Concilio que celebraron los Apóstoles en esta ciudad. Hacia el año 61 escribió la famosa epístola para las doce tribus judías dispersas por el mundo, refutando el error de la justificación por la fe sin las obras. Murió en la ciudad santa apedreado por los fariseos.

109 TADEO, por nombre Judas, fué hermano del pequeño Santiago. Fué apóstol de la Buena Nueva en Palestina, donde escribió la Epístola y seguramente murió en Jerusalén.

119 SIMON. (el cananeo). Casi nada en especial se sabe de este apóstol. Su sobrenombre no quiere decir que era oriundo de Caná, sino muy celoso y observante de la Ley. Seguramente esta cualidad le sirvió para que Jesús le escogiera para el apostolado y en el ministerio conservó siempre el celo por la gloria del Maestro y por el cumplimiento de sus mandamientos.

129 JUDAS ISCARIOTE. El nombre de este apóstol es tristemente conocido en todo el mundo por la negra traición al Maestro, a quien entregó en manos de sus enemigos, con un pérfido beso. "El Traidor había dado esta seña: aquel a quien yo besare, ese es, asegúradle bien". (Mat. XXVI-48). San Marcos añade que dijo Judas: "a quien yo besare, él es, prendedle y conducidle con cautela". (Marc.XIV-44). La muerte de Judas fué desastrosa como dice San Lucas: "habiéndose ahorcado reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas". (Act. L.-18).

Después del suicidio de este apóstol desgraciado, quedó el Colegio Apostólico con once miembros; pero, como relatan las Actas de los Apóstoles, (1-23), éstos eligieron, después de la Ascensión de Jesús al Cielo, a Matías para volver a completar la simbólica cifra de DOCE, uno por cada una de las tribus de Israel. Los doce embajadores de Jesucristo conquistaron el espíritu del mundo haciéndole cristiano.



-CXVIII- SUCESTORES DE PEDRO

Caminaba un día Jesucristo apartado de las turbas y acompañado únicamente de sus discípulos. Se detuvo cerca de la actual ciudad de Banías, llamada en tiempo del Señor, Cesarea de Filipo, donde colocó la piedra angular de su Iglesia. Lejos del mundanal ruido, abrió un paréntesis a la vida evangélica, solazándose con los suyos en amena y familiar conversación. Cerca de terminar esa hora de recreo, pregunta Jesús a sus Apóstoles, que le habían contado muchas cosas: "¿Vosotros qué decís de mí? ¿quién pensáis que soy? Le habían conversado al Maestro que las gentes le calificaban de distintas maneras, ahora les tocaba calificar a quienes le conocían más íntimamente. Todos callaron, temerosos de equivocarse en el concepto y quedar mal con su respuesta. Después de unos minutos de silencio, se oyó la voz clara y resuelta de Simón que contestó: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Tan atinada confesión dejó perplejos a los otros apóstoles e hizo hablar al Maestro, aplaudiéndola: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no es la carne, ni la sangre quien te ha revelado esto, sino mi Padre que está en el Cielo". Complacido Jesucristo en la fe de Simón y en su correspondencia a la revelación celestial, le dijo: Tú, eres Pedro, es decir piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. A tí daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares en la tie-

rra, será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo...." (Luc.IX-18).

Sublime momento de la Historia de la Iglesia de Cristo y día imborrable en los anales de la humanidad, en el cual el Hijo de Dios pone la piedra básica del gran edificio moral que se levantará majestuoso, desafiando a los vendavales del Infierno. Veinte siglos han pasado y la Iglesia cristiana está flamante y lozana como en el día en que Cristo puso la primera piedra moral, escogiendo a Pedro como su primer Vicario, en las llanuras de Cesarea.

Simón Pedro tenía un alma noble, enérgica y activa, forjada en las luchas con el mar bravío, a quien había desafiado y vencido muchas veces embarcado en una débil canoa, y de quien había aprendido la inmensidad sublime que copió en su alma para amar entrañablemente a Jesús. Este apóstol, el antiguo pescador de Betsaida, es la roca milenaria donde se harán añicos todos los poderes de la tierra que quieran derrocarlo. La experiencia está hablando; se han hundido los imperios de los Césares y Reyes, han naufragado pueblos y naciones, han tenido que aquietarse las furias del averno reconociendo su impotencia, mientras que la Iglesia levantada sobre esa roca aparece cada día más espléndida, más poderosa, más sublime. Murió Pedro, pero sigue indestructible el Papado en una hilera eterna de Vicarios de Cristo hasta Pío XII, en el orden siguiente:

- SIGLO 19. 5, de San Pedro a San Vvaristo.
- „ 29. 10, de Alejandro 19 a San Ceferino.
- 39. 14, de Calixto 19 a **S**an Marcelino.

- Siglo 4º: 10, de San Marcelo a Anastasio I.
 „ 5º: 11, de Inocencio 1º a Anastasio II.
 „ 6º: 14, de San Símaco a Gregorio I.
 „ 7º: 20, de San Sabiniano a Sergio I.
 „ 8º: 12, de Juan VI a Adriano I.
 „ 9º: 21, de León III a Juan IX.
 „ 10º: 25, Benedicto IV a Silvestre II.
 „ 11º: 19, de Juan XVII a Pascual II.
 „ 12º: 15, de Gelasio II a Celestino III.
 „ 13º: 18, Inocencio III a Bonifacio VIII.
 „ 14º: 10 de Benedicto XI a Bonifacio IX.
 „ 15º: 11 de Inocencio VIII a Alejandro VI.
 „ 16º: 16 de Pío III a Inocencio IV.
 „ 17º: 12 de Clemente VIII a Inocencio XII.
 „ 18º: 8 de Clemente XI a Pío VI.
 „ 19º: 6 de Pío VII a León XIII.
 „ 20º: 4 de San Pío X a Pío XI,

En veinte siglos de cristianismo se han sucedido 261 Papas o Sumos Pontífices.

Jesucristo sigue perpetuándose en el Gobierno de la Iglesia por medio de su Vicario en la tierra, que es el Jefe universal del cristianismo.

Como Coadjutores del Papa están los Obispos gobernando determinadas secciones, con límites fijos, que se llaman Diócesis.

En cada Diócesis, el obispo tiene a su vez sus cooperadores directos, que son los curas en cada parroquia eclesiástica.

El orden jerárquico en el mundo cristiano se reduce al Papa, a los Obispos, a los Párrocos, a quienes los católicos debemos reverencia, amor y obediencia, porque representan la Autoridad del Verdadero Jesucristo.

-CXIX- EL IDEAL CRISTIANO

“**S**ed vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mat. V-48). Estas palabras de Jesús constituyen la norma práctica del ideal cristiano. Los cristianos estamos obligados a ser santos conforme a la santidad de Dios, a esto debe conducirnos la religión de Cristo. Desgraciadamente, las pasiones, el mundo, el demonio, las riquezas, la soberbia, las concupiscencias nos desvían del cauce divino. Esto no embargante, sigue Jesucristo enseñando: “Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle también la izquierda. Y al que quiere armaros pleito para quitaros la túnica, dadle también la capa. Y al que os forzare a ir cargado mil pasos, id con él otros dos mil. Al que os pide, dadle; no tuerzas el rostro al que pretende de vosotros algún préstamo”. (Mat. V-39-42).

“Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os hacen mal; orad por los que os persiguen y calumnian, para que imitéis a vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos y pecadores. Porque si amáis únicamente a los que os aman y si no saludais sino a vuestros amigos, ¿qué de particular haceis?; esto hacen también los publicanos o los que no son cristianos”. (Mat. V-44-47).

“Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseais que los otros hagan con vosotros”. (Mat. VII-12).

“Cuando vosotros haceis banquetes, dais comidas o cenas, no convidéis a vuestros amigos, parientes o vecinos ricos, porque ellos también os convidarán y quedareis recompensados. Cuando hagais un convite, invitad a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, como ellos no pueden pagaros, sereis recompensados en la resurrección de los justos”. (Luc. XIV-12-14).

Estas son las normas de caridad cristiana. Así obraron las comunidades cristianas de los primeros siglos para no desmentir su nombre sagrado; puede ser que en los actuales tiempos haya cristianos que cumplan con estas enseñanzas de Jesús; este es el ideal a que debemos aspirar.

Los apóstoles y discípulos del Señor oyeron esta sublime doctrina; vieron que Jesús la practicaba y siguieron su ejemplo; detrás de ellos está la pléyade incontable de santos que han seguido este camino de perfección cristiana. San Pablo haciendo eco a las normas enseñadas por Cristo, no dejaba de repetir: “Vuestro amor mutuo debe ser sin fingimiento, amándoos recíprocamente con ternura y caridad fraterna, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y deferencia. Sed caritativos para aliviar las necesidades del prójimo y pronto a ejercer la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen. Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran.

“No queráis teneros a vosotros mismos por sabios. A nadie volvais mal por mal. Vivid en paz, en cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres. No os vengueis; dad lugar a que pase la cólera.

Antes bien, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, que con hacer esto amontonarás ascuas encendidas sobre su cabeza. Procura vencer el mal con el bien....." (Ep. ad Rom. XI-9 a 21).

Por este orden, los apóstoles, herederos del espíritu de Jesús, dan la pauta del ideal cristiano, enseñando en sus epístolas lo que Jesucristo les enseñó y recomendó que enseñaran a todas las gentes para llevar menos indignamente el nombre de cristianos por la práctica del bien y la aspiración al ideal.



-CXX- EL PAIS DE JESUS EN LA ACTUALIDAD

EL TEMPLO. El lugar en que se alzó el Templo de Salomón quedó convertido en una verdadera ruina durante centenares de años después de su destrucción por las huestes de Tito, para que se cumpliera la profecía de Jesús. Cuando los árabes invadieron la Palestina en el año 650 de la era C., aquella enorme área de terreno estaba convertido en basurero. Decidieron los invasores levantar allí una gran mezquita, llamada de Omar; construcción que existe en la actualidad. Es, después de la Meca, la Mezquita más importante del Islam, que se levanta majestuosa sobre la enorme plataforma rocosa en donde se erguía el famoso Templo de Jerusalén.

NAZARET. Metida en el valle que rodean las colinas sigue viviendo la villa nazarena su vida humilde y sencilla. Airosa se levanta la Iglesia de la Anunciación coronando el conjunto gracioso de casitas blancas. En la cripta del Templo se muestra el lugar preciso que ocupaba la casa de la Virgen nazarena, escogida entre millones de mujeres para ser bendita eternamente, porque en sus entrañas se hizo hombre el Hijo de Dios. "Aquí se hizo carne el Verbo" es el aviso sagrado que hace caer de rodillas a los peregrinos.

BELEN. Está a ocho kilómetros de Jerusalén. Casas apiñadas sobre un montículo forman el pue-

blo. El Templo de la Natividad está separado de las Iglesias de Conventos y Monasterios centrales. Una pequeña puerta da acceso al Templo y sus naves conducen a la gruta que se encuentra debajo del altar mayor. En el suelo de la cueva hay una estrella aureolada de una inscripción que dice: "Aquí nació Jesucristo de la Virgen María". Más de cincuenta lámparas de plata cargadas de aceite están ardiendo constantemente como símbolo de fe y amor a Dios hecho Hombre, cuya cuna fué el suelo de esa gruta.

CAMPO DE LOS PASTORES. Restos de un monasterio, columnas de una iglesia derruida, indican el lugar donde resonó el: "Gloria in excelsis Deo" cantado por los ángeles que anunciaron a los pastores el nacimiento de Jesús que trajo a los hombres la paz celestial.

EL JORDAN. El río Jordán corre desde Galilea hacia el sur, vertiendo sus aguas en el mar Muerto. Está escoltado por esbeltos sauces que crecen en las riberas. En el lugar donde fué bautizado Jesús se levanta una Capillita de donde arranca una gradería que llega hasta el río; aquí se bañan los peregrinos recordando que ese lugar y esas aguas fueron santificadas con la presencia de la Santísima Trinidad en el bautismo de Cristo. Allí apareció el Espíritu Santo en forma de Paloma, se dejó oír la voz del Padre en favor del Hijo.

LAGO Y LLANURA DE GENEZARET. En tiempos de Jesús el lago estaba surcado por numerosas velas y sus orillas salpicadas de poblaciones como Cafarnaúm, Betsaida, Mágdala, Tiberíades; hoy

día es todo silencio y soledad. Con la única excepción del pueblito de Tiberíades que parece acurrucado a la orilla del lago, no se ven sino ruinas, grupos de árboles, manchones de tierras pardas que señalan los lugares donde estuvieron Betsaida y las otras ciudades bulliciosas y alegres de antaño. Llana, suelo bendito acariciado por las plantas de Jesús, ahora llamado "el-Guwer". Lago, testigo de milagros y predicaciones. Todo reducido a desolación como eco de los ayes del Señor. En el lago, en forma de corazón, de 21 K. de largo por 12 de ancho, sigue reflejándose la silueta divina de Cristo; es imposible viajar por la carretera que le rodea, sin sentir el espíritu de Dios que sigue moviendo esas mansas olas y calentando esas benditas playas.

JERUSALEN. Es la Capital del nuevo Estado de Israel. "Mosaico de religiones y de sectas", como dice un periodista español. Dividida material y moralmente. Hay la zona Judía y la zona árabe, la ciudad antigua y la moderna. Dejemos la ciudad con avenidas y palacios a la moderna, para seguir las huellas de Jesús por la vieja calle "de la amargura".

VIA CRUCIS. Las catorce estaciones tienen su recuerdo especial, desde la torre Antonia hasta el Sepulcro. Los últimos descubrimientos e investigaciones aclaran perfectamente la relación de la torre de Herodes con el Pretorio de Pilato donde Jesús oyó la más injusta de las sentencias que se han dado en el mundo. Siguen capillas y placas señalando las escenas evangélicas del Via Crucis.

OTROS LUGARES. Como se comprende, en

veinte siglos que han pasado desde la presencia material de Jesús en Palestina, miles de sucesos de todo orden han cambiado el País de Cristo hasta topográficamente. Ya no es la Palestina de Jesucristo, es la Nación Israelita que tiende a modernizarse completamente. Pero sigue viviendo la Imagen de Jesús porque a cada paso y en todas partes se levantan Iglesias y monumentos recordatorios del Señor que santificó esos lugares con su presencia, con sus palabras y con sus obras.

El Santuario del Cenáculo, la Iglesia de Getsemaní, la Basílica del Calvario y del Santo Sepulcro, el Santuario de la Ascensión, la Iglesia del "Pater Noster", y centenares de Santuarios nos están diciendo que Palestina es la Patria del Hombre Dios.

RECUERDOS. El país de Jesús ha sufrido verdaderas crisis sociales y religiosas, sin llegar aún a su perfecto equilibrio.

Es la tierra prometida por Dios a Abrahán y sus descendientes, a la cual llegaron los israelitas después de mil peripecias. Siguieron después guerras, cautiverios, destrucciones y una serie de desgracias en Palestina, hasta que Jesús la evangelizó. A los cuarenta años de su muerte se hundió en la desolación y en la completa ruina, de la cual retornó en manos del paganismo. Desde el siglo 4º volvió a ser la tierra santa porque los cristianos se propusieron restaurarla capitaneados por Elena y Constantino, por Eudoxia y Justiniano. La colina de Sión, las campiñas de Belén, el valle del Jordán, las soledades de Judea, los albergues de Galilea, se

poblaron de religiosos, por todas partes se levantaron magníficos monumentos, de toda Europa vinieron peregrinos en abigarradas multitudes a visitar la tierra santificada con la presencia de Jesús.

Desgraciadamente, este bello florecer del cristianismo fué pisoteado bárbaramente, primero, por las hordas persianas de Cosroes, y después por la invasión árabe encabezada por Omar; la persecución a los cristianos fué horrible y cruenta. Después de una corta tregua, recrudeció el mal con la invasión de los turcos. En occidente se levantaron los cruzados resueltos a conquistar con las armas la tierra santa, vejada en toda forma por las huestes orientales. El triunfo no fué duradero porque vino la guerra del islamismo y abrió otra vez las puertas de Palestina a los infieles. Nuevamente los ejércitos de cruzados al mando de Barbarroja, de Ricardo Corazón de León, del rey de Francia, Felipe Augusto, ayudado por las poderosas flotas Italianas, conquistaron parte de las tierras arrebatadas por los invasores, con esto no volvió la paz para los cristianos, pues se sucedieron nuevos atropellos, otras invasiones, distintos gobiernos, hasta que en el año 1917 se terminó el imperio musulmán en Palestina.

En los últimos cuarenta años la situación política de Tierra Santa ha sido aciaga, sin bismarse el fin pacífico y duradero, a pesar del establecimiento de la nación de israel. En lo religioso se ha llegado a cierta comprensión o tolerancia entre los variados credos y cultos de las gentes que ocupan el país de Jesús en la actualidad. Que pron-

to sea realidad la internacionalización de los Santos Lugares, para la libertad política y religiosa de todos, es el anhelo de los católicos del mundo y el deseo de su Santidad Pío XII, que tiene sus miradas puestas en toda la tierra y de preferencia en la Tierra Santa.



CONCLUSION

Lector:

Ha llegado a su término esta obrita, pequeña en cantidad, porque es fruto de la cultura del último de los Sacerdotes, pero grande en calidad, porque trata de Jesucristo.

Has concluido la lectura de estas 450 páginas, pero debes comenzar a leer el Evangelio. El fruto de mi trabajo está en que tú te intereses por saber lo que dijo e hizo Jesús, para que le conozcas, le ames y le sirvas. Si lees, estudias y meditas debidamente cada párrafo del Libro sagrado, sin duda que llegarás pronto al fin deseado. Jesucristo debe ser el epicentro del movimiento intelectual y religioso de nuestra vida, o lo que es lo mismo, debemos vivir CON CRISTO, por Cristo y para CRISTO.

Confieso humildemente que soy el primero que debo vivir la vida del Evangelio cristiano, sin embargo, anhelo que estas páginas ayuden a otros para que lleguen a la meta del ideal cristiano trazado en el Evangelio.

Declaro que este libro no se ha escrito para los sabios, ni para los santos. Estos se han santificado practicando lo que Jesús enseñó. Aquellos saben más que lo poco que yo digo en estas páginas; únicamente les falta profundizar sus conocimientos y vivir de acuerdo con lo que saben.

Tampoco aprovechará este libro a los fariseos, si es que la secta de antaño ha revivido, porque

ellos son los eternos enemigos de Cristo.

Reconozco que mi obra no es de TITANES; cualquiera puede meditar el Evangelio y encontrar la mina de la ciencia; yo he buscado en esa mina a Jesucristo en su aspecto físico, intelectual, moral y doctrinario y mi trabajo ha sido citar capítulos y versículos del Evangelio, para que los que no conocen el Texto se decidan a estudiarlo, convencido de que leyéndolo encontrarán al VERDADERO JESUCRISTO.

Este libro ha sido escrito para todos, pero no servirá sino para la gente de buena voluntad, para los hombres y mujeres, herederos de las virtudes de las muchedumbres que seguían a Cristo ansiosas de conocerle y conociéndole, no acertaban a dejarle, porque le amaban y querían servirle y vivir siempre a su lado.

Este libro aprovechará a las gentes a quienes Jesús proclamó bienaventuradas por su fe, sencillez, humildad y buena voluntad, virtudes que conducen a la Verdad y al Bien, cuya síntesis es Dios.

Si mis escritos valieran para que el pueblo sea más cristiano, teórica y prácticamente, habría logrado la recompensa buscada.

Mezcladas con las citas evangélicas están en mi Libro citas de sabios y de santos que han comentado el Evangelio, indicando la materia abundante que existe para quien anhela conocer a Jesucristo. Comencé trayendo a colación hermosas frases de un santo Obispo y terminé mi trabajo con las palabras de un sabio Prelado: "Felices, por cierto, y mil veces felices los que encontraron un día a Je-

sús, en las rutas de Galilea, a orillas del lago de Genezaret, en los pueblos de Judea, en el Templo, en las calles de la ciudad santa, en cualquiera parte y lugar de Belén al Gólgota.

Dichosos los que le miraron o merecieron ser mirados por el Señor, los que oyeron su voz divina y lograron ser tocados por esas manos sacrosantas.

Felices los discípulos de Cristo que vivieron con El, meses o años. Bienaventurada será eternamente la Virgen María por ser Madre de Jesucristo.

Dignos de envidia son los primeros cristianos que oyeron a los apóstoles contar las escenas de la vida de Jesús y repetir sus palabras, casi con el mismo tono de voz, con los mismos gestos.

Se han pasado veinte siglos de la dicha que tuvo el mundo poseyendo materialmente al Maestro divino. Envidiables son los que vivieron entonces.

Pero no somos menos felices los cristianos de ahora, porque tenemos al mismo Jesucristo en la Eucaristía y conservamos el eco de sus palabras y el reflejo de sus obras en el Evangelio. Harto beneficio es de Dios que inspiró ese Libro. Demos gracias por tan grande don y aprovechemos de sus páginas.

Leyendo el Evangelio podemos conocer a Jesucristo, tal vez, no tan bien como los que le vieron y oyeron personalmente, pero con tanta aproximación que bastará para enamorarnos de El...."

En verdad, felices somos los cristianos que creemos en Jesucristo, que le amamos, a pesar de

de nuestros pecados, y que esperamos de El, perdón y misericordia, felicidad temporal y eterna, confiando en sus palabras: "El Hijo del hombre ha venido a dar su vida para redención de muchos, a rescatar a los cautivos". (Mat. XX-28).

A. M. D. G.



Dr. Héctor Eduardo Andrade Proaño.

Sacerdote Diocesano.

ECUADOR - IMBABURA.
Ibarra, Calle Sucre N° 9-83.

ERRATAS

Casi imposible es evitar todo error tipográfico en una obra.

La inteligencia y amabilidad del lector sabrán disculpar y rectificar las faltas deslizadas en este Libro.

Con todo, anotamos las principales erratas.

Pág.	Línea	Dice:	Debe decir:
4	23	tampoco	tan poco
6	10	porquele	porque le
8	15	Talvez	Tal vez
9	15	a	acerca de
12	12	déci	décimo
12	12	de 748	748
17	17	próxima	próximo
19	22	había	habían
21	8	atravesado	atravesada
25	2	que la	que en la
26	26	los atribuyen	les atribuye
26	5	provienen	proviene
26	7	han	ha
27	18	del Señor	del Señor;
35	6	Iturrea	Iturea
41	24	la	lo
43	27	separados	separado
49	16	ardía	allí ardía
55	16	creaión	creación
57	8	dándose	dándonos
62	7	presentaban	presentaron
63	18	cura	curan
65	25	tu	su
71	12	haciéndose	haciendo

E R R A T A S

71	19	presentado	presentados
86	25	se plió	se cumplió
106	17	este	éste,
107	17	razonable	razonable
118	22	recordó	recordó a
132	4	fraces	frases
140	3	que	que le
143	3	Compasiva	Compasivo
143	15	sienten	siente
144	27	y junta	junto
145	26	única	único
146	14	envió	envío
160	25	humana	humanas
163	23	necesitaba	necesita
165	5	enderezadas	fueron enderezadas
168	9	encaminada	encaminadas
178	18	pronunciado	pronunciada
181	1	vive	vivo
184	Cap.	XLXI	XLIX
184	14	hecha	echa
187	16	de madre	de la madre
190	9	el Logos es decir	el Logos; es decir
194	29	superir	superior
194	32	evangélidos	evangélicos
203	29	conexción	conexión
207	16	conocieran	conocieron
214	23	podían	podía
216	9	despué	después
216	14	ramamje	ramaje
222	10	sencible	sensible
224	1a.y 2a	administración	admiración
226	13	todo	todos
234	11	mismos	mismo
236	Cap.	LXV	LXIV

E R R A T A S

240	24-25	aprodo	aprobado
248	8	jurado	curado
257	17	miles personas	miles de personas
283	19-20	por su hermano	por la muerte de su hermano
290	30	elijen	eligen
300	29	as	las
327	12	desonestidades	deshonestidades
333	8	bebía	debía
347	22	servira	servirá
357	13	Paestina	Palestina
236	3	guardados	guardado
357	32	é	él
358	12	hacia	hacia
361	31	duerme?	duermes?
365	14	nocente	inocente
369	6	decaer	de caer
406	24	encabezadas	encabezadas
414	el	Dioclesianos	dioclecianos
418	4	S está	Si está
423	21	junto	juntos
425	15	deseaba	deseaban
430	30	Vvaristo	Evaristo
435	8	convertido	convertida
436	25	santificadas	santificados.

En fin en la página 254 se ha repetido la cita, en vez de siguiente texto: "No necesitaba Jesús que le informasen acerca de hombre alguno, porque sabía El mismo lo que hay dentro de cada uno" (Jn. 11-25).

Estas y otras faltas de importancia se enmendarán en la segunda edición. Lo que falta en esta obra se completará en el próximo libro del mismo autor: "EL CRISTIANISMO VERDADERO".

Tal vez está por demás indicar al benévolo lector que en las citas del Evangelio, los números romanos corresponden al capítulo y los arábigos, al versículo.

H. E. A. P.



INDICE

Páginas

1	Motivo para publicar
3	Dedicatoria
4	Por Prólogo
7	Presentación
11	¿Existió Jesucristo?
15	El Mesías prometido
18	Genealogías de Jesucristo
21	La Patria de Jesucristo
24	Biblia y Evangelios
27	Los Evangelistas
31	Palestina en tiempos de Jesús
35	Un poco de Historia
39	Cronología evangélica
43	El Templo y las fiestas de los Judíos
47	El Templo de Jerusalén
51	El sábado en la antigua Ley
54	El domingo de la nueva Ley
57	Mirada de conjunto
61	¿Quién es Jesucristo?
65	Preliminares al nacimiento
69	Hacia Belén
73	Circuncisión, presentación, nombre
77	Desarrollo de Jesús
80	Epifanía
83	Consecuencias de la visita
86	Jesús Nazareno
90	Los Padres de Jesucristo
94	Cómo era María
98	La Virgen desposada
102	La madre y los hermanos de Jesús

106	Parientes, amigos, enemigos
110	Retrato de Jesucristo
113	Fisonomía
116	Los ojos de Jesús
120	La voz de Cristo
123	Galileo
126	Las manos del Señor
130	El idioma de Cristo
134	Fortaleza corporal
138	Temperamento
142	El carácter de Jesús
145	El corazón de Jesucristo
149	El Alma de Cristo
153	La palabra de Jesús
157	Predicación del Señor
160	Flaquezas corporales
163	Tentaciones
166	Las pasiones de Jesús
170	Virtudes
174	Otras virtudes del Señor
177	Vida interior de Cristo
181	¿Existe Jesucristo?
184	Dios y Hombre
187	Autotestimonio
190	El Verbo Divino
193	Hijo de Dios
196	Testimonio del Padre
199	Cordero de Dios
202	Jesús y los ángeles
206	Cristo y los demonios
210	Jesús Obrero
214	Jesús Campesino
218	Cristo Maestro
222	Cualidades del Maestro
225	Lecciones
229	El maestro de la doctrina social

233	El Evangelio y las riquezas
236	Función cristiana del oro
239	Jesucristo y la pobreza
243	Rasgos especiales de Cristo
247	Jesús Médico
251	El Buen Pastor
254	Profeta y Taumaturgo
258	Luz, Camino, Verdad, Vida
261	Enseñanzas
265	El Sermón del Monte
269	Las malaventuranzas
273	María Magdalena
276	En Betania
279	Marta y María
282	Lázaro
285	Parábolas evangélicas
288	Otras Parábolas
292	Más Parábolas
295	Ira Santa
298	Urbanidad en el Templo
302	Promesa de la Eucaristía
305	La Transfiguración
308	Padre Nuestro
312	Amor cristiano
316	Jesús y los pecadores
320	El fariseísmo
323	Moral extraña
326	Lo que dijo Jesucristo
330	Milagros
333	Jesucristo Tributario
336	El lago de Genesaret
339	Domingo de ramos
343	Profecías
346	Jueves santo
349	Eucaristía
353	Sobremesa espiritual

356	Juan Bautista
359	San Pedro
363	Judas
367	Pilato
370	Via Crucis
374	Historia de la crucifixión
378	Dolores externos
382	Dolores internos
386	Torturas del alma
390	Siete Palabras
394	El Corazón abierto
398	Testimonios
401	Sábado Santo
405	Domingo de pascua
408	Los milagros de Jesús
412	El milagro moral
416	Sacramentos
419	Los Apóstoles
422	Los doce
429	Sucesores de Pedro
432	El Ideal cristiano
435	El país de Jesús en la actualidad
441	Conclusión
445	Fe de erratas
449	Índice

A. M. D. G.

SE TERMINO LA
IMPRESION DE ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
EDITORIAL "AUSTRAL" DE
G. MOLINA & CIA.
EL 20 DE ABRIL DE 1958
CUENCA--ECUADOR.



BT202 .A55
El verdadero Jesucristo

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00069 2691

Valor del Ejemplar S/. 25, 00

Imp. AUSTRAL de G. Molina y Cía.

CUENCA